Escucha a tu corazón,
te llevará a lugares mágicos.
como un
CIELO
sin
ESTRELLAS
Naviru Shorno

como un CIELO *sin* ESTRELLAS

Naviru Shorno

Primera edición: Agosto, 2020
Copyright © 2020 Iván Ruiz Hornos
Portada realizada por Megan Herzart
Todos los derechos reservados.
.

A

Stephen King,

por darme luz en

las horas oscuras.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, es simple coincidencia.

1

—¡Abracadabra! —gritó un niño pequeño de pelo rojizo con los labios llenos de chocolate, mientras entraba en el tren y me adelantaba como un torbellino. Chasqueé la lengua, rememorando ciertos sabores que había degustado antes de salir del Paradís. Me había tomado un batido hecho por Aurora: menta, cacao natural, crema de coco y mucho, mucho hielo. Sentía cierta debilidad por las cosas frías, me gustaba morder el hielo y notar cómo se adormecía mi lengua.

Faltaban unos segundos para que el tren se pusiera en marcha. Avancé por el interior observando a los pasajeros sentados, la mayoría de ellos con su teléfono móvil. Un silencio sepulcral impregnaba cada compartimento, podía escuchar mis pisadas. Llegué hasta el último vagón para evitar caminar ese trecho una vez me apeara en mi destino. Me senté solo al lado de la ventana, en el siguiente compartimento había dos mujeres que conocía de vista, solíamos coincidir en el tren. Una de ellas desprendía un fuerte olor a pescado. No podía oír su conversación porque estaba escuchando *Strangers in the night* de Frank Sinatra. Observé a las mujeres, aunque de la que olía a pescado tan solo podía ver el cogote; tenía el pelo corto de color rubio platino. Enfrente de ella había una señora de melena caoba que rondaría los cuarenta. Gesticulaba sin parar y miraba fijamente a su interlocutora. Intentaba imaginar la cara de la otra mujer, ¿llevaría los labios pintados de carmín?, ¿tendría alguna escama adherida en la superficie de su piel? Esa tarde se frotaba las sienes con frecuencia. Me pregunté si la cháchara de su amiga no le estaría provocando jaqueca.

Entraron los últimos pasajeros, el tren estaba a punto de partir. Me fijé en un chico joven que acabó sentándose enfrente de mí. Me sonrió y sacó un cubo de Rubik del bolsillo lateral de sus pantalones. Iba vestido de forma peculiar y tenía un iris de cada color: uno marrón y otro verde. No podía dejar de observarlo, me quedé hipnotizado

mientras la canción avanzaba. Había algo atractivo en sus ojos, algo excitante en su sonrisa, algo en mi corazón me decía que debía tenerle. Él continuaba mirándome y sonreía; yo desconocía que el amor podía hallarse en tan solo una mirada. La canción llegó a su fin. Y aunque no era de noche, sí había extraños por todas partes.

Me quité los auriculares y los guardé junto con mi *walkman* en la mochila. Me fijé en que su calzado era tan dispar como sus ojos: la zapatilla del pie izquierdo era naranja fosforescente, de una marca que no reconocí; pero la derecha era una Efofes azul marino, con el logotipo en el lateral.

No pude evitar soltar aire por la nariz al reprimir una carcajada. Alcé los ojos, y sus pupilas se clavaron en las mías.

—¿Qué? —preguntó.

Sentí vergüenza, mis mofletes debían estar rojos. Era impropio de mí reírme de la gente, y aunque no lo había hecho, ¿cómo iba a explicarle que me parecía divertido que tuviera un ojo y una zapatilla de diferente color? ¡Yo nunca usaba el mismo par de calcetines! ¡Teníamos algo en común!

—¿Cómo? —respondí.

Ninguno de los dos apartó la mirada. Entonces pasó, vi su alma a través de sus ojos. En aquel momento me di cuenta una vez más de la belleza de la vida, y de la complejidad de las personas. No sabía cómo reconocer su esencia y me daba la sensación de que había algo turbio en ella. ¿O era un espejo? La verdad era que estábamos en las mismas condiciones, él a mi merced y yo a la suya. Aunque yo quería alargar al máximo ese momento mágico, la intensidad de nuestra mirada empezó a disminuir. Me sentí débil tras ello, y tan desnudo que no pude evitar pensar en mi mayor secreto. ¡Nadie podía saberlo!

—Perdona —le dije.

Parpadeé varias veces mientras llenaba mis pulmones de aire. Sentí miedo, angustia, dolor y mucha soledad. Me hubiera gustado abrazarle y decirle que todo iba a salir bien, pero seguía siendo un desconocido. Mi intuición me decía que el chico sufría de una forma cruel.

—Tranquilo —contestó él.

No me atreví a decir nada más, así que saqué un libro de mi autor favorito. Lo abrí, un separador hecho por mi hermano Max me indicaba que iba por el capítulo diecinueve, y me lancé de cabeza a la lectura. De vez en cuando, al pasar página, mis ojos subían a la cara del chico. Nuestras miradas se volvieron a cruzar, desvié mis ojos hacia la ventana algo sonrojado. La imagen cambió de forma grotesca. Un paisaje repleto de fábricas antiguas, la mayoría estaban cerradas y los grafitis inundaban sus paredes. Logré identificar en qué punto del trayecto me encontraba.

Mis ojos bajaron hasta el libro otra vez; evité el impulso de observar de nuevo al desconocido, aunque deseaba hacerlo. Podría admitir que le admiraba sin conocerle. ¿Tendría un nombre peculiar? Estaba seguro de que no sería ni Antonio ni Manolo. Presentí que me estaba mirando cuando alcé la vista, y al toparme con sus ojos sentí un vértigo abismal.

—¿Qué lees? —me preguntó.

—Stephen King —contesté. Y continué con mi lectura, ignorándolo el resto del viaje e intentando no sucumbir al deseo de observarlo más detenidamente.

Diez veces a la semana realizaba el trayecto entre el trabajo y mi casa. Para ello tenía que utilizar varios medios de transporte, mi favorito era el autobús L321, que me trasladaba al municipio en el que residía. La duración de esa travesía dependía del conductor que hubiera tras el volante. Desde la parada de Kiokuya tenía que caminar unos ocho minutos hasta llegar al edificio en el que vivía, y subir siete plantas a pie para entrar en mi casa. En el recibidor había un pequeño San Pancracio con su ramita de perejil fresco y una moneda de veinticinco pesetas. A veces, caminar desde ese punto hasta la puerta de mi habitación era una odisea. La tarde en que se cruzó «el chico del cubo de Rubik», pude llegar a mi cuarto sin problema. Me tumbé en la cama a mirar las estrellas del techo de mi habitación, tenía que reflexionar sobre lo ocurrido. Me preguntaba por qué no había continuado hablando con él. O, por qué no le había dado una respuesta más amplia. ¿Qué clase de respuesta era limitarse a nombrar al autor del libro cuando alguien te preguntaba qué leías? Como siempre, lo había vuelto a estropear. Al día siguiente, a la misma hora, recorrería todo el tren, buscándolo, pero no tendría éxito. Nuestras miradas no se volverían a cruzar nunca más.

Había personas que entraban en mi vida durante unos minutos y luego se marchaban para siempre. ¡Qué tristeza no poder conocer a algunas de ellas! Me gustaba fantasear con la vida de quienes me acompañaban durante mi trayecto. Sentía admiración por los pasajeros que leían libros. Y aversión por la gente que se pasaba todo el recorrido mirando su teléfono móvil; y si encima llevaban gafas de sol puestas, entonces, incluso evitaba sentarme cerca de ellos. Mi hermana era la excepción a esa regla, porque ella las utilizaba siempre.

Luego estaban los pasajeros habituales con los que viajaba a la misma hora, como era el caso de la pescadera. Aunque la mujer no conocía mi existencia, yo había averiguado varias cosas de ella a través de sus conversaciones, como que sus hijos no le demostraban que la querían, o que tenía varios trabajos, en uno de los cuales odiaba a una compañera a la que llamaba «la Teniente».

***

Leyendo en la cama no podía dejar de pensar en el chico del tren. Le tenía que dar un nombre, pero ninguno de los veintitrés que pensé casaban con su cara. Se merecía tener un nombre especial. Me gustaba esa palabra: «especial»; era mágica y fantástica, como también lo eran los unicornios. Siempre quise tener uno, pero lo más parecido que llegó a mi vida fue Lulu, una perrita que sin tener la sangre azul se convirtió en la princesa de la casa.

Por el contrario, yo era el patito feo de la familia, lo tenía asumido, y escondía un secreto muy oscuro. Aunque no sé muy bien cómo explicarlo, no es sencillo. Las cosas más importantes son siempre las más difíciles de contar.

Podría empezar explicando que me crie en el seno de una familia tradicional, compuesta por un padre, una madre y tres hermanos. También vivía con nosotros el abuelo, que en la actualidad padecía una cruel enfermedad. Quedó viudo el día que yo nací, tras esa tragedia vivió unos cuantos años solo hasta que se mudó con nosotros.

Mi padre es un hombre que con el paso de los años había ido ganando barriga y perdiendo cabello. Vestía siempre con pantalones negros de pinza y unos zapatos del mismo color que hacían juego con sus grandes ojos oscuros.

Mi madre es una de las mujeres más importantes de mi vida, un ejemplo a seguir. Siempre acababa desquiciada por sus cuatro hijos.

Abril era la mayor. Me sacaba cuatro años, siempre había sido la rebelde de la familia. Llena de tatuajes y con un puñado de perforaciones por todo el cuerpo. Ni trabajaba ni estudiaba. Sus gastos se los sufragábamos su amiga Fanta, mi padre y yo. En casa era la gorrona oficial, todos estábamos cansados de decirle que tenía un morro que se lo pisaba, pero al final siempre cedíamos. A la única que no podía engañar era a mi madre.

Mis otros dos hermanos eran los benjamines, Samuel y Máximo. A pesar de ser gemelos, eran como la noche y el día. Mientras Max era racional, tranquilo y metódico; Samuel era más pasional, impulsivo y despistado. Con el paso de los años Max había ganado peso, y era el único que llevaba gafas. Por el contrario, Samuel era un fideo que sufría hiperactividad. Siempre estaba tramando alguna travesura y la mayoría de las veces arrastraba a Max. Los gemelos eran la principal fuente de problemas de nuestra familia, aunque Abril también la liaba parda.

La semana anterior al llegar a casa, la encontré en la cocina con una especie de lavadora portátil centrifugando marihuana. Junto a ella se encontraba su inseparable amiga Fanta. La cocina estaba hecha un desastre, había ramitas y bolsas de plástico por toda la encimera. El suelo estaba encharcado y lleno de hojas. Salí de la cocina y entré en el comedor donde dormía mi padre en el sofá. Tenía las manos cruzadas sobre su panza y se le veían las uñas pintadas de color rosa melón, seguro que Sam había tenido algo que ver. Antes de abandonar el salón principal, escuché la voz de mi madre. Estaba en su habitación hablando por teléfono con su hermana. Reía sin parar mientras gesticulaba. Me detuve en el umbral y la saludé con la cabeza. Lanzó un beso al aire en mi dirección. Continué mi camino hacia el lavabo, pero estaba cerrado. Desde el interior me llegaron las voces y risas de los gemelos. Tuve que esperar una eternidad, mientras fantaseaba con la idea de independizarme.

Cuando por fin la puerta del baño se abrió de golpe, apareció Lulu con un bikini amarillo de mi hermana. Arrastraba un bolso de fiesta, y de su cuello colgaba un collar con bolas de madera de color salmón. Los gemelos también le habían pintado el hocico y los mofletes.

Algunos días, al llegar a casa, podía encontrarme al abuelo bailando un chachachá con una fregona invertida mientras los gemelos hacían de Dj's. Aunque todos llevaban gafas de sol, no podía evitar desternillarme de risa. Pero esa sensación duraba poco, porque mis hermanos habían cogido la mala costumbre de esconder serpientes

de plástico por toda la casa para asustarme, así que no podía relajarme.

Otras tardes me encontraba a Herminia, la vecina de abajo, que junto con mi hermana y mi madre cocinaban algún postre para venderlo luego y sacar un dinero extra. El fin de semana anterior fueron rosquillas, nada más y nada menos que diez kilos. Las que salieron defectuosas se las comieron mis hermanos, yo fui el único que no las cató debido a mi filosofía de vida.

Además, mi madre también limpiaba en dos casas, daba clases de piano a un niño en el pueblo de al lado, y dos días a la semana hacía de canguro de una niña llamada Vilma. En casa le teníamos tirria, a excepción de mi madre, a la que le caía en gracia todo el mundo.

Muchas de las veces que había follones en mi hogar, Máximo terminaba llorando y mi padre siempre repetía lo mismo: «Los Muñoz no lloran». Cuando había tranquilidad en casa, eran los vecinos de arriba los que montaban jaleo, y eso que allí vivía el presidente de la comunidad. Llevaba más de un lustro de mandato, aunque tanto en su casa como en la agrupación vecinal era su mujer la que llevaba los pantalones. Su dormitorio estaba justo encima de mi cuarto y muchas veces escuchaba sus discusiones nocturnas. Por eso me gustaba aprovechar la calma por las tardes para leer en mi cuarto, espiar a la gente que pasaba por la calle con mis prismáticos, o permanecer en la penumbra tumbado en la cama, mirando las estrellas del techo. Mi hermana me había regalado unas pegatinas fluorescentes que eran estrellas de varios tamaños y planetas del sistema solar. Solo faltaba Neptuno que acabó destruido por el Titán cuadrúpedo que habitaba en nuestra casa.

La verdad era que me encantaba divagar y que mi mente flotase a la deriva. Esto no solo pasaba en la soledad de mi cuarto, también cuando viajaba en tren o incluso cuando caminaba. Otra de mis aficiones era seguir a una persona escogida al azar, hasta que llegara a su destino. Incluso cogía el mismo autobús o metro en caso de que utilizara dicho transporte.

Otra de mis peculiaridades era mi empatía por los animales, consideraba injusto cómo los tratábamos: el universo sangraba por ello. Por ese motivo, desde temprana edad, tomé la decisión de seguir una alimentación vegana. Mi madre aceptó con resignación mi nueva dieta, aunque eso implicara tener que cocinar diferentes comidas en casa. A cambio, tenía que hacerme un análisis de sangre cada seis

meses para corroborar mi estado de salud.

Mi hermana era la que más enfermaba, a pesar de seguir una dieta omnívora. Le gustaba mucho la comida basura, y una de sus perdiciones era el kétchup. Todo lo engullía con él, era capaz de zamparse un sándwich sin corteza solo con esa salsa color granate, y cuando comía nunca podía faltar el bote de kétchup a su lado.

De vez en cuando, mi madre le hacía helados caseros de kétchup, si bien lo endulzaba antes de añadirle la gelatina. No solían durar mucho en el congelador. A veces los hacía con agar-agar, y entonces yo también podía degustarlos.

Mi vida siempre había girado en torno a mi familia, estudios y trabajo. Estudié en un colegio público, y durante la EGB viví feliz. En aquella época tenía amigos invisibles y libraba batallas épicas contra enemigos que me inventaba. Por aquel entonces, creía que el mejor amigo de uno era el compañero que te asignaba el profesor en el pupitre de al lado, pero más tarde, comprobé que no era cierto. El único amigo que tuve de verdad fue Tomy, y no era real. Por aquel entonces, los niños del colegio me llamaban «Vegeta», porque era el único niño que en el comedor se comía siempre todas las verduras. A mí me hubiera gustado que me llamaran «Colmillo», por mi nombre, pero nadie lo hacía. Ni en el colegio ni en casa.

Al comenzar la ESO, empecé a vivir un cuento de terror repleto de monstruos, que eran mis compañeros de clase y algún que otro profesor. Durante los cuatro años que duró aquello, nadie quería sentarse a mi vera. En muchas ocasiones yo era la diana de los chicos más conflictivos. Y en las clases de educación física me convertí en uno de los últimos en ser escogidos por el capitán de cualquiera de los dos equipos.

Tenía once años cuando empezó a pasar todo lo malo. Fue con esa misma edad cuando me empalmé por primera vez, algo que ocurrió en las duchas tras la primera clase de educación física. La mayoría de los chicos tenían vello bajo el ombligo, las axilas y los genitales. Yo no tenía nada. Me excitó ver a otros chicos desnudos, era la primera vez que contemplaba un cuerpo masculino que no fuera el mío. Uno de los matones de clase tiró de la toalla y llamó a los demás para que me contemplaran.

—¡Aquí tenemos a un bujarra! —dijo entre risas mientras los demás se cachondeaban.

Y con aquella edad empezó mi doble vida. Ir al instituto era una pesadilla. Al llegar a casa, cuando entraba por la puerta, seguía un consejo que Jacqueline Bouvier le había dado a su hija Marge Simpson: «Sonríe, sientas lo que sientas». Y eso hacía, intentaba no mostrar mis sentimientos ni emociones a nadie. Por aquel tiempo fue cuando empecé a sentir devoción por las manzanas, a pesar de no ser un marsupial o un Shinigami.

Nunca les conté a mis padres lo que me sucedía en el instituto porque ellos ya tenían demasiados problemas. Nos acabábamos de embarcar en una hipoteca nueva, el abuelo se hacía mayor y ya no podía vivir solo. Y, por último, Abril empezó su etapa rebelde de la que nunca saldría: peleas, robos, grafitis, drogas, novios conflictivos, tatuajes, *piercings*... Íbamos a institutos diferentes, y aun así ella era toda una institución en el centro que yo estudiaba. Me avergonzaba pensar que alguien le llegara a contar cómo me llamaban en clase.

Lo que más y más rabia me hizo sentir durante aquella época fue que todo el mundo daba por sentado algo que no me había planteado, ni tenía intención de hacer. Podía reconocer que era una persona con algunas extravagancias y ciertas peculiaridades. La mayoría de los niños coleccionaba cromos y jugaban al fútbol; yo leía tebeos y clasificaba piedras y minerales. Además, era el único niño del colegio capaz de comerse cualquier clase de verdura, pero me negaba a probar animales o cualquier derivado. En cuanto a las extravagancias, me gustaba el aroma del café, pero detestaba su sabor amargo. Cuando llovía no me gustaba utilizar el paraguas, solo me cubría con un chubasquero amarillo. Siempre pisaba la pintura blanca en los cruces de las calles y nunca utilizaba ascensor, desde una mala experiencia que tuve cuando era pequeño, pero esa es otra historia y debe ser explicada en otro momento.

***

Durante mi infancia pasé desapercibido en casa, y en plena adolescencia llegaron los gemelos, lo que supuso que nadie descubriese mi secreto. Recuerdo como si fuera ayer cuando mi madre nos comunicó la noticia. Ella pensaba que tenía la menopausia, pero estaba equivocada. Una noche, llegó radiante de felicidad. Mi padre estaba viendo un partido de la Copa del Rey. Eran semifinales, y hasta recuerdo que era un jueves. Abril y yo nos encontrábamos también en el sofá, y el abuelo roncaba recostado al final de este con la cara pintarrajeada. Mi padre nos había dado permiso con la condición de que no hiciéramos ruido y su equipo fuera ganando.

Llegó mi madre; había ido por la mañana al ginecólogo, y después a limpiar dos casas. En una de ellas hacía la comida para toda la familia y se quedaba a almorzar allí. Después, iba a clase de pintura y, por último, a correr con unas amigas. Mamá se sentó junto al abuelo, que se había despertado. Le había limpiado la cara con un paño húmedo mientras nos leía la cartilla, para después comentarnos que era la primera vez que se sentaba en todo el día.

—¿Habéis cenado? —nos preguntó tras echarnos la bronca.

—No —contestó mi padre sin apartar los ojos de la televisión— te estábamos esperando, cariño.

—Yo tengo hambre —dijo Abril.

—Yo también —añadí.

La merienda había consistido en un bote de altramuces y unos sándwiches de kétchup y aceite de oliva con azúcar. De haber estado nuestra madre, hubiéramos tenido que tomar algo más nutritivo, pero los jueves era el día que llegaba más tarde a casa.

—Cariño, esta mañana he ido a ver a Diego —soltó mi madre dirigiéndose a papá.

Diego era el ginecólogo, y un antiguo cliente de mi padre. Alguna vez había venido a comer a casa con su esposa. Eran los únicos momentos que teníamos normas de verdad y parecíamos una familia civilizada.

—¿Algún problema con el Mercedes? —preguntó mi padre.

Aunque en la actualidad él se dedicaba al transporte, no hacía muchos años que había dirigido su propio taller de mecánica, y aún conservaba algunos clientes para sacarse unas perras de más.

—El Mercedes está bien —respondió mi madre.

—¿Por qué estás tan contenta? —quiso saber nuestro padre.

Mi madre sonreía a diestro y siniestro.

—No tengo la menopausia.

—¿Y entonces?

El primer tiempo del partido estaba a punto de finalizar, pero la última jugada llegaba a portería. Mi padre se irguió mientras miraba a la pantalla de la televisión y a mi madre, intermitentemente.

—Estoy embarazada.

—¿Vamos a tener una hermanita? —preguntó Abril.

—Si es niña le tienes que poner Modesta —dijo mi abuelo sin apartar la mirada de la televisión.

Mi padre se había quedado sin palabras, parecía un pez intentando respirar fuera del agua. Me fijé en que mi madre tenía una mano en el pecho. Llevaba un rato allí, con el dedo índice y corazón formaba un dos.

—¿Dos hermanos? —pregunté.

Mi madre asintió sonriendo.

Creo que nunca la había visto tan feliz como en ese momento. Nuestra vida cambió con la llegada de los gemelos y, a medida que crecían, el abuelo menguaba. Mis padres tenían cinco personas a su cargo, y nos descuidaron un poco a mi hermana y a mí. Por aquel entonces, yo tenía diecisiete años y empecé a trabajar los fines de semana en una pastelería de la Ciudad Condal para ayudar económicamente en casa. Al terminar el bachillerato, decidí estudiar un ciclo formativo de repostería en un instituto público de Sitges.

Cuando lo terminé me ofrecieron un contrato fijo en la pastelería. Los años transcurrieron rápidamente, como si alguien tirase del tiempo. Volvieron a pasar otros tres años y el negocio menguó. Últimamente habían abierto muchos centros comerciales por todas partes y un sinfín de cafeterías proliferaron como setas por los alrededores, y con unos precios muy competitivos. La parte de la pastelería cerró, no así la cafetería, y fui trasladado al local contiguo. Aurora fue despidiendo a los empleados poco a poco, hasta que únicamente quedamos Alba y yo. En aquel momento abríamos de lunes a viernes, de siete a cinco. Mi turno era de siete a tres, y el de Alba de nueve a cinco, excepto los viernes que intercambiábamos el turno por sus clases de baile.

Al salir de trabajar investigaba la ciudad, recorriendo sus calles, la mayoría de los días a pie; otros, acababa en un parque leyendo algún libro si las condiciones climatológicas eran favorables. Hacía más de medio año que había decidido apuntarme a un gimnasio en el barrio en el que trabajaba. «El deporte es bueno», había escuchado en infinidad de ocasiones y, para ser sincero, estaba cogiendo unos kilos de más.

Allí fue donde mi vida cambió.

Donde conocí a Dani.

2

Besar a Dani era mi mayor anhelo. Él fue el causante de que tuviera que replantearme mi existencia. Acabó siendo mi mundo, aunque él no lo sabía, y supongo que para él yo no era más que otro «alguien» en su vida.

Al principio tenía miedo a reconocerlo: ¿era admiración lo que sentía por él? ¿O era amor? Había leído que el amor era ese momento en el que el corazón quería salirse del pecho. Y eso… no me pasaba.

Debo de reconocer que sentía una pequeña atracción y no sabía cómo asimilarlo. Nunca había experimentado algo similar. Su presencia bastaba para enturbiar mi mente.

¿Era amor? No. El amor es fuego, poder. No se podía alcanzar de forma individual. Tal vez, por ese motivo, no dejaba florecer del todo aquel sentimiento. Y sé que podría cortar todas las flores, pero no podría detener la primavera. Lo sabía. Aunque hasta llegar a ese punto, ninguna y muchas cosas pasaron. Supongo que debo empezar por el principio y detallar cómo llegué hasta esta situación.

Al salir de trabajar del Paradís, muchos días caminaba hacia el metro, y siempre pasaba frente a un polideportivo. Como mis tardes eran muy largas, y había horas en las que no sabía muy bien qué hacer, decidí apuntarme al gimnasio. No renegaba de mis amigos los libros, pero no podía estar cada tarde leyendo seis horas, tres eran suficientes.

Me inscribí al Polideportivo Edén que contaba con una piscina, un gimnasio, pistas de tenis, de baloncesto y de fútbol. El gimnasio estaba situado en el centro de la planta superior. A ambos lados se

encontraban las pistas. El pabellón interno estaba formado por la piscina y la cancha de baloncesto. Y al otro lado, al aire libre, el campo de fútbol y las pistas de tenis. Dos de los laterales de la sala de gimnasia eran grandes ventanales desde donde podía ver todos los espacios.

Salía de trabajar a las tres de la tarde, y quince minutos después me encontraba ejercitando los músculos. A esa hora, la mayoría de los días no había muchos usuarios, por no decir ninguno.

Los primeros meses iba de forma intermitente. He de reconocer que había semanas que no lo pisaba, aunque arrastraba la mochila de deporte de casa al trabajo y del trabajo a casa. Pero entonces, algo cambió. Empezó a trabajar un chico como monitor en la piscina. Cuando terminaba el cursillo que impartía a niños de la edad de mis hermanos, subía al gimnasio a entrenar. Muchos días nos encontrábamos los dos solos y hacíamos nuestros ejercicios en completo silencio.

La primera vez que lo vi dentro de la sala de aparatos llevaba unos pantalones cortos de color verde y una camiseta azul marino. No lo reconocí, no llevaba puesto su uniforme de monitor.

Siempre lo observaba cuando corría en la cinta de velocidad. Tenía delante la piscina, la parte de menos profundidad, y aunque me entretenía con música para hacer más ameno el ejercicio, los grandes ventanales que separaban ambas estancias invitaban a contemplar el otro lado. Era reconfortante ver a más personas haciendo deporte, aunque fueran cuatro gatos a esas horas.

Yo trotaba unos veinte minutos en la cinta, mientras observaba al chico jugando con los niños. Debido a la distancia no podía apreciar bien su rostro. Rondaría mi edad, aunque tenía el cuerpo más desarrollado, de piel morena y una voz potente. A las tres y media terminaba su jornada laboral; los últimos minutos, los dedicaban a jugar todos juntos.

Percibía sus voces y gritos a través del cristal, aunque no los entendía, se mezclaban con los acordes de la música que escuchaba.

De él me gustaba su cuerpo, y me deleitaba cuando se quitaba la camiseta y se zambullía en el agua. Nunca pensaba en él fuera del Edén. Por aquel tiempo pensaba en Rocío, una clienta que me miraba más de lo debido y a la que yo le seguía un poco el juego. Aurora y

Alba especulaban acerca de que estaba enamorado de ella hasta las trancas y, en cierto modo, yo también lo creía, hasta que el chico que daba clases en la piscina subió al gimnasio por primera vez.

Aquel día, yo estaba entrenando pectorales y tríceps; caminaba de una punta a otra del gimnasio entre serie y serie. Me encontraba de espaldas a la entrada y no lo vi llegar. Empecé a observarlo de refilón. Me gustaba su pantalón verde. Y, entonces, lo observé de cerca. Fue como un disparo al corazón. Mi corazón se detuvo, mis pulmones se quedaron sin aire, e incluso me costaba tragar saliva.

Él giró la cabeza a cámara lenta hacia mí (o esa fue mi percepción en aquel momento) y la elevó con suavidad en forma de saludo. La comisura de sus labios se curvó en forma de sonrisa y nos miramos. Las piernas me flaquearon. Le devolví el saludo imitando su gesto; no supe quién era, aunque me resultaba familiar. En ese momento, también pensé que tenía delante al chico más guapo del mundo.

Tuvieron lugar muchas miradas furtivas por mi parte. Llevaba puestos los cascos de música, e impedían que pudiéramos hablar, aunque de ese detalle me daría cuenta semanas más tarde.

Al llegar a casa pensé en él y, por primera vez en mi vida, reconocí que un chico me gustaba. Me atraía muchísimo más que Rocío o cualquier chica que hubiera besado hasta entonces. Esa noche lloré, era doloroso reconocer algo que en los últimos años había negado con tanto fervor. No era el fin del mundo, tan solo el mío. Temía que mis padres escucharan mis llantos, pues estaban en el comedor discutiendo con Abril; al parecer se había hecho un enorme tatuaje en la espalda, un dragón que iba desde el omóplato hasta uno de sus muslos.

Al día siguiente, al mirarme en el espejo, vi mi reflejo distinto. Mi mirada irradiaba tristeza, y era debido a la comprensión de mi verdadera orientación sexual. Odiaba al colectivo homosexual, tenía mucho miedo de ser uno de ellos, no quería asemejarme a nada que se les pareciese. Lo había intentado, había tratado de ser un chico normal, ¿por qué tenía que pasarme aquello?

Solo había conocido a una persona homosexual, con la que había cruzado alguna que otra palabra, y me daba vergüenza que la gente me viera hablar con él. Era el kiosquero de mi barrio, un señor robusto de mediana edad que tenía su pequeño establecimiento enfrente de la parada de autobús que utilizaba.

Nunca confesé ese sentimiento, pero explotó en mi cara al mirarme en el espejo aquella mañana. ¿Me odiaba a mí mismo? Era la pregunta que rondaba en mi cabeza. ¿Qué iba a hacer con mi vida? ¿Esperar a una mujer que no existía? Decidí hacer lo más sencillo, lo que hacía siempre ante los problemas de gran envergadura. Nada. Nunca había sido valiente, y esta vez no iba a ser diferente. No era de esas personas que luchan contra viento y marea. Lo tenía asumido. Era como un avestruz, que en los momentos difíciles esconde la cabeza bajo tierra. No tenía perspectivas en el horizonte; por no tener, ni siquiera tenía expectativas en la vida.

Me había dejado llevar por la corriente, creyendo siempre en el destino, pensando que este tenía grandes oportunidades preparadas para mí. Había llegado a contar veinticuatro primaveras. Disfrutaba de un trabajo estable y una familia. Tenía el carné de conducir, pero no disponía de vehículo. Poseía un teléfono móvil que nunca utilizaba. ¿A quién iba a llamar? Había besado a algunas chicas, pero nunca había dado un beso de verdad. Y, por último, estaba enamorado de un chico, y el mero hecho de tratar de aceptarlo me consumía el alma.

Mi jefa Aurora notó algo aquella mañana mientras trabajábamos. Cuando me preguntó qué sucedía, rompí a llorar. No podía articular palabra, me costaba incluso respirar.

—¿Qué sucede, mi niño? —preguntó preocupada.

No podía decirle la verdad, así que le conté una milonga. Sus palabras y abrazos me reconfortaron. Salí de trabajar algo más temprano; llovía a cántaros, así que me empapé de camino al Edén. Una vez me subí en la cinta y empecé a trotar, miré al monitor que impartía clases a los pequeños, que me vio y alzó el brazo saludándome. Y fue cuando me di cuenta de que él era el causante de todos mis problemas. Era él, por eso me había resultado tan familiar el día anterior, así que me alegré de que fuera el monitor y no otro el que hubiera provocado ese terremoto de sentimientos en mí. A las tres y media pasadas, volvió a subir al gimnasio. Me gustaba observarle, me alegraba hacerlo. Tanto que no lo hubiera creído posible la noche anterior, cuando una cascada de agua salada descendía por mi almohada.

Mi asistencia al gimnasio empezó a ser frecuente, siempre iba de lunes a jueves, aunque él no subía todas las tardes. El premio de consolación era que podía contemplarlo a través de los ventanales,

mientras escuchaba su risa y la de los más pequeños durante un cuarto de hora. Cuando subía a la sala de entrenamiento, siempre me saludaba de forma divertida. «¿Qué pasa, calabaza?» era su pregunta favorita. Para despedirse tenía un repertorio más amplio. «Hasta luego, cocodrilo» y «me piro, vampiro» eran las más utilizadas. A veces, también se despedía con un saludo militar.

Se duchaba en el vestuario de los monitores. Podía escuchar el agua caer, nos separaban varios metros formados por un pasillo y dos puertas de madera. Ambos vestuarios conectaban con la piscina interior y con el pabellón de la entrada. Me lo imaginaba duchándose, enjabonando su cuerpo, y… tenía que reconducir mis pensamientos para no sufrir una erección.

Algo que llamó mi atención —la de cualquiera, supongo— fue que mientras Dani se duchaba, maullaba como un gato pequeño. Otras veces, silbaba melodías alegres que no lograba reconocer. Descubrí su nombre a las pocas semanas de admitir que me gustaba. Un niño irrumpió una tarde, corriendo y gritando, perturbando así la tranquilidad que teníamos en la sala.

—Dani, ¡mis padres no han venido a buscarme!

Había dejado de utilizar mi *walkman* en el gimnasio, esperando así poder entablar una conversación con él. Aunque no me atrevía a iniciarla.

Ese día, lucía un nuevo corte de pelo que acentuaba más sus ojos color avellana. Llevaba los pantalones verdes de siempre y una camiseta amarilla ajustada, que marcaba sus pectorales. Me iba fijando más en su anatomía a medida que pasaban las semanas.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Dani.

—Pues llevarme a mi casa. El señor Ramírez me lo ha dicho. ¿Eres su primo? —preguntó el niño cuando me miró.

Me hizo sonreír y miré a Dani. Él también encontró divertida la ocurrencia.

—Te llevaré a tu casa si respondes correctamente a una pregunta —dijo, y acto seguido me guiñó un ojo con una naturalidad que en la vida habría imaginado. Siempre he admirado a la gente que sabe guiñar un ojo, y que lo hace en el momento adecuado sin que resulte

forzado.

Yo sonreía como un estúpido; mi corazón palpitaba con fuerza, mientras me esforzaba por caminar de forma masculina y, a la vez, no mirarlo de forma prolongada.

—¿Qué pregunta? —quiso saber el alevín.

—¿En qué año descubrió América Cristóbal Colón?

—¡Hala! Eso es imposible para mí. Voy a tercero de EGB, pregúntame algo más fácil. La evolución de Charmander, por ejemplo.

—No, no, no, amigo. —Dani se acercó al niño, sonreía y agitaba el dedo índice de un lado a otro.

—¿Puede ayudarme tu primo? —le pidió el pequeño.

—Sí, Rómulo puede ayudarte.

«¡Sabe mi nombre!», pensé sorprendido. Nunca me lo había preguntado. Intenté parecer tranquilo, frío y distante.

—Mmmm… —reflexioné un par de segundos—, ¿puede ser 1492?

—¡*Cowabunga*! —exclamó Dani agitando los hombros.

—¡Bien! —El niño saltó de alegría. Mientras nos mirábamos, no podía evitar sonreír de oreja a oreja—. Qué listo es tu primo.

—Es muy listo —repitió Dani mientras asentía.

—Ni en dos años la hubiera adivinado.

Lo cierto es que hubiera podido proporcionarle otros datos que lo dejarían asombrado. Le hubiera dicho que nuestro cuerpo humano está formado por sesenta trillones de células, que tiene veintitrés cromosomas y que nuestro corazón es un músculo que puede romperse de un ataque cardíaco cuando perdemos a alguien cercano.

Ese día Dani se marchó antes. Aunque poco me importó, no solo había averiguado su nombre, sino que habíamos hablado más que nunca. Sabía que venía en coche a trabajar y lo más importante de todo: él sabía mi nombre. ¿Cómo era posible? Nunca se lo había

dicho, lo cierto es que hasta ese momento las únicas palabras que habíamos cruzado entre nosotros eran solo saludos divertidos.

—¿Me ayudas? —me preguntó al día siguiente, mientras se tumbaba bajo una barra de acero con muchas pesas a ambos lados para hacer un ejercicio de pecho. Había dos discos en cada lateral, uno era de veinte kilos y el otro de diez. Fui hasta él y me puse detrás de la barra. Su cabeza estaba a pocos centímetros de mi entrepierna.

—¿Cuántas series haces?

—Tres series de ocho.

Mientras sujetaba la barra con sus manos, cogió aire y la alzó. Después la barra bajó hacia su pecho mientras expiraba el aire por la boca. Pude observarlo mejor que nunca. Estábamos a escasos centímetros. Su piel morena, con muy poco bello en los brazos y las piernas. Miraba hacia el techo, yo estaba inclinado, mis manos rozaban la barra por si necesitaba ayuda. Su pectoral se extendía y se contraía, era todo un espectáculo. Le admiraba, envidiaba su cuerpo, y cada vez me gustaba más.

—¡Ayuda! —dijo, mientras sus mejillas se tornaban granate. Le ayudé y me lo agradeció con un movimiento de cabeza y una mirada directa a mis ojos—. Intenta levantarlo —me retó.

Me tumbé en la banqueta y levanté la barra con toda mi fuerza. Pude hacerlo dos veces, antes de pedir auxilio. Ambos reímos, y hablamos un poco más sobre los diferentes ejercicios de pecho que practicábamos.

Fue uno de los momentos más felices de mi vida. Tras finalizar los ejercicios, ambos bajamos juntos por las escaleras en dirección a los vestuarios. Él entró en el de los monitores y yo en el de los usuarios. Al poco rato, escuché los maullidos del gato. Tenía que preguntarle por qué lo hacía, me mataba la curiosidad.

***

Los meses fueron pasando, por primera vez en mucho tiempo me sentía diferente. Había aceptado que me gustaba Dani, solo él. No me fijaba en ningún otro chico. No era homosexual. Era «danisexual».

Pasé del «gustar» a la obsesión sin darme cuenta. Fantaseaba con él por las noches mientras practicaba el onanismo en secreto, debajo de las sábanas. El escenario era siempre el mismo: el Polideportivo

Edén. En mis fantasías la historia variaba; él me confesaba lo que sentía por mí, o mientras yo me duchaba, él entraba y se abalanzaba sobre mí para besarme con dulzura.

No sé en qué momento exacto se convirtió en el chico de mis sueños. Soñaba con él casi todas las noches. En esas apariciones oníricas, nunca le declaraba mi secreto, no eran sueños lúcidos. Algunas veces soñaba que teníamos una cita, ya fuera dando un simple paseo por la Rambla de Barcelona o en una cafetería en el extranjero.

Para más inri, mi vida se empezó a llenar de Danieles. El nombre me perseguía allá donde fuera. Mi hermana Abril presentó a su nuevo novio en casa, el cual se llamaba Daniel.

Dani era el nuevo repartidor que nos traía el género al Paradís.

Daniel era el protagonista del libro que estaba leyendo en ese momento.

Los gemelos no paraban de hablar del nuevo profesor de inglés que tenían… ¡Y era Daniel!

Incluso el «noviete» de Herminia se llamaba Daniel, y tenía una ferretería con su mismo nombre en nuestra calle.

***

Llegó el solsticio de verano. Llevaba cerca de ocho meses sintiendo algo por él. Anhelaba contarle que su presencia bastaba para tensar todos los nervios de mi estómago, que mis articulaciones se volvían rígidas y mis movimientos lentos. «¿Me incomoda su presencia?», me pregunté una noche que me encontraba en la playa, borracho perdido y con los ojos rojos intentando reflexionar sobre mi vida. Escuchaba la música de las olas, la brisa marina sabía a sal. A escasos metros estaba el mar y pensaba en bañarme desnudo, que la frescura del agua entrara en contacto con mi piel. Pero no me atrevía. De vez en cuando escuchaba algún petardo, o el cielo se iluminaba de colores durante varios segundos.

Estábamos celebrando la fiesta de San Juan. Era la noche más corta del año. Había ido a un botellón a la playa; nuestro grupo estaba formado por treinta y tantas personas, la mayoría de ellas eran simples *muggles*. Solo conocía a mi hermana, a su novio y a sus amigas: Fanta y Claudia.

Mi plan era quedarme en casa leyendo un buen libro, pero mi hermanita y Fanta insistieron una y otra vez..., al final acabé aceptando. Cambié mi libro por un vaso de plástico. Había centenares de personas a lo largo y ancho de la arena; bebiendo, bailando, hablando, fumando, besándose... e incluso había gente bañándose mientras se escuchaban estallidos de petardos. Me encontraba bebiendo Jack Daniel´s con agua en ese momento, me lo había despachado Fanta. Estaba servido en un vaso de plástico de un litro, y la mezcla estaba muy cargada. Jugando a «la botella», me había besado con una chica, no recordaba su nombre. Tras acabar el juego y la bebida, Fanta, tan encantadora como siempre, me sirvió un segundo whisky mientras yo comía trozos de fruta que había traído en un táper. Intentaba contrarrestar el mareo que sentía debido al alcohol que había en mi sangre. Empecé a sentirme agobiado a causa de todo el alboroto de la muchedumbre que había alrededor. Varios del grupo se marcharon a una discoteca que había por la zona, llamada Waikiki Club, mi hermana estaba entre ellos. Aproveché la ocasión y decidí caminar hacia la orilla. La chica con la que me había besado durante el juego vino tras de mí. De fondo sonaba una canción de Red Hot Chili Peppers.

—Espera... —me dijo algo más, pero no la entendí. Me daba vergüenza preguntarle qué era lo que me había dicho después, así que me quedé callado, pensando en lo mareado que estaba—. ¿Y entonces? —me preguntó. Me tenía el brazo cogido—. ¿Sí o no?

La miré, tragando saliva. Sentía náuseas y me tambaleaba de un lado a otro como si estuviera en un barco durante una noche de tormenta, mientras intentaba escuchar la canción *Dani California*. Ella me miraba de forma inquisitiva, yo contesté que «sí» por inercia y me empezó a besar con ímpetu. Creo que su lengua tocó mi campanilla; intenté apartarme de ella, pero me tenía bien agarrado. Me entró una arcada, pero ella introdujo más su lengua en mi boca, la movía como las aspas de un ventilador. Y vomité, mientras aquella chica se apartaba de mí, gritando con cara de asco. Le había llenado la boca, la barbilla y la camiseta de mi efluvio. Me largué de allí avergonzado, corrí kilómetros haciendo zigzag, sorteando a toda la gente que había a lo largo de la playa, hasta llegar al Port Ginesta. Devolví unas cuantas veces más por el camino; cuando lo hacía, alguien me preguntaba si necesitaba ayuda y entonces volvía a correr. Quería llegar hasta el final de la playa, donde intuía que no habría tanta gente. Una vez llegué, me senté cerca de la orilla, y cuando me cercioré de que no había nadie a la vista, rompí a llorar.

¿Cómo estaría Dani celebrando San Juan? ¿Se encontraría allí, en la misma playa? ¿Qué sabía de él? Su nombre, que vivía en Hospitalet, que tenía dos años más que yo, que le gustaban los niños y las Tortugas Ninja. Que una de sus películas favoritas era *La Playa* de Danny Boyle. También sabía que tenía un Ford Puma de color negro con matrícula B-1923-VS, y que su única hermana vivía en Londres.

Descubrí que tenía un Ford Puma porque algunas mañanas tenía que hacer recados para Aurora. En esas ocasiones, yo siempre me desviaba y pasaba frente al polideportivo, para intentar averiguar a qué hora empezaba Dani su jornada laboral. Uno de esos días lo vi salir del coche. Vestía unos pantalones militares y una camiseta negra; caminaba hacia el Polideportivo Edén con un macuto de color rojo. Me fijé en su coche: tenía los cristales traseros tintados, llevaba un discreto alerón y en la parte trasera faltaba el emblema con la marca del automóvil. Me gustaron las luces traseras, parecían ojos, y las llantas eran sensacionales, de color negro también.

Se marchó sin verme, y esa misma noche busqué en la red el modelo de su coche. Me llevó cerca de media hora dar con la marca y el modelo. Era un coche que se había fabricado de 1997 a 2001, por eso no había visto muchos de ellos en circulación. O lo más probable, no había prestado atención.

La semana que averigüé cuál era su coche, fui al cine con Alba y Mercedes, a ver *Iron Man*. Habíamos quedado en un centro comercial llamado La Maquinista, y mientras caminaba hacia allí, justo delante de mí, pasó un Ford Puma negro. ¡Y él lo conducía! Estuve sonriendo toda la tarde.

No era la primera vez que me lo encontraba fuera del Edén, pero siempre iba metido en su vehículo. La segunda vez fue un martes que había ido al supermercado a comprar azúcar moreno. Lo vi conduciendo, buscando sitio para estacionar. Sería cerca del mediodía.

La tercera, en la autopista C-32. Íbamos casi toda la familia a la boda de unos primos de mi padre. Siempre me sentaba tras mi madre, en la ventanilla derecha, porque a mi padre le gustaba conducir por el carril izquierdo. Observaba a cada una de las personas que adelantábamos, era muy divertido ver las cosas que hacían los ocupantes de otros automóviles cuando esperaban ante el semáforo en rojo: maquillarse, liarse un cigarrillo, extraerse un moco, cantar como si estuvieran dentro de un videoclip de Beyoncé y un largo etcétera. Ese día, había un atasco kilométrico por un camión que había volcado

y había perdido toda su mercancía: patitos de goma de color amarillo. Mientras observaba a la gente, lo vi a él. Iba solo, cantaba y golpeaba el volante con las manos. Vestía una camiseta de color rosa pálido y un reloj plateado en la muñeca izquierda que nunca había visto. Lo miré sonriendo, con los ojos bien abiertos. Era la primera vez que lo contemplaba un domingo. Deseé que se girara y me viese, ¿notarían algo mis padres o Abril?

Entonces, el Ford Puma quedó atrás y dejé de preocuparme. Mi abuelo no venía con nosotros, llevaba unos días algo delicado y se había quedado en casa con Herminia.

Yo había tenido la suerte de conocer a Dani en parte por mi abuelo. Él me consiguió el trabajo en el Paradís siete años atrás. Él y el primer marido de Aurora habían hecho la mili juntos en Melilla. Durante muchos años tuvieron una buena amistad hasta que murió. Pero mi abuelo nunca perdió el contacto con Aurora, y una tarde que fue a visitarla, le comentó que su nieto buscaba trabajar los fines de semana. Así encontré empleo en la Ciudad Condal, y por eso me había inscrito como socio en el Polideportivo Edén. ¿Por qué no le había dicho a Dani que trabajaba allí? Nunca le contaba nada de mi vida, nunca le preguntaba nada de la suya, me había conformado con verlo. Esa era mi táctica. Mirarle. Eso me llenaba, me bastaba y me hacía feliz.

***

El alcohol hacía estragos en mi cuerpo, además de que mi respiración seguía agitada. Estuve a solas varias horas, contemplando el mar. Quería que mi vida cambiara, me gustaría volver a ver al chico de los ojos diferentes, que mi vida diese un giro de ciento ochenta grados. Y besar a Dani.

Escuchaba las risas de un grupo de personas que había cerca de mí. Estaban hablando en catalán sobre un niño que todos conocían; lo compararon con Daniel el travieso. Yo estaba a varios metros de distancia, aunque mi cabeza permanecía en las nubes pensando en «mi» chico. Quería hacerle varias preguntas: con quién vivía, cuál era su color favorito o si le gustaban los animales.

Me sentía triste… ¿Por qué no podía ser feliz como el resto de las personas? Fue en ese momento cuando decidí elaborar una lista con varios objetivos a cumplir, y los realizaría todos, aunque mi vida dependiera de ello. La llamaría «La lista de la felicidad».

El horizonte empezó a clarear y yo había tomado la decisión de

marcharme de casa. Aquel era uno de los diez objetivos de dicha lista. No podía permitirme independizarme e irme a vivir solo; podía hacerlo, pero no quería que mis ahorros se esfumaran, así que tenía que compartir piso con alguien. Esa misma frase fue la que le comenté a mi jefa Aurora, a los pocos días de la verbena de San Juan, mientras limpiaba las mesas con una bayeta de color verde pistacho.

Era viernes y estábamos cerrando, eran casi las cinco de la tarde. Solo había una chica tomando un trozo de tarta Sacher y un Café irlandés, cuando dijo:

—Disculpa. Pero no he podido evitar escucharte. Estoy buscando compañero de piso.

Y así fue como encontré piso.

3

Con sorpresa, levanté mi mirada hacia la desconocida. En la radio empezó a sonar una de mis canciones favoritas. «Tiene que ser una señal», pensé en ese momento. Aurora estaba tras la barra, colocando tazas de porcelana en el estante, me miró y alzó las cejas con picardía.

—¿Dónde vives? —le pregunté, mientras seguía sonando en la radio la canción de los Beatles...

...where we just meet, she's just the girl for me... [1]

—Vivo aquí al lado, enfrente del Polideportivo Edén. ¿Lo conoces?

Solté la bayeta que tenía en la mano y mi mente se llenó de todo tipo de pensamientos. Mudarme a vivir a la Ciudad Condal era uno de los objetivos que me había marcado hacía apenas unos días.

Había visitado pocas ciudades, y todas dentro de la Península Ibérica. Sabía que la ciudad en la que trabajaba tenía una magia especial. Llevaba muchos años recorriendo sus calles a pie o en transporte público. Contaba con playa y montaña, un parque de atracciones, multitud de sitios emblemáticos como la Sagrada Familia, el parque Güell o Las Ramblas. Incluso existía una réplica de la Estatua de la Libertad, eso sí, algo más pequeña, que pasaba desapercibida ya que estaba en el interior de una biblioteca. Había recorrido sus calles muchos domingos que iba de excursión. Me

preparaba rutas de sitios que quería visitar, dónde comer, o dónde leer a la sombra de un buen árbol. Si iba algún sitio interesante o turístico, Alba y Mercè venían conmigo.

Mercè había dejado de trabajar con nosotros hacía dos años. En la actualidad estaba ocupada en *una llar de infants* [2] como educadora. Se sacó el grado medio de educación infantil por las tardes, mientras que por las mañanas trabajaba con nosotros. Tenía un año más que yo y siempre hablaba en catalán. Incluso a Alba, que era de Argentina y todavía no lo dominaba. Mercè le había ayudado mucho en la comprensión del idioma. Ambas vivían en la ciudad, por lo que yo era el forastero, pero eso podría terminar pronto.

Me acerqué varios pasos a la chica, que estaba terminando de comerse el trozo de tarta de chocolate que le había servido hacía unos escasos minutos. La observé con más detalle; era una chica delgada con la cabeza rapada, aunque crecía una pelusilla alrededor del su cráneo. Vestía elegante, con una blusa amarillo índico y unos pantalones negros.

—¿En serio? ¿Vives aquí al lado? —fue mi inteligente pregunta.

Mi cabeza maquinaba a toda velocidad. Vivir enfrente del Edén significaba que aumentarían mis posibilidades de ver a Dani, aunque él residía en Hospitalet. Había llegado a mirar alquileres y pisos para compartir en dicho municipio: mi obsesión estaba alcanzando cotas inimaginables.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó.

—Rómulo. ¿El suyo?

—Soy Olivia —dijo al mismo tiempo que se llevaba la cucharilla de café a la boca con un pedacito de tarta; fue un movimiento ejecutado con extraordinaria delicadeza—. Encantada.

—Gracias, encantado también.

Sonreía, tenía la piel pálida, no llevaba ni un ápice de maquillaje. Tenía una nariz puntiaguda y un largo pescuezo. La ausencia de cabello aumentaba la visibilidad de este.

—¿Cerráis ahora? —preguntó Olivia.

—Sí —contesté.

—Yo me voy enseguida —dijo Aurora—. Quédate las llaves y pon todos los candados. Habláis aquí tranquilamente sin que nadie os moleste.

—Buena idea —dijo Olivia. Después cogió la taza con sumo cuidado por el asa y sorbió el café como un pajarito.

—¡Ea! —dijo mi jefa.

Aurora era una mujer menuda, con unos cuantos kilos de más y tenía siempre el cabello corto y teñido de color dorado. Llevaba toda su vida trabajando en el Paradís, lo había heredado de su padre, fundador del negocio. Cuando él murió, ella tiró de las riendas de la cafetería y la pastelería; ambos negocios contaban con puertas independientes, aunque los dos locales se comunicaban en el interior.

La parte de confitería había gozado de muy buena fama en el pasado, pero el negocio menguó y la persiana bajo el telón. Los locales ya no estaban comunicados, se había tapiado la puerta y vaciado el establecimiento.

La mayoría de los clientes que venían eran personas mayores que llevaban haciéndolo toda su vida. De todas formas, el nivel de producción había descendido. Apenas vendíamos tartas para cumpleaños elaboradas por nosotros, pues se podían comprar tartas industriales en casi cualquier supermercado a mitad de precio. Cierto es que Aurora no había querido innovar, y la recesión en la que estaba entrando el país, sumada a la competencia feroz que había cerca de nosotros, estaba provocando que el negocio entrase en debacle.

Pocos años atrás, cuando cerrábamos el local a las cinco de la tarde de cualquier viernes, la cafetería se encontraba aún medio llena y siempre abandonábamos el Paradís tarde. Pero la actualidad era muy diferente.

—Termino de limpiar y me siento contigo para hablar —le dije a Olivia.

—De acuerdo.

Aurora ya había terminado de recoger el lavavajillas. Estaba en el almacén, al cual se accedía a través de la barra. Pude ver que cogía su

bolso de mano y un ramo de gardenias que le había regalado un nuevo pretendiente.

—Las llaves están junto a la caja registradora —me indicó. Después avanzó hacia mí para darme dos besos—. Que tengas un buen fin de semana, bollycao. —Salió de la barra con pasos cortos, dirigió su mirada hacia Olivia y le deseó buenas tardes.

—¡Hasta otra! —contestó ella.

—Nos vemos el lunes, si Dios quiere —dijo antes de salir de la cafetería.

Llevaba escuchando esa frase desde los diecisiete años, desde que Aurora me hizo mi primera y única entrevista de trabajo. ¡Qué nervios pasé! Recordaba que fue en la misma mesa que estaba sentada Olivia. «Es otra señal», deduje, las cosas no suceden porque sí.

Aurora bajó todas las persianas exceptuando la de la entrada. «Igual que en el pasado», pensé. La vida era una rueda. El local quedó un poco en tinieblas. Acabé de limpiar las mesas y decidí que barrería y pasaría la fregona en otro momento, no quería hacer esperar más a Olivia.

Me senté frente a ella sin sentir nervios de ningún tipo, ya fuese porque estaba en mi entorno, porque era una entrevista improvisada o porque me había hecho mayor.

—¿Dónde vives? —me preguntó.

—Soy de Vilareza —contesté.

La miraba a los ojos, no me dejaba traspasarlos; había algo en su mirada que me resultaba familiar, pero no sabía el qué. Me acordé del chico del tren, el que padecía heterocromía. Había sido la última persona con la que había conectado. Desde entonces habían pasado algunos meses, y estaba empezando a aceptar —o tal vez a no negar— lo que era, aunque me daba miedo pronunciarlo en voz alta y, no había compartido con nadie mi secreto. ¿Cuánto tiempo necesita uno para aceptar lo que es? ¿Era una fantasía lo que sentía por Dani, o era real? Me daban un poco igual las respuestas. Lo que de verdad le pesaba a mi corazón, lo que le producía dolor, era que faltaban más de noventa horas para volver a verle. Aquello era real.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Veinticuatro. ¿Y usted?

—Treinta y cuatro.

—¿De verdad? Parece mucho más joven.

Siempre decía esa frase cuando una mujer me decía su edad. Mi abuelo Domingo me regaló un libro con consejos sobre la vida. Uno de ellos era decir siempre «pareces mucho más joven» cuando una mujer me decía su edad.

—Muchas gracias —contestó.

Observé que no se ruborizaba. Muchas mujeres lo hacían cuando escuchaban esas palabras.

Me apenaba pensar en mi abuelo, tenía algunos momentos buenos en el presente, aunque ni de lejos era lo que había sido. Una mente brillante, llena de vida y alegría. Le diagnosticaron Alzheimer poco después de nacer los gemelos. Gracias a los medicamentos y a mi madre, todavía no hacía falta ingresarlo en ningún centro especializado. Además, resultaba que eran sitios muy caros y no disponíamos del dinero suficiente para ello. De haber tenido ese dinero, haría tiempo que el abuelo no estaría en casa.

—¿Rómulo? —preguntó Olivia.

Me había perdido en mis recuerdos. Asentí mientras volvía al presente.

—Busco un compañero que esté dispuesto a pagar la mitad del alquiler. Y la mitad de la factura eléctrica y del agua —expuso ella—. La comunidad y la conexión a Internet corren por mi cuenta.

—¿Cuánto pagas de alquiler? —inquirí con ánimo de hacer mis cálculos.

—Setecientos cincuenta euros —contestó ella.

—¿Usted trabaja?

—Sí —respondió sin incomodarse por mis preguntas—. Trabajo

en una residencia de ancianos, y los fines de semana en una discoteca.

—¿Tiene dos trabajos? —pregunté.

Me llamó la atención lo de la discoteca. Solo había visitado dos en toda mi vida. Una de ellas era la Sala Bikini, a la que iba con Alba y sus compañeras de clase de baile. La otra se llamaba Razzmatazz y había estado con Abril y su gente. Acabé embriagado, como hacía unos días en la verbena de San Juan. El alcohol siempre sacaba lo peor de mí: vómitos, diarrea y una gran resaca al día siguiente. Cuando salía con Alba y sus amigas y acudíamos a la Sala Bikini bebía un San Francisco. No quería montar ningún número, ella no era mi hermana, y además trabajábamos juntos todos los días. Llegué a la conclusión de que ese tipo de relación era la que buscaba con la persona que fuera a compartir piso. La mujer que tenía delante irradiaba un magnetismo misterioso.

—Sí —contestó tras una larga pausa—. Te preguntarás por qué busco compañero de piso entonces...

—No —contesté.

—Mejor —repuso.

Empezamos a hablar sobre algunas normas de convivencia. Yo no tenía ni idea de tales cosas, y me quedó claro que sería ella quien marcara las pautas y las reglas. La conversación avanzaba hacia cuándo iba a trasladarme.

—Siempre y cuando te guste el piso. ¿Quieres verlo ahora?

Miré el reloj, eran las cinco y cuarto. Acepté ver el apartamento en ese preciso instante. Barrería y fregaría la cafetería el lunes por la mañana, pensé con resignación, pues eso significaba levantarse más temprano.

Quería ir a vivir con ella por el simple hecho de estar cerca del lugar de trabajo de Dani. ¿Era una locura? Nadie lo sabría, al igual que nadie sabía lo que sentía por él. Eso me parecía más descabellado aún. Había pensado escribirle una carta y declararle... ¿mi amor? Pero... ¿cómo explicar en palabras lo que no se atreve uno a decir en voz alta?

Lloraba en silencio cada vez con más frecuencia. Eran lágrimas de

rabia y de impotencia. Me hubiera gustado tener un amigo para contarle todo por lo que estaba pasando. Había dejado de evocar a Tomy y contarle mis secretos e intimidades. Ni siquiera a él me atrevía a confesarle la verdad. Envidiaba a mi hermana, que tenía muchas amigas, pero en especial envidiaba su relación con Fanta, pues siempre iban juntas y se contaban todo. Ambas se hicieron el *piercing* de la nariz al mismo tiempo, aunque Fanta se lo acabó quitando. ¿Por qué yo no podía tener algo parecido con alguien? Si tuviera un amigo, haría lo que fuera por hacerle feliz, para que confiara en mí y nunca, bajo ningún concepto, le fallaría. Le daría incluso mis ahorros en caso de que los necesitara. Y podría contarle mi «problema», pues yo sabía que no era una enfermedad, como decía alguna gente conservadora, aunque no podía sentirme orgulloso de lo que era.

—Podríamos ir a verlo ahora —contesté.

Nada más salir a la calle se puso las gafas de sol y se encendió un cigarrillo de la marca Morley. Me ofreció coger uno, pero negué con la cabeza: detestaba el tabaco. Bajé la última persiana y puse los tres candados. Comprobé que estaban cerrados hasta en tres ocasiones. Olivia terminó de fumar el pitillo antes de partir en dirección a su piso.

—¿Cuánto llevas trabajando en el Paradís? —se interesó cuando empezamos a caminar. Después me preguntó por Aurora, mostró interés en la vida sentimental de mi jefa. Le expliqué que enviudó cuando yo era pequeño y que en 2002 se había casado con un tal doctor Martín, pero aquel hombre, hacía unos años, se fue a dar un paseo una tarde y nunca más regresó. Después continuamos hablando sobre el comercio del barrio y cómo muchos negocios se habían ido a pique. Le pregunté por qué llevaba el pelo rapado y me confesó que lo hacía desde pequeña, pero no contestó a mi pregunta. Sabía el cuándo, pero no el porqué.

En cuanto a su familia, solo me contó que vivían en Ávila. Por mi parte, yo le hablé de todos los miembros de la mía. Incluso le dije que mi abuelo estaba muy enfermo, y que teníamos una vecina, de nombre Herminia, que era como una más. Por supuesto, también le nombré a Fanta. Ella escuchaba mientras caminaba a mi lado, esquivando a las personas que venían en sentido contrario y formulándome más preguntas sobre los míos.

Llegamos a la entrada de su piso. Estaba delante del Polideportivo Edén, como me había dicho. La entrada era la de un edificio

decimonónico. Los números del portal correspondían al 2187. Había varios grafitis en la entrada, meras firmas. Y también una esvástica pintada en negro y luego tachada con color rosa.

Entramos. Olivia estiró su brazo hacia el interruptor de la luz. La puerta se cerró tras nosotros y quedamos en penumbra, hasta que se encendió, entre parpadeos, la luz de una bombilla que colgaba del techo bajo un simple cable. No se filtraba la claridad natural del exterior. Caminamos hacia el ascensor, que era más antiguo que las barbas de Matusalén; de hecho, se parecía más bien a un montacargas. No tenía puerta, en su lugar había una verja corredera de hierro, con la pintura verde muy descascarillada. Ella corrió hacia un lado aquella especie de malla chirriante y entró. Al girarse, dijo.

—Vivo en el ático.

—Prefiero ir por las escaleras.

—¿Te da miedo? —me preguntó.

No, no tenía miedo a subirme en un ascensor. Tenía miedo a las serpientes. Pensé en contarle mi incidente, pero rehusé hacerlo mientras me fijaba en una placa que había dentro del ascensor. Había sido construido por la empresa Ciberdyne System Corporation y databa del 4 de octubre de 1957.

—Respeto —dije.

Ella asintió y cerró la puerta.

Empecé a subir las escaleras, lo hacía alrededor del ascensor. Y hubiera apostado a que llegaría primero si aceleraba un poco el paso. Las puertas de entrada de todos los pisos eran diferentes, incluso de diversos colores. Había dieciséis escalones por cada tramo y subí seis mientras pensaba en la última vez que me monté en una de aquellas terroríficas cajas móviles.

Sucedió muchos años atrás. Quedé atrapado junto con Abril. Todavía no había móviles, al menos para la gente corriente. Mi padre usaba un «busca», que era un aparato muy gracioso que llevaba colgando de sus pantalones negros de pinza. Llamabas a una centralita y dejabas un mensaje que ellos enviaban escrito al dispositivo. Mi hermana y yo le mandábamos un montón de pamplinadas siempre que mi madre se despistaba.

El problema era que Abril y yo no podíamos llamar a ningún número cuando nos quedamos encerrados en el ascensor. Se había ido la luz en todo el vecindario, y mi hermana tuvo la brillante idea de decirme que no podíamos gritar porque nuestras voces consumirían el aire del ascensor. «Nos quedaríamos sin oxígeno y moriríamos asfixiados, como los peces cuando los sacas del agua», alegó. Yo creía siempre a mi hermana, hasta cuando me dijo que El Caga Tió era el hermanastro feo de Pinocchio, y que Geppetto lo había echado de casa.

Estuvimos seis largas horas encerrados en aquel ascensor. Llevábamos ambos un reloj en cada muñeca, pero el mío era el único que disponía de luz cuando pulsabas un botón. Pensé que estaba estropeado, porque el tiempo pasaba muy despacio. Teníamos hambre, sed y ganas de hacer pipí.

Desde ese día, nunca había vuelto a montarme en un ascensor. Mi padre se cabreaba muchísimo, pero nunca daba mi brazo a torcer. Subía por las escaleras, me daba igual que el edificio tuviese cinco que cincuenta plantas, y también me daba igual hacerlo en solitario. Como no me acordaba de a qué edad exacta me ocurrió aquello, podía decir que llevaba toda una vida sin utilizar el ascensor.

Cuando por fin llegué a la sexta planta, me encontré con Olivia abriendo la puerta de su casa. Por el deterioro del edificio y sus zonas comunes me había imaginado un piso antiguo, sucio y deprimente. Al entrar me di cuenta de lo equivocado que estaba.

El piso era grande, estaba completamente reformado y parecía nuevo. No había ni una mota de polvo por ningún sitio, todo estaba ordenado. Contaba con tres habitaciones, una de ellas estaba cerrada con un candado. No me atreví a preguntar qué había tras la puerta. La que sería mi habitación olía a pintura, contaba con algunos muebles y una ventana que daba a una galería interior. Comprobé que quedaban algunas pertenencias de la antigua compañera de Olivia. Durante el recorrido, observé lo limpio que estaba todo, cómo brillaban los muebles y las ventanas. Elogié la pulcritud y el orden de su vivienda. «Cada cosa tiene su lugar en esta casa», añadió. Salimos a la terraza que era inmensa y peculiar debido al tejado. En cuanto al mobiliario, contaba con una pequeña mesa y dos sillas, y flores y plantas de todas las especies. Reconocí un rosal y unas macetas de menta.

El olor a menta siempre me recordaba a mi abuela, aunque nunca

llegué a conocerla porque murió unas horas antes de que yo naciera. No tenía una explicación lógica sobre esto; como tampoco la tenía por la obsesión sobre la numeración de su fecha de nacimiento, que fue un 23 de mayo de 1923. Siempre conmemoraba ese día visitando su tumba y depositando un manojo de menta frente a su lápida.

—¡Rómulo! ¿Qué te parece mi casa? —me preguntó Olivia.

—Me encanta.

—Entonces... —empezó a decir con una voz melosa—, ¿quieres ser mi compañero de piso?

—Sí, quiero. —Y la abracé. Fue algo repentino, algo que hice sin pensar. Mientras la estrechaba entre mis brazos, contento de haber encontrado piso, pensé que tendría que empezar a tutearla después de ese impulso.

De camino a casa, mientras caminaba debajo de la ciudad por los túneles que conectaban la estación de metro con Sants Estació, iba escuchando a Paul Evans; no podía parar de rebobinar la canción *Happy-go-lucky-me* una y otra vez, me sentía radiante de felicidad. Caminé por el largo túnel, mientras chasqueaba mis dedos y movía mis hombros al ritmo de la música.

Well! Life is sweet... Whooa sweet as honey (a haha), happy go lucky me... [3]

¡Había encontrado piso! ¡Me emancipaba! Era una de esas sensaciones que se tienen una vez en la vida, al menos la primera vez. El 1 de agosto empezaría a vivir allí, todavía faltaba más de un mes.

Me encontraba en Sants caminando hasta la vía once y me fijé en un hombre que estaba sentado. Era enorme, en todos los sentidos; tanto, que era imposible que alguien pudiera sentarse en los asientos contiguos. Tenía la cabeza rapada e iba sin afeitar. Parecía estar en Marte; sus ojos eran negros, pequeños, miraban a un punto fijo detrás de mí que no supe localizar. Llevaba una camiseta malva desgastada y unos pantalones de chándal enormes con rodilleras; su enorme panza sobresalía, tenía vello y calzaba unas sandalias.

Empecé a descender por las escaleras automáticas mientras pensaba en el individuo. ¿Y si lo observaba? ¿Cuánto tiempo sería capaz de estar allí sentado? ¿Tendría que ir a algún lugar? Faltaban

unos minutos para que el tren llegara. Mi cabeza era un torbellino de ideas y pensamientos. Temblaba de felicidad y de miedo. Me sentía eufórico. Nunca me había sentido de esa forma, tenía ganas de gritar, pero estaba en un lugar público rodeado de desconocidos.

Una vez llegó el tren, entramos todos y me senté en el primer lugar disponible que vi. Guardé el *walkman* en la mochila y saqué un libro. La gente seguía accediendo al vagón, me fijé en una mujer grande de pelo dorado y piel pálida; estaba muy gorda y tenía una mirada triste. Permaneció erguida en el centro del vagón sosteniendo una guitarra española. El tren se puso en marcha mientras en el exterior una mujer corría e intentó abrir la puerta en vano. Llevaba el cabello corto y tenía unos ojos muy grandes. ¡Era la pescadera! Me olvidé de ella tan pronto empecé a escuchar los primeros acordes de la guitarra. Era una de las canciones que tenía grabadas en la cara A de mi casete. La desconocida tocaba muy bien; era la canción *Johnny B. Goode*, de Chuck Berry. Los ojos de la guitarrista miraban hacia todas direcciones hasta que se posaron en mí, entonces empezó a cantar con una voz profunda, potente y armoniosa. La miré embelesado durante toda la canción. Al terminar la mayoría de los pasajeros la ovacionamos. Pasó el bombín por todo el vagón. Al llegar mi turno deposité una moneda de dos euros y miré el interior con curiosidad, donde había muchas más monedas, y hasta caramelos y cigarrillos.

Me bajé en la parada de Viladecans y esperé allí unos minutos, hasta coger el autobús L321, que me llevaría al municipio en el que vivía. Tras el volante, una inmensa mujer negra me devolvió la sonrisa y me saludó. Una vez sentado en la última hilera, extraje un par de manzanas Gala que devoré, al mismo tiempo que intentaba no moverme del asiento debido a la velocidad con que el autobús tomaba las curvas. Sonó mi teléfono móvil, había recibido un mensaje de texto, algo inaudito. Era de Olivia.

«Hola, compi. Que tengas un buen fin de semana».

4

Deseaba que mis labios entraran en contacto con los suyos, los había observado en infinidad de ocasiones; eran gruesos y esponjosos. Pensaba en lamerlos, sentir su tacto en los míos, frotándose, mientras mi lengua jugueteaba con la suya. A veces fantaseaba con ello cuando besaba el espejo. Cerraba los ojos, sentía la humedad de mi lengua chocando con el frío cristal. Casi podía sentirlo, mi cuerpo se agitaba al tener tan cerca el suyo. Otro secreto más que me llevaría a la

tumba, pero era lo más parecido que había encontrado para simular que nos besábamos.

¿Era horrible contemplar a dos personas del mismo sexo besarse? Al parecer no lo era, y una tarde cualquiera, en la que ambos estábamos en el gimnasio a varios metros de distancia, me di cuenta de todo lo que sentía por él. Pero no tenía valor para cruzar la sala y decírselo. Ni se imaginaba que llevaba por él mi camiseta más bonita. Había momentos mágicos en los que nuestras miradas se cruzaban; él apartaba la vista rápido y bostezaba, algo aburrido, pero para mí el tiempo se detenía esos instantes. Él desconocía lo feliz que yo era tan solo con tenerlo cerca.

Lo observaba ejercitando los músculos de las piernas; no podía evitar fijarme en sus glúteos cuando pasaba cerca. Aquel día nos habíamos saludado cuando entró. Me había preguntado: «¿Qué pasa, *calabasa*?». No supe qué responderle, le miré a los ojos y creí ver golondrinas volando en ellos, mientras por mi azotea no anidaba ninguna respuesta.

Más tarde tuve un incidente. Atasqué el mosquetón de una polea al poner uno más pequeño. Forcejeé intentando sacarlo, pero fue en vano. Miré de reojo a Dani, no había visto mi estropicio. Tenía la excusa perfecta, necesitaba su ayuda, pero me daba vergüenza pedírsela. Apoyé mi pie en la columna y, con toda la fuerza que fui capaz de reunir, tiré hacía atrás.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó. Mis manos resbalaron, no tenía bien sujeto el mosquetón y caí de espaldas—. ¿Estás bien? —su voz sonaba con un ligero matiz de preocupación.

—Sí —dije, aunque me dolía horrores la rabadilla del culo.

Él observó la polea y yo aproveché para acercarme a él, estábamos a un beso de distancia. Su piel olía a moras y a frambuesas. Cogí el mosquetón con la mano derecha mientras le mostraba que se había quedado atascado. Colocó su mano sobre él, lo que provocó que nuestros dedos se rozaran por vez primera. Aparté mi mano a toda prisa, había sentido una descarga eléctrica al entrar su piel en contacto con la mía. Expulsé el aire muy despacio.

—Esto de aquí no sale. ¿Cómo diablos lo has atascado, comadreja? —preguntó con una media sonrisa.

Estábamos tan cerca el uno del otro que podía descubrir detalles de su rostro que no conocía, como varias pecas pequeñas en la parte superior de los mofletes y algún rastro de espinillas en la frente.

—No sé —dije. Quería añadir algo más, algo divertido, pero mi mente estaba bloqueada. Al parecer, eso le bastó, porque soltó una pequeña carcajada que me hizo sonreír ruborizado.

—Utiliza la otra polea. Luego le diré al señor Ramírez que lo arregle.

Le di las gracias y caminé hacia el otro lado, dándole la espalda. Ramírez podría reparar el estropicio, pues era el encargado de mantenimiento del Polideportivo Edén.

No sabía muy bien qué decirle ni cómo actuar cuando estaba cerca de él. No tenía a nadie que me aconsejara. Y al parecer a Dani le importaba un pimiento, porque carecía de todo interés por conocerme.

«¿Me estoy ahogando en un vaso de agua?», me pregunté más tarde, cuando me duchaba, mientras oía al gato maullar y el agua caliente caía sobre mi cuerpo desnudo. Escuché las voces de varios ancianos que entraban en el vestuario; llevaban bañador y un ridículo gorro de goma color carne sobre sus cabezas.

—¿Os habéis dado cuenta? ¿Eso ha sido un minino? —preguntó uno de ellos. Se volvieron a oír unos maullidos agudos. No pude evitar sonreír bajo la ducha.

—¡Zape! ¡Gato! —dijo uno.

—Eso no es un gato —intervino otro anciano.

—Miaaauuuu —volvió a escucharse.

No podía dejar de preguntarme por enésima vez por qué maullaba cuando se duchaba. ¿Era una más de sus «danieladas»? ¿O había una razón tras ello?

Mientras tanto, el calendario avanzaba, y cada día trasladaba a mi nuevo apartamento lo que entrase en una mochila que colgaba a mi espalda. Lo más pesado que había llevado hasta el momento eran colecciones de libros de varios volúmenes. No tenía videoconsola ni televisor ni equipo de música. Solo libros, casetes y minerales.

Mi nueva habitación medía nueve metros cuadrados. Tenía una ventana que daba al patio interior del edificio. Además, contaba con una cama, un armario, un escritorio y varias estanterías. Creía recordar que la tarde que vi el dormitorio quedaban algunas pertenencias de la antigua inquilina, pero cuando empecé a llevar mis cosas, durante el mes de julio, la habitación estaba vacía. Sentí curiosidad por conocer algún dato más sobre su antigua compañera, y le pregunté a Olivia, pero solo conseguí saber que se llamaba Alicia y que había vuelto a su ciudad natal.

***

Me llevó varios días comunicar la noticia a mi familia. Quería buscar el momento adecuado, a poder ser con mi abuelo lúcido. El mismo viernes que conocí a Olivia, cuando llegué a casa, de la felicidad que sentía les hubiera contado la noticia, pero no estaban. Era extraño, porque ni siquiera se encontraban allí el abuelo ni Lulu. Más tarde averigüé que habían salido a celebrar que Abril había encontrado trabajo en un Fast Queen. Aproveché el silencio —que pocas veces había en casa— para leer en el sofá del comedor, mientras tomaba un té de anís con una rodaja de limón y unas gotas de sirope de agave. Recuerdo que interrumpí la lectura varias veces para responder al mensaje de texto de Olivia, pero todo lo que escribía me parecía inapropiado, y al final no pude contestarle aquella tarde.

Llegó el lunes; entré antes de tiempo para barrer y fregar la cafetería. Mi jefa apareció y, tras darme los buenos días y dos besos, me preguntó por lo ocurrido el viernes anterior. Ella supo antes que nadie que me iba a independizar. Y los días pasaban, y no encontraba el momento idóneo. En casa cenábamos todos juntos, la única posible ausencia era mi hermana Abril, que se iba con Fanta a cenar fuera o a trabajar. Cuando comíamos en reunión, antes de sentarnos, ya estaba el ambiente crispado, y las discusiones empezaban antes de que estuviéramos todos congregados alrededor de la mesa. Podía ser Abril contra mis padres; otras veces eran los gemelos los que fastidiaban a Abril o discutían entre ellos. Samuel siempre llamaba «gafotis» a Máximo cuando quería sacarle de sus casillas. Le chinchaba muy a menudo, por ejemplo, cuando perdía contra él jugando a la consola.

Otro problema era el hecho de sentarnos a la mesa todos a la vez. Abril hablaba por teléfono continuamente y mis hermanos pequeños estaban tan ensimismados en sus quehaceres que ignoraban que la comida estaba servida. Mi padre era el primero en perder la paciencia, y mi madre anunciaba desde la cocina que no estábamos en un hotel.

Al final tuve que cambiar de estrategia. Una tarde, al llegar a casa, encontré a mi madre sola. Estaba pintando con acuarelas. Llevaba tres cuadros finalizados, todos ellos eran una puesta de sol sobre un océano azul turquesa.

Tomé asiento junto a ella.

—Me voy de casa a final de mes —solté sin ningún tipo de preámbulos.

Mi madre sostenía el pincel con delicadeza, y lo sumergió en el agua que había en el interior de un bote de cristal.

—¿Estás seguro, cariño?

Creo que mi madre es la persona que mejor me conoce. Y es con la que mejor relación tengo de toda mi familia, aunque los momentos en los que estamos a solas son escasos.

—Estoy seguro —respondí.

Mi madre me cogió de la mano, parecía estar a punto de llorar.

—¿Estás bien, mamá?

—Mejor que una flor de mayo —respondió—. Eres mayor. Haz lo que quieras.

Me miró a los ojos, tenía su beneplácito. Mi siguiente pregunta fue saber dónde estaban mis hermanos.

—Han ido con tu padre a recoger a tu abuelo.

Mi abuelo estaba ingresado en el hospital, se había mareado mientras le duchaba mi madre y se cayó en el plato de la ducha. Primero se golpeó la cabeza con fuerza y luego se hizo un esguince en la muñeca. Llevaba tres días ingresado, la tarde anterior mostraba una leve mejoría.

Aquella misma noche, le comuniqué a mi padre que tenía intención de marcharme de casa. Intuí que estaba de buen humor porque lo encontré en la cocina, silbando mientras limpiaba la encimera. Su primera pregunta fue:

—¿Con quién te vas a vivir?

—Con una chica.

—¿¡No estará embarazada!?

Mi padre llegó a la conclusión de que Olivia era mi novia. Le daba igual que me sacara diez años. Para él era difícil creer que dos personas de diferente sexo podían tener solo una amistad, aunque todavía no éramos amigos. Poco sabía de ella; eludía mis preguntas con mucha inteligencia, y no quería atosigarla, ya tendría tiempo de hacerlo cuando viviéramos juntos.

Transcurrieron los días. Intentaba pasar más tiempo con mi abuelo. Cuando estaba de buen humor trataba de convencerlo para que jugásemos una partida al ajedrez o al backgammon, pero él rehusaba, alegando que estaba cansado y tenía un brazo vendado. Su vida parecía apagarse. Estaba más delgado y tenía el cuerpo lleno de moretones. Sus manos eran huesos, venas y piel arrugada. Además de que había empezado a usar pañales.

Agosto se acercaba. Muchas tardes cuando llegaba a casa encontraba a mi abuelo sentado en el sofá. A veces estaba solo, o con los gemelos, que le acompañaban mientras jugaban a la videoconsola. Herminia también se preocupaba por él a todas horas; hacía ganchillo mientras le daba conversación, aunque mi abuelo solo asentía, estaba ausente la mayor parte del tiempo. A pesar de su estado, una mañana se las ingenió para salir de casa a pasear y comprar a Máximo un paquete de Shornolletas.

A su vera siempre estaba Lulu; pasaba todo el tiempo con él desde que le habían dado el alta del hospital. La perrita era un podenco andaluz de color canela que habíamos acogido cuatro años atrás. Sucedió un día que la familia al completo fue a comer al campo el día de Pascua. Mi padre era el encargado de la barbacoa. Mi madre había preparado mucha comida en casa: dos tortillas de patatas enormes —una sin cebolla, para mi hermana, y la otra de harina de garbanzos, para mí—, *all i oli* con leche de almendra, *humus*... Por supuesto, no podía faltar un bote de kétchup de la marca favorita de mi hermana ni un *tupper* con las famosas croquetas géminis para Máximo.

Mientras comíamos llegó Herminia, que tenía una sorpresa para toda la familia. Llevaba a Lulu en brazos y la puso en los de Max. Quería desprenderse de ella porque tenía mucha energía y no podía

seguirle el ritmo. Mis hermanos y yo tardamos más de una semana en convencer a nuestros padres para quedárnosla. ¡Nunca habíamos tenido un perro! Por no tener, no habíamos tenido nunca una mascota en casa. Mi madre era muy estricta en ese sentido. Lo hacía por nuestro bien, argumentaba primero. Después añadía que no quería tener ningún animal encerrado en casa en contra de su voluntad. Intentamos persuadirla de diferentes formas, los cuatro nos encargaríamos de sacar a Lulu a la calle, mantenerla limpia y prestarle atención. Pero mi madre no quería dar su brazo a torcer. A mi padre fue más fácil convencerle porque él había tenido muchísimos animales cuando era pequeño.

Al final, después de nuestras reiteradas peticiones, conseguimos convencer a mi madre sin que nos diéramos cuenta. Porque aquel lunes 11 de abril de 2004 Lulu ingresó en la familia por la puerta grande. Mis hermanos y yo saltábamos de alegría. Fue una tarde llena de promesas que cayeron pronto en saco roto, la armonía pasó a tormenta nada más llegar a casa. Todos queríamos tener en brazos a Lulu, que durmiera en nuestra habitación, sacarla a la calle, cepillarla, acariciarla... Al final ganaron los gemelos; una vez más se salieron con la suya.

Nuestra vida cambió con su llegada, y a los pocos días era una más de la familia. Todos jugábamos con ella, su juego preferido era el escondite. Mi abuelo la retenía en el recibidor, mientras los demás nos ocultábamos. Mi madre solía esconderse en el patio interior alargado, allí había varios sitios donde podía camuflarse. El sitio predilecto de los gemelos era dentro de la bañera, donde se cubrían con mantas o toallas. A mi hermana Abril le gustaba subirse sobre los muebles, armarios, mesas o estanterías. Mi padre salía a fumar al balcón y era al primero que siempre encontraba. A mí me gustaba meterme dentro de los armarios, incluido el que teníamos en la cocina, debajo del fregadero, que era bastante pequeño y estaba repleto de botellas de la limpieza.

Lulu nos iba encontrando de uno en uno y nos acompañaba hasta el comedor, donde el comisario (mi abuelo) nos tomaba presos; acto seguido, ella continuaba buscando a los demás.

Tener un perro era una de las experiencias más gratificantes que podían existir. Te lo daban todo a cambio de nada. Siempre me he preguntado si su vida era más corta debido a la intensidad con la que viven. Deberíamos aprender a querer como los perros, volvernos locos cada vez que vemos a la persona que amamos, aunque sea la cuarta

vez en un día.

***

El calendario avanzaba, y un 24 de julio por la tarde, me encontraba tumbado en la playa. Podía sentir el sol bronceando mi cuerpo. Tenía pensado estar una hora más y después cogería el metro, el tren y el bus para llegar a casa. En poco más de una semana, Barcelona sería la ciudad en la que residiría. Mi vida estaba a punto de cambiar y no había vuelta atrás.

Mientras pasaba la hora estipulada para marcharme de allí, observé a una pareja que tenía al lado besarse con pasión. Un chico musculoso y una joven mulata muy delgada. Decidí levantarme y caminar hacia la orilla para darles algo de intimidad. Toqué el agua con mis pies, rondaría los 23ºC. Avancé mientras el agua empezaba a cubrir mi cuerpo. Apenas había oleaje.

Empecé a flotar en la superficie y me alejé de la orilla. Nadé hasta cansarme y regresé al punto de partida algo mareado, mientras me fijaba en mis pertenencias y observaba a la mulata de cabello rubio que iba a bañarse también. ¡Estaba hablando sola! Su voz era extraña, demasiado grave. Ya en la arena, me fijé que en la playa había un chico con un bañador negro de licra jugando con varias personas con discapacidad. «¡Es Dani!», me dije.

Caminé hacia mi toalla mientras pensaba en saludarle, pero no sabía qué decirle. Además, me daba vergüenza que me viera el bañador, descolorido debido a los años que tenía. En el gimnasio, había pensado alguna vez en despedirme de él diciendo: «¡Hasta luego, Lucas!», pero lo cierto era que aquella frase estaba un poco desfasada. Se encontraba a varios metros de mí, corriendo cada dos por tres detrás del *frisbee*. No podía apartar los ojos de su cuerpo. Mi mirada debía ser más intensa que los rayos de sol, que se iban debilitando a medida que avanzaba la tarde.

Grabé ese momento en mi memoria. Mis cinco sentidos se deleitaban, aunque el que más disfrutaba era la vista. Sentía la brisa marina, el sonido de las olas y el olor que traían. Escuché cómo gritaba: «¡*Yabba dabba doo*!» mientras lanzaba el disco volador.

Seguía sin saber por qué solo trabajaba dos días a la semana. Mi último éxito había sido preguntarle de qué equipo de fútbol era forofo. Un tema interesante y recurrente entre hombres. ¡Hasta mi hermana hablaba mucho de los jugadores! De pequeños siempre nos sentábamos frente al televisor para ver algún encuentro. Yo hacía acto

de presencia, pero no prestaba atención, solía leer algún libro de R. L. Stine.

—No me gusta el fútbol —contestó Dani el día que le pregunté de qué equipo era. Su respuesta me dejó tan descolocado que no hablamos más ese día, ni le preguntaría nada en los siguientes.

Un chico con piernas largas y desproporcionadas cayó a la arena y empezó a llorar. Dani fue hasta él para consolarlo. Todos fueron a ver cómo se encontraba, lo cual provocó que el muchacho se pusiera más nervioso. Podía escucharlos si me esforzaba. Había bastante gente alrededor hablando, más el ruido de la ciudad, que podía oír incluso desde la arena.

—Si le das un beso, se cura —dijo uno de los del grupo.

—Los hombres no se dan besos —respondió Dani.

Intenté regresar al libro que estaba leyendo, *El guardián entre el centeno*, pero no podía dejar de pensar en lo que había dicho Dani. Un cuarto de hora después se marcharon, y decidí seguirles desde lejos. Faltaban cuatro días para que lo volviera a ver, así que mi intención era acortar ese tiempo.

Era difícil seguirles porque caminaban despacio, aunque su destino era un pequeño autobús que estaba estacionado en el aparcamiento para minusválidos. En cuanto todos se montaron, el conductor encendió el motor y el vehículo de transporte empezó a moverse hasta que lo perdí de vista, internándose en la jungla de asfalto como si de un guepardo se tratara.

Hice lo mismo, caminé en dirección al metro. La parada más cercana era Selva de Mar. Mientras esperaba el suburbano antiguo de la línea amarilla, y contemplaba la cuenta regresiva que marcaba el cronometro que había en el panel eléctrico, un pasajero de enormes proporciones llamó mi atención. Observé su perfil y la ropa que vestía: una camiseta color bermejo algo roñosa y unos pantalones deportivos muy holgados con el número diecinueve en uno de los laterales. Calzaba unas chancletas de baño nuevas, además de llevar unos calcetines blancos.

Una vez entramos en el vagón, me senté enfrente de él. Lo reconocí nada más ver sus pequeños ojos negros. Le había crecido algo de pelo desde la última vez que lo había visto, sentado mirando a la

nada en la Estación de Sants.

Allí era donde me dirigía. Él se bajó un par de paradas antes de llegar a Paseo de Gracia, que era la estación en la que había decidido hacer el transbordo. Durante el trayecto, estuvo dándole vueltas a una especie de *flyer* de discoteca. Estuve un buen rato contemplándolo hipnotizado, casi sin darme cuenta. Intentaba leer una frase que había escrita en uno de los lados. Eran letras rojas sobre un fondo negro. No logré averiguar lo que ponía, pero conseguí vislumbrar una palabra: «INFIERNO».

Una vez cambié a la línea verde y me monté en el vagón, recorrí las ocho paradas leyendo. Después tuve que caminar un buen trecho hasta llegar al andén que pisaba a diario. Mientras esperaba, observé a los pasajeros que había a mi alrededor, pero no encontré ningún rostro conocido. Una vez llegó el transporte, entré el último y me senté en el primer asiento libre que encontré, cerca de la ventana y de cara a la cabeza del convoy.

Momentos antes de que se pusiera en marcha, entró una mujer corriendo. Tenía el cabello de color platino y llevaba un bolso inmenso, de color plateado. La reconocí: era la mujer que trabajaba en una pescadería.

—¡Rosa! ¡Aquí! —escuché gritar tras de mí.

Ella fue a sentarse con la mujer que la había llamado, mientras un hombre con un acordeón y una muleta empezaba a tocar una pieza musical.

Me apeé en Viladecans y allí cogí el L321. Tras el volante del autocar, estaba mi conductora favorita, una mujer corpulenta con un tono de piel más negro que el carbón. ¡No sabía su nombre! No llevaba en el pecho la plaquita identificativa con él.

Antes de volver a sumergirme en el libro de J. D. Salinger, pensé en el recorrido que estaba haciendo en ese instante, un trayecto que había realizado infinidad de veces en los últimos años. Pronto, tan solo lo recorrería para ir a visitar a mi familia. Dejaría de ver a muchas personas que no conocía a pesar de que compartíamos una parte del itinerario.

Una vez me bajé en Kiokuya, fui directo al kiosco de Genaro, pero seguía sin llegar una revista mensual que compraba. De camino a casa

pasé, como siempre, por delante de la ferretería de Daniel; lo saludé y proseguí el camino a mi hogar.

5

Era un 23 de agosto. Me encontraba comiendo una manzana Golden Delicious a bocados, tumbado en la hamaca de la terraza del piso de Olivia; mientras tomaba el sol miraba las diferentes estelas blancas que los aviones dejaban en el cielo. Sabía que se trataba de vapor de agua condensado, producido por los motores durante la combustión a más de treinta y dos mil pies de altura. Me gustaba contemplar cómo desaparecían, aunque no siempre era así. Circulaba un sinfín de rumores sobre lo que eran en realidad. Si escribía la palabra «chemtrails» en el buscador Finder Spyder, podía volverme loco con la cantidad de especulaciones siniestras que había sobre ello.

Llevaba cerca de tres semanas residiendo en la Ciudad Condal y mi vida había experimentado ciertos cambios. Algunos eran físicos. Mi estética, para ser más preciso, algo a lo que nunca le había dado mucha importancia. Había ciertas cosas que nunca me había planteado hasta el momento de empezar a vivir con Olivia. Ella era una de esas personas que te obligaban a dar lo mejor y se mostraba muy persuasiva en muchos aspectos.

Me depiló las cejas y el cuerpo con crema depilatoria. Lo intentó con cera caliente, pero mis gritos de dolor la disuadieron, así que se decantó por un método menos agresivo. También cambió mi pelo; dejé de peinarme con la raya al lado, un estilismo que me había acompañado toda mi vida. Ahora llevaba el pelo rapado, degradado por los laterales y de punta en la parte superior; tenía que usar gomina para moldearlo a mi gusto.

Tengo que reconocer que me gustaba mi nuevo *look*. Todo eso no hizo sino aumentar las sospechas de mi padre acerca de que Olivia era mi pareja. La siguiente fase fue cambiar mi vestuario y combinar mejor los colores. No entendía el porqué, pero me gustaba la sensación de ir a la moda.

***

La primera noche no pude dormir. Estaba tan excitado y contento que me dediqué a hacer cábalas e imaginarme cómo sería la vida en mi nuevo hogar junto a una mujer desconocida. Nos habíamos tomado unos chupitos de tequila con sal y limón, a la vez que brindábamos por nosotros y porque la gente en el mundo riera más.

Los días viviendo con Olivia eran peculiares. Tras su apariencia ingenua y su sonrisa enigmática se escondía una mujer obsesionada por el orden y la limpieza. El primer día bastó para comprobar *in situ* este hecho. Todas las mañanas madrugaba para dejar impoluto el apartamento. Yo tenía que colaborar con esas tareas, aunque no se me ocurría hacerlo a las seis de la mañana, hora a la que sonaba su despertador.

Una de las frustraciones más grandes que padecía a la hora de convivir con ella era recordar dónde iba cada objeto. Cada uno de ellos solo podía encontrarse en un lugar si no se estaba utilizando. Suponía que eran manías y extravagancias de Olivia.

—El orden me da estabilidad —dijo ella mientras revisaba que todo estuviera en su lugar, una noche que había cenado fuera y yo había decidido vaciar el lavavajillas. Aunque una nota lo prohibía, me creí capaz de poner cada cosa en su sitio. Me equivoqué de cabo a rabo. Sabía dónde iban los platos, los vasos y los cubiertos; incluso tenía presente que estos últimos había que ponerlos de perfil y alinearlos milimétricamente. Pero no conocía la ubicación exacta del resto del menaje de cocina y ese fue mi error. Olivia actuó con diplomacia y no se enfadó, pero estuvo un tanto extraña los días siguientes; tanto, que incluso pensé en volver a casa con mi familia.

Olivia tenía muchas manías, una de ellas era lavarse las manos. Lo hacía con mucha frecuencia. Otra singularidad era que tras fumar su cigarrillo Morley en la terraza, inmediatamente después tenía que depositar el contenido en el cubo de la basura y fregarlo con agua y jabón. Acto seguido, iba al servicio a lavarse los dientes y regresaba a la terraza con el cenicero limpio. Por supuesto, tenía los libros por orden alfabético, y había podido comprobar que la ropa en su armario estaba ordenada por colores. Muchas de sus costumbres no me afectaban, aunque había otras que *sí*: el orden de los productos comestibles que había en el interior del frigorífico, alinear de forma simétrica las toallas en el cuarto de baño, poner siempre de cara los rollos de papel higiénico, coger los productos más longevos en el súper o cerrar con llave la puerta principal. Todo esto venía especificado en el contrato de convivencia que había firmado antes de irme a vivir con ella.

«Cada cosa tiene su lugar en esta casa», decía. Una verdad como un templo, que dejó caer varias veces antes de mudarme con ella. Pero no había pensado que tendría que cumplir dicha sentencia tan a rajatabla.

Incluso las necesidades fisiológicas de Olivia funcionaban como un reloj, debido a que la ingesta de líquidos y alimentos las efectuaba siempre a la misma hora. Incluso los *snacks* o las copas que podía tomarse formaban parte de un complejo sistema rutinario esquematizado.

Aparte de estas pequeñas anomalías, nuestra relación de amistad seguía evolucionando, aunque despacio. Había empezado a plantearme la posibilidad de contarle «mi secreto».

Algunas noches ella dormía fuera. Yo desconocía el motivo, no quería inmiscuirme en su vida privada, así que no le preguntaba y ella no me lo contaba. Durante esas noches, las que dormía yo solo en el piso, el silencio me embriagaba de una forma a la que no estaba acostumbrado. Resultaba extraño no escuchar las voces de los gemelos, la televisión de fondo o a mi hermana hablando por teléfono con Fanta.

Por otro lado, mi marcha había provocado que Máximo se mudara a mi habitación. No había tardado ni dos días. Toda la familia lo había hablado a mis espaldas, y yo me sentía dolido por la rapidez con la que había sucedido; también por el hecho de que no me dijeran nada hasta que descubrí el cambio en una de mis visitas. El último día que estuve viviendo con ellos, mi abuelo disfrutó de lucidez toda una jornada, y fue el causante de mis lágrimas.

—Ya eres todo un hombre —me dijo, mientras me entregaba un sobre cerrado cuando estábamos a solas en el comedor.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es para Aurora. Prométeme que se lo darás cuando yo no esté aquí.

Se lo prometí con el corazón en un puño.

Mi madre y Abril lloraron cuando me marché. Me extrañó ver llorar a mi hermana por mí. Yo sabía que me quería —después de todo, éramos hermanos—, pero no había pensado que fuera a echarme de menos.

***

Los fines de semana Olivia dormía hasta bien entrada la tarde, puesto que llegaba sobre las ocho de la mañana debido a su trabajo en

la discoteca. Todavía no había logrado averiguar qué había en la habitación cerrada con el candado. Tampoco se lo había preguntado, esperaba que ella me lo acabara contando cuando me ganase su confianza.

Me encontraba algo nervioso porque esa misma tarde saldríamos de fiesta juntos. Acudiríamos a una moderna discoteca llamada Copacabana en La Villa Olímpica. Contaba con dos plantas y ponían un tipo de música que no conocía. Íbamos a ir con unos compañeros suyos de trabajo, pero antes me dijo que teníamos que cruzar unas palabras.

Había divagado sobre esto último desde entonces, y no lograba concentrarme en el libro que tenía en las manos. ¡A veces soy la pera! Porque era uno de mis libros favoritos: *Soy leyenda* de Richard Matheson; era la sexta vez que lo leía.

Olivia se despertó mientras yo preparaba una ensalada de garbanzos con patata hervida y diferentes verduras. Antes había ido al polideportivo, y el señor Ramírez me preguntó por qué había decidido ir al gimnasio, ya que era la primera vez que iba un domingo. Le expliqué que me había independizado.

Una vez de vuelta en casa, y habiendo devorado la comida, Olivia parecía más seria que de costumbre. Tenía miedo de la conversación que estaba a punto de iniciarse. ¿Y si no le gustaba como compañero? ¿Y si había encontrado a alguien mejor que yo? Por eso, cuando me dijo: «soy lesbiana», y «estoy saliendo con una mujer mucho mayor que yo», no pude evitar ponerme a balbucear.

A punto estuve de contarle que yo era «danisexual», pero deseché la idea. Tenía miedo a decir esa palabra en voz alta. Recordé una vez, en la primera clase de educación sexual, cuando unos chicos preguntaron al tutor que cómo follaban los maricas.

—Esa pregunta está fuera de contexto —dijo muy serio el profesor—. Esto es una clase de educación sexual. No voy a tolerar preguntas de ese tipo.

«Los maricones padecen una enfermedad incurable», había escuchado varias veces, en diferentes bocas, durante toda mi pubertad.

Pregunté a Olivia si los días que no dormía en casa era debido a

que se iba a dormir a casa de su pareja y ella asintió.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —pregunté, aunque me sentía un hipócrita.

—Soy discreta con mi vida privada. Comparto esta información solo con las personas más cercanas —contestó Olivia.

—¿Vendrá esta tarde de fiesta?

—No.

Sentía mucha curiosidad por conocerla. Nunca había conocido a una pareja homosexual y, hasta entonces, con la única persona gay que había cruzado algunas palabras era con el kiosquero Genaro, de mi antiguo barrio en Vilareza.

La tarde avanzó entre conversaciones amenas y una limpieza profunda de la terraza. Cuando llegó la hora de ir a Copacabana, tenía los nervios a flor de piel. Me había acicalado bien. La discoteca abría los domingos temprano, debido a que el día siguiente era laborable. Olivia me había contado que ella trabajaba en un local «de ambiente»; ingenuo de mí, pensaba que esa palabra tenía algo que ver con la madre naturaleza.

Los dos compañeros de trabajo de Olivia que vinieron con nosotros de fiesta eran un chico y una chica. El chico era gay, mucho más joven que yo, aunque parecía rondar mi edad. Era muy alto, delgado y tenía el pelo teñido de color rubio claro. Sus ojos eran azules, y tengo que reconocer que era muy guapo. Lucía una sonrisa muy bonita, dientes blancos, labios finos y una risa algo estridente. Su nombre era Azul.

La chica se llamaba Amaranta, sevillana, procedente de Dos Hermanas, y hacía muy poquito tiempo que había emigrado a Cataluña. Podría decir que era una rubia despampanante que exhibía un bronceado exagerado. Llevaba ropa muy ajustada: sus piernas y su escote eran el delirio de muchos chicos. Me daba su móvil continuamente para que le sacase fotos con Azul, mientras ambos sonreían, sacaban la lengua, ponían morritos o hacían otros gestos peculiares.

—Es para colgarlas luego del tirón en el Fotolog o en el Facebook, cari —me dijo.

—¿Qué es el Facebook? —pregunté.

No me contestó.

La discoteca era muy moderna, o esa es la impresión que tuve. Había mucha gente extranjera y todo el mundo vestía muy bien. Me avergonzaba de mi indumentaria; me sentía un poco adefesio, al menos había cambiado un poco mi estética. Sonaba una música muy extraña, electrónica, nunca había escuchado nada semejante. Estaba claro que en ese tipo de sitios no sonaban canciones como *In the mood*, de Glenn Miller. No sabía cómo moverme. Miraba a la gente de mi alrededor e intentaba imitarla, pero solo lograba menearme de una forma un tanto torpe.

—¡Mueve el esqueleto! —dijo Olivia en forma de orden mientras sonreía de manera misteriosa.

Sostenía un vaso de tubo en la mano: era un destornillador, un vodka con naranja que le había servido el camarero tras la barra.

Observé a las personas que bailaban a mi alrededor, la mayoría chicos y chicas jóvenes. Algunos de ellos llevaban gafas de sol puestas. Me sentía incitado a bailar, a la vez que me bebía un San Francisco cargadísimo de grosella. Mis acompañantes danzaban, se agitaban y sonreían. Intentaba contagiarme de esa felicidad, pero me era difícil, no me sentía cómodo. Me gustaba observar a Olivia, las luces electrónicas que había en el techo se reflejaban en sus ojos, dándoles un cierto halo de reptil: fríos e inexpresivos.

—Bailas de forma muy peculiar —me comentó Azul.

—Gracias —contesté satisfecho.

Nuestros cuerpos estaban rozándose. Había una gran multitud alrededor, intentando bailar al mismo tiempo que bebía. Intentaba no fijarme demasiado en Azul, porque cuanto más lo miraba, más guapo me parecía. No tenía la musculatura de Dani ni sus ojos oscuros; tampoco sus labios carnosos ni su dulce sonrisa..., pero había algo extraño en él, en la forma en que me miraba; quizás provocaba que no pudiera apartarlo de mi mente, que se llenaba de pensamientos sucios.

De repente, soltó el vaso que sujetaba y me cogió de las manos cuando la canción llegaba a su clímax. Fue tan inesperado para mí que

me dejé llevar, para luego retirarme a la mínima oportunidad.

Más tarde, escuché cómo Amaranta le decía a Azul que yo era un completo friki. Él le contestó lo siguiente:

—Es el compañero de piso de Olivia. El pobre, no tiene amigos.

—Es *pa´* echarle de comer aparte —agregó ella.

La fingida felicidad que me embriagaba hasta ese momento se esfumó como la espuma de una botella de cava tras ser agitada antes de abrir. Me excusé y acabé sentado en la taza del inodoro. Escuchaba jadeos en el lavabo contiguo. Había un chico y una chica fornicando allí mismo. La música retumbaba en las paredes, me sentía muy triste.

Estaba allí, al parecer, por pena, pues no tenía amigos. Lo cual era verdad. Quería marcharme de ese lugar cuanto antes, volver a casa y refugiarme en la lectura, el único sitio donde me sentía seguro, donde era un mero espectador que no necesitaba interactuar con ninguno de los personajes.

***

—Pensaba que te habías perdido —dijo Olivia cuando regresé.

Y lo estaba, más perdido que nunca. ¿Qué hacía allí? Rodeado de desconocidos, en un entorno hostil, sin poder comunicarme bien. Con música tronando por todas partes, mis pies se negaban a moverse. Me sentía incómodo, y cada vez que Amaranta susurraba algo al oído de Azul pensaba que era un comentario malicioso sobre mí.

—Cari, haznos una foto —dijo Amaranta mientras me daba su teléfono móvil—, y que se ponga la Teniente también —añadió refiriéndose a mi compañera de piso. Olivia tenía el mismo semblante hierático en todas las fotografías—. Esta canción está cremita —dijo una vez le devolví su teléfono móvil.

Miraba mi reloj Casio cada dos por tres: llevábamos una hora exacta en la disco, pero me habían parecido días. Olivia bailaba. Sostenía un vaso de tubo en la mano, y cuando se lo llevaba a los labios se los humedecía, pero no bebía. Yo intentaba parecer alegre, pero era muy difícil.

A los pocos minutos, Amaranta estaba besándose con un chico que me recordaba a He-Man, con melena rubia y desnudo de cintura para arriba. Al lado suyo había un chico de espaldas. «¿Será Dani?»,

pensé.

Avancé hacia él. Enfrente estaba la barra, que era mi lugar de destino —según había dicho a Olivia—. Tenía la intención de pasar justo por su lado. Llegué a su altura, y al verle el rostro me decepcioné: no era él. «¿Cuántas posibilidades tengo de encontrarlo aquí? —me pregunté—. ¿Una entre un millón?».

Llegué a la barra. Había mucha gente esperando para pedir una bebida, por lo que tuve que esperar un buen rato. Alguien me pellizcó el trasero y al girarme me encontré con Azul.

—Buen culo.

—No se toca —dije enfadado.

La verdad es que me gustó que me lo pellizcara. Contemplé muy de cerca a Azul, jamás había tenido el rostro de un chico tan cerca del mío. Me dio dos besos al conocernos, y me había cogido de las manos bailando alguna canción para que las levantara. Y ahora me tocaba el culo. Todo eso en una hora y tres minutos. Y en más de diez meses, el único contacto que tuve con Dani había sido un simple roce furtivo de nuestros dedos. Azul era un chico atractivo, guapo, con unos ojos de color azul claro que invitaban a perderse en ellos. Me recordaban al tono celeste del cielo de una mañana de verano.

—¿Y Olivia? —pregunté.

—Se ha encontrado con el Soviético, uno que trabaja con nosotros —respondió. Me costaba entenderle, me hablaba al oído, pero la música sonaba por todas partes—. ¿Qué vas a pedir?

—Un San Francisco.

—¿Con qué? —sus labios rozaron mi oreja. Su mano empezó a tocarme y sus dedos acariciaron los míos. Exhibía una sonrisa siniestra, como si estuviera tramando algo. Me excité, y eso me asustó. Podía olerle, es más, aspiré su perfume afrutado, incluso su sudor. La mecha de una traca de pólvora se había iniciado en mi corazón. Lo miré, estábamos a unos centímetros de distancia. Cerró sus ojos y avanzó hacia mí, despacio, con la intención de besarme. Supongo que puedo decir que le di calabazas, porque retiré mi cabeza y me sentí tan incómodo que me marché sin decirle nada.

Caminé hasta la salida de la discoteca sin mirar atrás ni una sola vez. Durante el trayecto hacia la parada de metro más cercana, le envié un mensaje de texto a Olivia disculpándome por mi repentina marcha. Me respondió al instante tan solo cuatro palabras: «Nos vemos en casa».

Anduve rápido, esquivando a personas que disfrutaban la tranquilidad de un día festivo. Y solo me detuve al llegar al andén de la estación de la línea amarilla. Observé a la multitud que se encontraba a mi alrededor, mientras los cuatro minutos y veintitrés segundos de la cuenta atrás iban menguando. Una vez llegó el metro, entré en el vagón, pero no conseguí encontrar ningún asiento disponible, así que caminé hacia el centro, donde había menos pasajeros, y tomé asiento. Enfrente había dos chicos jóvenes que hablaban casi gritando. Seguían entrando pasajeros y la máquina todavía no se había puesto en marcha. Observé a una mujer enorme que entró justo antes de que se cerraran las puertas. Los chicos que tenía enfrente se echaron a reír y hablaron entre ellos en tono de confidencia. Solo logré escuchar la expresión «culo gordo».

—¿Puedes repetirlo, blanquito? Que no lo he escuchado bien —dijo la mujer sin gritar, pero con voz autoritaria. Los chicos dejaron de reír en el acto y ella se giró hacia ellos, dándome la espalda. Bajé la mirada hasta su culo: era inmenso, nunca había visto un trasero tan grande y estuve a punto de soltar una carcajada—. No os escucho. ¿Tenéis ganas de cachondeo, zarrapastrosos? —insistió ella.

Su tono de voz grave inundó el compartimento entero. Subí los ojos hasta su ancha espalda y tragué saliva.

—No, señora —dijo uno de los chicos.

De repente, se había puesto pálido y miraba hacia el suelo.

—¡Mírame a los ojos, mocoso! ¿Os estabais riendo de mi culo gordo? ¡Respondedme!

—No, señora.

—¿Me estás llamando mentirosa? —ambos negaron con la cabeza. Un tenso silencio invadió el vagón. Todos la observábamos fascinados —. Ahora quiero escuchar cómo le pedís perdón a mi gordo y grasiento culo, porque si no lo hacéis me voy a sentar en vuestras cabezas y cuando lleguéis a casa vuestra mamaíta no os va a

reconocer. ¿Me habéis entendido? —Los muchachos balbucearon una ristra de palabras ininteligibles—. ¡Más alto! —ladró la señora.

—Lo sentimos —se excusó el primero.

—Disculpe, señora —añadió el segundo.

—¿Qué es lo qué sentís?

—Habernos reído de usted —dijeron a la vez.

Se levantaron y dejaron el sitio libre a la mujer, que acabó sentada enfrente de mí. No pude evitar mirarla, mostraba el ceño fruncido. Tenía unos ojos inmensos, al igual que los labios; su piel era más oscura que el carbón. Cuánto más la observaba, más familiar me parecía su rostro.

—¿Y tú que miras, blanquito? —me preguntó.

—Nada —logré contestar.

Desvié mi mirada, pero la seguí observando de refilón. De repente supe quién era: ¡la conductora del autobús L321! Me había costado reconocerla porque siempre la había visto sentada y con el uniforme. Me hubiera gustado preguntarle su nombre, o decirle que conducía muy bien, pero no me atreví. Suspiraba una y otra vez, como hacía Máximo cuando sentía agobio o calor.

Quedaban tres paradas para llegar a mi destino, pero decidí apearme en una estación en la que podía cambiar de color. Caminé por varios pasillos y subí y bajé escaleras, con ánimo de acceder a uno de los andenes de la línea roja. Quedaba un minuto y diecinueve segundos para que llegara el metro, según pude leer en la pantalla eléctrica que colgaba del techo. Al llegar el convoy, entré y caminé a lo largo del interior de varios vagones. Me senté en un compartimento de cuatro asientos que estaban desocupados, y cuando me había acomodado, un hombre fondón se colocó justo enfrente de mí. Vestía con elegancia, aunque su camisa de color crema tenía varias manchas.

Lo miré a los ojos, pero él no apartó los suyos como hacía la mayoría de las personas; en cambio, sus labios dibujaron una sonrisa. Tendría alrededor de cincuenta años, aunque podrían ser más —o menos—; no era muy bueno calculando edades.

—¿Qué hay de nuevo, viejo? —preguntó.

—No soy viejo —respondí—. Soy más joven que tú.

Su mirada se suavizó.

—Juventud, divino tesoro —apuntó. Gesticulaba de forma amanerada y sonreía mostrando unos dientes muy amarillos. Se colocó las manos en las rodillas y se acercó. Pude oler su *aftershave*—. ¿En qué se parece un cuervo a un escritorio? —preguntó.

Pensé en una respuesta lógica, pero la pregunta carecía de sentido, así que improvisé algo rápido.

—En que ambos se encuentran bajo el mar.

El hombre soltó una carcajada sonora, provocando que varias miradas se centraran en nosotros.

—Esa es buena. Sí, señor.

Continuaba sonriendo, mostraba casi todos sus dientes. Me recordaba tanto a la fantasmal sonrisa del gato Cheshire que apunto estuve de citarlo, pero bajé la mirada mientras recordaba lo guapo que era Azul.

—¿Qué te apena?

—Ser feliz —respondí sin pensar, a la vez que contemplaba el zarcillo en forma de cruz que tenía colgando del lóbulo de la oreja izquierda.

—Nunca te arrepientas de algo que te haga feliz.

—¿Y si es imposible? —pregunté, dejando volar mis pensamientos hasta los labios de Dani, imaginando lo mucho que me gustaría besarlos. El metro empezó a frenar.

—Solo es imposible si tú lo crees.

Encontraba poéticas sus palabras, pese a que su voz sonaba áspera. Se irguió de repente, pues los vagones se habían detenido y varias personas salían por las puertas abiertas.

—Nos vemos en Infierno —dijo antes de marcharse.

Levanté la mano y la agité en forma de despedida. Sus últimas palabras me habían dejado atónito y no fui consciente de su marcha hasta que el metro empezó a moverse. En la siguiente estación me apeé y cambié de línea otra vez.

Proseguí mi regreso a casa, haciendo paradas de más mientras recorría el subsuelo de la Ciudad Condal y pensaba en Azul. Sí, seguía dándole vueltas a la cabeza, me gustaba. ¿Había cometido un error garrafal rechazándolo de aquella manera?

Llegué a casa, no había nadie. Unos tristes geranios parecían querer saludarme en el recibidor. Tras descalzarme fui directo al servicio. Me miré en el espejo y lo pensé una vez más: Azul me atraía. Fue entonces cuando llegué a la conclusión de que era gay. Lloré mientras susurraba:

—Soy gay.

Lo repetí una y otra vez. Tenía que ser sincero conmigo mismo, no podía engañarme más. En cierto modo, siempre lo había sabido, pero la mentira puede llegar a ser tan dulce que al final uno acaba creyéndola. Hasta que la verdad explotó en mi cara.

—Soy gay.

¿Por qué? No lo sabía. Me sentía sucio tras haberme confesado en el espejo. Me duché y seguí llorando. Me enjaboné muy fuerte, como si mi piel tuviese la culpa. Necesitaba escuchar unos maullidos en ese momento. Ver u oír a Dani me bastaba, me reconfortaría, me daría paz.

Me sentía desorientado. Azul me atraía muchísimo. ¿Hubiera pasado algo de haber permanecido más tiempo en la discoteca? Lo dudaba, quería que pasara algo con Dani, no con él. ¿Qué clase de persona sería si besara unos labios mientras suspiraba por otros? Me dolía el pecho, el corazón, estaba enamorado de un amor imposible.

***

Los días pasaron, y una tarde en la que Olivia y yo nos encontrábamos en la terraza, le confesé mi secreto.

—Soy gay.

—Lo sé —respondió.

Había llegado a esa conclusión el día que habíamos salido de fiesta. Se percató de que miraba más a Azul que a Amaranta.

—¿Nunca has besado a un chico?

—No —respondí.

Estábamos sentados en unas butacas, le estaba abriendo mi corazón. Llegado a ese punto, le hablé de mi amor platónico. Era la primera vez que hablaba a alguien de Dani y me sentí aliviado. Pensaba que ella me entendía, al fin y al cabo, éramos iguales. Quería creer que era «normal».

—No tienes que autoconvencerte. Somos normales.

—Pero..., es una putada.

—Una putada sería ser sordo.

Le conté por encima los insultos que había recibido en el instituto. Ella se refirió a aquellos hechos como «acoso escolar», aunque yo nunca fui consciente de ello hasta ese instante. Pensaba que lo merecía por ser así, por ser el «raro» de la clase.

Los siguientes días fueron más tranquilos, me sentía diferente. Había decidido compartir mi secreto con más personas y añadí ese objetivo a la lista de la felicidad que había creado a principio de verano. Quería liberarme de esa carga, llevaba un saco invisible a mis espaldas.

Llegó el último jueves de agosto. Mientras corría en la cinta observaba a Dani. Tenía que intentar algo o, por el contrario, olvidarle. Olivia me aconsejó que escuchara a mi corazón. Si permanecía igual, tan solo lograría hacerme más daño a mí mismo.

—Apúntate a otro gimnasio —me había sugerido ella—. O más sencillo aún: deja de ir los martes y los jueves por la tarde.

Era pedir peras al olmo, no podía hacerlo.

Dani subió a la sala de musculación y mi corazón palpitó más rápido. Lo saludé, incluso le pregunté qué tal todo. «Bien», contestó él.

Iba a decirme algo más o esa impresión tuve, pero al final no habló. Continué observándole de soslayo: sus pantalones cortos de color verde, la camiseta de tirantes negra, sus piernas, sus brazos, su cogote... En un momento dado, mientras hacía abdominales, vino hacia mí y me dijo.

—¿Me haces un favor?

—Lo que quieras —contesté.

Y esa era la triste verdad, haría cualquier cosa por él. Estaba tumbado sobre una esterilla, me sentía complacido de poder ayudarle. Por eso, cuando me pidió que le ayudara a bajar todas las mancuernas a recepción, me sentí desilusionado, estafado. El señor Ramírez debía estar de baja, porque llevaba varios días ausente. De todas maneras, disfruté esos minutos de más con él, e intenté que siempre fuera delante de mí con objeto de poder observar su trasero. Al terminar me dijo.

—Muchas gracias.

—Gracias tronco —contesté estúpidamente.

Dani contrajo los labios y sonrió, mientras negaba de forma repetida y corta.

—*Sayonara*, *baby*.

Se marchó corriendo, supuse que tenía prisa. Entré en el vestuario, y de camino a la taquilla escuché unos maullidos de gato y un sonido raro, cercano, que no logré identificar. Empecé a desvestirme y volví a escuchar aquello. Se trataba de una especie de vibración y procedía de mi taquilla: era el teléfono móvil. Cuando logré dar con él, comprobé que tenía varias llamadas perdidas, y justo en ese momento recibía una más. Era mi hermana Abril. Deslicé el dedo y me acerqué el aparato.

—¿Por qué coño no lo has cogido antes?

—Estoy en el gimnasio, no lo llevo... —me excusé.

—Vale, vale. Escucha. Estoy en Bellvitge, ven corriendo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—El abuelo… se muere.

6

Frío, era lo que sentía por las noches antes de conciliar el sueño, debido a los acontecimientos más recientes, a la muerte y a los momentos que creía olvidados. Evocaba el pasado una y otra vez, antes de que nacieran los gemelos. Siempre sonreía al recordar cuando el abuelo nos llevaba al parque a Abril y a mí los sábados por la mañana. De camino pasábamos por una frutería y siempre me compraba una manzana Granny Smith y un plátano de Canarias. La siguiente parada era un puesto de perritos calientes, donde por tres rubias compraba dos *hot dogs* y unas patatas fritas con doble ración de kétchup, uno para él y otro para mi hermana. A veces, Abril llegaba con más dinero porque le sacaba los cuartos a nuestro padre; siempre se ponía las botas a costa de los demás, era una gorrona desde pequeña. Con ese dinero se compraba cualquier chicle que incluyera pegatinas adhesivas.

En el parque, Abril y yo jugábamos hasta que nos peleábamos. Ser cuatro años mayor le daba ventaja en todo, y yo perdía ya fuese jugando o peleando. Encima era muy tramposa. Se pintaba un brazalete negro alrededor del bíceps izquierdo y otro alrededor de uno de los tobillos, simulando que eran tatuajes que le daban fuerza e inteligencia.

Me daba rabia que siempre fuera mejor en todo y me ganara todas las apuestas. Siempre acababa siendo su esclavo y tenía que hacer todo lo que ella me pedía. Cuando se aburría de mandar tonterías, se recostaba en el sofá para ver la televisión, siempre a la misma hora. Daban su serie favorita: Dragones y Mazmorras.

—¡Necesito un cerdo aquí! —gritaba.

La mayoría de las veces tenía que tumbarme justo delante de ella, mientras reposaba sus piernas en mi espalda. Y desde esa posición contemplaba la pantalla. Pero, fuera de casa, el reinado de Abril no tenía tanto efecto sobre mí.

En las ocasiones en las que el abuelo nos llevaba al parque no podía entablar conversación con ningún señor de su edad, tenía que estar atento de manera constante porque Abril abusaba de mí. Siempre que podía me daba collejas, me hacía la zancadilla o se

chupaba un dedo para después introducirlo en mí oreja. Pero nada podía hacerme delante de él. Era su ojito derecho, aunque ella le chantajeaba porque él fumaba cigarrillos Red Apple a escondidas de mis padres (el médico se lo había prohibido). De todas formas, mi hermana no se libraba a la hora de recibir una buena reprimenda cuando llegaba a casa y mi madre comprobaba, una vez más, que se había pintarrajeado los brazos y las piernas, a pesar de que le tenía dicho mil veces que no lo hiciera. Pero hablar con ella era como hablar con la pared.

—Los hermanos no se pelean, sed buenos —nos decía siempre nuestro abuelo en el parque.

Aunque Abril y yo éramos buenos, no significaba que nos portásemos bien. Nuestras travesuras no tenían límites. Uno de nuestros sitios favoritos para pasarlo de fábula eran los hipermercados. Nuestros juegos eran variados: interceptar productos de cestas ajenas, filtrar artículos extravagantes en carros elegidos al azar... Todos los sábados por la tarde, la familia entera iba al Pryca, en el Prat de Llobregat.

A veces, mi hermana hacía de canguro y mi padre le daba quinientas pesetas para que me cuidara. Con eso se podía comprar lo que quisiera, y me ofrecía una rubia las veces que se portaba mal conmigo. Solíamos coger el teléfono fijo y marcábamos un número al azar para tomarle el pelo a la gente. Era divertido, cronometrábamos las llamadas más largas. También pulsábamos los timbres de las porterías por las que pasábamos, y siempre de los mismos pisos, porque sabíamos que había residentes en su interior. Conocíamos hasta los nombres de los inquilinos, y llevábamos a cabo estas hazañas a varias manzanas lejos de casa para no levantar sospechas. Teníamos una casa, en particular, a la que llamábamos cada día unas cuantas veces para luego salir corriendo. En el inmueble vivía una señora mayor que llegó a arrojarnos un cubo de agua una tarde que estábamos jugando al trompo delante de su puerta. Desde entonces, dejábamos pulsado el botón del timbre durante unos segundos, hasta que la escuchábamos maldecir e implorar a Dios. Cuando se acercaba a la puerta de entrada, salíamos corriendo. Pero un día, mientras Abril quemaba el timbre, la señora estaba esperando en la esquina de la calle escondida. Vino hacia nosotros, tan sigilosa como una pantera, y me agarró de la muñeca con fuerza.

—¿Ahora qué, mocoso? —preguntó la mujer mientras apretaba mi brazo.

—¡Suéltalo! —gritó mi hermana.

Le pateó la espinilla y la mujer me soltó mientras gritaba de dolor.

—¡A mi hermano solo le toco yo!

Miré a Abril, orgulloso, era mi propia heroína. Desde ese día le declaramos la guerra y nuestra *vendetta* fue terrible. El abuelo nos pillaba alguna que otra vez con las manos en la masa, pero era muy benévolo con nosotros. Ese era el motivo por el que siempre nos poníamos de su parte. Además, nos hacía de confidente, nos daba dinero a escondidas y nos levantaba el castigo cuando mis padres salían por la puerta. Mi madre y mi abuelo tenían muchas disputas por nuestra culpa. Y claro está, siempre lo respaldábamos a él.

Pero los años pasaron, y al abuelo le diagnosticaron Alzheimer. Sumado al nacimiento de mis dos nuevos hermanos, propició un cambio radical en nuestras vidas. De cuatro pasamos a ser siete.

Una tarde que llegué a casa del instituto, me lo encontré en calzoncillos en el comedor. Yo tenía diecisiete años, los gemelos tenían poco más de seis meses por aquel entonces. Mi abuelo me recibió a gritos.

—¿Quién demonios eres tú? ¡Fuera de mi casa!

Mi abuelo no sabía quién era yo.

Hasta ese momento, el único problema que había tenido era que se le olvidaban los acontecimientos recientes y los números, pero esto fue algo nuevo que preocupó a toda la familia.

Por otro lado, también tenía problemas respiratorios por haber trabajado gran parte de su vida en una mina de carbón, sin olvidar su adicción al tabaquismo. Había dejado este nocivo hábito hacía unos años de manera oficial, aunque Abril y yo sabíamos la verdad, nunca nos chivamos, aunque mi madre lo intuía, ella tenía ojos en todas partes.

—La policía no es tonta —solía decir.

Otro problema de salud de mi abuelo era su corazón. Sufría pinchazos e infartos. El corazón se volvía loco en esos ataques, las células se quedaban sin oxígeno y morían. Este tejido no se regeneraba, quedando una cicatriz llamada necrosis. Y la tarde que Abril me llamó, el abuelo había sufrido el mayor infarto de todos. A su corazón le costaba bombear sangre. La operación era demasiado arriesgada dado su estado, su vida había llegado al final.

Lo más duro fue que al llegar al hospital y entrar a la habitación, no me reconocía. Salí y dejé a mi padre y a mi hermana con él. Los gemelos y Fanta estaban en la sala de espera.

—¿Y ahora qué? —pregunté una vez mi madre me contó todo.

—Tenemos que esperar —dijo entre lágrimas.

No podía creer lo que había escuchado, no podían salvarlo. Me había acostumbrado a que el abuelo visitara con frecuencia el hospital, incluso que le ingresaran unos días. Pero siempre volvía a casa sano y salvo.

Nunca se está preparado para decir adiós a un ser querido.

Mi padre entró en la sala de espera, necesitaba fumar a todas horas esos condenados cigarrillos Red Apple. Mi hermana se marchó acompañada de Fanta, llevaba el rímel corrido. Me quedé con mis hermanos hasta que llegó Herminia, entonces fui hacia la habitación en la que estaba mi abuelo. Mi madre se hallaba sentada en una butaca contemplándole.

—Está dormido —dijo cuando me vio entrar. A continuación, me abrazó y rompió a llorar.

Contemplé a mi abuelo que tenía muchos cables conectados por todo su cuerpo, una vía intravenosa en el brazo y conductos bajo la nariz por los que circulaba oxígeno para ayudarle a respirar. Mi abuelo Domingo parecía muy débil postrado en la cama y su rostro presentaba un rictus de sufrimiento. ¿Por qué no podía ponerse bien? Me di la vuelta y me fui.

Al salir del hospital llamé a Aurora y le informé de la situación. «Enseguida estoy allí», contestó. Llamé a mi padre, que se encontraba con Abril y Fanta en un bar. Le pedí las llaves del coche, que me entregó sin preguntar, y me dirigí hasta mi antigua casa. Al llegar, Lulu aullaba. Cogí una bolsa de deporte gigante que tenía mi hermana y que nunca utilizaba; la compró cuando intentaba aprender *kick boxing*, y yo la usé para meter a Lulu dentro; después volví al hospital.

Sabía que los animales no podían entrar, pero veía injusto que ella no pudiera despedirse, tenía derecho a hacerlo, era una más de la familia, aparte de que el abuelo era con quien más tiempo pasaba. A ella le daba igual qué clase de día tuviera el abuelo, siempre permanecía a su lado.

—¿Dónde has estado? —preguntó mi madre cuando entré en la habitación—. ¿Qué llevas en la bolsa?

Abrí la mochila y Lulu salió de ella, para saltar después hacia la cama. Se colocó junto al abuelo, apoyando el hocico sobre su débil cuerpo. Mi abuelo estaba despierto y comenzó a acariciarla con ternura mientras la miraba ausente. Ella le empezó a lamer la mano con mucha delicadeza.

—Mira quién ha venido a visitarme —comentó sonriendo.

Mi padre seguía en el bar. Yo le había devuelto las llaves del coche. Fanta condujo de vuelta a casa para llevar a Herminia y a mis hermanos, mientras mi madre y yo permanecimos largo rato en la habitación observando cómo el abuelo seguía acariciando a Lulu. Se detuvo y posó la vista en mí. Vi conciencia en sus ojos, momentos como ese eran muy pocos. No quería romper el silencio con una pregunta estúpida. Fue él quien habló primero.

—¿Cómo va el trabajo?

—Muy bien —respondí. Quería decirle tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Las palabras se negaban a salir de mi boca, estaba aterrado.

Llamaron a la puerta y entró Aurora. Preguntó si podía estar allí un momento a solas con él. El abuelo sonrió al verla, su rostro se iluminó y se llenó de más arrugas. Ella le cogió la mano que tenía libre. No hizo ningún comentario sobre la perrita que había en la cama.

Mi madre y yo salimos al pasillo, pero antes de ello no pude evitar escuchar lo que Aurora le decía para agradecerle su momento de lucidez. «No hubiera soportado despedirme de ti de forma anónima», dijo. Cerré la puerta con mucho cuidado. Las siguientes palabras que se dijeron jamás llegué a escucharlas.

Nunca había perdido a un ser querido, sentía un dolor que me oprimía el pecho. Me sentía roto, abrumado. Y lo peor estaba por llegar. Esperamos en la habitación con él y también en la sala de espera, donde apenas hablábamos. Cerca de las doce de la noche su corazón dejó de latir. Salí a caminar al exterior, apenas podía ver por la cortina de lágrimas que cubrían mis ojos. Miré al cielo, estaba oscuro y borroso, pero podía ver las estrellas... mi abuelo era una de ellas.

***

Al día siguiente, fuimos al tanatorio municipal de Vilacera, y más tarde se celebró la misa en su honor en la Ermita de San Malaquías. El Paradís cerró por luto ese día. Vinieron muchas personas conocidas a darle el último adiós a Domingo. Aurora estaba allí, llorando; entretanto, yo contemplaba el escenario más macabro posible. Tenía delante a mi abuelo, con los labios pegados y una especie de esponjas blancas dentro de la nariz. ¿Qué le habían hecho? ¿Lo iban a enterrar de esa forma? Vestía su mejor traje. Samuel había preguntado por qué no lo enterraban con el pijama. «Estará más cómodo», dijo.

De fondo sonaba una de las canciones preferidas de mi abuelo: *Un amor*, de los Gipsy Kings. Mi hermana se había traído un antiguo radiocasete que pertenecía al difunto. En vida, había bromeado en infinidad de ocasiones que durante su velatorio quería escucharlos; la otra petición era que fuese enterrado junto a mi abuela Modesta.

Al funeral asistieron muchas caras conocidas, algunos del barrio,

como Genaro, el kiosquero, o Daniel, el ferretero. Mi madre me contaría más tarde que estaba a punto de jubilarse e iba a cerrar el negocio, porque todos sus hijos estaban muertos y sus nietos no querían hacerse cargo.

—*Ho sento moltíssim, nano. Qualsevol cosa que necessitis, m´ho dius. D´acord*? [4] —dijo Mercè nada más llegar.

También vino Alba, y algún antiguo compañero más del Paradís. Me reconfortó ver a Olivia; le presenté a mis padres y, tras darnos el pésame, salió a fumar.

—Es muy fea, hijo.

—¡Julio! —dijo mi madre.

—¡No es mi novia! —dije por enésima vez.

Mi padre seguía en sus trece y, tras haberla visto, creía entender por qué me costaba tanto reconocer la verdad y no la había presentado hasta ese momento. Puse los ojos en blanco.

Me encerré en el lavabo y lloré. Cuando mis lágrimas se acabaron, y también el papel higiénico de tanto sonarme los mocos, salí del servicio y encontré a mi madre, esperándome para abrazarme. Pregunté por mi hermana.

—Ha salido con Fanta y tu amiga.

En el exterior, las vi sentadas en un banco de madera, algo apartadas del tanatorio. Había un panel informativo que marcaba la temperatura: 19ºC. Me dirigí hacia ellas con sigilo para intentar escuchar algo de la conversación que mantenían. Pude apreciar el perfil de Olivia, que estaba sentada en la esquina del banco. Contemplé su nariz aguileña y su pequeña oreja desnuda. Tuve miedo de que contara a mi hermana y a su amiga el secreto que compartíamos, aunque deseché la idea nada más llegar.

—¿Por qué no me habías dicho que tu hermana fuma 420? —preguntó.

—No ha surgido el tema —contesté con desgana. Todavía me hallaba consternado por la situación.

Me di cuenta de que sostenía un canuto en la mano, el olor era suave. Comí con mucho esfuerzo unos albaricoques y arándanos, mientras esperaba que terminaran de fumar para entrar con ellas en el tanatorio. Observé una hilera de hormigas que arrastraban un saltamontes muerto, al mismo tiempo que mi hermana volvía a sacar a la palestra su tema más recurrente: criticar a su encargada que, según ella, le tenía manía. Se cagaba en la leche cada dos por tres y Fanta le daba la razón; su coleta subía y bajaba mientras afirmaba con el cogote. Abril dio la última calada al canuto y lo tiró lo más lejos que pudo, impulsándolo con su índice a través de la yema del pulgar.

Olivia se despidió de nosotros y nos marchamos en direcciones opuestas. Cuando se iba, observé como extraía algo del bolso: era un jabón antiséptico. Por el movimiento de sus brazos, intuí que se estaba frotando las manos con fuerza para eliminar la mayor cantidad de gérmenes y bacterias.

***

El momento más vergonzoso de mi vida llegó al día siguiente. He de reconocer que incluso más que cuando vomité en la boca de la chica que me besó en la playa, hacía más de dos meses, durante la noche de San Juan. Estábamos todos en la misa del abuelo, el ataúd estaba delante de todos. Abril, Samuel, Máximo y yo nos encontrábamos sentados unas filas más atrás. Todo el mundo permanecía en silencio escuchando al cura. Este señor hablaba de forma aburrida y sostenía un pañuelo en la mano, que utilizaba para secar la película de sudor que tenía en la frente. Acto seguido, lo utilizó para sonarse la nariz. Y después se lo pasó por la frente de nuevo.

—¿Has visto eso? —preguntó Abril conteniendo la risa.

Asentí. Yo traté de reprimirla, pero en lugar de ello empecé a reírme. Me tapé la boca con las manos horrorizado por mi conducta, y varias personas se giraron hacia nosotros, entre ellas mi madre, que nos fulminó con la mirada.

Y allí, rodeados de gente que lagrimeaba, mi hermana y yo no podíamos contener nuestras risas. Me dolía el costado de aguantarme y hacía un tremendo ruido con la garganta. Los gemelos secundaron nuestro ejemplo. Les intenté tapar la boca, y al quedar libre la mía solté una sonora carcajada que retumbó en toda la iglesia. Mi hermana Abril empezó a reírse de nuevo, pero esta vez con gran fuerza; intentó decirme algo, pero no la entendía.

Los gemelos se unieron a nuestras estridentes carcajadas y, por increíble que parezca, algunas personas debieron encontrar la situación tan divertida que empezaron a oírse risas por toda la iglesia. Mientras el cura, atónito, se llevaba el pañuelo a los labios tras secarse el sudor, media iglesia reía a la vez que la otra media se escandalizaba. Me dolían las mandíbulas y el estómago. No podía detenerme.

—¡Silencio! —gritó el cura.

Su voz estridente provocó más carcajadas. Mis padres también reían, incluso Aurora. Observé a la gente y, tras llevar dos días llorando, me alegré de lo que estaba pasando. «Ojalá todos rieran en mi funeral. La vida es demasiado triste para despedirnos de un ser querido llorando», pensé.

***

Volví a dormir en casa ese día y lo hice de mal humor, pues mis tres hermanos, junto con mi padre, estuvieron durante toda la cena cantando: «Popeye el marino soy, detrás de Olivia voy. Le toco una teta, me da mil pesetas, Popeye el marino soy». Además, tuve que compartir habitación con Samuel, porque Máximo se había negado a cederme su dormitorio.

A la mañana siguiente, Abril trajo otro disgusto más a casa. La habían despedido por mal comportamiento, aunque, según ella comentó: «¡Es mentira cochina!». Mi madre no dijo nada, estaba montando pequeñas figuras de vidrio.

—¿Por qué no vuelves a casa? —me preguntó de repente mientras manteníamos una charla trivial.

—No quiero volver, mamá. Lo siento. —Pensé que no bastaba, que tenía que añadir algo más—: Vivo muy cerca del trabajo, no tengo que madrugar tanto.

—Olinda parece buena chica, pero no me gusta para ti.

—Es Olivia, mamá. Y no somos novios.

—Lo sé —me dijo mirándome a los ojos.

Tragué saliva, intuía que sabía más de lo que parecía acerca de «mi secreto», pero no me atrevía a hablarlo con ella. Asintió, puso su mano en mi pierna y me dio un beso en la frente.

***

El domingo después de comer, regresé a la Ciudad Condal. En el tren iba escuchando mi *walkman*, perdido entre canciones antiguas. *Time in a bottle* de Jim Croce era el tema que rebobinaba una y otra vez. Llevaba un libro conmigo, pero no tenía ganas de leer. Observaba a la gente y cómo sonreía mirando el móvil; la mayoría lo sujetaba con ambas manos, mientras los dedos se deslizaban por la pantalla con frenesí. Olivia estaba en casa, acompañada, aunque no me había dicho quién había con ella. No quería ver ni a Azul ni a Amaranta. Me daba vergüenza encontrarme con ellos tras mi actuación en Copacabana.

Salí del metro, y mientras caminaba hacia el piso que compartía con Olivia le mandé un mensaje de texto preguntándole quién era su acompañante. «¡Sorpresa!», contestó. Odiaba las sorpresas, empecé a pensar que tal vez ella no estaba en casa, que estaba solo Azul esperándome. ¡Era un disparate! Un Ford Puma de color rojo se detuvo en un paso de cebra para que yo pudiera continuar andando y, al instante, me acordé de Dani. El destino, una vez más, me clavaba una espina en el corazón. Faltaban poco más de cuarenta y ocho horas para verlo. Lo necesitaba, ahora más que nunca. Llegué al portal, introduje la llave en el ojo de la cerradura y la giré. Empecé a subir las escaleras de dos en dos, mientras la incertidumbre aumentaba.

No me gustaban las sorpresas. Ni siquiera me gustaba abrir regalos sin saber el contenido porque no sabía fingir. Para mi cumpleaños, siempre hacía una lista con las cosas que necesitaba y la colgaba en la nevera de casa para que se pusieran de acuerdo los miembros de mi familia.

Faltaban muchos meses para mi cumpleaños —era en febrero—, aunque el siguiente no podría celebrarlo porque no era año bisiesto. El cumpleaños de Olivia era unos días antes que el mío. Estábamos a primeros de septiembre y ya le había comprado su regalo: una cazadora de cuero sintético que vimos en un escaparate de Omena. Una tarde, se quedó observándola mucho rato, incluso entró a probársela. Después miró el precio y dijo que en la vida iba a gastarse cuatrocientos euros en una prenda de vestir. Salimos de la tienda y continuamos paseando en dirección a la Rambla. Al día siguiente, regresé a la tienda y le compré la cazadora. La tenía guardada en el almacén del Paradís.

Llegué al último tramo de escaleras, que subí más despacio. Lo último que pensé antes de abrir la puerta era que tenía una posibilidad entre dos millones de encontrarme a Dani dentro. En el interior del

piso estaba Olivia con una señora más mayor que ella. Vestía muy elegante, o eso me pareció. Tenía el cabello color castaño oscuro a media melena. Llevaba unas gafas con la montura de color rojo. Se levantó en cuanto entré en el comedor.

—Te presento a Estrella —dijo Olivia— el amor de mi vida.

«¡Sorpresa!», pensé, al mismo tiempo que la contemplaba de pies a cabeza. Me gustó la blusa color verde pálido que vestía. Se acercó a darme dos besos mientras me cogía de la cintura. Me incliné hacia abajo para que le fuera más fácil el contacto entre nuestras mejillas. Me causó muy buena impresión. Era mucho más simpática que Olivia. Es decir, sonreía sin parar y sus ojos irradiaban un brillo especial; los de Olivia carecían de eso. Tenía cuarenta y ocho años. Olivia me explicó que se habían conocido en un chat hacía unos años.

Además, resultó ser una mujer muy culta; tenía un vocabulario exquisito, y movía mucho los brazos mientras hablaba. Pude constatar que le encantaban Charles Dickens y Julio Verne. Me hubiera gustado compartir más impresiones con ella, pero Olivia permanecía a un lado del sofá, sin hablar, enfrascada en uno de sus pasatiempos favoritos: la sopa de letras.

Me fui pronto a la cama. Les quería dar privacidad y necesitaba ordenar mis ideas. La imagen de mi abuelo acudía una y otra vez a mi mente, nunca más iba a verlo. Lo habían enterrado junto con mi abuela; ella sería solo huesos y el cuerpo de él empezaría pronto a pudrirse. Intenté leer un poco para alejar de mi mente tales pensamientos, pero no conseguía concentrarme. Lo único que me abstraía era pensar que en dos días vería a Dani.

Escuchaba besos y risas desde el comedor: conversaban, aunque las palabras no llegaban hasta mi habitación, solo un murmullo de voces. Intuía que Estrella se iba a quedar a dormir esa noche en casa. Cuando me encontraba en plena vigilia dando vueltas en la cama, escuché las notas compuestas por Beethoven de *Para Elisa*, el *politono* del móvil de Estrella. La oí contestar con su nombre. Mantuvo una conversación corta con monosílabos afirmativos. Tras colgar, Olivia dijo algo que no logré entender y ambas soltaron varias carcajadas. Me alegré de que fueran felices. Fue uno de mis últimos pensamientos antes de conciliar el sueño.

***

Llegó la mañana del 9 de septiembre. Primero iría a trabajar y luego, por fin, al gimnasio. No había ido la tarde anterior, sabía que él

no estaría y no tenía mucho ánimo. Pronto empezaría el otoño, los árboles quedarían desnudos y el color en las calles desaparecería. En mi vida ya había llegado, sentía una tremenda tristeza. Sabía que solo el tiempo me ayudaría a superar la marcha de mi abuelo y ese pensamiento me abrumaba. ¿Me convertía eso en una persona fría?

Salí a la calle, llovía a mares. Me gustaban los días de lluvia y sentir el agua golpear mi chubasquero; además, se podían encontrar menos personas por la calle. Al entrar al Paradís contemplé el rostro ceniciento de Aurora, que seguía muy triste desde que mi abuelo había fallecido.

Las agujas del reloj se deslizaron despacio aquel día, quería que llegaran las tres de la tarde y marcharme al Edén, necesitaba ver a Dani. Llevaba varios días sin soñar con él, lo cual era extraño.

A la hora señalada me marché casi corriendo; entré en el pabellón y observé que había varias personas enfrente del mostrador. Miré con curiosidad en la repisa de recepción porque había un precioso ramo de narcisos amarillos. Me extrañó no ver a Ramírez por ningún sitio. Aunque me olvidé pronto de ello, me cambié lo más rápido que pude y subí las escaleras. Al entrar en la sala de *fitness*, observé que había un usuario, un chico que siempre llevaba una camiseta de baloncesto de Michael Jordan, con el número veintitrés en el dorsal. Me subí a la cinta y me extrañó ver a una joven con el cabello claro ocupando el puesto de trabajo de Dani. ¿Estaría de vacaciones? ¿De baja? ¿Por qué tenía que perderlo todo de golpe? ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Por qué había sido tan cobarde? La monitora se quedó extrañada mirándome. Yo estaba allí plantado, sin moverme, tras el gran cristal. Mi mente navegaba a la deriva.

Fue el principio del fin.

7

Gélido quedó mi corazón tras su marcha. Y pasaron ocho meses en los que no volví a verlo, nunca regresó. Ni siquiera en sueños. Había desaparecido de la faz de la tierra. Tal vez había muerto o se había ido a vivir a otro lugar, aunque lo más probable era que hubiera dejado de trabajar en el Polideportivo Edén. ¿Cuántas veces el destino había unido nuestros caminos fuera de su lugar de trabajo? Muchísimos. Y ahora me privaba de ello. No lo volví a ver caminar tras el ventanal o haciendo ejercicios en el gimnasio. Lo más triste de todo era que no podía olvidarlo; quizás me había tocado el alma y por

eso no podía pasar página.

Los días siguientes a la muerte de mi abuelo y la desaparición de Dani fueron días negros. Y pasados por agua en todos los sentidos, lluvia y lágrimas con sabor a mar. Por las noches me sentía completamente solo. Dormía en una habitación que no era mía, aunque estuviera llena de mis pertenencias. Compartía piso con una desconocida que no quería hablar de su pasado, además de ser una maniática de la limpieza.

Mi consuelo eran los libros y la almohada. Los primeros me evadían hasta que los cerraba y volvía a la cruda y triste realidad. Y la segunda secaba mis lágrimas por las noches.

Echaba de menos a mi abuelo, su presencia cuando rebosaba vitalidad, porque en sus últimos días estuvo muy enfermo. Soñaba con él, incluso más que cuando estaba con vida. Muchas veces mi abuela también aparecía en esas visiones nocturnas. Al despertar me sentía triste, pues caía en la cuenta de que nada había sido real. Una vez al mes iba al cementerio a visitarlos, estaban en la misma sepultura, y siempre llevaba un manojo de menta para mi abuela y una naranja para mi abuelo.

***

Los días posteriores a la desaparición de Dani, cuando fui consciente de que no lo volvería a ver más, fueron... los peores de mi vida. Maldecía mi cobardía una y otra vez. Me arrepentía de no haber intentado nada. Un «no» hubiese sido más gratificante que el seguir viviendo con la duda. Había hecho castillos en el aire y se los había llevado su ausencia. Mi entorno más cercano —mi familia y mis dos compañeras de trabajo— pensaba que era debido a la muerte de mi abuelo. Lo cual era cierto, pero algo más fácil de asimilar que la incertidumbre de si volvería a ver de nuevo a Dani.

Otros «Danieles» que poblaban mi vida y la de mis allegados también desaparecieron. Desde el profesor Daniel, que impartía clases de inglés a mis hermanos mientras cubría una baja; pasando por mi cuñado Dani —mi hermana y él se enfadaron y nunca volvieron a verse—; hasta el señor Daniel, que había cerrado la ferretería.

Así de cruel podía llegar a ser el destino. No sabía qué rumbo tomar, me sentía abatido, perdido y desorientado, y sufría de soledad. Incluso me costaba recordar su rostro, no tenía ni una fotografía suya.

—Un clavo saca otro clavo —me decía Olivia.

Ella y Estrella eran las únicas que sabían con exactitud por lo que estaba pasando. ¿Me convertía eso en un hipócrita de cara a los demás? ¿Por qué me era tan difícil confesar a mi familia la verdad?

Estrella resultó ser una mujer extraordinaria y sensible. Me inspiraba mucha confianza, más incluso que Olivia, lo cual me abrumaba porque era mi compañera de piso. Algunas tardes paseábamos por la Ciudad Condal. Muchas veces acabábamos en El Bosc de les Fades, un increíble bar temático que pronto se convertiría en mi refugio. Solía ir allí los días que más triste me sentía. La irrealidad del lugar y la decoración me inspiraban tranquilidad, algo que no encontraba en el piso de Olivia.

Desde que no vivía con mi familia mi relación con mi hermana había mejorado, aunque no me había vuelto a invitar a irme con ella y sus amigos de fiesta, de vez en cuando se dejaba caer por el piso para traerle unos porros a Olivia.

Abril estaba más flaca que nunca, a pesar de que su cuerpo siempre había sido de constitución delgada. También había experimentado un cambio en su estado de ánimo: de ser una chica alegre y risueña había pasado a estar triste y apática. Tenía unas ojeras bastante pronunciadas y se había teñido el cabello de color negro. El maquillaje que usaba también era oscuro, al igual que las prendas que vestía.

—¡No soy gótica! —me contestó un día cuando la bombardeé a preguntas.

El próximo 20 de abril sería su aniversario y todavía no sabía qué regalarle. Había perdido su trabajo hacía mucho, por llegar tarde reiteradas veces y llevarse mal con la gerente del negocio, según ella. La realidad era otra: a través de las cámaras de seguridad la habían pillado robando una caja con dos mil sobres de kétchup y la habían puesto de patitas en la calle. Desde entonces había enviado varios currículums, pero no encontraba nada.

Por otro lado, mi madre tenía varios quebraderos de cabeza. Uno de ellos era mi padre; que últimamente bebía más de la cuenta. También le angustiaba la hiperactividad de los gemelos, que aumentaba a medida que crecían.

—No quiero ni pensar lo que pasará cuando estén en la edad del

pavo… ¡me volveré loca, loca, loca!

Se lamentaba mientras todos nos reíamos, aunque no tenía ni pizca de gracia.

Mi vida, más o menos, había continuado igual durante esos ochos meses que habían transcurrido desde la desaparición de Dani: trabajar, gimnasio, leer y pasear. La esperanza que tenía de cruzarme con él había ido menguando poco a poco.

Olivia me había sugerido que fuera algún día a la discoteca en la que trabajaba, pero no quería ir solo y no tenía con quién ir. Estrella me hubiera acompañado, pero su pareja no quería que entrara allí. Un día que estábamos los dos solos, le pregunté si sabía qué había en el interior de la habitación cerrada con candado. Lo desconocía, aunque ella sí que se lo había preguntado y Olivia se había negado a responder. Estaba claro que aquello era una más de sus excentricidades. Había llegado a pensar que tal vez el interior estaba repleto de trastos; como el armario de Mónica Geller en la serie *Friends*.

***

En cuanto al Paradís, la clientela había descendido de manera notable. Seguíamos dando muchos desayunos, pero ni la mitad que antes. Los números empezaban a no cuadrarle a nuestra jefa. Alba se temía que Aurora cerrase el negocio, pues el país estaba en un momento delicado. «Será muy difícil encontrar trabajo tal y como están las cosas», repetía hasta la extenuación. Algunos viernes, antes de cerrar, Mercè se pasaba por la cafetería. Había disfrutado de muy buenos momentos con ella, solíamos gastarnos bromas mutuamente. Una vez, me llenó los bolsillos del abrigo con frutas: mandarinas, kiwis y uvas. Aurora me mandó al supermercado. Al llegar a la caja, metí la mano para extraer el dinero, pero en su lugar extraje la fruta. Pasé mucha vergüenza, pues parecía que acababa de hurtarlas. Mi venganza fue tremenda. Le cogí las llaves de su coche y se lo cambié de lugar. ¡Pensaba que se lo habían robado! No pude contener la risa y ella intuyó que yo tenía algo que ver con todo el asunto.

—No em fotis, nano! Amb el meu cotxe no es juga! [5]

Tras esa broma, tan solo nos pegábamos cartelitos en la espalda o poníamos sal en nuestras bebidas, aunque a veces ella me amenazaba con poner huevo.

La verdad era que echaba mucho de menos trabajar con ella. Era

divertido, y al contar ambos con la misma edad teníamos más temas de conversación. Con mis otras compañeras, las tertulias versaban sobre cuestiones laborales o noticias locales e internacionales.

Aurora estaba bastante consternada por un macabro asesinato. Habían hallado el cadáver de un hombre adulto en la montaña de Montjuic. Cuando sucedió fue portada en todos los periódicos nacionales. La noticia era escalofriante: a la víctima le habían arrancado el corazón y mutilado algunas partes del cuerpo. Había incluso imágenes grabadas con un teléfono móvil donde se veía cómo transportaban hasta el vehículo la bolsa mortuoria de plástico opaco con el cadáver dentro. La población estaba aterrorizada porque el terrible hallazgo había tenido lugar en nuestra ciudad. La policía no quería comentar nada acerca del caso o sobre si tenían pistas, pero la prensa no paraba de especular con la noticia. Y los días pasaban y no había ningún sospechoso.

Otra noticia que había sido muy comentada en el barrio estaba relacionada con el señor Ramírez. El conserje del Polideportivo Edén había sido detenido por la Policía acusado de ser pederasta. Había salido a la luz unos días después de que Dani dejara de trabajar allí.

Un día, Aurora convocó una reunión. Alba temía lo peor. Con lágrimas en los ojos, nuestra jefa nos dijo que se veía obligada a cerrar el Paradís. Los beneficios habían desaparecido y el negocio llevaba varios meses en negativo. Había empezado a tirar de sus ahorros para pagar nuestros salarios y a los proveedores. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas y no encontraba solución.

—¿Cuándo cerrarás? —preguntó Alba.

—Cuando termine el mes.

Llevaba unos ocho años de mi vida empleado allí; era el único sitio en el que había trabajado. Contaba con mucho dinero ahorrado, siempre gastaba menos de lo que ganaba. El dinero sí era un problema para Alba, ya que lo enviaba a su familia cada mes. Aurora nos dijo que no nos preocupáramos por el finiquito, y que podíamos cobrar el paro hasta encontrar un nuevo puesto de trabajo.

—¿Qué vas a hacer tú? —pregunté.

—Tengo más de sesenta años. Voy a descansar hasta que Dios quiera.

Esa tarde caminé sin rumbo fijo al salir de trabajar. Cruzaba las calles o torcía hacia un lado o al otro para no ir en línea recta. Observaba las calles, a los transeúntes, los vehículos, los colores y las luces, absorbía la Ciudad Condal en todo su esplendor. ¿Qué iba a hacer con mi vida? No lo sabía, no sentía ninguna opresión en el pecho. Lo que tuviera que pasar, pasaría.

Acabé andando por las calles del Clot y entré a tomar algo en un restaurante llamado Sibelius. Me atendió una chica joven que momentos antes estaba haciendo un crucigrama en *El Periódico*; lo tenía casi completo.

—¿Dónde está el mando de la máquina de tabaco? —preguntó un hombre a la camarera, mientras esta me servía un té de menta fresca con dos rodajas de lima.

El tipo tenía el pelo largo, gris, y con mechas de varios colores llamativos. Su rostro era delgado y dejaba asomar un poco de barba canosa. Llevaba un montón de aros en la oreja y tatuajes por todas partes. Vestía unos tejanos muy apretados y rotos.

Regresé a casa caminando y me encontré a Olivia subida a unas escaleras, limpiando el techo con una mopa. Seguía de muy mal humor, llevaba un par de semanas inaguantable. En todo ese tiempo ni siquiera había quedado con Estrella, que me había preguntado, a través de varios mensajes de texto, si sabía lo que le estaba ocurriendo.

Le ofrecí mis dos manos para ayudarla a limpiar.

—Cambia el agua del barreño —dijo sin mirarme.

Tras acabar salimos a la terraza y hablamos un poco. Le conté que al finalizar el mes me quedaría sin empleo. Entonces, contra todo pronóstico, me ofreció trabajar en la discoteca. A final de mes se iba uno de los camareros y tenían que contratar a alguien. Me podía concertar una entrevista con su jefe para ese mismo viernes.

—Si quieres aceptar, claro.

—Me lo tengo que pensar —contesté.

Y eso hice esa noche. Tenía miedo a trabajar en un sitio así,

aunque sería divertido. Conocería a mucha gente, y… quién sabe, igual un día veía a Dani, iban miles de personas a lo largo del año. Tenía una posibilidad entre tres millones, y eso era mejor que ninguna.

Me levanté de la cama. Olivia estaba tumbada en el sofá viendo una película en blanco y negro. Le dije que ya lo había meditado y que sí, que me concertara la entrevista si todavía seguía en pie la oferta.

Escribió la dirección en la página de una libreta; también añadió qué línea de metro tenía que coger para llegar. Era curioso que nunca le hubiera preguntado hasta entonces dónde se encontraba el local en el que trabajaba. Le di las gracias, las buenas noches y la dejé con Humphrey Bogart.

Mientras se acercaba la fecha de la entrevista, los nervios iban aumentando. Y cada día que pasaba era uno menos para el cierre final del Paradís.

Después de trabajar solía ir al Edén. Una tarde, me sorprendió contemplarme en el espejo del vestuario. Poco quedaba del chico que había empezado a acudir al gimnasio hacía casi dos años. Mi cuerpo había sufrido una gran transformación. Me gustaba el reflejo del espejo, pocas veces me había pasado en la vida. Aunque mis ojos irradiaban tristeza, debido a que no había vuelto a escuchar ningún maullido en el vestuario.

Al fin llegó el viernes. La entrevista tendría lugar a las seis de la tarde. Salí del Paradís nervioso, fui a casa y me duché; después me afeité y me vestí con mi mejor traje. El día anterior me había hecho el nudo de la corbata. Pedí ayuda a Olivia, porque no sabía, y ella me enseñó. Me tuvo toda la tarde practicando.

—Hasta que no te salga a la perfección no vas a parar de intentarlo —dijo mi compañera de piso con la plancha en la mano.

Tras vestirme, me peiné y me eché unas gotas del perfume que mi compañera de piso me había regalado en mi vigésimo quinto cumpleaños. Salí de casa en dirección al metro, tenía que hacer transbordo. Llegué veinte minutos antes de tiempo, así que esperé hasta que fueran las seis de la tarde. Observé la fachada de la discoteca, encima de la cual ondeaba una bandera multicolor.

«Infierno» era el nombre del local. La persiana estaba por la mitad, y podía ver medio cuerpo de varios diablos de color rojo dibujados en ella. A las seis entré, no había timbre donde llamar. En el interior encontré una especie de caseta de madera de color roble oscuro, tan pequeña como el confesionario de una iglesia. Me santigüé sin saber muy bien por qué lo hacía. Miré la fotografía que había en la parte superior y que mostraba a un pingüino emperador; al asomarme al interior del mostrador constaté que estaba vacío, aunque me di cuenta de que había un taburete y una caja de madera al lado, sobre la que había colocado un fajo de *flyers*: «Arderás en el Infierno», rezaba el encabezamiento del primero de ellos, con letras rojas sobre fondo negro. Levanté la vista, fijándome en las paredes interiores del pequeño espacio; eran de madera y estaban llenas de fotografías y pegatinas de todo tipo: *smilies* del Messenger, una gran colección de cromos Toi que venían en los bollycaos, de jugadores de fútbol de todos los equipos, de Digimon, los Teletubbies, los Lunnis y un largo etcétera. Supuse que era el lugar donde vendían la entrada cuando abrían al público.

Avancé unos metros por un pasillo que exhibía varios arcoíris pintados a ambos lados. Llegué hasta unas escaleras multicolores que descendían. En la parte superior había un reloj de estación que marcaba las seis, y al lado había pintado, en números negros, «9-3/4». Bajé la mirada, fascinado, y observé un pequeño conejo blanco sentado en un escalón, mirándome y husmeando el aire. Sus orejas estaban erguidas y movía su pequeña nariz de forma ininterrumpida. Descendí ocho escalones hasta llegar al animal y lo cogí; me extrañó su docilidad y lo pulcro que estaba su pelaje: era muy suave al tacto.

Descendí toda la escalera que tenía veintitrés escalones. Observé la enorme pista con sus columnas circulares. El techo estaba lleno de focos y luces de todos los tamaños. Del centro colgaba una enorme bola de espejos, que centelleaba debido a que los fluorescentes estaban encendidos, y justo debajo había una plataforma redonda. Supuse que era el podio. Miré los laterales de la sala y pude ver dos mostradores alargados; junto a cada uno de ellos se encontraba una caseta igual a la que había en la entrada de la planta superior, pero estas estaban pintadas de colores llamativos. Ambas exhibían una fotografía circular con un animal ártico.

Al fondo de la pista de baile estaba la cabina del Dj, justo enfrente de las escaleras por las que había bajado. Allí había un hombre inmenso que vestía de blanco. Me acerqué contemplando toda la discoteca. La cabina tenía forma de cueva y unos grandes cristales por

donde se podía ver toda la pista. Había enormes altavoces distribuidos por toda la sala; una voz aguda masculina salía a través de ellos entonando en inglés. No tenía ni idea de quién cantaba, pero tenía mucho ritmo y repetía una y otra vez:

Run to the hills..., run for your lives... [6]

También había varias pantallas de televisión gigantescas, ancladas en las paredes; todas ellas estaban apagadas.

Caminé hacía la cabina del Dj y pude observar que en el interior había un tipo flacucho; como no había iluminación de ninguna clase, tan solo vislumbré su silueta. El hombre con sobrepeso, que vestía un traje blanco con corbata y zapatos del mismo color, se giró hacia mí. Tenía unos mofletes carnosos y su cabeza estaba afeitada, pero tan bien rasurada que no se podía apreciar si padecía alopecia, como mi padre. Carecía de cejas: en su lugar tenía rayas pintadas de color blanco.

—¿Artax? —preguntó.

Miré al conejo que sostenía.

—Lo encontré en las escaleras.

—¿En las escaleras?

Asentí mientras observaba lo que ocurría detrás de él. El hombre que estaba dentro de la cabina bajaba por unas escaleras verticales. No tuve tiempo de verle poner los pies en la pista porque el hombre de blanco se acercó para coger el conejo con sumo cuidado.

—Desapareció hace unos minutos. Es un regalo para mi sobrina —me miró y sonrió de repente. Pude apreciar que tenía una dentadura perfecta. Dientes pequeñitos y blancos—. ¿Eres Rómulo?

—Lo soy.

—Yo soy Abraham. —Le ofrecí mi mano, pero la rechazó chocando los cinco. Se abalanzó sobre mí y me dio dos besos. Su piel estaba fría—. Este es Sucre, el Dj —dijo, y presté atención al susodicho. Lo reconocí, lo había visto hacía unos días dentro de un bar, en la calle Sibelius—. Vayamos a mi despacho.

Levanté la mano, dije «hasta luego» al pincha y le seguí. Subimos diecinueve escalones por el lado izquierdo de la pista, cada uno de ellos pintado en un color diferente, como la escalera contigua que había a varios metros. Entre ambos tramos estaban los servicios. Pasamos el guardarropa, que quedaba a mano izquierda, y al fondo había una puerta de color blanco. A dos metros de distancia de dicha puerta, las baldosas eran diferentes, más pequeñas y todas de color amarillo.

Abraham iba delante, abrió la puerta y entramos. Quedé asombrado, era un sitio bastante peculiar, muy diferente a toda la discoteca y a todo lo que había visto. El suelo era de mármol blanco, la mesa era inmensa y del mismo color que casi todo el despacho.

—Siéntate, por favor —me dijo.

Se sentó en una enorme silla de oficina de color rojo carmesí. Su tripa chocaba con el borde de la mesa, pero parecía no sentirlo. Tomé asiento mientras observaba lo que había sobre el tablero: una pantalla de ordenador, un teléfono de color blanco, un cuenco con pistachos y un cojín púrpura de terciopelo, donde el hombre dejó al pequeño conejo blanco con mucha delicadeza. A su espalda, había doce pantallas de televisión apagadas, montadas de cuatro en cuatro.

—Le he traído mi currículum.

—No hace falta —dijo sonriendo. Observé cómo se curvaban las finas líneas blancas que le hacían de cejas. Sus ojos eran pequeños y negros—. Olivia me ha dicho que eres un chico muy ordenado y metódico. —Cogió un pistacho y separó la cascara con ayuda de sus uñas. Observé que sus manos eran diminutas, con dedos cortos pero gordos. Me asombró que Olivia hubiera utilizado esos apelativos para referirse a mí. Todos los días me regañaba por alguna minucia: por olvidarme unas motitas de pan sobre la mesa, no bajar la tapa del retrete o no cerrar el balcón con el dispositivo de seguridad.

Asentí, no sabía qué decir. Permanecí unos instantes en silencio hasta que volvió a tomar la palabra.

—Infierno es una discoteca donde queremos que la gente venga a pasárselo bomba, llevamos más de ocho años abiertos al público. Soy dueño de la mitad de este negocio, y tú vas a ser parte de la empresa. ¿Por qué te gustaría trabajar aquí?

—Me gusta mucho la música.

—¿Y la fiesta?

—No mucho, la verdad, si he de ser sincero.

—Mejor, porque aquí se viene a trabajar. Tienes que tratar a todos los clientes de forma eficiente y sonriendo. Aquí viene gente muy rara, con barba y todo, y a esos hay que tratarles igual de bien, además de ser rápido y cordial cuando haya mucha afluencia. Supongo que conoces el horario, ¿no? —Asentí—. Viernes, sábados y vísperas de festivos. La jornada de trabajo es de once a siete. Aunque en cuanto limpies la barra y recargues las cámaras con ayuda de tus compañeros puedes irte a casa. —Seguía asintiendo a todo lo que decía—. El sueldo son cien euros netos la noche, más propinas.

—¿A qué hora abre la discoteca?

—A la hora que Cenicienta perdió el zapato de cristal. —Levantó el dedo índice—. Tres normas muy importantes, su incumplimiento es despido inmediato, estará estipulado en una cláusula del contrato. Uno: nunca invites a una copa; dos: antes de dar cualquier consumición se valida en el ordenador; tres: prohibido mantener relaciones sexuales en horario de trabajo. —Abrí un poco los ojos ante la última norma y él me señaló con su dedo—. Si rompes estás normas, colorín colorado...

—¿Colorín colorado?

—Sí, ya sabes. ¡El cuento se ha acabado!

—Entendido.

Empezó a sonar el teléfono que había sobre la mesa. Lo miró frunciendo el ceño.

—Perdona, muy poca gente dispone de este número. Tengo que contestar. —Cogió el auricular y se lo llevó a la oreja—. ¿Sí? Dime, Paco. ¿Ha pasado algo?, ah, *sí*, *mea culpa*, perdona. Te llamo en cinco minutos, ¿vale?, estoy en medio de una entrevista. Vale. Adiós. —Colgó el teléfono—. Perdona, mi hermano. ¿Por dónde íbamos?

—Me acababa de enumerar tres normas muy importantes.

—La puntualidad también lo es, aunque no la haya incluido en esas tres normas. También es fundamental que sepas quiénes son tus superiores. Olivia es la encargada de sala, Adam el jefe del almacén y Jacob el encargado de seguridad. Todos ellos son tus jefes también. ¿De acuerdo? Los demás son igual que tú. —Asentí mientras intentaba memorizar los nombres—. La *happy hour* es de doce a una, la una y diez segundos no lo es. Importante también venir aseado al trabajo. Poco más puedo decirte, supongo que sabrás muchas otras cosas por Olivia.

—Sí —mentí.

—Excelente. El periodo de prueba es de dos meses, y el contrato es de seis. Después, si ambos estamos satisfechos, contrato indefinido. ¿Alguna pregunta?

—Entonces...., ¿el puesto es mío?

—Sí, es la segunda vez que la Teniente recomienda a alguien. Confío ciegamente en su criterio. —Volvió a sonreír enseñando sus diminutos dientes. Parecían perlas. Se impulsó hacia atrás con la silla y abrió un cajón. Extrajo una Polaroid—. Te voy a tomar una foto para la ficha, sonríe. —Me erguí y miré serio. Tomó la fotografía.

Hablamos un poco más y, esta vez, al acabar, me ofreció su mano. Le di mi documentación para que pudiera preparar el contrato. El 1 de mayo del 2009 empezaría a trabajar en Infierno, aún faltaban dos semanas para ello. Lo dejé comiendo pistachos y bajé las escaleras hacia la pista. Me encontré allí de espaldas al Dj. Tenía una cabellera larga y canosa, con mechas azules y verdes. Llevaba una chaqueta de cuero gastado en la que había una especie de calavera en la parte trasera.

Se giró.

—¿Y bien? —dijo él.

—Y bien, ¿qué? —pregunté.

—¿Vas a trabajar aquí?

Tenía tres aros en el cartílago de una oreja, un *piercing* en la ceja y otro pendiente en forma de cruz en el lóbulo contrario. Tenía una mirada extraña, llevaba varios días sin afeitarse. Y tenía los brazos

repletos de tatuajes.

—En dos semanas empiezo.

—¡Bienvenido a Infierno, entonces! —me dijo sonriendo. Su cara se arrugó por todos sitios. Tenía los dientes muy amarillos—. Soy Sucre, pero aquí todos me llaman el Alien.

—¿Por qué te llaman así?

—Porque vengo de otro planeta —dijo, y empezó a reír—. ¿Cuál es tu nombre?

—Rómulo, señor.

—¡Coño! Tú vas a ser el Lobito. Aquí todos tienen un mote, algunos no funcionan, pero otros sí. Tengo la corazonada de que el tuyo sí va a funcionar.

—¿Qué música pones?

—De todo. Si por mí fuera pondría *rock and roll* y *heavy metal* —dijo. Sacó un paquete de tabaco mientras me miraba con aire travieso. Me ofreció uno, fumaba la misma marca que mi padre y hermana. Negué con la cabeza. Tenía el rostro consumido por los cigarrillos y los años, y aun así había algo jovial en él. Sonrió de forma pícara—. El primer viernes de cada mes ponemos éxitos de una década en particular. Y en las demás sesiones, suelo empezar con música electrónica y *house*. Antes de las dos: éxitos comerciales; y la última media hora música *freak*; pero depende del público que tenga y cómo reaccionen ante los temas y estilos que pinche.

—¿Qué es la música *freak*?

Esperé su respuesta mientras contemplaba cómo utilizaba un Zippo para encenderse el cigarro. Dio una profunda calada y, mientras expulsaba el humo, dijo:

—Ya lo escucharás, Lobito, ya lo escucharás. —Me sacó la lengua, tenía una bola blanca en la misma. No me extrañó que tuviera un *piercing* dentro de la boca.

Salí de Infierno. No podía creer que en dos semanas fuera a trabajar allí. Mi vida estaba a punto de cambiar, lo presentía. Quizás

el hecho de ocuparme allí me daría la fuerza que necesitaba para acabar aceptando lo que era. Intuía que el color gris estaba a punto de quedar en el pasado, y una gama de colores alegres y atrevidos, como los de las escaleras, estaba a punto de irrumpir en mi vida. Quizás, en Infierno, encontrara lo que tanto anhelaba…

La felicidad en su máximo esplendor.

8

Hasta que el Paradís no cerrase de forma definitiva no empezaría mi aventura en Infierno.

Las últimas jornadas en la cafetería fueron nostálgicas, y no podíamos evitar recordar todos los buenos momentos que habíamos pasado allí. Aurora colgó un cartel en la entrada avisando a los clientes del cierre inminente, y muchos fueron los vecinos que se dejaron caer esos días para despedirse de nosotros. Un día me encontré a la jefa llorando en el almacén. Me acerqué a ella y la abracé.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó.

—Disfrutar del tiempo libre —contesté apenado.

Nos separamos y nos miramos a los ojos. Recogí una lágrima suya con mi pulgar, lo cual la hizo sonreír. Mordió su labio inferior, evitando dejarse arrastrar de nuevo por el llanto.

—Mi bollycao..., cómo voy a extrañarte.

No pude evitar llorar en ese momento.

Alba entró. Al vernos allí abrazados, entre cajas de plástico y material para la cafetería, se unió al abrazo.

—Sois mi familia —dijo Alba—. No sabéis cuánto os voy a extrañar.

—Y yo —dije.

—Basta de lágrimas —nos pidió Aurora—, dejemos esto para el último día. —Después salió a la vitrina a atender a un cliente.

***

Mi último fin de semana libre lo dediqué a mi familia; incluso me quedé a dormir el sábado por la noche. Les conté que el Paradís cerraría el viernes siguiente para siempre, pero que no se preocuparan, que pronto encontraría algo. «Mentiroso, mentiroso», pensé. En ese momento me di cuenta de la doble vida que estaba a punto de iniciar. Nos pusimos todos juntos a jugar al bingo a excepción de mi padre, que estaba tomando unas cañas en el bar de abajo con Hilario, el vecino de arriba.

Mi madre siempre cantaba el número de las bolas acompañándolo con una rima, mientras Herminia le pedía que fuera más despacio con los dígitos que iban saliendo y Fanta le reía las gracias.

—¡Ocho! ¡Cómete el bizcocho! ¡Veintidós! ¡Callad o a la cama vais los dos! —dijo a los gemelos, que no paraban de gritar los números que querían que saliesen.

—¿Qué número ha dicho? —preguntó Herminia.

A mí me faltaban dos números para cantar bingo. A Máximo solo el veintitrés, que era uno de los que me faltaban.

—El siete —dijo mi madre.

—¡Bien!

Abril tachó un número más, le quedaban dos también.

—Eso es trampa —se quejó Samuel, que todavía contaba cinco por tachar.

—El diecinueve —dijo mi madre.

Puse una ficha de color naranja sobre la casilla correspondiente. Solo me faltaba un número para ganar y era el mismo que le faltaba a Máximo, aunque al final fue Fanta la que cantó bingo.

Ella, Abril y yo empezamos a preparar las pizzas que íbamos a cenar, y dejamos a los demás en el salón jugando al parchís.

—¿Te gusta mi peinado? —me preguntó Fanta. Tenía el pelo color zanahoria y solía llevar siempre coleta. Ese día lo tenía alisado, por lo que sus cabellos no parecían hebras de alambre oxidado. Su cara estaba repleta de pecas diminutas, y las paletas incisivas muy

separadas.

A mi hermana, de pequeña, le daba asco la gente pelirroja. Era ver alguien con ese color de cabello y le entraban ganas de escupir. Siempre lanzaba un salivazo cuando algo no le gustaba. Mi madre le quitó la costumbre cuando tenía nueve años una tarde de sábado, aunque esa es otra historia y debe ser explicada en otro momento.

El episodio que ahora contaré describe cómo Abril y Fanta se hicieron amigas en catequesis. Fanta era la chica más divertida de todas, a pesar del color de su pelo. A Abril le daba vergüenza que las viéramos juntas, y nunca quería que viniera a casa. Mantuvo su amistad a escondidas, hasta que mi madre quiso conocerla y entonces se descubrió el pastel. Pidió perdón a todos los pelirrojos del mundo tiñéndose el cabello de color naranja durante unas semanas. Fanta la perdonó, y desde entonces se hicieron amigas inseparables.

—Te queda mejor así que la coleta que siempre llevas —contesté.

—Gracias —dijo sonriendo, y puso su mano en mi brazo.

—¡Vaya brazaco! ¡Qué fuerte te estás poniendo!

—Desde que vive con su novia no para de ir al gimnasio —dijo Abril mientras me hacía burlas.

Ella sabía que Olivia y yo no éramos novios, pero como mi padre seguía pensando que sí, como buena hermana que era, me chinchaba.

«¿Falta mucho? ¡Tengo hambre!». «¡Tiene hambre! ¡Ha preguntado si falta mucho!». Los gemelos habían entrado en la cocina. Lulu los seguía allí donde fueran.

Durante la comida, observé a Abril devorar con gula. Comió más que nadie, con diferencia. «Entonces..., ¿por qué sigue adelgazando?», me pregunté.

Mi padre no vino a cenar. Cuando mis hermanos dormían, mi madre nos contó que estaba preocupada porque cada noche regresaba más tarde a casa.

—¿Vemos una peli? —preguntó mi hermana tras estar un buen rato en el cuarto de baño. Por la televisión daban una de Jim Carrey: *El show de Truman*. Resultó ser muy entretenida. Mi hermana y Fanta

se perdieron muchas escenas porque iban al balcón a fumar, mientras mi madre les llevaba la cuenta de los cigarros que consumían. Sobre la mesa que había delante del sofá en el que estábamos sentados, había un paquete de cigarrillos Red Apple estrujado; pertenecía a Abril, que se había quedado sin tabaco y fumaba a costa de su amiga.

Cuando la película llegó al desenlace, se escuchó el ruido de unas llaves en la puerta principal. Tras unos minutos, mi padre entró tambaleándose en el comedor.

—¡Te parecerá bonito cómo vienes! —exclamó mi madre.

—No tengo el cuerpo para sermones —dijo él, para luego atravesar la estancia en dirección a su dormitorio.

—Eso, vete a dormir la mona.

Empezó a sonar el teléfono fijo de casa, lo cual era extraño por la hora. Mi madre caminó hasta el mueble del comedor y descolgó el aparato.

Era la vecina de arriba. Había escuchado llegar a mi padre a casa y quería saber dónde estaba su marido. Mi madre le contestó que no lo sabía y que dejara de llamarla a casa todas las noches haciéndole la misma pregunta.

Tras acabar la película, Abril y Fanta querían ir a la calle para fumar lo que tenían prohibido en el balcón. Me invitaron a ir con ellas y acepté. Nos sentamos en un banco de madera, y aproveché para zamparme una manzana Red Delicious que había cogido de la canasta de fruta de la cocina. Mi hermana estaba trinchando hierba en un *grinder*. La observaba embelesado, sin poder dejar de pensar en mi padre, que tenía un problema con el alcohol. Abril y Fanta hablaban, aunque no las estaba escuchando.

—¿Tú qué opinas, Rómulo? —preguntó Fanta.

—¿Sobre qué?

—Baja de la parra, tío —soltó mi hermana mientras me daba un puñetazo en el hombro. Se llevó la otra mano a la boca y aspiró del porro. Tras echar el humo, continuó—: Si vienes con nosotras, al menos ten la decencia de escucharnos.

Lo intenté, pero la conversación que mantenían cambiaba de temática a una velocidad sorprendente. Estuvieron parloteando sobre series de televisión y después sobre dónde irían de vacaciones. Abril no tenía nada de dinero ahorrado, y sugirió irse de acampada a algún lugar bonito y barato.

—¡Podrías venirte! —me dijo Fanta.

—Estaría guay —contesté. No sabía si lo decía en serio o solo porque estaba presente.

Una vez regresamos a casa, Abril entró en la cocina, abrió la nevera y cogió un *fuet*. Empezó a darle bocados mientras buscaba el pan.

—¿Quieres? —me ofreció bromeando. Yo le di las buenas noches.

Más tarde la escuché vomitar en el servicio mientras todos dormían.

***

Llegó la última semana de trabajo en el Paradís. Aurora nos propuso quedar un día durante la siguiente semana para comer en su casa y despedirnos como Dios manda. En cuanto al futuro, Alba tenía intención de visitar Argentina porque llevaba más de una década sin dejarse caer por su país natal. Yo quería seguir tachando objetivos en mi lista de la felicidad, solo había alcanzado una meta de las diez que me había propuesto cumplir, aunque había una que nunca lograría: besar a Dani.

El último día en el Paradís fue triste. Hablamos muy poco entre nosotros, cada palabra o frase iba a ser la última pronunciada allí. Nos despedimos antes de salir a la calle. Alba y yo le habíamos comprado un regalo de despedida a Aurora. Era una imagen de nosotros tres tomada tiempo atrás y colocada en un marco plateado muy bonito.

Nos costó despedirnos. Era triste cerrar esa etapa de nuestras vidas. No podía imaginar cuán doloroso sería para nuestra jefa. Caminé hasta el piso de Olivia llorando entre sofocos. De pequeño, me daba vergüenza que me vieran llorar, era un signo de debilidad, según decía mi padre. Había crecido escuchando «Los Muñoz no lloran» en infinidad de ocasiones. Pero mi madre gimoteaba por cualquier cosa, y ella era la que llevaba todo el peso de la casa.

—Mamá, ¿llorar es de débiles? —le pregunté de pequeño.

—¿Quién te ha dicho esa burrada? —preguntó mientras secaba mis lágrimas con sus pulgares.

—Papá.

—Papá es un alcornoque, no le eches cuenta. Las lágrimas son el agua que beben los ángeles; si no llorásemos, no podrían beber.

Cuando llovía era porque los ángeles lloraban, me dijo ese mismo día. Y cuando estaban muy contentos no había ni una nube en el cielo, así se podía contemplar la gran cúpula celeste en todo su esplendor. Y por la noche… las estrellas.

***

Con mi compañera de piso la situación no cambiaba; ella seguía con un humor de perros y a veces tenía miedo a hablarle por su reacción. Hacía tiempo que había desistido de pedir una llave propia para el buzón. Además, continuaba sin quedar con Estrella, que estaba más preocupada que nunca. Quedamos una tarde en el Bosc de les Fades y le pregunté si sabía por qué Olivia estaba más irascible que de costumbre, a lo que me contestó que no tenía ni idea. Estaba enfadada, y no sabía el porqué. Estrella era psicóloga, sabía mucho sobre la conducta emocional de las personas, y le era muy difícil psicoanalizar a Olivia: una peculiaridad que la cautivó.

—Tú eres un libro abierto —me dijo—. Tu mirada o tus gestos faciales delatan siempre lo que piensas. Pero es imposible saber lo que le pasa a ella por la cabeza.

Al llegar a casa me llevé una sorpresa, Azul estaba en la terraza, hablando con Olivia, que me saludó con un leve movimiento de cabeza y cerró la puerta corredera que separaba el espacio abierto del comedor. Azul me miró fijamente y no pude evitar pensar en lo guapo que era. Como no quería molestarles, me fui a mi cuarto y comencé a leer por segunda vez *La sombra del viento* de Carlos Ruiz Zafón, y a recorrer las calles de Barcelona en 1945.

Tan concentrado como estaba en la lectura, no escuché marcharse a Olivia ni a Azul. Era raro que no me dijera nada, pues pensé que iríamos juntos a trabajar. A las diez pasadas decidí salir de casa. Sentía un hormigueo en el estómago, en menos de una hora empezaría en mi nuevo trabajo.

Llegué a la entrada de la discoteca. La persiana estaba

parcialmente subida. Solo se veían las piernas de los infantiles demonios pintados en la persiana. Antes de acceder al interior cogí aire, me sentía nervioso y asustado. Entré en Infierno y pude constatar que estaba mejor iluminado que en mi anterior visita. Me topé con un hombre de espaldas, parado al lado de la caseta de madera de roble. No había nadie allí dentro, las luces estaban apagadas y aquel individuo miraba su teléfono móvil. Era de estatura baja con bastante sobrepeso; al oírme giró su cuerpo y contemplé un rostro conocido. Me sorprendió encontrarlo allí. Observé sus grandes mofletes, que me recordaban a los de un bulldog, y su sonrisa felina. Me preguntó si era el nuevo camarero. Asentí y le tendí mi mano, pero él la golpeó con desprecio. Me cogió de los hombros y estampó sus labios en mis mejillas de forma sonora. Su aliento olía a vodka.

—Vamos a trabajar juntos. —Sus gestos eran bastante afeminados, le brillaban los ojos y no dejaba de sonreír—. Codo con codo —añadió.

No me había reconocido. Había tenido un cruce de palabras con él en el metro, justo un año anterior. Lo recordaba con exactitud porque había sido la tarde que estuve en Copacabana.

Miré la caseta de manera inquisitiva y observé la fotografía del pingüino emperador. Él notó mi curiosidad.

—¿Quién trabaja aquí? —pregunté.

—París. —Tragó saliva—. Ten cuidado con él.

—¿Por qué?

—Es peligroso.

—¿En qué sentido?

—En todos, querida.

—Querido —le corregí.

—Dime —contestó.

Empezamos a caminar juntos hacia las escaleras.

—Sígueme, te voy a mostrar dónde trabajas —indicó él.

—¿Cómo te llamas? —le pregunte mientras empezábamos a descender. En el octavo escalón no estaba Artax.

—Félix —me dijo—, ¿y tú?

—Rómulo.

—¡Qué curioso, curiosísimo! —exclamó.

Bajamos juntos el resto de la escalera mientras me preguntaba de dónde era. Respondí e hice la misma pregunta. Él no era catalán; había nacido en la ciudad de Cristal, más conocida como La Coruña.

Una vez en la pista fuimos hacía la barra de la izquierda. Muchas de las luces estaban encendidas. Al llegar al mostrador en el que iba a desempeñar mi trabajo, reconocí al chico que había tras la barra: era el Soviético. Le había visto hablar con Olivia el año anterior en el interior de Copacabana. Resultó que iba a ser mi mentor y compañero de trabajo.

Su nombre era Dmitry; había nacido en Rusia y llevaba unos cuantos años viviendo en España. Hablaba sin ningún acento y de forma muy correcta. Sus ojos eran oscuros, de cejas muy pobladas. Tenía la cabeza rapada, aunque no tan bien como Abraham, y tenía mucho vello en los brazos. Era corpulento, de mirada fría y un tanto siniestra.

La barra en la que trabajaba estaba partida en dos. En el centro estaba la caseta donde Félix vendía los *tickets* de las consumiciones. Este puesto era idéntico al de la entrada, pero estaba pintado en color rosa fucsia. La fotografía circular que había sobre el mostrador de venta era un oso polar. Una de las diferencias de la caseta era que no tenía puerta en los laterales, conectaba directamente con las dos barras. Dmitry me explicó que la zona en la que íbamos a trabajar juntos se llamaba la barra Alfa, y la contigua a la caseta de Félix era la barra Delta; la que teníamos enfrente, al otro lado de la pista, era la barra Omega. Me preguntó si tenía experiencia sirviendo cubatas, a lo cual negué con la cabeza. «No te preocupes, pregunta todo lo que no sepas», me dijo. Félix me cogió de la mano y me llevó a la barra Delta para presentarme a los empleados que trabajaban allí. Eran dos chicos muy jóvenes, y uno de ellos estaba tan flaco como el palo de una escoba. Calculé que ambos tenían poco más de dieciocho años. Los dos vestían de forma muy extraña; uno tenía la camiseta subida como una

chica, enseñando el abdomen, estaba en los huesos; además tenía el pelo teñido de color rosa en forma de cresta. Era el chico con más «ramalazo» que había visto en mi vida, y se refería a sí mismo en femenino cuando hablaba, lo cual me dejó algo aturdido. Lo llamaban Britney, aunque su verdadero nombre era Michael.

Su compañero era un chico italiano que parecía algo introvertido, de pelo castaño corto y ojos marrones. Cuando sonreía mostraba unos horribles aparatos metálicos que llevaba en los dientes. Vestía con ropa algo extravagante, importada de otro país, de Japón para ser exacto. A lo largo de la noche descubrí que entre semana trabajaba en una tienda llamada Omena, y allí le obligaban a vestir ropa más convencional.

Enfrente de nosotros estaban situadas la pista de baile y la barra Omega, que no se dividía como la nuestra, aunque era algo más pequeña y la caseta estaba a un lado. Allí trabajaban dos chicas y un chico. Me alegró no estar allí, pues una de las chicas era Amaranta y el chico era Azul. Había una señora enorme de piel oscura dentro de la caseta.

Azul vino hasta mi barra para darme la bienvenida y darme dos besos. Me sentí incómodo debido a mi comportamiento pasado, así que intenté mostrarme indiferente ante su presencia. Puede que pensara que me portaba de forma hostil.

Dmitry me explicó que teníamos una hora para preparar la barra. Las tareas eran varias: encender el ordenador, el lavavajillas, limpiar el mostrador y cortar la fruta para los cócteles, aunque él se encargó de casi todo mientras yo curioseaba la pantalla táctil que teníamos, para familiarizarme con el *software*. Una chica de la altura de mis hermanos pequeños entró en nuestro espacio de trabajo; era muy canija y cargaba con cuatro bolsas de hielo.

—Tu cara me suena, por cierto, soy Suvi —dijo. No tuve tiempo de contestar, me agarró y se puso de puntillas para darme dos besos. Olía a chicle de fresa. Mientras nos besábamos en la mejilla, Félix habló.

—Sherise, ven, corre... que te presento al nuevo. —Estaba apoyado en el mostrador—. Sherise es la cajera de la barra Omega, es de la competencia, pero yo sigo siendo «la reina». La que más caja hace.

No entendía muy bien a qué se refería. Del otro lado de la pista vino ella y pude apreciar desde la distancia que era una mujer enorme. A medida que se acercaba a mí, tuve una intuición. ¡Era la conductora del L321! Una de mis «desconocidos» favoritos.

—Bienvenido, blanquito —dijo una vez llegó hasta nosotros. Vestía una horrible camisa de seda de color anaranjado.

—Gracias, negrita —contesté.

Quería decirle que la conocía, y que sabía cuál era su otro trabajo, pero no me atreví a abrir la boca. Fue hacia la otra barra para saludar a Leo. Era su ojito derecho, según me explicó Félix.

A medida que transcurrió la primera hora de trabajo en Infierno, fui conociendo a más compañeros. Para mi sorpresa, nuestros caminos se habían cruzado en el pasado, pero nadie se acordaba de mi rostro. La chica mulata de la otra barra resultó ser un transexual procedente de la Habana. Aunque tenía pechos, me habían asegurado que también tenía pene. Mostraba una cara fina y muy bonita. La primera vez que la vi fue en la playa de la Barceloneta.

El chico que vigilaba los servicios podría pesar unos doscientos kilos y su nombre era Toni. Vestía con ropa deportiva y tenía la mirada perdida. Lo conocí justo antes de que abriéramos al público. Fui al baño y lo encontré limpiando los cristales con un trapo sucio. Poseía una voz muy aguda, ridícula, discordante con su cuerpo. La primera vez que le vi fue en la Estació de Sants, sentado, mirando embobado algún punto que no pude concretar.

Sonaba una canción cantada por una voz femenina potente. En ese momento no sabía quién era, pero era uno de los temas que Sucre siempre ponía antes de abrir al público. Se trataba de Mónica Naranjo, y el título del tema *Sobreviviré*. Muchos de mis compañeros la cantaban al unísono mientras limpiaban.

Se encendieron algunos focos del techo, incluso las paredes se iluminaron con bombillas de color rojo eléctrico; los laterales del podio central se adornaron con llamas.

Dmitry quería que lo llamase por su diminutivo: Dima, y eso fue lo que hice. Me explicó cómo funcionaba el ordenador, tenía que pasar por un escáner el código de barras de los *tickets* o tarjetas que me dieran a lo largo de la noche. «Sobre todo, no invites a nadie», insistió.

El lugar en el que trabajábamos estaba distribuido de manera muy sencilla. Las cámaras frigoríficas estaban debajo del mostrador donde serviríamos las bebidas, y detrás de nosotros se situaba el alcohol y una pequeña mesa de elaboraciones. Las bebidas estaban divididas en categorías: whisky, vodka, ginebra, ron blanco, ron negro y diversos licores. Había una gran variedad de marcas que no conocía.

Mi compañero me explicaba diversos quehaceres que teníamos que realizar además de servir, como depositar todas las botellas de vidrio vacías en un cubo enorme, las de plástico en otro diferente o el manejo del lavavajillas.

La música subió unos cuantos decibelios más, aunque eso no me impidió escuchar la risa de Amaranta al otro lado de la pista. Me recordó a una de las malvadas hienas de *El Rey León*. Félix salió de la caseta y pegó su cuerpo contra el mío.

—¿Y tú qué, Lobito? ¿Entiendes? —Me acariciaba el pecho con los dedos índice y el corazón. Lo miré extrañado y arrugué el rostro—. Si eres gay... —quiso saber Félix. Medité la respuesta, pero antes de que pudiera contestar él añadió—: Te has puesto colorado. —Y así era. Pensé que ojalá hubiera podido inflarme como un globo y salir volando en ese momento, pero como no podía hacerlo, y aunque pudiera chocaría con el techo, simplemente me encogí de hombros. Félix entretanto esperaba mi respuesta—. ¡Qué enigmático! Aquí casi todos lo somos: este maricón de al lado —dijo señalando a Dima—, la negra, Amaranta, Adam y Rosita son los raros aquí.

Yo todavía no sabía quién era Rosita.

Un minuto antes de abrir al público, los fluorescentes se apagaron y los focos de colores empezaron a moverse y a iluminar la pista.

Olivia, alias la Teniente, empezó a repasar las barras hasta llegar a la que me encontraba.

—Siento no haberte dicho nada esta tarde —dijo. Me encogí de hombros mostrando indiferencia—. Cualquier cosa coges el *walkie* y me llamas. Estás en la barra Alfa.

Dima me preguntó si la conocía. Le dije que éramos compañeros de piso y al principio no se lo creyó.

—Es una arpía, es la primera vez que veo asomarse una sonrisa a esa cara. —Tras ver mi reacción añadió algo más—: Lo siento.

—Tranquilo.

La música empezó a sonar a más volumen y descendieron los primeros clientes. Observé a Dima, el cual permanecía erguido con el semblante serio, mirando al frente. Imité su postura. En la barra Omega, Amaranta y Andrea se quitaron la camiseta y se quedaron en bikini. Azul las imitó y se despojó también de la suya; podía ver sus abdominales marcados desde donde estaba. Los tres se movían al ritmo de la música, y los primeros clientes se dirigieron al área que ellos atendían.

—¿Estaré siempre en esta barra? —le pregunté a Dima.

—Va por épocas. La Teniente es la que nos pone donde le da la gana.

El Dj bajó de su cabina y caminó hasta nuestro mostrador.

—Ponme un *gintonic*, Lobito —dijo, mientras deslizaba una tarjeta en la que ponía «Invitación», en letras negras sobre un arcoíris.

La pasé por el sensor, cogí un vaso de tubo de cristal y puse tres hielos.

—Quiero solo dos cubitos —dijo Sucre. Saqué con dificultad un hielo con las pinzas. Mientras lo hacía, me preguntó—: ¿Quieres que te ponga una canción?

—¿Qué tipo de canción?

—La que quieras. Piénsalo, luego vengo a por otro y me la dices.

Se empezó a reír, y no pude evitar mirar sus dientes amarillos. Seguía sin haberse afeitado, y tenía el cabello de cualquier manera. Sus ojos estaban muy dilatados; llevaba una camiseta de tirantes manchada por diferentes sitios, además de algún que otro agujero. Luego se marchó hasta la cabina, bebiendo por el camino. Dima me informó que él también era propietario de la discoteca, pero era un anárquico soñador al que no le gustaba mandar.

Observé cómo bajaban más clientes. La barra de enfrente

acumulaba ya algunas personas esperando, y una parte de ellos vino hacia nosotros.

Había gente que corría por la pista de baile y se empezaron a formar corros. Varias columnas de color rojo, con llamas anaranjadas y amarillas, se iluminaban y se apagaban siguiendo distintos patrones. Empezamos a servir bebidas; me costaba entender a algunos clientes porque no conocía las marcas, no sabía qué clase de alcohol era el que me pedían y otros no vocalizaban bien.

Mucha gente me preguntó si era nuevo; otros me decían que era muy guapo y después me exigían una copa gratis. A lo largo de la noche serví casi cuatrocientas bebidas. La mitad fueron cervezas. Teníamos una amplia gama: Duff, Heineken, Estrella, Voll Damm, Coronita y Heisler Beer. Cerca de las dos de la madrugada, Dima quitó los tapones de las botellas para no perder tiempo. En hora punta había decenas de personas esperando para ser atendidas. Estaba tan concentrado en lo que hacía que ni siquiera prestaba atención a la música que sonaba.

—¿Has pensado la canción? —preguntó Sucre, que entró en nuestra barra y empezó a servirse una bebida. Había bajado desde la cabina donde pinchaba.

—¿Puede ser cualquiera que yo desee? —le pregunté mientras validaba unos *tickets*.

—La que quieras —dijo. Estábamos a escasos centímetros de distancia. Tenía los parpados caídos y los ojos rojos.

—¿Tienes música de Frank Sinatra?

Levantó las cejas y asintió.

—¿*Strangers in the night*? —sugirió.

Afirmé con la cabeza mientras él deslizaba una tarjeta de invitación de su bolsillo a mi mano. Sentí su piel correosa y áspera al tacto. Antes de que se fuera con su bebida, entró Olivia.

—¡Menos cháchara y más trabajar!, que vas pisando huevos —me dijo.

A lo largo de la noche, escuché varios ladridos de perro que no

supe de dónde procedían, lo cual me pareció curioso. ¿Escucharía maullidos también?

Conocí a muchos chicos guapos. «Podría enamorarme de cualquiera de ellos», pensaba al servirles sus bebidas. Me llamó la atención un chico muy bajito con el cabello rubio. Se llamaba igual que el novio de *La Sirenita*. Quiso que le atendiera yo durante toda la noche. Le serví la misma bebida hasta en seis ocasiones. La primera fue con la tarjeta de la entrada general que valía cinco euros. Después me fue entregando *tickets* que le había vendido Félix en la caja.

—Hola. ¿Tu primera noche? —me preguntó la primera vez que lo vi.

—Sí.

—Eres muy guapo.

—Gracias —respondí de manera cortés—. ¿Qué te sirvo?

—Un cua-cua con Zeta-cola por favor...

Estuve un buen rato buscando la botella y leyendo las etiquetas, pero ninguna decía «cua-cua»; tampoco en el ordenador. No quería preguntarle al chico para no parecer un ignorante, así que consulté a mi compañero de trabajo.

—Es un combinado entre 43 y Cointreau.

Al final de la noche, el chico de los cua-cua con Zeta-cola estaba muy borracho, como casi el resto de los clientes. Me preguntó mi nombre y si podía darme dos besos. Me incliné sobre la barra y se los di.

Sufrí varias incidencias a lo largo de las seis horas que estuve sirviendo copas. La más reiterada era gente que disponía de un *ticket* con otra fecha. Como tenía que validar el cupón antes de servir la bebida, al comprobar que daba error tenía que entregárselo al cliente y pedirle que fuera a la caja a cambiarlo. La primera vez que sucedió no llevábamos ni media hora abiertos. Fui a la caseta a pedirle a Félix que lo cambiara, pero él me explicó que tenía que ser el usuario, que no podía perder el tiempo con esas memeces. Al explicárselo a la clienta, se opuso de manera tajante a guardar cola de nuevo. Félix salió de su caseta y le explicó que si no acudía a caja no tendría la

bebida. La joven replicó, alegando que no nos costaba nada cambiarle el bono de la consumición allí mismo, que le hiciéramos el favor.

—Querida, usted es una beoda, venga a la caja y en un periquete le cambio el *ticket*.

—Me ha llamado... ¿qué? —preguntó ofendida—. Ahora mismo voy a quejarme a su superior.

Félix agitó las manos con energía, como si bailara la canción que sonaba. Se irguió y sacó pecho.

—Francamente, querida, me importa un bledo —dijo.

Le dio la espalda y se marchó a su puesto de trabajo mientras yo intentaba contener la risa.

A lo largo de la noche conocí a muchas personas, aunque pocos eran los nombres que retenía.

—¿Estarás mañana? —preguntó una chica con el cabello color rosa chicle. Creía recordar que su nombre era Vania y había acudido a Infierno con su hermano. Él era gay, me lo había presentado.

—Mañana estaré —le dije. Ambos sonreímos.

Miré la enorme bola de espejo que colgaba del centro de la pista. Se reflejaban infinidad de luces; debajo, los que bailaban sobre el podio intentaban alcanzarla, tenían los brazos levantados y los agitaban con frenesí al ritmo de la música.

—Entonces nos vemos mañana.

Se inclinó sobre la barra para darme dos besos. Su hermano estaba unos metros más atrás, besándose con un chico como si el mundo estuviera a punto de terminar.

Cuando la faena empezó a descender, miré mi reloj para comprobar que eran las cinco de la mañana. Había pasado el tiempo volando y todo había ido sobre ruedas. En total contábamos con dos *offices*: Suvi y un chico muy atractivo con unas gafas grandes. Me intenté presentar varias veces, pero nunca me contestó. «¿Cómo se llama?», le pregunté a mi compañero de barra. «Elvis», contestó. Le pedí hielo en varias ocasiones cuando se desplazaba entre el público

recogiendo vasos de cristal, pero no me hizo caso. Me gustaba observarlo, actuaba de un modo extraño. No hablaba con nadie, pero su mirada era pacífica y me hubiera gustado darle dos besos, sentir sus mejillas tocando las mías.

—Si quieres algo de él, levanta la mano —me avisó Dima—, y cuando te vea vocaliza bien.

—¿Por qué?

—Es sordo —me reveló mi compañero—. ¡Hola, periquitas! —dijo a unas clientas.

—¿Nos invitas a un chupito? —preguntó una de ellas.

—Chupitos no puedo, pero besitos todos los que queráis.

Cuando faltaba media hora para cerrar, empezaron a sonar por los altavoces canciones infantiles de programas de televisión y música típica de las bodas. La gente brincaba y cantaba como si su vida dependiera de ello. Era divertido ver cómo el público lo pasaba de lujo. Y entonces empezaron a sonar unos compases conocidos y la voz de Frank Sinatra llenó la sala. Sucre aulló por el micrófono y mucha gente lo imitó. Félix sacó la cabeza de la caseta y empezó a aullar también.

Llegó a la barra un chico que miraba a la gente extrañado. Vestía una camisa estrecha color canela muy ajustada. Los botones eran blancos y tenía la mitad desabrochados. Su torso estaba desnudo, no había ningún vello.

—¿Qué? —preguntó.

Something in my heart told me I must have you, Strangers in the night, two lonely people... [7]

—¿Cómo? —contesté yo, mientras tenía un *deja vù*.

Miré los ojos del chico que tenía enfrente y me resultaron familiares, pero no sabía dónde los había visto por primera vez. Tenía ambos verdes, por eso me costó reconocerlo. Además, no podía ver si llevaba zapatillas diferentes. Él me reconoció primero.

—¿Acabaste el libro de Stephen King, Rómulo? —preguntó

mientras me daba una tarjeta de invitación. No sabía cómo había averiguado mi nombre, me sentía intrigado—. Quiero una piña colada.

—Terminé el libro. ¿Acabaste de montar el cubo de Rubik? —pregunté mientras añadía los ingredientes en la coctelera y consultaba el libro de las bebidas especiales. Vertí la bebida en un vaso grande y el líquido cayó de forma provocadora, a la vez que sonaba una de las canciones que escuchaba una y otra vez en mi *walkman*. ¡Era increíble!, ¡la disfrutaba toda la discoteca! Había muchas parejas abrazadas, bailando cogidas de las manos, que levantaban por encima de sus cabezas; otras besándose o agarradas de la cintura; también personas en grupo, moviéndose al ritmo de una canción que había sido compuesta en 1966.

—No lo conseguí montar, la verdad. Soy París, somos compañeros de trabajo. ¿Cómo ha ido la primera noche?

«¡Lo sabía! —me dije—. Sabía que no podía llamarse ni Antonio ni Manolo».

—Muy bien.

—Dame un beso —me pidió.

Me incliné hacia él para darle dos besos, pero él colocó sus labios sobre los míos. Me aparté antes de que continuara... Me había robado mi primer beso. Lo miré ofendido y sorprendido, mientras sentía gusanos de seda recorrer mi estómago.

—¿Por qué me has besado en los labios?

—¿A eso lo llamas beso? —Inclinó su cabeza hacia atrás, sonriendo.

—Me advirtieron que tuviera cuidado contigo. ¿Debo tenerlo?

—Sí —afirmó con rotundidad—. Si tu sabor favorito en la cama es la vainilla. —Cogió la bebida que le había servido y se fue.

Me quedé allí, desconcertado por lo que acababa de pasar. Había dado mi primer beso a un chico sin ser consciente de ello. Y me había gustado. El beso... y el chico.

Observé que muchos de mis compañeros se saludaban besándose en la boca. Era repugnante besar todo tipo de labios, me negaba a ello, aunque no me había importado que París me besara una vez me había recobrado del *shock*.

A las seis de la mañana se encendieron las luces y sonó la última canción. Empezamos a limpiar la barra mientras Adam, el encargado de almacén, recorría la pista de baile mirando al suelo; parecía que buscaba algo.

La sala se iba despejando poco a poco. Mientras limpiábamos, entró en la barra el fornido jefe de seguridad. Le entregamos las invitaciones y las tarjetas de entrada. Después Félix cogió la recaudación y salieron juntos de la barra, escoltados por un chico con rasgos árabes que trabajaba de vigilante.

—Él tampoco entiende —dijo Félix cuando pasó por mi lado.

Después de limpiar y vaciar nuestra zona de trabajo, tuvimos que cargar la cámara frigorífica. Suvi era nuestro office, nos traía cajas con la bebida. Elvis hacía lo mismo en la barra Omega.

Al terminar, Dima y yo subimos las escaleras. En el exterior, varios de mis compañeros estaban sentados en el banco, comiendo churros. Dima me dio un apretón de manos: «Hasta esta noche», dijo.

Empecé a caminar en dirección opuesta. Me sentía contento, realizado. Lo peor de la jornada había sido tener que aguantar las impertinencias de algunos clientes quejumbrosos. Y lo mejor era el beso que me había dado París. Caminé hacía la boca de metro cuando escuché a alguien gritar detrás de mí.

—¡Espérame, voy contigo! —dijo París. Mi corazón se aceleró al verlo correr hacia mí. Algo extraño me estaba sucediendo. No sabía cómo interpretar mis sentimientos en ese momento. Era una sorpresa tan grata que estaba anonadado. Compartíamos la misma línea de metro a casa, y cuando hice transbordo, decidió acompañarme.

—No tienes que hacerlo —le dije.

—No tengo prisa por llegar a casa, solo me espera Voldemort.

Estuvimos charlando sobre el trabajo. Él hablaba sin parar sobre los compañeros, y yo le miraba embobado, debido al sueño que sentía,

y a su fina belleza. Tenía un perfil divertido. Se giraba de tanto en tanto, para buscar el contacto con mis ojos. Me habló de Sherise, de que había crecido en los 80 en Miami y había nacido en Brooklyn. Me fascinaba todo lo que pudiera contarme de ella; él me facilitaba esa información porque le había contado que la había visto en infinidad de ocasiones al volante del L321.

Cuando se quedó sin cuerda, nos miramos en silencio. Tenía ojos de gacela, tal vez por eso no podía concentrarme en sus pupilas y tratar de ver su alma. Me fijaba en su sonrisa, en su rostro. No sé cuánto tiempo estuvimos mirándonos en silencio, ni siquiera sé si estábamos jugando. Simplemente nos mirábamos el uno al otro, sin pronunciar palabra. Sus ojos recorrían todo mi rostro, como los míos el suyo. De vez en cuando coincidían, estábamos tan cerca el uno del otro que podía apreciar en qué ojo llevaba la lentilla de color. Rompí ese momento cuando el metro se detuvo y le anuncié que era mi parada. Se bajó conmigo y me acompañó un trecho, hasta que le obligué a despedirse de mí. Nos dimos dos besos, me aseguré de que se fuera.

Subí por las escaleras de la boca del metro mientras pensaba en todas las personas que había conocido en las últimas horas. Caminé varios pasos sintiendo algo extraño, me giré y a varios metros contemplé a París.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté.

—Sí. —Una pausa—. Vamos a desayunar.

—Es muy tarde. Me voy a la cama.

No estaba acostumbrado a estar despierto a esas horas sin haber dormido. No pude apreciar decepción en su rostro.

—¿Me puedo ir contigo? —me espetó de improviso.

—¿A la cama?

—Sí.

—¿Para comer helado de fresa? —pregunté.

—Más bien pensaba en devorar un fresón.

—No —contesté, sorprendido por su osadía. Aunque una parte de mí deseaba decirle que sí. Me sentía excitado.

—¿Por qué?

—Porque podrías ser un psicópata.

—Tendría que matar a muchas personas para eso. —Declinó mi respuesta con la mano, moviéndola con cierto amaneramiento.

—Me tengo que ir —dije mirando el reloj.

—Dame un beso y te vas.

Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—Lo quiero en la boca.

—Ya tuviste uno antes.

—Uno de verdad —insistió él.

Negué con la cabeza y me marché. Caminé hacia el portal sin girarme. Estaba seguro de que si lo hacía lo vería allí plantado, observándome, y tal vez regresaría para besarle en los labios. Entré en el portal y cerré la puerta. Estaba cachondo perdido, sentía mis testículos palpitar. Subí las escaleras, entré en el piso y fui a mi habitación. Me desvestí y me tumbé en la cama. Resonaba una canción en mi cabeza. Una de una tal Gloria Trevi, que todo el mundo había cantado a gritos. No podía quitarme de la cabeza todo lo que había vivido esa noche. Y no podía dejar de pensar en París. Era... ¡sexy! Antes de dormirme me masturbé pensando en él.

9

Intuí al despertarme que estaría solo en casa. Y así fue. Al parecer, Olivia había hecho las paces con Estrella. Tenía ganas de que llegara la noche para trabajar en Infierno; también me apetecía mucho volver a ver a París.

Salí a la terraza y sentí los intensos rayos de sol en mi piel; me despojé de mi ropa y me dejé caer en una silla plegable. Cerré los ojos y sonreí. Seguía sin creer que muchos de mis «desconocidos» favoritos fuesen mis compañeros de trabajo. Rosa, la pescadera que a veces

perdía el tren, era la encargada del guardarropa, ¡qué casualidad! Ella nunca se había fijado en mí, aunque yo tampoco había reparado en Suvi, la cual había merendado en el Paradís algunas tardes con su abuela. También había conocido a muchos clientes: el joven de los cua-cua; una pareja de chicos muy guapos que estuvieron hablando un buen rato conmigo, solo lograba recordar el nombre del más rubito que se llamaba Arnau. También me acordaba de un hombre mayor llamado Zenabio, y de Vania y su hermano.

La tarde pasó lenta, estaba ansioso por trabajar de nuevo. Había sido liberador. Me sentía... ¡pletórico!

***

Llegó la noche y me desplacé hasta mi lugar de trabajo. Nada más entrar, me encontré a París tras el mostrador, con los ojos de un color distinto a los del día anterior. Afiancé un codo en la barra y lo miré.

—Una entrada, por favor —dije sonriendo.

Podía sentir cómo los latidos de mi corazón iban *in crescendo*.

—No acepto dinero. Me tendrás que pagar de otra forma —dijo. Se inclinó hacia mí, y observé el marrón en sus ojos. Estábamos tan cerca que pude oler su aliento fresco—. Bésame.

Escuché unos pasos, pertenecían a uno de los vigilantes de seguridad que custodiaba la entrada.

Me alejé un poco de París.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó él.

—Veinticinco —le dije—. ¿Cuántos tienes tú?

—Seis años menos.

—¡Qué joven!

—Pero tengo mucha experiencia —presumió.

—Ah, vale —me limité a decir. Me di la vuelta y continué internándome en la discoteca. París echó a andar detrás de mí—. No me sigas —le pedí conteniendo la risa mientras bajaba las escaleras.

Una vez en la pista, fui a la barra situada en el lateral izquierdo,

donde había trabajado la noche anterior. Dima estaba limpiando tras el mostrador y lo imité. De vez en cuando, miraba hacia la barra de enfrente donde París hablaba con Azul.

—¿Conoces bien a París? —le pregunte a Félix.

—Claro que lo conozco bien, querida —repuso. Me cogió de la cintura y lo miró—. Le gustan más las pollas que a un tonto un lápiz.

—¿En serio?

—Sí. Cuidado —me avisó—, a veces muestra síntomas de locura.

Extrajo una petaca plateada que guardaba en el interior de la chaquetilla que llevaba y le dio un trago.

—¿Quieres? —me ofreció.

—¿Qué es? —pregunté. Olía de forma muy intensa.

—Es zumo de uva.

No pude evitar reírme. Él volvió a dar un buen sorbo y la dejó en algún sitio a mano dentro de la caseta, donde tenía la caja registradora.

Empezó a sonar una canción con mucha percusión que no conocía. Dima estaba en la mesa de elaboración preparando la fruta para los cócteles y agitando su cabeza. París vino hasta mi barra.

—Vengo a despedirme, ya no te veré hasta las cinco pasadas.

—Muy bien. Luego nos vemos.

—¿Y ya está? —preguntó.

Lo miré extrañado, y añadí:

—Que la fuerza te acompañe.

Las luces se apagaron y la música subió varios decibelios. Al rato empezaron a entrar los primeros clientes. La primera en acceder fue Vania junto a un grupo de amigas. Tenía el cabello de color verde eléctrico y lucía un diminuto vestido de color azul cobalto.

Como la noche anterior, el tiempo pasó volando, sobre todo en los momentos de mayor aglomeración. Un chico me apuntó su teléfono en una servilleta; me sentí muy halagado por ello, aunque acabé perdiendo el número.

De vez en cuando, Félix entraba en la barra sin importarle que hubiera mucha gente esperando.

—Será un periquete —les decía. Después, me susurraba—: necesito alpiste.

Nunca le faltaban tarjetas con el arcoíris estampado. Yo continuaba con lo que tenía entre manos. Tenía que servir a un chico tres botellines de cerveza, a una chica dos daiquiris de fresa y un vodka con Bluebull para Zenabio, que estaba en un rincón, hablando con todo cliente que se apoyaba para ser atendido. Mientras preparaba la decoración del cóctel, me corté un dedo. Fui hasta el fregadero que estaba en la esquina. Podía ver a Félix atendiendo a clientes desde la posición en que me encontraba. Se giró al verme allí y salió.

—¿Te has cortado? —preguntó.

Miró mi dedo índice sangrar hipnotizado.

—Es roja —dije.

—Sí.

Jadeó..., y pasado un instante reaccionó y volvió a ser él. Cogió medio limón que había sobre la mesa de elaboración, lo apretó y cayeron varias gotas en mi herida.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —pregunté retirando el dedo.

—Aquí todos estamos locos —dijo.

Me fijé en sus manos, sus dedos parecían morcillas pequeñas.

—¿No sabías que el limón lo cura todo?

Negué con la cabeza y miré hacia la barra. Había varias personas esperando. Dima estaba besando a una chica en los labios.

—¿Su novia? —le pregunte a Félix.

—¡Qué va a ser su novia! Es un picaflor.

Abrió el botiquín y extrajo una botella de agua oxigenada. Me desinfectó la herida y después puso una tirita. Al terminar me besó el dedo.

—Te voy a presentar a un chico que de vez en cuando viene por aquí. Ayer estuvo y me dijo que eres muy guapo.

—¿Quién es? —pregunté con mucho interés.

—Se llama Ángel. Tiene un año menos que tú.

—¿De qué signo del zodiaco es? —curioseé.

Félix me miró sorprendido.

—Sé que le gusta mucho el tequila y que estudia derecho —me dijo sonriendo.

—¿Qué más sabes de él?

—Es hijo único —empezó a contabilizar con los dedos—, es un chico muy estudioso y...

Olivia nos interrumpió, no la había visto entrar en la barra.

—¡A trabajar! —nos gritó mientras daba varias palmadas—. ¿No veis toda la gente que hay esperando? ¡Menos tertulia! ¡Vagos!

A las cinco y media bajó París, a esa hora Infierno dejaba de vender entradas y no admitía más público. Me pidió la misma bebida que la noche anterior: una piña colada. En la estantería había una carpeta con una ficha de los cócteles que ofrecíamos, con su foto y su elaboración: «Poner hielo picado en la coctelera, añadir 1/5 de ron, 1/5 de leche de coco y 3/5 zumo de piña. Mezclar bien los ingredientes, servir en vaso largo sin retirar el hielo y decorar con una rodaja de piña».

Se lo entregué a París.

—¿Me vas a dar un beso de verdad? —preguntó.

—¿Por qué?

—Porque me gustas. Quiero probarte.

Sonaba la canción *Toxic*, de Britney Spears. Había varias pantallas ancladas a la pared que informaban del título y el artista que la cantaba.

—Dame un beso —insistió.

—Puedo darte dos si eres buen chico.

No contestó, simplemente se dio la vuelta, indignado, y se apoyó en el mostrador. Miré su cogote; su cabeza se inclinaba mientras se tomaba la bebida que le había servido. Sentí un impulso tremendo de saltar al otro lado y besarle, pero en lugar de ello seguí trabajando.

Pasados unos minutos, me di cuenta de que París me observaba desde la esquina de la barra. Derramé una copa que estaba sirviendo.

—¿No te estaré poniendo nervioso? —preguntó.

Intenté mirarlo con indiferencia, pero no podía. No respondí a su pregunta. Me dijo que se tenía que marchar y me susurró dos palabras al oído antes de alejarse. Volvimos a estar juntos más tarde, me acompañó todo el trayecto en metro.

—No hace falta que me acompañes —le dije por enésima vez.

—No tengo prisa por llegar a casa.

—¿No te espera nadie? —inquirí.

—Vivo con mi madre y mi gato.

Llegamos hasta el portal.

—¿Puedo dormir contigo? —preguntó.

—No —contesté—. No puedes entrar.

—¿No quieres que suba? —Me miraba con intensidad, su ojo derecho llevaba una lentilla.

—No es eso. Tengo firmado un contrato con la dueña del piso, y una de las cláusulas es que no puedo dejar entrar a nadie sin haber concertado previamente una cita con más de cuarenta y ocho horas de antelación.

—No hace falta que te inventes todo ese rollo.

—Es la verdad —le indiqué—. ¿No me crees?

—Tú no crees que sea un buen chico. ¿Por qué iba a creerte yo? Ya te lo he dicho, te quiero. Ha sido amor a primera vista. ¿Nunca te ha pasado?

Claro que me había pasado, aunque necesité meses para darme cuenta de ello. Y nunca se lo confesé a Dani. En cambio, París me lo decía al día siguiente de que le sucediera. Y yo… sentía algo por él, pero no sabía qué era. ¿Cómo había llegado hasta esa situación tan rápido?

Me dio su número de móvil y me exigió el beso que le debía. Lo miré a los ojos, tragué saliva y empecé a acercar mis labios a los suyos. Cerré los ojos, consciente de que estaba a punto de dar un beso de verdad, un beso de película. Me aparté, mientras sus pupilas se clavaban en las mías. Quería besarlo, lo necesitaba, pero estábamos a plena luz del día, y en medio de la calle. Lo miré, centrándome en lo que realmente quería. Me acerqué a él, una de mis manos rodeó su cintura, nuestros labios entraron en contacto. Sentí su esponjosa lengua en mi boca, nuestras salivas se mezclaron… y a los dos segundos, me aparté asustado. ¡Había sido increíble!

Me despedí de él de forma rápida, sin mirarle a los ojos, y acepté la propuesta de una cita.

Una vez en casa, pensé en desayunar unas tostadas con la mermelada de kétchup que mi madre había hecho para el cumpleaños de mi hermana, pero Olivia cambió mis planes nada más entrar por la puerta.

—Ni se te ocurra traerlo aquí —dijo una vez entró en el salón principal.

—¿A quién?

—Al niñato ese.

—No pensaba hacerlo.

—¿Sabes que tiene novio? —preguntó.

«¡No puede ser!», me escandalicé. Cogí mi móvil y le envié un mensaje escueto: «¿Tienes novio?». Recibí la respuesta a los pocos segundos: «Sí».

Olivia me miró de forma enigmática; me recordó a *La Mona Lisa*; no sabía si le divertía o apenaba la escena. En el trabajo apenas nos habíamos dirigido la palabra, y las veces que la escuchaba eran reprimendas. Le di los buenos días y me marché a mi habitación con el estómago vacío. Cerré la puerta, bajé la persiana y me quedé a oscuras. Y aunque me sentía fatigado y exhausto, no logré conciliar el sueño. ¿Por qué se besaba conmigo si tenía novio? Encendí mi móvil y borré su mensaje, eliminé el que le había escrito y también su número de teléfono. No quería volver a saber nada más de él.

Desperté pasadas las dos del mediodía. Me encontraba solo en el apartamento.

Fui hasta el lavabo, y al pasar por la habitación del candado noté algo diferente. En un primer momento no supe qué era; me quedé allí parado delante de la puerta. El candado estaba invertido, ¡esa era la diferencia! No podía ver el logotipo. Estaba seguro de que unas horas antes de acostarme el grabado con la marca estaba de cara, pues lo había mirado sin ninguna razón aparente. ¿Qué había dentro de esa habitación?

Mucho más tarde, cuando me acordé de que tenía un teléfono móvil, lo cogí y comprobé que tenía un mensaje de Aurora. Leí el mensaje:

«Hola, bollycao, cancelo la comida. Mi hermana ha sufrido una embolia. He cogido el autobús a primera hora. Te aviso al volver».

Habíamos quedado para comer al día siguiente en su casa y despedirnos como Dios manda, pero al parecer él tenía otros planes para ella. Contesté al mensaje:

«Lo siento mucho. Espero que no sea nada grave y se recupere pronto. Luego te llamo».

Aurora no tenía hijos, solo una hermana mayor que vivía en Fuengirola; ellas procedían de un pequeño pueblo de Cáceres.

Como no sabía qué hacer y no tenía apetito, encendí mi ordenador con la idea de crear una cuenta en Facebook. Era una red social que se estaba poniendo de moda y que cada vez utilizaba más gente. La usaban mi hermana Abril, Fanta y Olivia. El *nickname* utilizado era el nombre y los apellidos. ¡Podía encontrar a Dani, sabía su primer apellido! «¿Por qué no lo he pensado antes?», me pregunté. Empecé a registrarme. Escribí mi nombre: «Rómulo»; mis apellidos: «Muñoz Calvo»; mi fecha de nacimiento: «29 de febrero de 1984». Cuando acabé de rellenar la ficha, le di a «Agregar a amigos» y busqué el papel en el que Dima había escrito su nombre: «Dmitry Ivanov». Le envié una solicitud de amistad y pude ver que procedía de un pueblo llamado Odintsovo, en Rusia.

Tras comer, decidí coger un libro y pasear por la ciudad. Estuve caminando un par de horas hasta llegar a la entrada del Parc Guinardó. Me adentré en él y continué andando cuesta arriba. Decidí atravesar la montaña saltándome el camino, y al llegar a lo más alto me senté en la tierra y apoyé mi espalda en un pino. Estaba jadeando un poco por la subida. No había nadie alrededor, era un lugar muy tranquilo. Abrí mi mochila y saqué el libro. Había decidido empezar a leer otra vez una de mis sagas favoritas. Estaba compuesta por siete libros. El primer volumen era muy corto, aunque no pude terminarlo porque se hizo de noche.

Deshice mis pasos hasta la parada de metro más cercana y escogí la línea azul. No tenía prisa y quería terminar el libro antes de llegar al piso que compartía con Olivia.

Una vez en casa, decidí enviarle un mensaje a Estrella, preguntándole qué tal había ido la reconciliación. Me llamó al instante y estuvimos hablando largo rato. Olivia seguía sin contestar a sus mensajes ni cogía sus llamadas.

Más tarde, encendí mi portátil y me conecté a Facebook. Dima había aceptado mi solicitud de amistad. Además, había recibido diecinueve peticiones más de gente que trabajaba conmigo y de antiguos compañeros de la escuela. Me alegró bastante, y decidí enviar un mensaje de agradecimiento a todos ellos.

***

Los días pasaron. Me sentía abrumado de disponer de tanto tiempo libre. A primera hora iba al Edén a ejercitar mi cuerpo. Después leía durante horas en mi habitación o en la terraza. Los miércoles y viernes viajaba a Vilacera y comía con mi familia. Un viernes mi madre llegó más tarde de lo habitual, y la casa estaba en completo silencio. Abril y Lulu dormían. Me tumbé en el sofá a leer *Mago y Cristal*. Me absorbió tanto la lectura que no escuché llegar a mi madre. Cuando irrumpió en el salón para saludarme, ya se había cambiado de ropa.

—¿No se ha levantado tu hermana?

—No.

—¿Has arreglado los papeles del paro? —me preguntó mi madre una vez se sentó en el sofá.

—Sí —mentí.

Estuve a punto de decirle dónde trabajaba, pero no me atreví, así que esquivé su mirada y miré el intenso cielo azul a través de la ventana. Ningún ángel estaba llorando.

Observé a mi madre, tenía los ojos cerrados y parecía muy relajada.

—¿Qué haces? —pregunté curioso.

—Disfrutar de un momento de paz —respondió.

A los pocos minutos, Abril se levantó con un cigarro en la boca y fue directa al balcón para fumárselo y hablar por teléfono con Fanta.

Escuché también abrirse la puerta principal de casa. Llegó mi padre con los gemelos, que gritaban como salvajes mientras se peleaban por el mando rojo de la videoconsola.

Varios minutos después, mi madre empezó a llamar a la familia para que nos sentáramos a comer. Mis hermanos necesitaban cinco minutos más para acabar la partida, y Abril recalcó a voces que solo necesitaba dos.

—Que vengáis a la mesa a comer, ¡leñes!

—¡Que estamos jugando a la consola! —dijo Samuel.

—¡Ni consola ni *consolo*! —respondió mi madre.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó Máximo para desviar la conversación.

—De primero, menestra.

—Qué asquito —se quejó Samuel.

—A mí me gusta, mamá —dijo Máximo.

—A mí me gusta, mamá —lo imitó Samuel poniendo tono de burla.

—¡Jo!, ya empieza otra vez.

—¡Jo!, ya empieza otra vez —repitió Samuel.

—Mi nombre es Samuel y soy tonto del culo —dijo Máximo.

—Mi nombre es... Máximo y soy tonto del culo.

—¡Has perdido, tonto del culo!

—¡Silencio! —dijo mi madre mientras se sentaba en la silla más próxima a la cocina.

Mi padre estaba en la mesa, sentado, tomándose una Duff y comiendo altramuces. De vez en cuando miraba a mi hermana, que seguía en el balcón.

—*Gafotis* —le dijo Samuel a Máximo. Este suspiró.

—¡Me cago en los demonios! —gritó mi padre. Se levantó y apagó el televisor, para luego salir al balcón a buscar a mi hermana; empezó a atosigarla, preguntándole si iba a estar toda la vida levantándose a la hora de comer y llegando a las tantas—. Eran las cinco de la mañana cuando llegaste anoche —le dijo.

—¡Me vas a dar la comida antes de empezar! —contestó ella de malos modos.

—¿No podemos comer tranquilos un día? —preguntó mi madre.

Los gemelos empezaron a pelearse por el mando a distancia del televisor. Uno de ellos quería ver Los Simpson y el otro Dragon Ball Z.

—Hoy me toca elegir a mí, que ayer decidiste tú.

—¡Mentira cochina! —dijo Máximo.

***

Llegó la noche. Varios de mis compañeros esperaban fuera, hablaban y reían. Observé a Elvis a varios metros de distancia de nosotros, esperando que llegara Jacob con las llaves. Tenía unos ojos grandes, no los podía observar bien debido a sus gafas. «Me gustaría quitárselas y mirarlo de frente», pensé.

Adam me retuvo mientras abrían la persiana y mis compañeros entraban por la puerta. Era un hombre fornido, calvo, con una barba bien recortada y arreglada. Su mirada era agresiva e intensa. Tenía un aro pequeño en cada oreja. Me anunció que Suvi, la Conejo, no trabajaría ese fin de semana porque se había ido de viaje a Ámsterdam. Tendría que encargarme de ir al almacén y llenar las cubiteras con hielo, tanto en mi barra como en la barra Delta. Mientras me lo explicaba pude oler su aliento: tabaco y ajo. Su piel se veía seca y sus pupilas estaban dilatadas.

Entré en Infierno, descendí las escaleras y caminé hacia la barra en la que había trabajado la semana anterior. En el exterior estaban Félix y Toni. Me fijé en las enormes manazas que tenía este último. Su trabajo consistía en mantener el orden en el inmenso servicio *unisex* de la discoteca. Tenía que evitar que entraran dos personas juntas en el mismo baño. También que la gente no consumiera droga en la pica o practicara felaciones o sexo esporádico. Casi nunca necesitaba la ayuda de Jacob y sus hombretones. Toni era un hombre descomunal,

de casi dos metros de altura, sus hombros eran tan anchos como un armario. Me inquietaba su voz, no hacía justicia con su cuerpo pues tenía un tono muy agudo. A veces se quedaba callado cuando hablaba, como si alguien tuviera que tirar de una cuerda imaginaria en su espalda. Cuando sonreía, podías ver la bondad en su ser. «Detesto los ordenadores y me gusta rozarme con la gente», me había confesado la semana anterior cuando le pregunté por sus aficiones.

Félix y Toni estaban hablando de una sauna a la que iban con frecuencia. A Félix le habían robado la cartera allí tras quedarse dormido «con una borrachera más grande que la madre que me parió», según contaba. Lo peor era que había perdido la tarjeta de acceso de seguridad a la sede central de Wasp Enterprise en Barcelona. Al parecer, no era la primera vez que se llevaba una reprimenda por el mismo motivo.

Llegó Dima, nos saludamos y nos pusimos al día de cómo nos había ido la semana. Él estaba cansado, pues además de trabajar en Infierno estaba empleado en otros dos lugares más. Al otro lado, Michael y Leo no paraban de reír: «¡Que me meo!», gritaban una y otra vez. Apenas había hablado con ellos el fin de semana anterior.

Olivia y Azul bajaron juntos por las escaleras. Azul vino directo hacia mí. Sonreía y parecía bailar al caminar, deduje que se encontraba algo espitoso. Me saludó y me preguntó cómo estaba. Me ponía nervioso su presencia. Supuse que era debido a su belleza. Se inclinó sobre la barra para que le diera dos besos. Mientras lo hacía, no pude evitar pensar en besarle en los labios, en robarle un beso, lo mismo que París me había hecho a mí la semana anterior. Pero no lo hice y le respondí con evasivas. Además de eso, no le pregunté nada, así que se marchó a la barra Delta a saludar a los demás justo cuando la música empezaba a sonar. La primera canción que puso Sucre fue *La vida es un carnaval* de Celia Cruz. Después, *Sobreviviré*, de Mónica Naranjo. Intuía que ponía siempre esa canción antes de abrir al público.

Bajó París; me preguntó por qué no le había enviado ningún mensaje con el lugar y la fecha de nuestro primer encuentro.

—Porque tienes novio.

—¿Y?

—Me has engañado.

Negó con la cabeza.

—Si no recuerdo mal, nunca me preguntaste si tenía novio.

Tenía razón, pero no iba a admitirlo. Antes esperaría a que el infierno se congelara. Volvía a lucir los ojos verdes, además llevaba algo en la cara, una especie de maquillaje que intentaba ocultar una espinilla que le había salido cerca de la nariz.

—¿Estás enfadado? —preguntó.

—Estoy decepcionado.

—¿Qué puedo hacer para que todo vuelva a ser como antes? ¿Quieres que corte con mi novio? Lo haré si me lo pides.

Alcé la cabeza hacia él. Dima, Félix y Toni escuchaban con intriga, me había olvidado de que existían.

Una voz gritó mi nombre, era Olivia.

—Al despacho. ¡Ahora mismo! —gritó al ver que no reaccionaba.

Salí de la barra y dejé plantado allí, una vez más, a París. Subí los diecinueve escalones multicolores. Al cruzar el guardarropa, Rosa me detuvo, nos saludamos y al final no me quedó más remedio que besar también a Noah y a David, sus compañeros. Rosa era una mujer muy trabajadora, no le quedaba otra, tenía tres hijos y estaba separada sin percibir ningún tipo de ayuda.

A pocos metros de la última puerta, todas las baldosas que pisaban mis pies eran de color amarillo. Miré mis nuevas zapatillas Efofes rojas antideslizantes que me había comprado el día anterior, estaban relucientes. Llamé intrigado a la puerta, pero como no recibí respuesta repetí mi acción. Escuché un «adelante». Entré, no recordaba lo blanco y minimalista que era su despacho. Las doce pantallas que había a su espalda estaban encendidas. Eran imágenes en vivo de la discoteca. Por una de ellas vi a Dima y a Félix. También me fijé en que había una cámara en el interior de todas las casetas; observé a Sherise, la cual estaba comiéndose una tableta de chocolate Wonka a bocados.

—Me ha pedido Olivia que venga —dije mientras me acercaba. En el gran escritorio blanco no había ningún cojín purpura. Había un

gran cuenco de cristal con un montón de anacardos.

—Sí, tengo tu contrato preparado —dijo sonriendo; me mostró una hilera de dientes blancos, pequeños y alineados—. ¿Quieres firmarlo? ¿Te gusta trabajar aquí? —Asentí con la cabeza—. Olivia está muy contenta contigo. Siéntate, por favor.

Me senté y cogí el contrato, tan solo tenía dos hojas de papel. Me llevó menos de cinco minutos leerlo detenidamente. El que me hizo firmar Olivia al entrar a vivir en su piso constaba de diecisiete hojas más. Rubriqué donde me dijo y después me ofreció anacardos.

Cuando salí de su oficina, observé que había varios clientes dejando alguna prenda de vestir. Bajé a la pista de baile, las luces eran tenues. Varias personas bailaban y caminaban por la pista, vino hacia mí un chico corriendo. Era Eric.

—Me asusté al no verte. Nadie prepara los cua-cua como tú.

—Gracias —dije sonriendo—. ¿Todo bien?

—Ahora sí.

Era de menor estatura que yo, y supuse que bastante más joven. Cuando sonreía podía ver un colmillo superior que había crecido torcido. Vestía muy elegante, con una diminuta corbata negra. Me acompañó hasta la barra.

—Entonces, ¿te pongo uno?

—Sí, por favor.

Me fijé en sus ojos verdes, eran intensos y profundos, dulces e inocentes. Estaba a punto de perderme en ellos cuando descendió la mirada, sonrojado. Cogió la bebida y murmuró: «Luego vengo a por más gasolina».

Dima me recordó que era yo el que tenía que ir al almacén a recoger hielo, debido a la ausencia de Suvi. Le pregunté por qué Adam la llamaba la Conejo; y me respondió que era debido a que no comía carne ni pescado. Sonreí al escucharlo y fui hacia el almacén. Al entrar contemplé de espaldas a Elvis. No pude evitar mirarle el trasero… era perfecto.

—Hola —dije mientras iba hasta la máquina para llenar la cubitera.

***

Entré en la barra Alfa por el lateral y la crucé. Observé a seis personas esperando para ser atendidas. En la caseta, Félix reía y hablaba con un cliente.

—¡Es un sosaina! ¡Que se vaya a la porra!

Me metí en la barra Delta. Leo estaba pasando las tarjetas de entrada por el sensor. Pude ver que el ordenador las registraba a nombre de Leonardo Pomodoro. Llevaba dos bolsas cargadas de hielo, y repartí una entre las dos cubiteras que había sobre las cámaras frigoríficas. La otra bolsa la guardé en la cámara que menos se utilizaba, la de botellas de agua. Se lo hice saber a Michael pero no me prestó atención, estaba coqueteando con un chico musculoso que le exigía chupitos gratis. Michael tenía un chupachup en la boca y jugueteaba con él. Salí de la barra Delta y entré de nuevo a la caseta de Félix con intención de cruzarla. Seguía atendiendo al mismo cliente.

—Son veintitrés euros, querida. —Se giró con brío y me agarró de la muñeca—. Dame un beso.

Le planté uno en la frente y volví a dirigirme al almacén. Por los altavoces sonaba una canción de Jarabe de Palo. Me crucé con un hombre mayor que empleaba un bastón para caminar. A su izquierda estaba Elvis. Se detuvo delante de mí y por inercia le propiné dos besos en la cara. «Hola», le dije, mientras sonaba la canción *Soy un completo incompleto*. Me sonrió, para continuar después con sus cosas. Una vez en el almacén, me encontré a Adam fumándose un canuto de hachís. Me ofreció darle unas caladas, pero rehusé su oferta mientras me dirigía a la máquina de hielo a llenar dos bolsas más de plástico.

—En el fregadero tienes dos bolsas llenas de hielo —dijo Adam.

Fui hasta allí, las cogí y antes de marcharme le di las gracias. Volví a mi puesto de trabajo corriendo, era la *happy hour*, todas las bebidas estaban a mitad de precio y se empezaba a formar cola.

Entre cliente y cliente, le pregunté a Dima por qué trabajaba en tres sitios diferentes. Me contó que sus padres no tenían trabajo, y que les enviaba dinero todos los meses. Trabajaba también en una tienda de ropa, en la rambla de Poble Nou, y como vigilante de seguridad por

las noches en unos almacenes.

La noche avanzó, como también lo hicieron las copas servidas. A veces, me concentraba tanto que no llegaba ni a escuchar las canciones que sonaban.

—Rómulo, ¿eres tú?

Me giré y contemplé a un chico que se había quedado casi calvo. Tenía un buen buche cervecero —como diría mi padre— e iba mal conjuntado. Eso último lo hubiera dicho la Teniente.

—Sí, ¿quién eres?

—¿No me reconoces?

De buenas a primeras me fue imposible reconocerlo, había cambiado mucho. Resultó ser un chico que me hacía la vida imposible en el instituto. Había cambiado bastante. Si antes era apuesto, ahora era la antítesis de lo que había sido. He de admitir que, para mí, los cánones de belleza en el instituto tenían más que ver con la popularidad que con tener una cara agraciada.

—¡Eres marica! ¡Siempre lo supe! —dijo sonriendo.

—Lo sé, me lo recordabas siempre que tenías ocasión.

Asintió satisfecho. Permanecí con el semblante serio. Despreciaba a aquel tipo, la de veces que me había hecho pasar un infierno. Hacía años que no pensaba en él, y ahora lo tenía enfrente.

—Estás en forma. ¿Haces algún deporte?

—Alguno hago.

—Yo dejé de jugar al fútbol hace tiempo. Por cierto, yo no soy maricón.

—Eso dicen todos los que entran al cuarto oscuro.

Empezó a reír mi chiste. Algo quería.

—¡Invítame a una copa! —exigió—, ¡por los viejos tiempos!

—¿Qué quieres tomar? —pregunté.

—Lo que beben los machos: whisky con Bluebull.

Asentí.

—¿Ves esa caseta?

—Sí.

—Allí te venden un ticket. Cuando lo tengas, te pondré la bebida para machotes.

—¿Me vas a hacer pagar? ¡No jodas!

—Nunca se me pasaría por la cabeza darte por el culo, tengo buen gusto.

Y le guiñé un ojo sonriendo. No podía creer lo que acababa de hacer y de decir. Su sonrisa se esfumó y arrugó la frente. Ni siquiera retrocedí, nos separaba una barra y muchos años de distancia. Siempre había sido un cobarde, una de esas personas que baja la cabeza ante la opresión. Todo eso había quedado atrás. Le miré a los ojos, no le tenía miedo, ya no.

—Te lo he pedido por las buenas. Invítame a un cubata, puto. Es la última vez que te lo repito.

Golpeó la barra con rabia, iba a amenazarme cuando mi supercolega del Infierno intervino.

—Escucha, capullo. Date media vuelta si no quieres tener problemas.

—¿Y quién me los va a causar? ¿Tú?

—Yo —dijo Jacob, el jefe de seguridad. Era un hombre muy musculoso, a su lado el primo de Zumosol era un enclenque. Mi antiguo compañero de instituto se puso blanco, agachó la cabeza y se marchó con el rabo entre las piernas. Me sentí pletórico, no por cómo había terminado la confrontación, sino porque le había plantado cara.

—¿Quién era ese *pringao*? —preguntó Dima.

—Un don nadie —dije, y luego sonreí mientras escuchaba la canción de *Don´t cha* de Pussycat Dolls. El jefe de seguridad se quedó un rato con nosotros, tenía el pelo teñido de rubio platino y engominado.

La noche volvió a ser frenética y las horas pasaron volando. Al pequeño *gentleman* le serví cinco cua-cuas a lo largo de la noche. A medida que aumentaban, interactuaba más conmigo. Al final de la noche me presentó a dos amigos suyos a los que tuve que dar dos besos. También se acercaron a saludarme la pareja de chicos que había conocido la semana pasada: Arnau y Dídac. Los dos eran muy guapos y simpáticos. También estuvo rondando mi lugar de trabajo Zenabio. A veces se apoyaba en la barra y hablaba, sin saludar siquiera a los clientes que llegaban: «¿Me estás hablando a mí?», preguntaban muchos de ellos. Algunos chicos jóvenes se dejaban engatusar a cambio de que él les pagara alguna bebida. También estuvo Vania, y esta vez vino con su hermano; escuché que se llamaba Janier. Todos me daban dos besos, incluso había gente que los reclamaba antes de entregarme el *ticket* de la consumición.

Media hora antes de que Sucre encendiera los fluorescentes y dejara de pinchar música, París bajó a por su bebida, y esta vez me pidió un Martini con limón. «¡Mi prima está en la discoteca!», me dijo antes de marcharse. Me sentí decepcionado. No me había pedido ningún beso. ¿Quería que rompiera con su novio? Sí, quería. Pero no iba a decírselo, era una decisión que tenía que tomar él solo. «Te quiero», me había susurrado al oído hacía seis días... Si era verdad, dejaría a su chico. Me preguntaba si se podía querer a dos personas a la vez. ¿Era posible?

No sabía lo que sentía por él, algo se movía muy dentro de mí cuando pensaba en el corto beso que nos habíamos dado frente al portal del piso en el que vivía. Cuando nuestras lenguas entraron en contacto, una electricidad había recorrido todo mi cuerpo hasta llegar a mi miembro viril. Me había besado con muchas chicas y nunca me había pasado aquello. Era gay.

Aunque lo había aceptado hacía tiempo, seguía sorprendiéndome. Miré a mi alrededor, y contemplé a cientos de personas que eran como yo, que sentían lo mismo, y así era más fácil comprender que uno no estaba solo, que no es malo querer estar con alguien de tu mismo sexo.

La afluencia de público fue disminuyendo poco a poco. Pronto sería hora de volver a casa. Se encendieron las luces y sonaron las

últimas canciones.

Empezamos a llenar las cámaras con las bebidas. Félix había ido a ayudar a Michael y a Leo. Su ayuda consistía en sacar las botellas de la caja e ir pasándolas mientras hablaba de cómo le había ido la noche. Estaba bastante embriagado. A nadie parecía importarle, ni siquiera a Jacob, el jefe de seguridad. Sus chicos empezaron a invitar a la gente a salir de la discoteca. Todavía quedaban algunos borrachos en el podio bailando sin música.

—¿No tenéis casa? —escuché gritar a Félix—. ¡Pues a chuparla a Montjuic! —dijo.

Empezó a tirarles hielos, el público reía, incluso los cogían del suelo y se los introducían en la boca.

—Félix, ¡no seas malo! —gritó un chico que estaba en el podio, danzando al ritmo de una música que sonaba solo en su cabeza. Elevó sus brazos al techo mientras se los acariciaba.

—¡Que le corten la cabeza! —sentenció Félix.

10

—¡Júpiter y Toronto! —dije tras entrar en el piso que Dima compartía con otros dos chicos. Quedé estupefacto al ver la cantidad de porquería que había por todas partes, en especial a lo largo del pasillo, que iba desde la puerta de entrada hasta el salón principal. Había cajas de cartón, periódicos, muebles, sillas plegables, bombonas de butano, maniquís, una bicicleta sin manillar... y hasta una colchoneta de agua de color amarillo limón. Por haber, había hasta marañas de alambre, tuberías de cobre o conos naranjas de circulación. Además, las paredes estaban sucias, y los muebles eran viejos y se encontraban deteriorados.

Sonaba una canción de rap en inglés en un equipo musical reluciente. El volumen retumbaba por toda la casa. Dima iba vestido con unos pantalones deportivos anchos, de color negro. Llevaba una camisa de tirantes blanca y una gorra azul. Sus brazos estaban repletos de pelos oscuros y grandes lunares.

—Ponte cómodo, Lobito —me dijo.

Miré el sofá, parecía un colador de tantos agujeros de colilla que

tenía, encima había varias revistas esparcidas y juegos de la Nintendo 64.

—Perdona el desorden, aquí no limpia nadie. —Me enseñó las palmas de sus manos. Ambas estaban vacías—. ¿Quieres una taza de té?

Negué con la cabeza.

—A la Teniente le daría un infarto si entrara aquí —declaré—. ¿Quién canta esto? Me suena mucho.

—Normal que te suene, tío. ¡Es 50 Cent!

Dima cantaba el estribillo; me ofreció uno de los mandos para jugar a la videoconsola. Tenía puesto el Mario Kart 64. Mientras le daba una paliza, hablamos sobre nuestras vidas, le hablé sobre mi familia, sobre mis abuelos, incluso del que no debe ser nombrado.

—¿Y aún piensas en él después de tantos meses?

—No puedo olvidarlo —dije mientras suspiraba hondo—. Ha desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Y París?

Era una buena pregunta. Me contó que lo había visto flirtear con infinidad de chicos desde que había entrado a trabajar, incluso con Sucre. Al principio no era así, pero la noche le había corrompido. También él se había vuelto de aquella manera. No era la noche, era el sexo, el vicio. «Llegados a cierto punto me follaría todo chochete que se pusiera delante», dijo entre risas. Me sorprendió que afirmara de forma rotunda y categórica que entre el hombre y la mujer no existiera la amistad. Nunca había tenido ninguna amiga, solo amigos. Mi padre pensaba igual.

Me contó que llevaba cuatro años sin ver a su familia. En busca de una mejor vida, vino a España con su hermano mayor, el cual se había ido a Valencia hacía dos años. Él decidió quedarse en Barcelona. Al igual que su hermano, no podía regresar a Rusia sin evitar realizar el servicio militar en cuanto cruzase la frontera. Si no quería ir a la cárcel, tendría que cumplir con sus obligaciones patrióticas el día que volviera a su país de origen. Yo me había librado por los pelos, pues el servicio militar dejó de ser obligatorio para todos los nacidos a partir

de 1983. Estuvo narrándome su infancia. Me dijo que en su país no entraban ciertas marcas comerciales. Bebió su primera Zeta-Cola con dieciséis años y pisó por primera vez un Fast Queen a los diecinueve.

Estuvimos hablando durante horas, me sentía cómodo charlando con él, incluso de la muerte. Dijo de acompañarme un día al cementerio para visitar a mis abuelos, nunca había visitado uno en España.

—¿Quieres ser mi amigo? —le pregunté.

Empezó a reír.

—Nunca he tenido un amigo de verdad —me dijo sonriendo—. Aunque podemos intentarlo, pero yo soy hetero. ¿De acuerdo?

—No tendrías posibilidades conmigo de todas maneras, lo siento —dije. Se lo tomó a guasa y ambos reímos, pero iba muy en serio.

Sentí una felicidad inexplicable cuando salimos de casa juntos. Fuimos a cenar a un restaurante italiano que había cerca de su piso. Leo se lo había recomendado y desde entonces era cliente asiduo. Hacían pizzas muy sabrosas, aunque no pude probar ninguna porque uno de los ingredientes que llevaba la masa era huevo, así que me tuve que conformar con una ensalada. Estaban retransmitiendo un partido de fútbol y todo el mundo estaba más pendiente de la televisión que de conversar con su acompañante. A Dima no le apasionaba el fútbol, y a mí no me gustaba. Durante el descanso, echaron un boletín informativo. La corresponsal estaba en la Avenida de la Reina María Cristina, delante de la Fuente Mágica. Comunicaba que la policía municipal de Barcelona había encontrado el cadáver de un varón de unos veinticuatro años en el Parque de Montjuic. Nadie podía acercarse al lugar porque las fuerzas del orden habían cortado el tráfico. Al cuerpo le faltaba el corazón, y las autoridades ofrecerían una rueda de prensa pasadas un par de horas. Giovanni, el dueño del restaurante, subió el volumen de la televisión. La reportera seguía hablando: «Se desconocen más detalles, pero todo parece indicar que es el mismo asesino. Han pasado doce semanas desde el hallazgo del otro cadáver. No ha habido ningún detenido. Aún no se ha encontrado un móvil o la relación entre ambas víctimas, solo tenían en común que eran varones. La atrocidad cometida nos induce a pensar que el asesino no tiene ningún tipo de escrúpulos. Se le empieza a conocer como el Robacorazones. Guadalupe Cazalla, desde Barcelona... les seguiremos informando».

***

Llegamos a Infierno. Todo el mundo comentaba la noticia. Algunos compañeros habían visto a la víctima alguna vez en la discoteca, y le habían servido algún cubata.

—Era un chico muy bueno que nunca hizo daño a nadie —dijo Félix—. Se trata de Ángel, el chico del que te hablé la semana pasada.

No podía creerlo, lamenté que nunca podría conocerlo. Me apenaba su familia, sus amigos, lo mal que lo estarían pasando. París vino a verme antes de que abriéramos al público.

—Hoy me tienes que dar dos besos porque ayer tampoco me lo diste.

—Ya tienes quien te los dé —dije disgustado.

—Los tuyos saben mejor.

La noche transcurrió ajetreada, no tuvimos ni un respiro durante varias horas. Ese día venía un actor mundialmente conocido que se dedicaba al porno gay. Abraham le había pagado un pastón para que acabara como su madre lo trajo al mundo. Todos estaban como locos por ver el espectáculo. Al finalizar, un Dj de renombre pinchó durante una hora y la gente bailó como loca. Todos alzaban los brazos mientras quedábamos a oscuras; solo las ráfagas de un láser verde atravesaban la sala. La gente chillaba de emoción, las luces estroboscópicas del techo giraban adoptando diferentes colores. Una lluvia de confetis y globos cerró la sesión del Dj, mientras el público lo ovacionaba enardecido.

«Parece fin de año», me susurró Félix al oído antes de besarme el cuello. Sucre volvió a hacerse con el control de la cabina y mucha gente abandonó la discoteca.

Empezó a sonar una canción de Alaska y Dinarama y se volvían a escuchar ladridos, pero no lograba averiguar de dónde provenían.

«Yo sé que me critican, me consta que me odian... —cantaba Félix utilizando una botella de Witcher como micrófono—... la envidia les corroe, mi vida les agobia. ¿Por qué será?».

Daba vueltas alrededor de mí. La afluencia de clientes había menguado de forma considerable. Vino hasta la barra un chico muy

alto, tenía una especie de parálisis en el labio que intentaba ocultar con un fino bigote. Me saludó.

—¿Qué te sirvo?

—Una Duff y tu número de teléfono —dijo.

Félix seguía cantando detrás de mí. La cola que había para comprar *tickets* empezó a aumentar.

Le serví la cerveza al chico y decidí apuntarle mi número de teléfono. Era atractivo y parecía buena persona. Además, estaba enfadado con París, y el que no debe ser nombrado llevaba cerca de nueve meses desaparecido. Era hora de avanzar.

Llevaba tres semanas trabajando y ya dominaba bien el ordenador, me había aprendido la mayoría de las bebidas alcohólicas que servíamos. Cuando el cliente nos daba la tarjeta que había pagado con la entrada —la cual incluía cualquier consumición que pidiese—, muchos no pedían marca: «Un vodka cola, un whisky con Bluebull», decían. Siempre que ocurría aquello, que era la mayoría de las veces, teníamos que servirles la más barata, así ahorrábamos dinero a la empresa. Al terminar la sesión, Olivia miraba en el ordenador qué alcoholes habíamos servido más y le pasaba la lista a Adam, que tenía que comprobar que no descuadráramos.

Ese no era el único truco que teníamos que emplear. La Teniente estaba pendiente de todo, como un águila al acecho. Cuando dejaban una botella de refresco a la mitad, había que guardarla e ir rellenándola con otras botellas restantes. Luego poníamos una chapa cuando estaba llena y fingíamos abrirla delante del cliente para así ahorrar un refresco a la empresa. Había que ser rápido y discreto. Dima no lo hacía algunas veces y se llevaba reprimendas por parte de la encargada.

En la barra teníamos vasos de tubo con pajitas, y si veíamos que alguien las malgastaba teníamos que llamarle la atención. Las pajitas eran de todos los colores; el rosa era el más demandado y había gente que solo quería ese color. Otra de las reglas de la Teniente era poner tres hielos, como mínimo, en los vasos de tubo. Y la cantidad de alcohol nunca podía superar más de dos hielos y medio.

A las cinco y media bajó París. Yo estaba hablando con el chico que me había pedido el teléfono. Su nombre era Carlos, de ojos

oscuros y cabello castaño. Atractivo, con unos labios carnosos y una sonrisa torcida.

—¿Tu nuevo novio? —preguntó al llegar.

—Aún no —contesté.

Su tono de voz no dejaba duda alguna, estaba celoso. Tenía que sacar provecho de la situación. Carlos comentó que se iba a casa, se inclinó sobre la barra para darme dos besos y le besé en la boca. Para mi sorpresa, la abrió, e introdujo su lengua en mi boca. Era como lamer un cenicero, supuse que venía del exterior, de haberse fumado un cigarro.

Sonaba una canción, no lograba reconocer a la artista. ¿Paulina Rubio? ¿Shakira? Me daba igual. Él me cogió del cogote con ambas manos mientras me acariciaba el pelo. Abrí los ojos, quería ver a París. Apretaba los labios y miraba con enfado cómo nos besábamos; tenía la frente arrugada, me recordó a la Teniente.

—El Lobito ha resultado ser un lobo feroz —dijo París una vez Carlos se había marchado.

—Está soltero, es lo primero que le he preguntado —mentí.

—Felicidades. Espero que seáis novios y os caséis, y tengáis muchos hijos —dijo.

—No te creo.

—¿Hacemos un trato? —preguntó con voz melosa. Afirmé, y él continuó—: yo no te miento nunca y tú siempre me dices la verdad.

¡Qué peligro tenía! Le quería besar hasta gastarle los labios, pero no podía decírselo. En aquel momento, me di cuenta de que el ajedrez y el amor tenían muchas cosas en común. La estrategia era importante, pero... ¿cómo podía manipular al corazón para que no me delatase?

Regresé a casa junto a él, más veintitrés euros en propinas que había ganado a lo largo de la noche. Me gustaba que París me acompañara a casa una vez más. Me cogió de la mano cuando estábamos sentados en el vagón del metro. Tenía su cabeza apoyada en mi hombro. Me dijo que estaba cansado.

—Tengamos una cita —sugirió.

—Tienes novio.

—¿Y qué? Tenemos una relación abierta.

—¿Él sabe que lo engañas?

—No le engaño —se defendió—. Él es mi pareja.

—Entonces..., sería el otro —dije.

—¿Tienes que poner etiquetas a todo? Él siempre está de viaje. Además, quién sabe..., me gustas un montón. A lo mejor tenemos muchas cosas en común.

—¿Y qué pasa si tenemos muchas cosas en común? —pregunté.

—Entonces podríamos tener una relación.

—Nunca tendría una relación abierta contigo.

—¿Me quieres para ti solo? —preguntó sonriendo.

Miré sus ojos, sus labios. Quería besarlo, allí mismo, me daba igual que hubiera gente delante. Hablábamos como si no estuvieran, como si estuviéramos solos. Sentía algo en mi estómago, ¿eran mariposas?

Caminamos hacia mi casa y paramos en una cafetería a desayunar. Quería alargar ese momento lo máximo posible. Él acabó comiendo chocolate con churros. Los degustaba de forma provocadora, todo lo que hacía tenía connotaciones sexuales, incluso cuando bebía el chocolate con una cañita. La agarraba con la mano y la deslizaba de arriba abajo.

—Me gustaría tener otra cosa en mi boca.

—No sé qué contestar, la verdad —dije.

Él arqueó las cejas, sonriendo con picardía.

—No hace falta que contestes nada.

De camino a casa, observé los alrededores antes de despedirnos, no había ni rastro de Olivia.

—Algún día podrías tú acompañarme a casa, te dejaría entrar en ella.

—Okey-dokey.

—Te dejaría entrar en todos los sitios que quisieras —añadió.

Me miró a los ojos, sonriendo, y se acercó unos centímetros. Miré sus labios y sentí un impulso irrefrenable de abalanzarme sobre él, de besarle con furia.

—¿Y bien? —preguntó susurrando.

Nuestros labios estaban a punto de tocarse. Ya lo habían hecho días pasados, cuando pensaba que no los besaban otros labios. Pero había dejado de importarme tal agravio. Lo empujé hacia la pared y me arrastró con él; su cabeza golpeó el muro de cemento y soltó un pequeño quejido de dolor. Mis manos bajaron hasta su trasero y mis labios entraron en contacto con los suyos. Nos besamos, pero aquello era más que besarse, estaba furioso con él, pero sobre todo conmigo mismo. Y no podía detenerme, nuestras bocas se devoraron con vehemencia. Era una necesidad, era como comer cuando has estado hambriento, como beber cuando has estado sediento. Sentía estar a las puertas del Nirvana y quería entrar, quería más de él. No sé cuánto tiempo estuvimos así, el tiempo dejó de tener importancia. Me hubiera importado un pepino que el mundo se acabara tras ese beso.

—Envíame un mensaje luego.

—He borrado tu número —le dije al despedirnos entre besos.

—Quiero una cita contigo. Una nada más —murmuró con voz dulce.

Asentí, mientras él sonreía y me llenaba los labios de besos. Le puse una condición, tendría que venir sin lentillas.

—Haré lo que quieras —dijo.

Se alejó. Rehízo sus pasos para besarme de nuevo. Me sentía

eufórico, y me gustaba ese juego. Tras varios intentos fallidos rompí el encanto y me marché, no sin antes decirle:

—Escríbeme cuando llegues a casa.

***

El domingo al despertar, lo primero que hice fue mirar mi teléfono móvil. Tenía dos mensajes. Uno de París, preguntándome cuándo tendríamos la cita. Me informó de que en su casa no había nadie por las mañanas; seguía el mensaje con un *smiley*. El otro era de Carlos. ¡Me había olvidado de él! Me preguntaba si quedábamos ese mismo día. Le había dado mi número de teléfono y le había besado porque París estaba delante. No quería jugar con los sentimientos de nadie, solo un poco con los de París, pues se lo merecía. Contesté a ambos mensajes:

A Carlos le puse: «Hola. No puedo quedar hoy».

A París, le escribí: «Hola, princesa. La cita tiene que ser en un sitio neutro. ¿Qué te parece si inauguramos la estación para ir a la playa? :)».

París contestó al momento. Carlos no lo hizo.

Estaba feliz de la decisión que había tomado, aunque tenía un conflicto, mi cabeza y mi corazón discrepaban. La primera me decía que lo olvidara, que si le concedía una cita sería mi perdición. Ya poco me importaba que tuviera pareja, las mariposas estaban a punto de echar a volar.

Le había propuesto ir a la playa porque él era Escorpio y yo Piscis. Ambos éramos signos de agua. Me propuso ir a la playa de Sitges y acepté en vernos al día siguiente, a las catorce horas, en la Estación de Sants, vía once.

Primera cita con París

Llegué varios minutos antes al encuentro. Acababa de ducharme, afeitarme la cara, el pecho y el abdomen. Vestía un bañador que me había comprado ese mismo día, y una camiseta blanca sin mangas. En mi mochila llevaba un regalo para París, la toalla, la crema solar, un juego de naipes y dos manzanas Reineta.

Él llegó a las dos pasadas, más guapo y atractivo que nunca. Sonrió al acercarse. Cuando llegué hasta él, rocé sus labios en forma

de saludo. Le quité las gafas de sol, quería ver sus ojos.

—No llevas lentillas.

Intentó recuperar sus gafas, pero me las coloqué en la cabeza. No quería que las llevara puestas. Nos subimos en el tren y nos sentamos en silencio. Quería preguntarle muchas cosas, pero mi atención se centró en una desconocida. Estaba de pie y sostenía una guitarra, esperando que el tren se volviera a poner en marcha para cantar. Cuando lo hizo, empezó a tocar una serie de acordes que me resultaban familiares. No podía dejar de observarla, su piel estaba más pálida que la vez anterior. No recordaba cuántos meses habían pasado, pero allí estaba, interpretando otro de los temas que escuchaba una y otra vez en mi *walkman*: *Come and get your love*.

Me fijé en su guitarra, tenía un cable conectado a un pequeño altavoz que descansaba a sus pies. Lucía varias pegatinas, banderas de países, las únicas que había alineadas en la esquina superior izquierda eran las de EE. UU. y Brasil. ¿Habría cantado también en el metro de New York? ¿Y en el de Rio de Janeiro?

—¿La conoces? —preguntó París.

—Ojalá —dije.

***

Nos bajamos del tren en Sitges. Estábamos los dos radiantes de felicidad. No pude evitar acercarme y plantarle un beso en los labios mientras caminábamos por una calle antigua.

—Es la primera vez que vengo a la playa de Sitges —confesé.

—Vamos a una playa gay —dijo.

El sol calentaba, pero no quemaba. Faltaban pocas semanas para que empezara el verano. Al llegar a la playa, no había ningún cartel que indicara que nos encontrábamos en una playa para gays, aunque había muchos hombres. La mayoría llevaba gafas de sol y bañadores ajustados.

Saqué mi toalla de la mochila y la extendí. La brisa marina era cálida y salada. Miré a París quitarse las zapatillas, los calcetines, la camiseta y las bermudas. Llevaba un minúsculo calzoncillo de licra. Tenía todo el cuerpo depilado; estaba flaco, pero poseía un abdomen duro.

—¿Vamos al agua? —preguntó.

—No tengas prisa.

Me tumbé en la toalla, y antes de que cantara un gallo lo tenía sobre mí. Nuestros cuerpos se solapaban, y nos besamos. Estábamos rodeados de algunas personas, ni en sueños hubiera imaginado una escena tan picante a plena luz del día. Ambos estábamos excitados, pero le obligué a volver a su toalla. Saqué la crema de protección solar de la mochila y empecé a embadurnarme la piel con ella.

—Dame, que te pongo en la espalda. Túmbate —me ordenó.

Una vez cumplido su deseo, se sentó sobre mi trasero. Empezó a embadurnarme la zona lumbar y los hombros con crema, mientras yo intentaba no excitarme. Sentía el calor de sus manos en mi piel desnuda.

Decidimos tomar el sol antes de zambullirnos en el agua. Mientras lo hacíamos, le di el regalo que le había comprado esa misma mañana.

—Yo no te he comprado nada —dijo con preocupación.

—Tú eres mi regalo —dije.

Abrió el obsequio que era un cubo de Rubik totalmente blanco.

—Me gusta —dijo, y después me besó en la boca.

Al terminar guardé el envoltorio en mi mochila y París vio mi *walkman*. Lo cogió, asombrado.

—Hace años que no veía uno de estos —dijo mientras se ponía los auriculares y le dio al *play*—. ¿Esto qué eeees?

No pude evitar reírme. Pulsé la tecla *stop* y rebobiné la cinta. La primera canción de la cara A era *Strangers in the night*.

—Espera —le dije al ver su impaciencia.

Miré hacia el cielo, no quería seguir contemplando su cuerpo. Tenía pensamientos impropios de mí. Intenté concentrarme en unas esponjosas nubes blancas en forma de algodón sobre el cielo azul. Al

bajar la vista no pude dejar de admirar su anatomía, y descubrí que era más fácil hacerlo si me concentraba en la risa estridente de una señora que había a varios metros. Los ojos de París eran preciosos. Estaban a escasos centímetros de mí.

—Tengo calor —reclamó—, quiero bañarme.

—Espera.

La cinta se detuvo y pulsé el *play*. Me coloqué el otro auricular, y escuché cómo se iniciaba la canción de Frank Sinatra.

—¿Otra vez esta? —preguntó. Se quitó el cable de la oreja y lo dejó caer en la toalla—. Me voy al agua.

—Espera —volví a decir.

Admiré la piel tersa de su abdomen, mientras imaginaba mis labios recorriéndolo. ¿Cuántos más habrían frecuentado ese camino?

—¿Con cuántos chicos has estado? —le pregunté.

—Con muchos. ¿Y tú?

—Con muchos también —mentí.

—Lo importante es el aquí y el ahora. ¿No?

—Sí.

Nos incorporamos y caminamos hacia el mar. Le cogí por detrás y lo levanté, no pesaba nada. Caminé sobre el agua mientras París gritaba sin parar. Ambos reímos y caímos al mar. Terminamos luchando, besándonos y arañándonos. Durante la refriega, sus dedos se clavaron en la piel de mis brazos como espuelas. Me sorprendió su fuerza, no era ningún enclenque. Acabó sentado sobre mí, susurrándome al oído promesas lascivas. «Soy tuyo —me dijo—, te quiero dentro de mí». Apoyó su cabeza en mi hombro y nos abrazábamos, sumergidos en el agua.

—Quisiera que siempre fuera así —le dije.

—Siempre es solo un momento —contestó.

Y tenía razón, ese instante era efímero. Quería recordarlo aún más mágico si era posible, así que decidí besarlo, quería permanecer junto a él el resto de mi vida. El hechizo se rompía una y otra vez, pero lo volvía a formular. París estaba tiritando de frío. «Soy muy friolero», me dijo. Decidimos salir del agua y pasear por la orilla donde las olas subían y bajaban, y empezamos a caminar. Hablamos de nuestras familias. Su padre estaba muerto y vivía con su madre, la cual trabajaba mucho o dormía en casa de sus diferentes novios. En su casa también vivía un gato llamado Voldemort. Odiaba el carmín en los labios de las mujeres. También el olor a tabaco y las cacas de perro en la acera.

Le conté que me gustaba pisar los charcos de lluvia los días que estaba triste, que también disfrutaba pisando los pasos de cebra cuando cruzaba la calle. Que no me gustaban el olor a regaliz ni las gafas de sol, porque no podía ver los ojos ni el alma de las personas. Que nunca había salido del país y que bajo ningún concepto usaba ascensor. Que me gustaba mojarme y el olor a pan recién hecho. A él le encantaba el olor a palomitas, escuchar cómo crujía la corteza seca de los árboles en sus manos cuando la rompía y el olor a fósforo y a gasolina. También le conté, mientras pensaba en mi abuela, que me atraía el olor a menta. A los dos nos gustaban las fresas. A mí me seducía más el placer y a él el dolor. Yo era zurdo, él diestro. Él prefería el sabor salado, yo el dulce. A mí me gustaban los libros, a él el cine. Yo cerraba los ojos cuando le besaba, él los solía tener abiertos. Yo silbaba villancicos de Navidad cuando estaba contento, a él le gustaba entonar la melodía de una famosa canción de *Kill Bill*. A mí me daban miedo las serpientes, él las adoraba. Él era de Slytherin, yo de Gryffindor. Mi color favorito era el rojo carmesí, el suyo el verde pistacho.

De repente una tristeza me embriagó; comprendía que éramos dos polos opuestos que se atraían y acabarían colisionando. Que jamás tendríamos nada serio.

De regreso, caminamos cogidos de la mano. No sé en qué momento del trayecto nuestros dedos se habían entrelazado. Las olas mojaban nuestros pies desnudos, mientras la brisa del crepúsculo traía graznidos emitidos a cierta distancia.

Compramos un helado de fresa a un vendedor ambulante. Lo chupó con lujuria mientras me excitaba de nuevo. Su mirada era perversa, a veces inocente, me gustaba esa dualidad. Lo miré a los ojos, uno verde y otro marrón. ¿Cuál era el inocente? ¿Cuál el

perverso? Volvimos a bañarnos, había menos gente debido a que el atardecer estaba cerca. El agua seguía igual de fría que antes. «Tengo la piel de gallina», me dijo. Acercamos nuestros cuerpos con la excusa de darnos calor. Nos volvimos a besar, e introdujo su mano bajo mi bañador y empezó a masturbarme.

11

Kaeru era el nombre del bar donde fuimos más tarde a hidratar nuestros cuerpos. París insistió en encerrarnos en el servicio para aliviar el calentón que llevábamos.

—Te espero dentro… desnudo —dijo después de besarme. Yo me negué, pero él se marchó de todas formas.

Diez minutos más tarde, y tres mensajes de texto, le bastaron para saber que no iba a entrar. Me daba igual el romanticismo a esas alturas, pero no veía ni ético ni higiénico desfogarnos en un servicio público.

Una vez en casa estuvimos toda la noche enviándonos mensajitos, como dos tortolitos. Nos mandamos hasta veintitrés mensajes antes de caer rendidos de sueño. Él tenía internet en casa, pero odiaba las redes sociales, en especial el Messenger de Microsoft.

Nuestra segunda cita tuvo lugar unos días después. Una lluvia torrencial cayó el día que perdí mi virginidad, en un *camping* situado en Sant Antoni de Calonge, en la Costa Brava. Unos conocidos suyos tenían una parcela con una caravana. Alquilé un coche y pasé a recogerle cerca de su casa.

Por el camino no paró de hablar de los compañeros de trabajo, mientras yo conducía despacio debido a la tormenta. Me gustó que me contara intimidades de Leo y su hermanastra. Vivía con una familia de acogida adinerada, en el barrio de Pedralbes. Me contó entre risas que sus padres adoptivos eran vegetarianos, y sin embargo a él le iba el *vore.* Después me preguntó:

—¿Quieres que te coma la polla mientras conduces?

—No, puede ser peligroso —respondí sonrojado.

—Mejor, más excitante —dijo París.

Llevaba una lentilla en el ojo izquierdo; verdes eran sus ojos aquel día. Vestía con un polo de color blanco y llevaba colgado un rosario. Entramos en el *camping* y buscamos la parcela número diecinueve. Encontramos una caravana muy acogedora. El interior estaba a oscuras y no disponíamos de electricidad. En la entrada colgaba una lámpara de queroseno que encendió París. La llama titiló debido al viento que entraba por la puerta. La cerré y observé el interior, distaba mucho del sitio romántico que había imaginado para mi primera vez. No había velas ni luces tenues. Ni un camino de pétalos que finalizara en la cama. Aunque la falta de electricidad y el chaparrón eran ingredientes suficientemente románticos.

Estaba nervioso y a la vez excitado; el corazón me bombeaba a un ritmo frenético. Él parecía calmado, como si solo fuera un trance, supuse que debido a su experiencia. Tenía que comportarme igual, pero estaba temblando de miedo. Empezamos a desvestirnos en silencio y llegado el momento me quedé en ropa interior mientras contemplaba desnudo a París. Tenía el manubrio erecto, y esa visión me provocó sofocos. Nunca me había sentido tan excitado en mi vida como en aquel momento. Me empujó por sorpresa con una terrible fuerza y caí en la cama de espaldas, como un pelele. Me quitó la única prenda que me quedaba mientras cubría de besos mi cuerpo desnudo. Descubrí nuevos placeres a través de sus labios y lengua. Sentí que iba a explotar, que mil mariposas revoleteaban dentro de mí, que no paraban de batir las alas mientras sentía vértigo.

Apoyé mi espalda en la pared de la caravana. Las gotas de la lluvia martilleaban con furia la chapa metálica del techo en un compás frenético y delirante. París cogió la caja de condones; tenía una sonrisa en los labios, rompió el plástico con la boca y extrajo uno, lo colocó en mi miembro y se sentó sobre mí con cuidado, mientras nos mirábamos. El cielo relampagueaba y segundos más tarde tronaba. Él murmuraba algo, apenas podía escucharle ni moverme. Cabalgó sin parar encima de mí, gotas de sudor empapaban nuestros cuerpos. Nos besamos, exploté y grité sin ser consciente de ello, mientras buscaba agua condensada en la ventana para plasmar mi mano, pero no la había.

Sentí vergüenza, había tardado menos de un minuto en correrme. Le miré a los ojos, esperando ver enojo en ellos. Pero no lo había, su mirada era calmada y algo siniestra. Estuvimos abrazados en silencio largo rato, hasta que me preguntó:

—¿En qué posición quieres follarme ahora?

El fuego que desprendía irradiaba una experiencia de la que yo carecía, se veía seguro de sí mismo. Se tumbó en la cama de espaldas a mí, lo miré con desmedido afecto.

El segundo *round* fue mucho más placentero, fui yo quien intentaba marcar el compás.

—Más fuerte —gritó, mientras agarraba la colcha con las manos y tiraba de ella, mientras yo marcaba mis dientes en su espalda.

—Es la primera vez que me hacen eso —dijo, e intuí que poco más le quedaba por descubrir. Estaba todo lo adentro que podía, le embestí con ferocidad, me detuve por temor a hacerle daño, pero gritó —: ¡Más! ¡Más fuerte! No te detengas ahora, cabrón, estoy muy cerca.

Exploté una vez más; caí rendido, jadeando sobre la cama, mientras él me miraba tranquilo. Nuestros cuerpos estaban sudados.

—¿Nos duchamos? —preguntó.

Una vez entramos desnudos en el pequeño habitáculo, me pidió que se lo hiciera allí mismo, de nuevo. «Necesito un descanso», dije. Tenía miedo de que se cansara de mí en una noche, de que su lujuria fuera insaciable.

Se sentó en el plato de la ducha y me pidió que orinara sobre él. Me negué a realizar semejante acto, pero insistió y lo hice. Oriné en su cuerpo, en su cabeza, mientras él recogía la lluvia dorada con su boca, mientras se masturbaba y llegaba al orgasmo por tercera vez en lo que iba de tarde.

Más tarde encontramos unos chubasqueros negros y decidimos dar una vuelta por la playa cogiditos de la mano. Aunque seguía lloviendo a cántaros y el viento soplaba fuerte, estuvimos caminando bajo la lluvia. No nos encontramos con nadie durante todo nuestro paseo.

—Todo esto es como un cuento de hadas —dije mientras extendía mis brazos y miraba al cielo con la boca abierta.

—¿Estamos en la parte de «y vivieron felices y comieron perdices»? —preguntó París.

—En mi parte se comen raíces —contesté—. ¿Sabes qué canción escuchaba el día que nos vimos por primera vez en el metro? —pregunté. París me miró, no llevaba lentilla alguna. Así me gustaba más—. *Strangers in the night* —respondí ante su silencio—. Es la misma canción que sonaba en la discoteca la primera noche que trabajé allí, cuando viniste a la barra a pedirme una piña colada.

—¿Y? —dijo él.

—Déjalo.

Para mí era mucho más que una casualidad, aunque no sabía cómo expresarme con total exactitud. Un rayo partió el cielo, pude vislumbrar un tridente azul en medio de las oscuras nubes que tapaban el cielo y las estrellas.

—Tú eres un poco... especial, ¿no? —dijo París. Sus labios se movieron, apenas podía ver su rostro. Estábamos sentados bajo la lluvia, muy cerca el uno del otro—. Puedes hacer conmigo lo que quieras —dijo.

Y lo abracé, quería agradecerle de algún modo todo lo que estaba haciéndome sentir. No podía decírselo, él era un chico experimentado mucho más joven que yo, se reiría de mí.

Regresamos a la caravana, y una vez secamos nuestros cuerpos nos dispusimos a dormir. Mi cabeza reposaba en su pecho. Oía los latidos de su corazón, y en esa posición nos dormimos. Más tarde, desperté a su lado, pero me encontraba desorientado. «¿Dónde estoy?», pensé durante los primeros instantes... hasta que me giré y lo vi junto a mí. Lo observé dormir. Su pecho subía al llenarse de aire que luego salía por la nariz, provocando un pequeño silbido. En ese momento parecía tan inocente e indefenso que rodeé su torso con mi cuerpo de forma protectora. Lo besé en los labios y susurré esas dos palabras en la oscuridad. Más tarde, al despertar de nuevo era él quién estaba abrazado a mí. Veía la luna desde la ventana. La observé embelesado, mientras volvía a dormirme sonriente.

Al despertar, me levanté con cuidado para no perturbar a la criatura que había a mi lado. ¿No era el amanecer más bonito del mundo? Sí, estaba seguro de ello. Eran cerca de las siete de la mañana. El *camping* daba a una playa, caminé hipnotizado por la música de las olas. No había nadie a la vista, me desnudé y entré en el agua fría. Miré asombrado el color del cielo, el más puro que había

visto en mi vida. Incluso el contacto del mar en mi piel me provocaba una sensación más real que en anteriores ocasiones. Me sentía como... como si estuviera empezando a vivir de nuevo. Todo era más nítido y puro. Quería seguir con los pies en la tierra, por eso no paraba de repetirme, como si de un mantra se tratara, que la suerte tenía alas de cera.

Regresé con París, que seguía en la cama, aunque despierto. Comía una de las nectarinas compradas la tarde anterior.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Bañándome.

—Tengo algo para ti —anunció mientras depositaba la pieza de fruta en el pequeño tocador y se tocaba sus partes íntimas. Sonreía de una forma perturbadora, era la persona con más registros de mímica gestual que conocía. Se levantó y empezó a besarme—. Sabes a sal —dijo.

Empezó a lamer mis labios, mi cuello, bajó hasta mi pecho y abdomen. Lo tumbé en la cama y empecé a besarle los pies, fui poco a poco subiendo hasta su cintura mientras cubría una de sus piernas con besos. Y después, volvimos a unirnos. Pensé en que hubiera podido estar toda la vida entrando y saliendo de su cuerpo.

***

De camino a la Ciudad Condal hablamos sobre nuestro futuro. Nos casaríamos en la Ciudad de la Luz, en cualquier sitio que tuviese de fondo la Torre Eiffel. Tendríamos un pastor alemán llamado Darth Vader, y seguiríamos con Voldemort, su gato persa de color blanco. Nos compraríamos un yate para navegar y surcar los mares en la época estival, y viviríamos mil y una aventuras. «Me follarás todos los días dos veces», aseguraba. Eran sueños que se rompieron al llegar al destino. Se apeó en el mismo lugar en el que lo había recogido la tarde anterior y se marchó. Nos veríamos en Infierno al día siguiente.

Eran cerca de las doce del mediodía cuando llamé a mi hermana. Tenía varias llamadas perdidas de su móvil. Lo había puesto en silencio, no porque condujera sino porque no quería que nadie interrumpiera nuestro regreso de más de cien kilómetros. La llamé y respondió al momento.

—¡Joder! ¿Por qué coño no respondías?

—No he podido. ¿Qué sucede, hermana?

—Necesito dinero.

—¿Le has pedido dinero a la *mama*? —le pregunté. Si el motivo por el que mi hermana necesitaba el dinero era importante, mi madre siempre se lo prestaba.

—Claro que lo he hecho.

—¿Y bien?

—Me ha preguntado si creo que es el Banco de España. Y le he respondido que no, que no lo creo. El Banco de España eres tú.

Acepté prestarle el dinero con la condición de que fuéramos a comer juntos los dos solos. Tenía algo importante que contarle. Decidí ir a buscarla en el coche de alquiler. Era la primera vez que íbamos a comer a un restaurante los dos solos. Estaba tan contento que quería compartir mi felicidad con ella.

—¡Vaya carro, hermanito! —dijo asombrada una vez entró.

Se apartó el flequillo que tenía sobre las gafas de sol que llevaba puestas, tenía el cabello descuidado. Sobre el asiento había un sobre de color verde musgo. Lo cogió.

—¿Es para mí este sobre?

—Sí, dentro hay una nota. Pero no puedes abrirlo hasta que te lo diga. ¿De acuerdo? —La miré con preocupación, pensando en arrebatárselo en caso de que no siguiera mi indicación. Ella leyó mi mente, al fin y al cabo, éramos hermanos.

—¿Por qué no puedo abrirlo ahora?

—Te voy a invitar a comer. Te voy a prestar dinero. Solo te pido a cambio un poco de paciencia. ¿De acuerdo?

Asintió y preguntó por qué había alquilado ese coche y qué había hecho todo ese tiempo. Decidí aparcar en el *parking* exterior de una de las naves industriales de la Corporación Blackmart, en el polígono industrial de Vilacera. Estaba decidido de una vez por todas a confesarle mi secreto (y a quitarle las gafas de sol). La miré, parecía

un oso panda debido a sus pronunciadas ojeras y a la palidez de su cara. Además, vestía de negro.

—¿Qué pasa, hermano?

—No sé cómo decirte esto, ¿vale? —estaba a punto de llorar. «Soy gay», pensé. Esas dos palabras estaban escritas en el papel, dentro del sobre, por si no me atrevía a pronunciarlas.

Los segundos pasaron, mi hermana seguía esperando, y yo, tenía un nudo en la garganta. Intenté tragar saliva. «Díselo, maldito cobarde», me dije a mí mismo, mientras cerraba las manos y me clavaba las uñas.

—¡Me cago en la leche! —dijo Abril—. Me estás asustando. ¿Qué tienes que decirme? —Se llevó una mano a la boca, su preocupación aumentó.

—Es algo difícil de explicar —fue lo único que se me ocurrió decir.

Con lo fácil que hubiera sido decirle: «Soy gay». Pero no me atrevía.

—¿Es algo malo?

Empecé a llorar. Mi hermana era igual de aprensiva, puede que más, porque a mí no me gustaba mostrar mis emociones. Ella también empezó a llorar, y me abrazó después de poner el sobre encima del salpicadero. «Díselo, díselo —pensé—, dile que abra el sobre al menos». Ella estaba hablando, pero no oía lo que decía, mis pensamientos sonaban más alto. Lloré con más fuerza, me estaba dando un ataque de ansiedad así que intenté serenarme. Abril también lloraba y sentí un miedo atroz de confesarle mi secreto, mi verdadera condición, algo que nunca había ocultado en Infierno. ¿Y si sentía asco cuando le confesara lo que era? ¿Y si me dejaba de hablar? ¿Y si se avergonzaba de tener un hermano marica?

—Al menos dime por qué lloramos, *tete* [8] —logró pronunciar entre lágrimas.

Llené mis pulmones de aire tras estar unos segundos sin hacerlo y entonces conseguí decir:

—Abre el sobre.

Mi corazón se detuvo mientras ella lo hacía. Me olvidé de respirar de nuevo y dejé de observarla.

—No lo entiendo.

No podía mirarla a la cara, sentía mucha vergüenza, «SOY GAY», había escrito en el papel, en letras bien grandes y en mayúsculas. No sé qué era lo que no entendía. Ambos habíamos dejado de llorar, un silencio abrumador inundaba el coche.

—Rómulo —me llamó—. ¿Esto qué es?

Rompí a llorar de nuevo, mientras me tapaba la cara con ambas manos. «Tierra, trágame», pensé.

—¿Por esto lloras? —preguntó incrédula.

—Lloro porque... ¡porque no sé qué vas a pensar de mí!

Su rostro se llenó de ternura y sonrió.

—Me suda el coño si eres gay, un lobo o un puto E.T. ¡Eres mi hermano, joder! —Empezó a llorar de nuevo—. Y aunque no te lo diga nunca, te quiero. Y te echo de menos, Sam y Max están ganando la guerra porque me has dejado sola, maldito bastardo.

Me abrazó, y al separarnos tenía su mano agarrando la mía.

—Explícamelo todo —dijo.

Y le conté todo, durante veinte minutos estuve hablando sin parar. Mis primeros besos con chicas, mi obsesión por el que no debe ser nombrado y cómo desapareció de mi vida de forma tan inesperada. Cómo había empezado a trabajar en la discoteca Infierno hacía tres semanas.

—¡Espera, espera! ¿Estás trabajando en Infierno?

—Sí.

—¡No me lo puedo creer! —dijo.

Seguí con mi relato y llegué al final, hasta hacía unas horas, cuando había dejado a París entre la calle Lepanto y Etra.

—Sin palabras me dejas, maricón —dijo entre risas.

El coche seguía estacionado. Entonces dijo que también iba a abrir su corazón.

—Tú has confiado en mí, así que ahora voy a confiar en ti.

Enmudecí. No quería atosigarla con preguntas, hacía un momento había pasado por una terrible experiencia, que, al fin y al cabo, no había sido para tanto. No sabía lo que me iba a decir, pero intuí que no lo escribiría en un papel, mi hermana siempre había sido mucho más valiente que yo. Se me ocurrieron varias ideas, como que estaba embarazada o que era lesbiana. Después especulé con circunstancias más descabelladas, como que no fuéramos hermanos de sangre o que ejerciera de prostituta.

—Soy bulímica —declaró.

Las lágrimas se habían acabado, no sabía qué decir o cómo reaccionar. Ahora entendía por qué pasaba tanto tiempo en el baño y estaba más delgada.

—¿Desde cuándo?

Sus labios y su rostro formaron un puchero, como hubiera dicho mi madre si la hubiera visto en ese momento.

—Desde que Dani me dejó por otra.

—¿Cómo se cura?

—Desde hace tiempo intento no vomitar, juro por el Kétchup que lo intento, pero me vienen solas las ganas después de comer. Es superior a mí.

Hubo un silencio largo y puse mi mano sobre su mano.

—¿Alguien más lo sabe?

—Fanta. Es quién me ha ayudado a reconocer que estoy enferma. Me porté tan mal con ella... no le he pedido perdón todavía, y sigue al

pie del cañón.

—La gente pelirroja es muy testaruda —comenté. Ambos reímos.

Hacía tiempo que no tenía un momento de tanta complicidad con mi hermana. Después fuimos a comer a un restaurante llamado Diversus, en el que conocían mi «dieta». Hablamos sobre nuestros padres y hermanos. Me contó sorprendida que nuestra madre había recibido una docena de rosas rojas.

—¿De papá? ¡Qué raro!

—Es de un antónimo con...

—Anónimo —la corregí.

—Eso, y venía con una cita muy bonita. Papá está que trina, y mamá desconcertada. ¿Quién será? —acabó preguntando.

Abril no fue al servicio después de comer, aunque apenas probó bocado...

—¿Puedo ir mañana a verte? Saldría de fiesta con Fanta y podríamos pasarnos...

—Claro —asentí, tras meditarlo unos segundos.

La dejé en casa de Fanta, y fui a devolver el coche y a coger el tren para regresar a casa. Al entrar, me encontré a Olivia y a Estrella bajo una manta en el sofá, se habían reconciliado. Me alegré por ambas, aunque más por Estrella. Me apenaba la situación, ella merecía alguien mejor. ¿Pero quién era yo para opinar o juzgar?

***

Llegó el viernes y el momento de ir a Infierno. Saludé a París con dos besos muy cercanos a sus labios, lo encontré endemoniadamente guapo. Estaba hablando con uno de los chicos de seguridad. ¿Estaba intentando ponerme celoso? Como no me prestó atención, bajé un poco desconcertado a la planta inferior. Cuando llegué a mi barra, descubrí que Amaranta estaba con Dima.

—Hola, cari —me saludó dándome dos besos—. Tú estás en mi barra, órdenes de la Teniente, nos ha cambiado a casi todos de sitio.

—¿En serio? —pregunté.

—*Aro*, mi *arma*.

Saludé a mi supercolega del Infierno y me dirigí a la barra Omega. Allí estaban Azul y Leo, mis dos nuevos compañeros. Los cajeros eran inamovibles, según me contó Sherise cuando le pregunté si alguna vez ella había trabajado en la caja de enfrente.

—Hola, Lobito —dijo Félix mientras entraba en la barra para darme dos besos y palparme el trasero.

—¡Félix!

—Lo siento, no tengo control alguno sobre mis manos. A estas alturas deberías saberlo.

Azul se marchó de la barra y fue hacia la cabina de Sucre, donde estuvo varios minutos. Mientras, Sherise observaba a Félix desde una esquina con los brazos cruzados. Félix fue hacia ella y le plantó un sonoro beso en cada mejilla, su mirada era de total desaprobación.

Cuando Azul regresó, empezó a explicarnos a Leo y a mi cuál era su espacio de trabajo.

—Como veis —nos explicaba—, hay dos ordenadores. Este es el mío, no podéis tocarlo. Vosotros compartiréis el de vuestra esquina.

—¿Podemos manipular el lavavajillas? —pregunté. Estaba en su zona.

No me respondió, pero me miró con ira. Tenía unos ojos azules preciosos… muy claros, pero no me gustaba la intensidad con que nos miraba. Algo había cambiado en él, pero no sabía de qué se trataba. Leo y yo fuimos al almacén a por las botellas de alcohol mientras me hablaba de un manga al que estaba enganchado, no sé qué de unos titanes. Azul no pudo venir, tenía un arduo trabajo alineando las botellas. Como no quería tener problemas con él, porque era el ojito derecho de la Teniente, acepté sin más. Además, quería entrar en el almacén para ver a Elvis, nunca le decía nada, pero me gustaba contemplarlo.

De camino al almacén me crucé con Olivia; vestía la cazadora de cuero que le había regalado el año anterior por su cumpleaños. No me saludó. Nuestra relación se había enfriado. En tres semanas había

conseguido más confianza con Dima que en casi diez meses que llevaba conviviendo con ella.

La discoteca estaba a punto de abrir al público, la voz de Sucre retumbó en los altavoces.

—Tenemos aquí una petición especial de una canción para nuestro querido Lobito. Es de La Unión y se titula *Lobo-hombre en París*.

Empezó a sonar la canción. Leo me peguntó si el emisario era París, le dije que no lo sabía. Las luces se apagaron, empezaron a bajar los primeros clientes de la noche.

—¡Bienvenidos a Infierno, pequeños diablillos! —dijo Sucre.

Leo puso tres hielos en un vaso de tubo, empezó a echar Galipandria mientras abría una botella de tónica. ¿Estaba sirviendo un cubata a un cliente invisible? No, con el puntero de un láser iluminó la cabina de Sucre, y este bajó de ella para recoger su primera bebida de la noche.

—Él es mi suministrador oficial —me dijo mientras le entregaba una tarjeta en la que había un arcoíris.

A medida que el servicio avanzó, me asombró la profesionalidad de mi compañero Leo. Era meticuloso y rápido. Sonreía sin mostrar los dientes, no quería que la gente viera que llevaba ortodoncia. Me quedé sorprendido cuando llegó su novio, ¡un anciano! ¿Era octogenario y no me había enterado? No pude evitar preguntarle en cuanto tuve ocasión.

—Me ponen los maduritos. Cuanto más mejor —fue su respuesta.

Tras unos momentos de indecisión, le pregunté algo que me horrorizaba sobre él, el secreto que París me había revelado.

—¿Te gusta practicar el *vore*?

—¿Cómo? —preguntó confundido—. No sé de qué me hablas. — El rubor en sus mejillas delataba que mentía.

Preferí no indagar más. Y una vez olvidado, me di cuenta de que Leo era un chico muy simpático y nos coordinábamos bien trabajando

juntos. A mitad del servicio me dijo que era adoptado, aunque yo ya lo sabía. Me contó que llevaba toda su vida viviendo en España a pesar de haber nacido en Italia. Su madre era filipina y su padre de Etiopia, al igual que su hermana mayor, Dasha. Esta le cortaba el pelo cada viernes en su peluquería. También le depilaba con cera el cuerpo, le hacía las cejas e incluso le recortaba los vellos púbicos. Me imaginaba a mi hermana Abril depilándome el ano mientras se fumaba un porro con Fanta. ¡Qué espanto!

Me sorprendió que tuviera una mascota. Se lo regaló su madre, un dálmata llamado Ressu. También me contó cosas sobre los *otaku*, y dónde compraba la ropa que solía llevar. Me fijé en que llevaba una pulsera en la que ponía «Tsuki», debía ser japonés.

Leo y yo éramos los encargados de poner los vasos en el lavavajillas, con ayuda de Elvis. Azul no tenía tiempo porque trabajaba solo en un lado de la barra, ese era su argumento. No quise discutir, aunque la extensión que Leo y yo cubríamos era más del doble que la suya.

Por cuarto viernes consecutivo vino de fiesta Eric. Había mucha gente esperando para pedir y tardé unos diez minutos en atenderle.

—¿Por qué te han cambiado de barra?

—Nos cambiaron a todos —respondí.

—Cada día que pasa estás más guapo —me dijo.

Le serví su cua-cua con Zeta-cola. Tras decirme que me había quedado de miedo, se marchó a bailar con sus amigos. La Teniente vino y se llevó a Leo al guardarropa, había demasiada cola y estaban colapsados. Azul seguía sin moverse de su sitio, lo cual provocó que tuviera que trabajar más deprisa.

La voz de Sucre volvió a sonar por los altavoces, era omnipotente, se escuchaba hasta en los servicios. Volvía a recordar el fantástico ukelele que se llevaría el cliente seiscientos sesenta y seis, y que según le habían informado desde la entrada, eran quinientas las personas que habían entrado ya.

Entre ellas, Abril y Fanta. Las vi bajar por las escaleras, y al verme caminaron hacia la barra en la que estaba trabajando. No pudimos hablar mucho debido a que había bastantes clientes

esperando, entre ellos un extranjero que no se decidía por ninguno de los cócteles que ofrecíamos, quería un Bloody Mary. Mi hermana habló con él, pero aquel hombre solo quería la bebida que no podía servirle. Abril y Fanta se marcharon a bailar.

Volvieron tras unas cuantas canciones, en ese momento sonaba *Poker face*, de Lady Gaga. Mi hermana llegó hasta la barra con algo de dificultad y cuando lo hizo me dijo.

—*Tete*, invítanos a un cubata, anda.

Le prometí que más tarde intentaría conseguirles alguna consumición gratuita.

—¿Era tu hermana la morena? —me preguntó Suvi.

Le respondí que sí, mientras hablaba con el chico alemán que se había empeñado en que le sirviera un Bloody Mary.

—*Sorry, but we don´t serve here this cocktail* [9] —le dije por enésima vez.

Miré a sus diminutos ojos, eran de color violeta. Su nariz también era pequeña, y tenía las orejas redondas. Me recordaba a una zarigüeya, además de que elevaba su voz en un tono agudo.

—*It´s not my fucking problem* —dijo el extranjero—. *I want it! If I have to pay more I will.* [10]

—*We only have those...* —contesté mientras señalaba la carta de cócteles—, *all right*? [11]

El cliente no pareció darse por satisfecho.

—*I want to speak with your boss. Right now!* [12]

—*Okey, no problem. My boss is that guy.* [13]

Con un movimiento de cabeza, le indiqué que era Azul. Él era el encargado de la barra Omega por antigüedad, según nos había dicho a Leo y a mí. Además, no hablaba inglés, lo cual facilitaría aún más el embrollo. Como no quería ayudarle a traducir, me escapé de la barra unos instantes. Llegué hasta Suvi y le pedí un chicle de fresa, que me introduje en la boca al instante, y subí las escaleras. Iba a pedirle dos

invitaciones a París y un beso con lengua.

Cuando llegué arriba vi a París besándose con un chico. Estaba apoyado sobre un lateral de la caseta. Se besaban con pasión.

Sentí náuseas, corrí hacia los servicios. Tenía la necesidad imperiosa de vomitar mil mariposas muertas. Sentía un dolor tremendo en el pecho como nunca había experimentado. Me acababan de romper el corazón.

Había una cola de gente para entrar en el servicio, en la puerta estaba Toni. Se apartó y me dejó entrar. Lo primero que contemplé fue una enorme gárgola de un metro y medio de altura que estaba en la esquina.

Caminé hasta encontrar un habitáculo vacío y entré. Cerré la puerta de madera y vomité. Después me senté en la tapa del retrete y empecé a llorar. Me fijé en la puerta, estaba repleta de nombres y números de teléfono. Me fijé en un «Carpe Diem», mientras mi lloriqueo iba en aumento. Tenía un sofoco increíble, no podía pensar con claridad. No podía respirar. Cinco minutos más tarde alguien llamó a la puerta. Era la Teniente. Abrí la puerta y entró.

—No puedes dejar la barra cuando está a tope. Es de mal compañero.

—Lo... lo... lo sé —logré articular.

—Pues lávate la cara, deja las lágrimas para cuando hayas terminado de trabajar. ¡Venga! ¡Muévete! ¡Ahora! —dijo.

Empezó a dar palmadas para apremiarme a que aligerara. «¡Zorra estúpida!», quería gritarle a la cara, pero nunca tendría el valor suficiente de hacerlo. Cerré los ojos y suspiré, lo peor de todo era que tenía razón. La odié en ese momento. Doña Perfecta jamás se encerraría en un lavabo y se sentaría a llorar en un inodoro. No, nunca. ¿Alguna vez le habrían roto el corazón? Esperaba que sí, tal vez por eso tuviera ese carácter.

Antes de salir me mojé la cara en la pica; el agua estaba fría y tenía un sabor metálico. Me miré al espejo y alcé los dedos en señal de victoria, como había hecho Richard Nixon cuando dimitió. Es en los peores momentos cuando uno demuestra de qué pasta está hecho. La sangre me hervía, pero iba a intentar demostrarme que tenía el

corazón más frío que un invierno en Finlandia. ¿Que estaba roto en mil pedazos? ¡Qué más daba! ¡Tenía el corazón congelado!

Era duro sonreír mientras atendía a la gente. No podía quitarme de la cabeza lo que acaba de ver. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¡Tan zoquete! Me había dejado engatusar por un puto crío. Me había utilizado y engañado. No, no me había engañado, no éramos nada. ¡Nada! Me mordí el labio inferior para evitar llorar.

Jacob, el jefe de seguridad, notó que algo me pasaba y me preguntó si necesitaba algo. Le pedí si podía conseguirme dos invitaciones, para mi hermana y su amiga.

—Eso está hecho. Pan comido. —Me guiñó un ojo sonriendo, y cinco minutos más tarde tenía las invitaciones en mi mano.

Me centré en servir cubatas, y nada más. No iba a gastar ni un maldito pensamiento en París, al menos trabajando.

Cuando Leo y yo coincidíamos en el ordenador para pasar el ticket por el escáner hablábamos un poco. Incluso solté alguna risa, pues a medida que pasaba la noche iba perdiendo la timidez conmigo.

Empezó a sonar la canción del Grand Prix, concurso que presentaba Ramón García en sus inicios en Televisión Española. Después pusieron la canción de la abeja maya, y luego la de Shin Chan. Faltaba muy poco para el final. Nuestro *discjockey* había metido a un par de clientes en la cabina y les estaba haciendo una pequeña entrevista, mientras la gente bailaba y reía.

El momento más difícil de la noche fue prepararle la dichosa piña colada a París. Tuve que hacer de tripas corazón y mostrarle mi mejor sonrisa.

—Lo quiero generoso —dijo.

—Generoso será —dije intentando sonreír. Supuse que mi cara era parecida a la de Chendler Bing en la serie *Friends* cuando sonreía ante una cámara de fotos.

—No hay nadie en mi casa. ¿Quieres venirte a dormir? Podemos jugar un ratito antes de dormirnos abrazados.

—Me temo que voy a declinar la oferta —dije en un tono frío.

Intentaba que mi voz sonara cálida, pero me sentía tan gélido en ese momento que estaba convencido de que si alguien me hubiera echado agua hirviendo por la garganta habría cagado cubitos de hielo—. Tengo que madrugar mañana.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Mejor que una flor de mayo.

Lo cierto era que estaba a más de mil kilómetros de estar bien. Me sorprendió un nuevo sentimiento que había surgido en mí tras verlo. Quería hacerlo sufrir, quería vengarme. Aplastarlo como a un... ¡No! ¡Como a un gusano, no! ¿Merecía París mi ira?

Abril y Fanta vinieron a despedirse de mí, mi hermana iba agarrada a la cintura de un chico. Los vi besarse con pasión.

—¿Qué tal la noche, *tete*? —preguntó. No podía mirarme a los ojos, su cabeza se balanceaba de un lado a otro—. Mola mazo esto.

Mi hermana estaba ebria, y a saber qué otras sustancias habría consumido. Fanta estaba peor, había debido llorar porque tenía el rímel corrido y las pupilas muy dilatadas. Suvi estaba mojándole la nuca.

—¿No se puede quedar esta chica en tu piso? —me preguntó Suvi.

Fanta intentó mirarme, tenía muy mal aspecto. Me hubiera gustado poder invitarlas, pero una de las cláusulas era que no podía subir a nadie al piso.

—¿Y por qué no vais a un hotel? —sugerí.

—Eso sale por un ojo de la cara —dijo Abril mientras Suvi la miraba embobada.

Se marcharon cuando se encendieron las luces y la música dejó de sonar.

Leo y yo empezamos a cargar las cámaras frigoríficas, hablamos de las anécdotas más divertidas de la noche. Azul escuchaba e intentó participar, pero le ignoramos.

—Tenéis que ayudarme a rellenar mi cámara que vosotros sois

dos. —Él tenía que cargar dos cámaras de frigorífico, nosotros cinco. Esta vez no cedí, y le pregunté que si sabía contar—. Sí, claro que sé contar.

—Pues cuenta tus cámaras y luego las nuestras.

Asimismo, nosotros habíamos puesto casi el doble de consumiciones que él, por lo tanto, nuestras neveras estaban más vacías. Además de sucias y llenas de trozos de botellas rotas en el fondo. Al parecer, la Teniente no metía tanta caña en esta barra a la hora de limpiar como en la barra Alfa o Delta.

Azul entrecerró los ojos y no dijo nada.

—¡Bien dicho! —dijo Leo en un susurro.

Al terminar, decidimos ayudarlo, porque no podíamos marcharnos hasta que la barra estuviera cargada. Cuando finalizamos, caminé hasta la barra en la que se encontraba Dima. Estaba hablando con Amaranta, escuché que la llamaba Amy de forma amistosa.

Fui a despedirme de Félix, que estaba sentado en la plataforma bebiendo su vodka con limón. Subí con Dima por las escaleras, decidimos ir a desayunar juntos al bar de enfrente. No encontré a París por ningún lado, se había marchado. Supuse que al declinar su invitación encontró a otro que llevarse a la cama.

12

Llegó septiembre casi sin darme cuenta. Había sido uno de los veranos más intensos y calurosos de mi vida, aunque no lo había vivido como me hubiera gustado. Primero, por el gran pesar que sentía en mi corazón; y segundo, porque no había tenido el coraje de asistir al evento que organizaba la plataforma LGTB el día del orgullo gay.

Otra situación que me angustiaba era mi convivencia con Olivia. Era insostenible, aunque lo soportaba de forma estoica, y los meses estivales ayudaron a que pudiera pasar más tiempo al aire libre. Nuestra relación había empeorado tanto que me estaba planteando marcharme a vivir a otro lugar. Los pocos momentos en los que estábamos juntos ni nos dirigíamos la palabra. Y en el trabajo, cuando me hablaba, era para recriminarme algo y hacerme sentir un mequetrefe.

Disponía de mucho tiempo libre y la mayor parte lo dedicaba a leer. Me abstraía de la realidad, pues me sentía azorado en muchos ámbitos de mi vida. Llevaba semanas buscando un trabajo a tiempo parcial y el próximo lunes, por fin, tenía una entrevista. En cuanto a mi corazón... sabía que no me podía amedrentar, que tenía que coger al toro por los cuernos, pero el tiempo pasaba y no hacía nada. Hay amores que es mejor terminarlos antes de que acaben contigo. Y eso es lo que estaba haciendo, esquivar de la forma más diplomática posible los serpentinos ataques de París. Entre él y yo solo quedaban mariposas muertas. Los días siguientes a que me rompiera el corazón me leí casi un par de decenas de libros. El dolor se mitigaba un poco hasta que volvía al presente. Entonces me invadía una tristeza, y la imagen de París besando a otro chico volvía a atormentarme. Tengo que admitir que le seguía el juego hasta cierto punto, mas nunca le conté que lo había visto con otro, era demasiado humillante para mí. Lo peor de todo fue descubrir que... era tan corto el amor, y tan largo el olvido...

Una vez terminábamos de trabajar en la discoteca, iba a desayunar al bar Ipanema con Dima y Leo. Era un tugurio de mala muerte, pero estaba justo enfrente de Infierno. Y así evitaba que París me acompañara a casa. Invité en varias ocasiones a Félix, y a veces le hacía prometer que vendría con nosotros. Pero a la hora de la verdad faltaba a su palabra y se marchaba con Toni, con Noah o con Sucre a una sauna gay a practicar un poco de *cruissing*.

A veces venía Azul con Amaranta, debido a que Dima siempre la invitaba. Procuraba sentarme lo más alejado posible de él y no hablábamos (tan solo en la barra Omega, y lo hacíamos sobre cuestiones laborales). Me sentía degradado como persona cuando estaba cerca de él, trabajaba de forma lenta y rudimentaria, pero lo hacía con un desparpajo y un *sex appeal* que me cortaba la respiración. Su cabello continuaba teñido de un amarillo pollo muy claro y su piel muy bronceada, con lo que esos ojos claros que poseía resaltaban más.

A mediados de julio encontraron a la tercera víctima del Robacorazones. Era un varón joven llamado Xavi Redondo, conocido en Infierno por varios de mis compañeros. Le asestaron tres puñaladas y mutilaron su cuerpo. Apareció en la montaña del Tibidabo. Estaba claro que se trataba de un asesino en serie, aunque era poca la información real divulgada por la policía. Al ser un tema de interés, empezaron a proliferar artículos en los periódicos y programas en la televisión sobre otros asesinos en serie que habían actuado en nuestro

país: el Arropiero, el Mataviejas, el Asesino de la baraja... A medida que pasaban las semanas y no aparecía la cuarta víctima ni capturaban al homicida, la noticia desapareció de la primera plana de los informativos.

Durante los meses de verano solía quedar con Dima para correr por las tardes cerca del paseo marítimo. También me encontraba con mi hermana y con Fanta con más frecuencia. Aún recordaba el mar de lágrimas en el que me sumí cuando le confesé mi identidad sexual, aunque había merecido la pena, nuestra relación había mejorado. Quedamos una tarde para dar un paseo por la costa en Gavà. Más tarde llegó Estrella, iba a intentar ayudar a mi hermana.

Al principio, Abril se negó rotundamente a hablar con una «comecocos» de sus problemas más íntimos. Me puse en contacto con Fanta y entre los dos la persuadimos para que lo hiciera. «Es una pérdida de tiempo», nos aseguró. Al final aceptó, pero me puso una condición: que le confesara a Fanta mi secreto. Cada vez iba compartiéndolo con más gente, y poco a poco iba liberando esa carga que atormentaba mi ser.

Una tarde que estábamos en el Parque Central de Vilacera, Fanta y yo nos quedamos a solas.

—Hace un día muy bonito —comentó ella mirando el entorno.

—En efecto, te doy toda la razón. —Ambos reímos, y entre las carcajadas, le dije—: Por cierto, soy gay.

Ella dejó de reír al instante.

—¿Es una broma? —preguntó.

—Sabes que no soy de hacer bromas —contesté.

—Pues no te creo.

Se quedó demasiado seria. Resultaba extraño, porque ella era una de las chicas más risueñas del mundo.

—Cuando venga Abril le puedes preguntar. Ha sido idea suya que te lo diga.

—¿Ella te ha obligado?

Asentí, y le expliqué de qué forma me había chantajeado. Le pedí la máxima discreción, todavía no estaba preparado para decírselo a mis padres. Algo cambió desde ese día, porque Fanta me miraba diferente, aunque su trato siempre fue el mismo. Tras mi confesión, a mi hermana no le quedó más remedio que iniciar las sesiones de terapia con Estrella. A las pocas semanas, podía vislumbrar algún cambio en ella, así que una noche decidí invitar a Estrella a la inauguración de un restaurante vegano.

Fue una velada tranquila. En los entrantes estuvimos hablando de mi hermana, de cómo estaba evolucionando. Durante los platos principales empezamos a charlar de su pareja, mi compañera de piso. Le conté que Olivia y yo estábamos peor que nunca, y que había llegado a la conclusión de que no compartíamos piso, simplemente me tenía alquilada una habitación. No había ningún objeto mío en todo el inmueble; además no podía invitar a nadie sin su consentimiento. Ese mismo día, por la mañana, habíamos tenido una disputa. Me despertó temprano para que le ayudara con la limpieza a fondo de la vivienda. Me negué, hacía menos de una semana que habíamos realizado dicha tarea. Consistía en mover todos los muebles, aspirar el polvo, barrer y fregar. Además, cada superficie tenía que limpiarse con un producto específico. Incluso había que limpiar el techo y las paredes con una mopa húmeda, o sacar todos los objetos y utensilios de los cajones para volverlos a poner en el mismo orden. A tales extremos llegaba su obsesión.

Tras los postres, pedimos un té verde y un capuchino; una vez servidos, estuve a punto de confesar a Estrella mi intención de buscar otro sitio en el que vivir, pero ella se adelantó.

—Necesito tu ayuda —dijo. Sacó su monedero del bolso y empezó a buscar algo en él. Extrajo una llave y la dejó sobre la mesa—. Es una copia de la llave del candado.

—¿Cómo la has conseguido? —pregunté con mucha curiosidad.

Sus labios se curvaron en una grácil sonrisa. Me explicó que Olivia la llevaba siempre encima, colgada a una cadena que llevaba en el cuello. Solo se la quitaba para dormir, y al despertar se la volvía a poner. Pero una noche se había ido la luz, la alarma no sonó y se levantaron tarde. Olivia odiaba llegar tarde a los sitios, en especial al trabajo. Me dijo que había salido como un rayo de casa y se había olvidado la llave. Me parecía extraño, ella no cometía esa clase de

fallos. Estrella aprovechó la oportunidad para hacerse una copia.

—¿Quieres que abra la habitación? —pregunté fascinado.

—No —respondió de forma categórica—. No sé qué hay, es algo con lo que me quiero enfrentar. Lo que sea que haya en el interior es muy importante para ella. Quiero ayudarla, necesito hacerlo. La estoy perdiendo poco a poco, puedo sentirlo.

—¿Cómo lo sabes?

—No hay amor..., ni conexión. Sigo con ella porque se lo debo.

Entonces me contó la verdad. No se habían conocido en un chat. Estrella era su psicóloga desde hacía más de una década. La empezó a tratar en Madrid, sufría una tremenda depresión, además de padecer misandria. Y un trastorno maniático compulsivo. Su obsesión por la limpieza venía de un trauma: cuanto peor se sentía más tenía que limpiar; era su forma de evadirse. Después de todo no éramos tan diferentes, yo lo hacía con un libro y ella con una escoba.

—¿A qué se debe?

—La violaron con quince años y se quedó embarazada. Desde entonces, empezó a sentir cierta aversión hacia los hombres. Además, tuvo un hijo que dio en adopción y nunca supo nada de él. Con los años empezó a estar mejor. Cuando tú entraste en su vida, todo parecía que se había arreglado, pero algo pasó hace unos meses. Tengo la intuición de que tiene algo que ver con la habitación. ¡Ayúdame, Rómulo! ¡Eres mi única esperanza!

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Necesito que me dejes las llaves del piso para hacerme una copia. Cuando estéis trabajando entraré de manera furtiva y descubriré lo que hay dentro. Confío más en ti que en ella en este momento, estoy desesperada. Te prometo que ella nunca sabrá que lo sabes. ¿Cuento con tu ayuda?

—Por supuesto que sí.

Sentía curiosidad, llevaba más de un año viviendo con ella y el misterio de lo que había tras la puerta con el candado había ido creciendo poco a poco. En ningún momento pensé en las

consecuencias ni en qué podía ocurrirnos a Estrella o a mí, porque Olivia nunca tendría que saber que su pareja había estado fisgando en su habitación secreta.

Todo quedó bien planeado. El viernes de esa semana, Estrella abriría el candado. Olivia no podía abandonar Infierno, y si lo hacía yo tenía que enviar un mensaje a Estrella para avisarla. ¿Qué podía salir mal?

Y llegó el viernes. Estaba nervioso, en pocas horas sabría la verdad. Estábamos a punto de abrir al público. Estrella esperaba cerca del piso mi mensaje de confirmación de que Olivia estaba trabajando. «Toda precaución es poca —añadió—, además, borra los mensajes y llamadas que nos hayamos enviado entre nosotros estos últimos días. A Olivia no le agrada que tengamos confianza, no le gusta que nos comuniquemos. Te coge el móvil en cuanto tiene ocasión y lee todos tus mensajes y mira tus llamadas».

Me la imaginaba en mi dormitorio, registrándolo todo... y me hervía la sangre.

Le envié el mensaje de confirmación. La discoteca estaba abierta y Olivia se encontraba presente, hablando con los dos cajeros en ese mismo momento. Intuí que a Félix no le gustó lo que la Teniente le contaba, porque nombró «el coño de la Bernarda» antes de marcharse enojado a su caseta. Otro que estuvo toda la noche cabreado con ella fue Adam. Michael no iría a trabajar en todo el fin de semana, estaba hospitalizado tras sufrir una agresión por parte de un grupo de jóvenes homófobos. Olivia había decidido que Adam ocupara su puesto en la barra Delta y este se negó, pero la Teniente, de alguna manera, acabó convenciendo a Abraham, y Adam tuvo que pasar por el aro.

Una vez abrimos al público, no volví a verla hasta pasadas las tres de la mañana, apoyada en una columna, observándome de forma siniestra.

—¿Qué le has hecho? —me preguntó Sherise más tarde, cuando le hice entrega de un papel con una cita que me gustaba. Solía pasarle una diferente cada noche.

A medida que pasaban las horas y no recibía noticias de Estrella, mi nerviosismo aumentó. ¿Y si la llamaba? Fue una velada con un ritmo de trabajo intenso. Ni siquiera tuve tiempo de contemplar qué clientes esperaban en la barra a ser atendidos. Había mecanizado un

orden lógico con la gente que me tendía la entrada de la discoteca, la tarjeta con el arcoíris o los *tickets* que dispensaban Félix y Sherise en la caja registradora.

Al final de la noche, Eric estaba en una esquina, esperando ser atendido. Era tal su estado de embriaguez que lo ignoré durante un rato.

—¿Qué haces? —le pregunté de forma casual una vez había servido a todo el mundo.

—Aquí me tienes mirándote, chico —dijo Eric—. Sírveme la última.

Extendió en la barra un *ticket*.

—No, has bebido suficiente por hoy —respondí.

—«No» es lo único que sabe decir —le advirtió París.

Eran las cinco y media de la noche. Cogí el *ticket* y le serví la bebida a Eric. Quería demostrar a París que no me negaba a todo; además, podía haberse acercado a otro mostrador y conseguirlo. Prefería ponerle yo la bebida con muy poco alcohol.

—¿Quedamos un día? —preguntó Eric antes de marcharse.

—Sí, ya lo hablaremos la semana que viene —contesté. Y se marchó contento y borracho.

—¿Vas a quedar con él y no conmigo? —preguntó París.

—Ajá.

Se marchó indignado sin su piña colada. Me sentía algo culpable, pero después recordé quién era la víctima. Suvi estaba a mi vera, colocando los vasos de tubo limpios en la estantería. Al terminar, abrió un nuevo paquete de chicles y se llevó dos a la boca. Me ofreció, pero me abstuve a coger. Siempre me los acababa tragando. Empecé a limpiar la barra, había dos chicos besándose y magreándose enfrente de mí. Reconocí a uno de ellos: era Janier, el hermano de Vania.

Al salir de trabajar fui a desayunar con Suvi, Leo y Elvis. Dima había ligado con una chica muy guapa a la que llevaba más de un mes

tirando la caña, y por fin había aceptado ir a desayunar con él, así que se fueron juntos. El novio de Leo, el señor de sesenta años, había cortado con él y había empezado una nueva relación con un chico mucho más joven. Leo estaba triste, y así me sentía yo también. Estuvimos contándonos nuestras penas; las mías giraban respecto a París.

—¿Por qué no le dices que lo viste con otro?

—Porque yo era el otro. ¿Qué derecho tengo a enfadarme?

—Pues olvídate, han pasado casi dos meses. ¿Por qué te martirizas tanto? Pasa página.

Tenía razón, me había vuelto a pasar lo de siempre, me obsesionaba y no había manera de avanzar. Tendría que mostrar más preocupación en que mis padres ni siquiera sabían dónde trabajaba, ni mi condición sexual. Esa mentira me dolía mucho más. «A veces no queda más remedio que mentir para seguir adelante», me había dicho Dima una de las tardes que habíamos quedado para correr por la Villa Olímpica.

Mientras hablaba con Leo, observaba a Elvis y a Suvi escribir en una libreta que él siempre llevaba consigo. Me fijé en sus gafas nuevas que eran algo más finas que las anteriores; también en la cicatriz de su antebrazo. Mientras imaginaba la causa, Leo me devolvió a la realidad con un pellizco.

—¡Au!

—¿A ti te gusta el sordo? —preguntó Leo.

—Para nada —dije.

Tras el desayuno regresé a casa. Estaba todo en silencio, y el candado se encontraba en la puerta. Sentí la necesidad imperiosa de llamar a Estrella, pero me contuve. ¿Y si estaba con Olivia en esos momentos? ¿Por qué no me había dicho nada?

Esperé hasta las tres de la tarde del día siguiente para llamarla. La Teniente no había pasado la noche en casa, y no podía esperar más para llamar a mi amiga. Cogí el teléfono y la llamé. Estaba sentado en el sofá, tenía el libro *Tormenta de espadas* de George R. R. Martin en mi regazo. En cuanto dio tono escuché sonar la melodía inconfundible

que utilizaba Estrella, la bagatela de *Para Elisa*, ¡no podía ser!

Me levanté y me fui acercando a la fuente de sonido, la intensidad crecía a medida que avanzaba por el pasillo. Mi espanto se disparó al comprender dónde se hallaba el móvil: al otro lado de la puerta con el candado. ¿Estrella se habría olvidado el teléfono allí sin darse cuenta? ¿Cómo era posible que hubiera cometido semejante error? ¿Le habría pasado algo? Me la imaginé sin vida tras la puerta. Había visto a Olivia a la una de la madrugada la noche anterior, la siguiente vez que la vi fue a las tres. A la Teniente le habría bastado ese periodo de tiempo para desplazarse hasta el piso y volver a la discoteca.

Salí de casa asustado. No quería estar allí cuando ella llegase. Si le había pasado algo a Estrella, Olivia vería la hora de entrada en el móvil. ¡Necesitaba una coartada! Estuve a punto de ir a comisaria, pero... ¿qué iba a decir? Me tomarían por un demente.

La paranoia iba creciendo, no sabía dónde ir o qué hacer. Estuve a punto de llamar a Dima, pero a lo mejor se había quedado a dormir en casa de la periquita, no quería molestarle. Acabé yendo a Vilareza para pasar la tarde en familia.

—¡Qué sorpresa! —dijo mi madre mientras me daba dos besos.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí? —le pregunté.

—¿Habéis discutido Olga y tú?

—Olivia, mamá, y no, no hemos discutido, pero me apetece quedarme aquí.

Todos estaban un poco mejor desde la última vez que me había pasado por allí. Cada vez iba menos, me apenaba reconocerlo, pero era la verdad. Hacía casi tres semanas desde la última vez que había comido en casa.

Me sorprendió ver a mi padre bebiendo una mediana sin alcohol. Y mi hermana tenía mejor cara, suponía que la terapia con Estrella estaba surtiendo efecto.

—¿Juegas, Lobito? —preguntó Abril mientras me ofrecía sus fichas. Estaban todos sentados alrededor de la mesa jugando al dominó—. Tengo que llamar a Fanta.

—Vale, juego.

—A la cola Zeta-Cola —dijo Sam, que llevaba una partida sin jugar.

—A la cola Zeta-Cola —lo imitó Máximo—. ¡Qué niño! —Acto seguido masticó el paloduz que sostenía con su mano libre.

—Gordo de mierda.

—¡Samuel! ¡Conchiles! —gritó mi madre—. No digas palabrotas ni llames gordo a tu hermano. Al final te limpiaré la boca con jabón.

—Solo digo lo que veo.

—Yo veo un tonto del culo —dijo Max.

—¡Cállate, cuatro ojos! ¡Rey de los piojos!

Máximo se abalanzó hacia Samuel, pero este lo esquivó. Mi hermana se levantó y cogió el paquete de cigarrillos, que estaba casi vacío.

—Alguien me está robando tabaco.

Mi padre le recriminó que le había comprado la cajetilla de Red Apple la tarde anterior. Movía las fichas de dominó y las mezclaba entre sí para iniciar una nueva partida. Todos observábamos en riguroso silencio el ritual. Muchas tenían arañazos o estaban melladas. Hasta yo, que jugaba menos, reconocía el seis doble u otras fichas como el dos / tres.

Lulu estaba en el sofá, encima de su manta de Doraemon, el gato cósmico. Me guiñó un ojo antes de bostezar.

—¿Cómo está Aurora? —preguntó mi madre.

—Todavía no ha vuelto de Fuengirola. La verdad es que no sé nada de ella —dije.

—Hijo, nos tienes a todos abandonados —dijo mi madre con cierto pesar—. ¿Has ido a la revisión anual?

—Iba a ir, pero...

—Ni peros ni manzanas. Me parece que voy a tener que llamar yo y concertarte la cita. ¿Te has tomado la vitamina B12? —preguntó mi madre. Asentí, y antes de poder decir algo más mi padre me preguntó:

—¿Todavía no has encontrado trabajo?

Negué con la cabeza, era más fácil que decir que no. Llevaba más de cuatro meses trabajando en Infierno y Abril era el único miembro de la familia que lo sabía.

—Qué eres..., ¿un mantenido? —preguntó mi padre antes de abalanzarse para coger la ficha con la que podría empezar la partida.

—¡Eso no vale! —protestó Max.

—No, aún tengo ahorros. Y, además, tengo una entrevista la semana que viene.

—¿Dónde? ¿Por qué no habías dicho nada? —preguntó mi madre.

—Quería dar la noticia cuando obtuviese el puesto de trabajo —repliqué—. Es a tiempo parcial, en un restaurante que se llama Babia.

—¿En qué zona está? —volvió a preguntar mi madre.

—Está en la calle Rec, cerca del Parc de la Ciutadella.

—Llévate a tu hermana a la entrevista, que lleva un año sin dar un palo al agua —sentenció mi padre.

Mi hermana volvió del balcón y nos dijo que Fanta vendría a cenar. Mi padre se metió en la cocina y empezó a preparar una de sus especialidades: migas, una receta que había aprendido en Ceuta, cuando hizo la mili. Dos horas más tarde, mientras cenábamos, recibí un mensaje de Estrella.

«Hola, Rómulo. ¿Dónde estás? Estoy con Olivia en casa. No te lo vas a creer, me olvidé el móvil dentro de la habitación. Olivia se está duchando ahora. ¿Me llamaste por eso?».

Tuve un mal presentimiento. Estrella siempre me llamaba Ro en los mensajes de texto, nunca por mi nombre entero. Cabía la posibilidad de que fuera Olivia. Tenía que ser cauteloso, tras tomarme

un tiempo de precaución decidí responder:

«¡Hola! ¿Qué habitación? Llevo todo el día en casa de mis padres. Te llamaba por lo de mi hermana, para darte las gracias, está mucho mejor».

No obtuve respuesta, y una hora más tarde Estrella me llamó desde su móvil.

—Hola, Ro.

—¡Estrella! ¿Qué ha pasado? ¿Estás con Olivia?

—Estoy sola. Escucha, es importante. Hemos roto, lo hemos dejado. Me voy de Barcelona.

—¿Por qué te vas?

—Ya te lo explicaré mejor. He escondido la copia de la llave del candado en tu cuarto, dentro del libro *Tigre blanco*. Necesito alejarme de aquí. Adiós.

Y colgó el teléfono. La llamé al instante, pero el móvil estaba: «Apagado o fuera de cobertura en este momento», me informó una voz femenina. Algo estaba pasando, y no lograba comprender el qué. ¿Estrella se marchaba de un día para otro? ¿Por qué?

Me senté en una silla a pensar. Tenía ante mí un rompecabezas en el que faltaban muchas piezas. De un lado tenía a Estrella, estaba viva, lo acababa de comprobar. ¿Cómo podía haber pensado que Olivia la había asesinado por hacerse con una copia de la llave del candado? ¿Había descubierto Olivia que Estrella había estado dentro? La respuesta era negativa si la copia de la llave estaba dentro de uno de mis libros. ¿Y si todo era una estratagema de Olivia? ¿Cómo podía haber descubierto que Estrella estuvo dentro?

—¿Qué haces aquí solo, *tete*? —preguntó Abril mientras se sentaba a mi lado y se llevaba un cigarrillo a los labios.

—Estrella se ha ido de la ciudad.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha enviado un mensaje de texto diciéndome que se vuelve a Madrid.

***

Me costó conciliar el sueño esa noche. Había muchas cosas que no lograba comprender. Caí en la cuenta de que hacía más de un año que había muerto mi abuelo, unos cuantos meses desde que el Paradís había desaparecido, y había empezado a trabajar en una discoteca de ambiente. Que había tenido relaciones sexuales con un chico al que odiaba —y amaba, por descontado—. No podía quitármelo de la cabeza, al menos sabía —o creía saber— que era un amor imposible, que nunca alcanzaría la felicidad a su lado.

Y llegó el lunes, volví al piso que habitaba con Olivia antes de tener la entrevista de trabajo en el restaurante Babia. Ella estaba trabajando, entré en mi cuarto y cogí el libro que me indicó Estrella. Allí estaba la copia de la llave.

Observé todos mis libros, había muchos amontonados porque me faltaba espacio para colocarlos. Me extrañó que no estuviera entre ellos mi ejemplar de *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Aunque no le di importancia, debido a que tenía la llave del candado en mi mano. ¿Y si lo abría? ¿Y si entraba en la habitación? Salí de mi dormitorio y recorrí los pocos pasos que había hasta la estancia del candado. Introduje la llave, pero no me atreví a hacerla girar. «Es una trampa, un juego de Olivia», murmuré. La verdad era que no tenía cojones de entrar. ¿Por qué Estrella iba a dejar la llave en mi cuarto? Ella no quería que yo viese lo que había en el interior. Decidí no entrar. Pensé dónde podía esconder la llave y llegué a la conclusión de que no podía estar en el piso. Olivia conocía todos los rincones del inmueble, cada semana lo limpiaba exhaustivamente, y además fisgaba entre mis pertenencias, Estrella me lo había asegurado.

Me llevé la llave a la entrevista de trabajo; conseguí el empleo, y pese a que me alegré no sentí euforia. Estrella se había marchado y no sabía el motivo.

Bien entrada la tarde, Dima me recogió en coche. Llevaba una naranja y un manojo de menta fresca. Fuimos al cementerio a visitar la tumba de mis abuelos y mientras caminábamos por el camposanto le di la llave. Le dije que la guardara en algún sitio seguro y que jamás lo hablara con nadie.

De vuelta en su coche, empezó a sonar Nach Scratch, pude

comprobar que la canción se llamaba *Nada ni nadie*. Mientras la escuchaba, pensaba que era la banda sonora de mi corazón. Y si la vida es un instante, hoy quiero olvidar que existo. Me sentía como en una montaña rusa, sin vencer mis temores cuando tocaba fondo. Mi supercolega del Infierno también se sentía apenado esa tarde, necesitaba dinero y con urgencia, pues si no lo conseguía en el plazo de un mes iban a desahuciar a sus padres. «Necesito tu ayuda», me dijo. «Lo que quieras», contesté. Me miró a los ojos durante varios segundos. Y entonces, lo dijo:

—Quiero realizar un atraco. Y necesito tu ayuda.

—De acuerdo —contesté.

***

Al llegar a casa me lleve otra sorpresa. Encontré a una Olivia risueña, y a mi hermana Abril junto a ella.

—¡*Tete*! ¡Acabo de encontrar trabajo! —dijo. Vestía la camiseta de Messi con el dorsal número diecinueve del Fútbol Club Barcelona, que le había regalado la temporada anterior. Creo que no se la quitaba ni para dormir.

—¿Dónde?

—Olivia me ha ofrecido trabajar en el guardarropa —dijo llena de felicidad. Miré a los ojos de Olivia, y mientras sus finos labios se curvaban en una de sus enigmáticas sonrisas, pude atisbar maldad en ellos.

13

Me gustaba contemplar cómo las hojas de los árboles se volvían doradas y rojizas antes de caer. También me gustaba arrancar la corteza de los troncos mientras paseaba por las calles de la ciudad, y escuchaba complaciente cómo crujía entre mis manos. Era un hábito de París, lo hacía en secreto para calmar mi pena. El susodicho no tenía por qué saberlo, era mi zozobra y no quería compartirla con nadie. No era porque los Muñoz no llorasen; era mi forma de intentar vencer su embrujo.

He de reconocer que mi amistad con Dima me ayudó a sobrellevarlo. Quedábamos más a menudo mientras ultimábamos los detalles para el golpe. Él estaba desesperado, y yo actuaba con bastante parsimonia. No podía olvidar que era su mejor amigo y debía ayudarle. Pues ya se sabe: quien tiene un amigo tiene un tesoro.

Dima había trabajado de encargado en una de las tantas tiendas que tiene la Corporación Blackmart. Sabía que los lunes, la encargada de turno, ingresaba la recaudación del fin de semana en un banco. Para ello, tenía que cruzar un parque, ese era el punto más vulnerable, y el lugar donde nos haríamos con la bolsa de dinero. Todavía no teníamos claro si iríamos juntos para intimidar aún más a la víctima, o bien la abordaría solo él y yo esperaría en un coche alquilado. También habíamos pensado huir por metro y cambiarnos de ropa por el camino. No podía evitar ser pesimista, podrían salir mal muchas cosas y no quería acabar en la cárcel.

Estudiamos a la encargada que normalmente trabajaba siempre en el turno de mañana. Era una mujer pequeña, nacida en Perú, con apariencia de mojigata, claro que podría soltarnos un sopapo en un abrir y cerrar de ojos. Y aunque tenía claro que no íbamos a robarle a ella, sino a su empresa, me seguía pareciendo mal.

—¿Usaremos navajas? —pregunté a mi mejor amigo.

—Sí.

Nunca había robado, ni siquiera en grandes superficies. Solo de pensarlo me temblaban las piernas. Recordaba con gran pesar el incidente en la frutería que había cerca del Paradís, cuando Mercè me había puesto fruta en los bolsillos de la chaqueta para que pareciese que la había mangado.

Me costaba conciliar el sueño por las noches, no sabía si era debido a que se acercaba el día D o al efecto de la luna llena. Me imaginaba a la mujer gritar cuando sacáramos las navajas, y acto seguido aparecería la policía para detenernos. El titular del día siguiente en los periódicos sería algo así: «Dos jóvenes empleados de una discoteca gay intentan apuñalar a una honrada trabajadora». Desde hacía unos días había surgido una idea en mi cabeza, sobre todo imaginando el rostro de mi padre leyendo el diario, lo cual no tenía sentido porque mi padre solo leía periódicos deportivos.

Cité a Dima en dicho parque al día siguiente, faltaba menos de una semana para el golpe.

—¿Qué pasa, Rómulo? —fue lo primero que me preguntó nada más verme.

No había querido darle ningún detalle en el mensaje que le había enviado. Él no preguntó, no era de esa clase de personas. Pensaba que el Estado tiene a centenares de personas trabajando en una sala repleta de ordenadores vigilando a la población. Según él, escribiendo varias veces «bomba casera» en el buscador Ecosia corrías el riesgo de que empezaran a investigarte, leyeran tu correo, te pincharan el teléfono e incluso que te vigilaran de cerca.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

No sabía qué más añadir. Su cara fue de pura decepción, sabía que seguiría adelante sin mí y que no insistiría en que le ayudara. Necesitaba el dinero con urgencia, pronto sus padres y hermanos pequeños estarían durmiendo en la calle y el invierno en Rusia era muy duro. Entonces saqué un sobre blanco del bolsillo interior de mi chaqueta y se lo entregué.

—¿Esto qué es? —preguntó arqueando sus pobladas cejas.

Sentí que tenía que añadir algo; por eso, mientras lo abría, me disculpé.

—Siento no haberlo pensando antes, supongo que fue por egoísmo.

—¡Rómulo! ¿Qué? —Había sacado un fajo de billetes del sobre, lo guardó corriendo en su interior mientras miraba hacia ambos lados. No había nadie en el parque.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—Son mis ahorros —contesté.

Negó con la cabeza mientras una lágrima nació en sus ojos.

—No, no —se dijo a sí mismo—. No puedo aceptarlo, no puedo.

Intentó devolverme el sobre, pero caminé hacia atrás.

—¡Somos amigos! ¿No? Los amigos están para lo bueno y para lo malo.

—Pero... ¡joder! No, no puedo, tardaría una vida en devolvértelo. ¿Y si lo necesitas?

—Tengo dos trabajos. Quiero que lo cojas, es mi última oferta.

No sé por qué dije aquello, sonaba bien en las películas. Siempre se decía para zanjar una cuestión económica. Volvió a mirar el sobre y preguntó cuánto había.

—Ocho mil setecientos diecinueve euros.

Volvió a cerrar el sobre y me lo intentó devolver de nuevo. Estaba decidido a dárselo, lo había meditado la noche anterior. Se levantó y me abrazó de repente, tan fuerte que tuve miedo de que me rompiera cualquiera de los doscientos seis huesos que tenía.

—Nunca olvidaré esto, nunca —dijo Dima.

Lloró como un niño pequeño, lo cual hizo que yo también llorara. Sus lágrimas eran de agradecimiento, y las mías de felicidad por ayudarlo. Acordó darme cien euros por mes; tardaría exactamente siete años y tres meses en devolverme el importe íntegro.

—Sin prisas —contesté, aunque me quedé más tranquilo cuando dijo que el primer pago que haría cada mes sería para devolverme el dinero—. ¿Será suficiente? —pregunté.

Temía que no lo fuera, pero dijo que sí, que sería suficiente para evitar la bancarrota inmediata de su familia.

El robo nunca se produjo, la mujer no recibiría nunca un susto, al menos por nuestra parte.

***

Pasaron las semanas y mi empleo en el restaurante Babia se volvió rutinario. Trabajaba de lunes a viernes con turno partido, unas horas en el servicio del mediodía, cuando ofrecíamos un menú a un precio muy competitivo, y dos horas por la noche, cuando la faena era mucho más tranquila. El restaurante parecía el comedor de un colegio, aunque en las mesas no había niños sino personas adultas. Un chico que venía a comer todos los días me reconoció.

—¿Tú no eres camarero en Infierno? —preguntó.

Asentí, aunque se me pasó por la cabeza decir que era mi hermano gemelo. Al fin y al cabo, no era una idea descabellada. A raíz de eso, todos mis compañeros de trabajo supieron cuál era mi

condición sexual. Cuando me preguntaron si tenía novio negué con la cabeza, aunque no era del todo cierto porque me había echado un rollete en los últimos días.

El clavo que intentaba sacar a otro clavo fue Elvis, mi compañero de trabajo. Lo llevábamos de forma clandestina. Todo empezó con miradas, siempre le descubría con la mirada puesta en mí, y cuando no me miraba yo le observaba. Tenía unos ojos enormes, y emanaban una intensidad que siempre que nuestros ojos coincidían, me veía obligado a sonreír. Era muy difícil mantener una conversación con él porque era sordo, y yo no entendía la lengua de signos. Cuando traía el hielo a la barra siempre me rozaba al pasar. Yo me ponía a su lado y pasaba mi brazo por sus hombros, mientras me movía al ritmo de la música, es decir, sin coordinación alguna.

Era fascinante verlo agitar la cabeza. Yo pensaba que se imaginaba la música, pero no. Podía sentir las vibraciones del sonido. Un día, antes de abrir, me llevó hasta un enorme altavoz y pusimos la mano sobre él. Sucre puso varias piezas de canciones que Elvis le había escrito en un papel. Mi mano tocaba el altavoz, la palma de su mano estaba apoyada sobre la mía, con los dedos entrecruzados. Pronunció tres palabras: «Cierra los ojos». Sonaron extrañas, nunca había escuchado su voz, era grave y peculiar. Empezó a sonar la canción *Bom bom pow*, de Black Eyed Peas. El enorme altavoz cobró vida, reculé hacia atrás por la magnitud del sonido y él se acercó más a mí por detrás, me rozó con todo su cuerpo y me excitó mientras el altavoz latía. Varios compañeros nos observaban. Cuando terminó el experimento, asentí sonriendo.

Dije «gracias» sin decirlo, por enseñarme su mundo; no era mágico, aunque lo parecía. Él solo necesitaba leer mis labios y deseé besar los suyos en aquel momento. ¿Qué lectura sacaría de ellos?

Empezamos a enviarnos mensajes de texto, y por las noches podíamos tirarnos horas chateando.

ELVIS: ¿Cómo fue el trabajo?

Colmillo: Bien. ¿Qué tal tu tarde?

ELVIS: No he parado de pensar en lo que pasó ayer.

Colmillo: ¿En el frío que pasaste?

ELVIS: En cómo me secaste. Fue muy tierno. Gracias :)

Colmillo: Tenemos que repetirlo.

ELVIS: Cuando quieras.

Colmillo: ¿Qué más me cuentas? ¿Has leído más del libro que te presté?

ELVIS: La verdad es que no, he estado jugando a la consola con mi hermano.

Colmillo: ¿A qué juego habéis jugado?

ELVIS: Al Crash Bandicoot Warped.

Colmillo: Brutal.

ELVIS: ¿Has jugado?

Colmillo: Claro, era el juego preferido de mi hermana.

Colmillo: Quiero volver a besarte.

ELVIS: A mí también me gustaría que lo hicieras.

Colmillo: ¿Quieres quedar ahora?

ELVIS: ¡Son las tres de la mañana!

Colmillo: ¿Y?

Colmillo: Por cierto.

Colmillo: Gracias otra vez por el amuleto.

ELVIS: :)

Colmillo: No puedo dejar de pensar en lo que me dijiste ayer.

ELVIS: ¿Sobre el amuleto?

Colmillo: También, pero es más sobre...

Colmillo: Lo de las estrellas y el cielo sin ellas.

***

Primera cita con Elvis:

A las once pasadas salí de trabajar. Elvis me esperaba en la esquina, dentro de un Citroën Saxo color verde botella. Habíamos quedado para ir a la playa, a una zona donde él iba siempre.

Al principio me sentía incómodo de no poder hablarle mientras conducía. En los semáforos en rojo apoyaba su mano sobre mi pierna. Me sentía nervioso. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Poner mi mano encima de la suya? ¿Mirarle y sonreír?

Al salir de Barcelona, puso un disco de música clásica, solo reconocí una pieza muy famosa de la ópera *Carmen*, que templó mi estado de ánimo. El coche vibraba a causa de un *subwoofer* que tenía en el maletero. Tomó la C-32 dirección Tarragona. Cruzamos varios municipios costeros hasta que abandonamos la autopista para coger las curvas del Garraf. La noche anterior, mientras chateábamos, no había querido decirme dónde estaba la playa. Temía que fuéramos a Sitges, pero paramos antes de llegar a Garraf.

Salimos del coche, estábamos en un pequeño acantilado, y yo sentía curiosidad por ver el destino.

—Abajo —dijo con un golpe de aire. Le seguí por una pendiente muy peligrosa. Gracias a que faltaban muchos días para la luna llena se podía apreciar con gran intensidad las estrellas. Llegamos a unas rocas donde nos sentamos para contemplar el horizonte. Pero era imposible vislumbrarlo, se perdía en un abismo de oscuridad entre el mar y el cielo. Escuchaba las olas morir, cómo eran arrastradas una vez habían llegado al final de su recorrido. Sentía la humedad en toda mi piel, y mi cabello ondulaba debido a la brisa marina. El firmamento lleno de estrellas era precioso, hasta podía distinguir la Vía Láctea y algunas constelaciones como la de Sagitario, Casiopea o el Cazador de Orión. Me embriagaba ese momento, sentía el universo sobre mí.

Elvis estaba sentado a mi derecha, con la vista perdida en el mar. Cogió su móvil y empezó a escribir en él. Me lo tendió. Había escrito: «¿De verdad quieres bañarte?».

Me reí y asentí. Me gustaba empapar a todo el mundo de agua. La oscuridad le dificultaba leer mis labios. Escribí en su móvil: «Si no

quieres bañarte no lo hagas. No pasa nada».

Se lo entregué y le vi asentir. Me devolvió el móvil una vez había escrito algo. Leí en la pantalla: «Si tú saltas, yo salto».

Quería saltar, estábamos a unos dos metros del agua. A poca distancia, si descendíamos por las rocas, encontraríamos una pequeña playa con arena, de unos tres metros de extensión. Me lo había explicado el día anterior; me contó que solía ir muchas tardes de verano, con su hermano y la novia de este, y saltaban desde la roca en la que estábamos.

Me empecé a desvestir. No hacía frío, aunque tampoco era una noche cálida; me acerqué al filo de la roca y miré hacia abajo. Me arrojé de cabeza sin pensarlo y al instante estaba en el agua, mi piel se erizó debido a la temperatura. Salí a la superficie. Me alejé nadando y miré a Elvis. Era una oscura silueta.

—¡Vamos, tírate! —grité entre risas.

Pero no había forma de que leyera mis labios con tanta distancia entre nosotros. El mar ondulaba desnudo y frío. Intenté en vano salpicarle con el agua y mojarlo. Su rostro era una mancha borrosa en la que no lograba distinguir los ojos o la boca. Agitó los brazos y después saltó, y lo hizo gritando. Fue un chillido extraño, me sacó una sonrisa mientras flotaba en el agua. «Es lo más parecido a volar», pensé a la vez que agitaba mis piernas y brazos. Nadé hacia él y apoyó una mano en mi hombro. Me acerqué más y le besé con una facilidad abrumadora. Fue un contacto salado, espontáneo, que había surgido de la nada. Sentí sus labios, su lengua e incluso sus dientes, que chocaron con los míos. Me acerqué más a su cuerpo y noté que su boca era muy carnosa; puse mi mano sobre su abdomen, recorrí sus músculos... Estábamos abrazados en el agua y algunas estrellas centelleaban encima de nosotros. Sentí que me estaba enamorando. Elvis se alejó unos cuantos metros nadando mar adentro, para volver a mí acompañado de una ola; me señaló la playa y se movió en su dirección. Le seguí. Al salir estaba temblando y sus dientes no paraban de castañear. Subimos a la roca y cogió la toalla, cubriéndose con ella. Yo tomé la mía y sequé con cuidado el poco cabello que él tenía. Se quitó el bañador y quedó en cueros ante mí. Sentí una excitación inmediata, y me concentré en la cadena con una especie de escarabajo que llevaba alrededor del cuello. Nos sentamos en una roca y estuvimos besándonos durante toda la noche. Perdí la noción del tiempo y la cuenta de los achuchones que nos dimos. De vez en

cuando escribíamos frases en su móvil. Quería hacerle muchas preguntas, pero una de ellas podía ofenderle y no fue hasta el final de la noche cuando lo hice.

«¿Por qué eres sordo? —le escribí—. ¿Naciste así?».

Miró el móvil y me contestó con la mano derecha, mientras se llevaba la izquierda al escarabajo que colgaba de la cadena alrededor de su cuello.

«Me quedé sordo de pequeño, meningitis. Tendría que estar muerto, pero me salvó la vida el amuleto que llevo en el cuello».

Me acerqué y contemplé el colgante, que parecía un simple insecto. El objeto era frío al tacto, no supe distinguir de qué material estaba hecho.

«¿Cómo te va a salvar la vida el amuleto? ¡Te la salvaría un médico!», le contesté.

«¿Crees en la magia?».

Miré alrededor, era una noche preciosa. Creía en el destino, pero no en la magia.

«No creo en la magia».

Le entregué el móvil.

«Pues este amuleto es mágico. Salvó la vida de mi abuela, después la de mi hermano y por último la mía. A lo mejor tendría que dártelo, algún día te salvará la vida y entonces empezarás a creer en la magia».

«¿Cómo salvó tantas vidas? —escribí yo—. Si me lo das ya no podrá salvarte más, ¿no?».

Cogió el teléfono y estuvo escribiendo mucho rato. Con la yema de mis dedos, sin darme cuenta, empecé a dibujar corazones en su pierna. Hasta que me entregó el aparato electrónico. Leí el texto dos veces para asimilar todo lo que ponía.

«Solo puede salvarte una vez la vida, y no puedes deshacerte de él hasta que haya cumplido su función, después tiene que pasar a manos de otra persona cuando el emisor sienta que es el momento.

»Mi abuela por parte de madre era polaca y judía, no la conocí. Sé por mi hermano que estuvo muchos años encerrada en un campo de concentración nazi, y sobrevivió —según ella— gracias a este amuleto que le entregó un hombre. Mi abuela se lo entregó a mi hermano mayor en su lecho de muerte, y le explicó cómo funcionaba. Años más tarde nací yo, y enfermé de meningitis cuando era un bebé. Mis padres y mis dos hermanos tuvieron un accidente de coche: todos murieron menos mi hermano el mayor, que salió ileso y sin ningún rasguño, fue un milagro. En el hospital, me colocó este amuleto cuando mi vida pendía de un hilo. Y sobreviví, aunque... me quedé sordo de por vida».

«¡Wow! ¡Vaya historia! Es difícil creerla, pero la vida es una rueda. ¿Por qué quieres dármelo a mí? ¿Lo tengo que llevar siempre puesto?».

«Juré a mi hermano que no entregaría el amuleto a lo loco, que lo meditaría bien antes de deshacerme de él. De todas las personas que conozco, tú eres mi favorita. No hace falta que lo lleves siempre puesto, y no puedes entregárselo a nadie hasta que haya salvado tu vida».

Me entregó el móvil y colgó su amuleto en mí. Le llené los labios de besos mientras le daba las gracias una y otra vez. Cogí su teléfono una última vez para escribir algo en él.

«Me gustaría hacerte una última pregunta. ¿Qué se siente al vivir en un mundo en silencio permanente?».

Una vez lo leyó, miró hacia arriba; pasaron varios segundos, puede que incluso algún minuto. Empezó a escribir algo, pero lo borró; después volvió a contemplar la noche estrellada y deslizó sus dedos por el teclado, sin apartar la vista del cielo. Me pasó su teléfono y contuve la respiración mientras leía lo que había escrito en la pantalla: «Es... como un cielo sin estrellas».

***

Los días pasaron. Chateaba con Elvis cada noche hasta que mis párpados caían rendidos. Nos hicimos confidentes en muy pocas semanas. Estaba enamorado de un chico desde hacía más de un año. Sentí una pequeña desilusión la primera vez que me lo dijo, y acabé escribiendo lo mismo; al fin y al cabo, sentía algo por París, una atracción y un sentimiento cuando estábamos cerca. Escribí que prefería no decirle el nombre e inmediatamente me escribió que sabía quién era. «¿Quién crees qué es?», le pregunté. «Es París», contestó. Al

parecer toda la discoteca lo sabía, según siguió escribiendo, y acompañó aquella revelación con varios emoticonos que se reían.

Colmillo: :´(

ELVIS: Lo siento. Le rompió el corazón también a Azul. Él antes no era así.

Colmillo: ¿Y cómo era?

ELVIS: Diferente, más alegre, más divertido.

Colmillo: Yo lo veo alegre casi siempre.

Colmillo: Y hablando mucho con los clientes.

ELVIS: Una máscara que lleva puesta, lo conozco muy bien.

Colmillo: ¿Estás enamorado de Azul? :o

ELVIS: …

Colmillo: ¡No me lo puedo creer!

Colmillo: ¬¬

Colmillo: No lo soporto.

ELVIS: Tú tampoco le caes bien a él.

Colmillo: Me es indiferente

Colmillo: Estás

Colmillo: Enamorado

Colmillo: De

Colmillo: Ese

Colmillo: Cretino.

ELVIS: Más fuerte es lo tuyo.

ELVIS: ¡Un lobo pillado por una zorra!

ELVIS: Se ha liado con media discoteca.

Colmillo: ¿Con quién?

ELVIS: Con Azul.

ELVIS: Con Santi.

ELVIS: Con Leo.

Colmillo: ¿Con Leo?

ELVIS: Al menos los he visto liarse un par de veces.

Colmillo: No lo sabía.

ELVIS: Pues no sabes nada entonces. ¿De acuerdo?

Colmillo: No te preocupes.

Colmillo: ¿Con quién más se ha liado?

ELVIS: Con el Alien.

Colmillo: ¿¿¿Con Sucre???

Colmillo: Vale, ahora sí que estoy flipando.

ELVIS: No digas nada.

Colmillo: Que noooo.

ELVIS: Júramelo.

Colmillo: Yo no juro, yo prometo.

ELVIS: ¿Y cuál es la diferencia?

Colmillo: Los Dioses juran, y los mortales prometen.

ELVIS: Eres raro.

Colmillo: Lo siento.

ELVIS: No, fue un cumplido.

ELVIS: Prométemelo, Akela.

Colmillo: Te lo prometo, Mowgli.

Colmillo: ¿París se ha liado con alguno más?

(Colmillo ha enviado un zumbido a ELVIS)

ELVIS: Estoy pensando.

ELVIS: Estuvo medio saliendo con un camarero un par de meses. Con Marc, tú entraste a trabajar en su lugar.

Colmillo: ¿Has visto a su novio?

ELVIS: Alguna vez ha venido a la discoteca.

ELVIS: Hace poco estuvo.

ELVIS: Es un chico muy alto con bigote.

Colmillo: Pues no me lo presentó.

Colmillo: Ni me dijo nada

Colmillo: Creo que fue una noche que no vino a por su bebida a las cinco y media.

ELVIS: Estamos todo el rato hablando de París.

ELVIS: :(

Colmillo: Es verdad.

Colmillo: Perdona.

Colmillo: ¿Quieres que hablemos de Azul?

ELVIS: Quiero que hablemos de nosotros.

***

Cada día que pasaba nos conocíamos más, y me gustaba la complicidad que teníamos. Estaba pensando tomar clases de lengua de signos en una escuela para comunicarme con Elvis sin que hubiera ningún dispositivo electrónico entre nosotros.

Con el paso de los días, creía sentir que poco a poco iba floreciendo algo, y que eclipsaba lo que fuera que sentía por París. Este me cortejaba de manera intermitente: una semana insistía en que tuviéramos la tercera cita fuera de la discoteca y otras lo veía flirtear con otros chicos. Se quejaba de que solo nos veíamos en Infierno y le sugerí que viniese a desayunar con todos los compañeros, pero siempre decía que no quería compartirme.

Abril entró a trabajar a primeros de octubre en el guardarropa. Lo hacía junto a Rosa y Noah. David dejó de trabajar con nosotros por motivos que desconocía. Cobraban un euro por abrigo, prenda de ropa, casco o bolso. No era el trabajo de su vida, pero era entretenido y ligaba mucho. En pocos días se metió en el bolsillo a todos los trabajadores de Infierno.

Para Halloween, todos los trabajadores de la discoteca decidimos por unanimidad disfrazarnos de personajes de Disney en modo terrorífico. Responsabilicé a mi hermana de mi vestimenta, por lo que tuve que ir a casa de mis padres el último viernes de octubre para terminar disfrazado de lo que Abril y sus dos amigas (Fanta y Claudia) hubieran decidido, que fue de el jorobado de Notre Dame. Fanta me pintó varios moretones y sangre por la cara y los brazos. Parecía que me habían dado una paliza. En cambio, el disfraz de mi hermana era sensacional. Claudia estuvo maquillándola durante horas, mientras mi hermana se probaba varios vestidos. Había cogido algunos kilos, aunque seguía estando delgada y con patas de cigüeña. Pude ver todos sus tatuajes; destacaba el dragón que ocupaba toda su espalda y la cola que llegaba hasta el muslo.

Me moría de ganas por llegar a Infierno y ver a mis compañeros disfrazados. Félix se había caracterizado como la malvada reina Grimhilde; tenía una manzana roja de caramelo cerca de la caja registradora, y había decorado con telarañas la esquina de su habitáculo. Se había quitado el sombrero porque le daba mucho calor y le entraba un picor espantoso.

Hablaba poco con él desde que me habían cambiado de barra. Él siempre venía a la barra Omega a preguntarme por mi corazón. Le respondía que estaba sanando, aunque el precio estaba siendo muy

alto: sentirme triste y apesadumbrado. «Estoy perdiendo la chaveta», le dije.

—Eso me temo... —confirmó Félix—. Has perdido la cabeza, estás completamente loco. Pero te diré un secreto: las mejores personas lo están.

—¡Me importa un bledo! —gritó Adam a un monstruo de casi dos metros de altura de pelo azul. Supuse que era Toni, que iba disfrazado de Sullivan. Mientras tanto, Flora, Fauna y Primavera (Leo, Michael y Suvi) caminaban hacia mí en versión vampiro, y con vestidos transparentes y rotos por diferentes sitios.

—Es muy guapo el nuevo segurata —dijo Leo.

—Es un *craco* —sentenció Michael.

Por los altavoces sonaba la voz de Freddie Mercury, de Queen:

I want to break free... [14]

Eran cerca de las doce de la noche. Dima se había puesto sangre por la cara y las manos, y un poco de maquillaje blanco. Mi hermana Abril se disfrazó de la Cenicienta cadáver; me recordaba mucho a la protagonista de una película de animación de Tim Burton. Azul iba de Aladdin vampiro, enseñando el entrepecho y el abdomen. Elvis tenía toda su piel pintada de color azul y me gustó corroborar cómo su cuerpo estaba mucho más tonificado que el de Azul. No me pasó desapercibido un *piercing* que tenía en el pezón izquierdo. «Mis dientes quieren juguetear con él», le dije. Sonrió, pero continuó hablando con Azul. Sentía celos de que se hubieran disfrazado de personajes de la misma película, pero sobre todo de la forma en que Elvis le miraba: con una admiración absoluta.

Infierno era una discoteca que se diferenciaba mucho de sus competidores, la noche de Halloween lo demostró una vez más. La entrada era gratuita y además se obtenía una consumición; la única condición era venir disfrazado, estaba prohibida la entrada a cualquier persona que no estuviera ataviada con un disfraz. Todos los trabajadores lo habíamos hecho por obligación, incluso Sherise, que en un principio se negó a ello. Ella iba de Úrsula, una malvada bruja que vivía en el fondo del mar.

Estuvimos a punto de colgar el cartel de «Aforo Completo».

Vinieron muchas personas que nunca habían asistido, era el único lugar de la ciudad en el que estaba garantizada la caracterización de todos los presentes. El traje y maquillaje más votados de la noche fueron los de un chico que iba del payaso Pennywise. El premio fue diez consumiciones a gastar en el futuro.

Al finalizar la noche la cola que había para retirar prendas en el guardarropa no tenía fin. Olivia me mandó arriba a colaborar, y de camino me detuvo una momia.

—¿Has visto al Mago de Oz? —preguntó. No tenía tiempo que perder, y Olivia me observaba tras la barra Omega mientras hablaba con Azul.

—Está en Ciudad Esmeralda —dije mientras me dirigía a las escaleras. Era la primera vez que iba a echar un cable a mis compañeros del guardarropa. Mi hermana me confirmó que ella le había pedido a la Teniente que fuera yo quien les ayudara.

—Por cierto, *tete*, los *papas* saben que trabajo aquí. Deberías decírselo también —dijo.

Seguía sin atreverme a confesarles la verdad, y cada vez me sentía más abrumado respecto a esa cuestión.

Cogí el siguiente *ticket*: era el número ochocientos quince y me lo había dado Zenabio; a su lado vi a París con su piña colada: ¿quién se la habría preparado? Estaba mirando a un chico disfrazado que tenía al lado, en su mano sostenía el comprobante de entrega de una prenda. Empezó a llamarme al verme, pero no le presté atención. Le entregué a Zenabio su gabardina y después atendí a Arnau, que me entregó dos cupones. París suspiró, pero no dijo nada. Cuando llegó su turno me acerqué a él y cogí el *ticket*, su mano retuvo la mía. Me hubiera gustado decirle lo sexy que estaba con ese disfraz de ninfa que llevaba puesto, pero retiré mi mano de forma brusca sin decir nada, él dijo.

—Aligera, Lobito, mi ligue tiene prisa.

Fui lo más rápido que pude, quería perderlo de vista. Me crucé con mi hermana, que llevaba en sus manos un disfraz de marciano. Lo entregó a un chico que vestía con una sotana y un crucifijo ensangrentado.

—¿De dónde eres? —preguntó a mi hermana.

—Soy de Venus —contestó ella.

Le entregó el disfraz y cogió el siguiente *ticket* de la persona que tenía al lado; entre tanto, encontré la prenda del número que sostenía, una chaqueta de invierno muy elegante y una bufanda de color rojo teja desvaído. Se la entregué a París y cogí el siguiente comprobante.

***

Al día siguiente, tuve otra cita con Elvis. Antes de abandonar el piso, fui a la terraza para tener unas palabras con Olivia. La encontré ensimismada, fumando uno de sus cigarrillos Morley. Le anuncié que al terminar el año empezaría a buscar otro sitio en el que vivir. Una de las cláusulas del contrato que me había hecho firmar es que tenía que avisarle con más de sesenta días de antelación, así que eso es lo que hice. Me miró a los ojos, y preguntó.

—¿Estás seguro? —lo hizo con una serenidad total.

—Sí, mi decisión es firme —respondí.

—Haz lo que quieras —dijo, y me marché para encontrarme con Elvis.

Era un misterio, como todos sus planes. Acabamos en una pista de hielo. A él se le daba muy bien. Por mi parte... fue la primera y última vez. Patinábamos cogidos de la mano porque no conseguía estabilidad. Me gané algún beso como premio por mi valentía. Un chico al vernos nos gritó «¡Maricones!». «¡Gafotis!», le respondí.

«¿Qué sucede?», me preguntó Elvis. «No pasa nada», le dije con las manos. Al fin y al cabo, la ignorancia era la felicidad. Mis clases de lengua de signos empezaban a obtener sus primeros frutos, contando además que Elvis exhibía mucha paciencia. Me inventaba nuevos signos, y otros como el de libélula o helicóptero los ejecutaba sin ton ni son.

Algunos domingos mis padres pasaban el día fuera de casa. Iban por la mañana a un partido de fútbol en el que jugaban Máximo y Samuel, y después acudían a comer al restaurante Los Dos Caballeros, en Castelldefels. Tras el almuerzo, iban todos juntos a una competición de dardos que se celebraba en la bolera del Barnasud; mientras los pequeños jugaban a las máquinas, Abril y Fanta los vigilaban. Después, todos los del equipo se desplazaban hasta un bar

cercano a celebrar la victoria o la derrota. Yo iba a casa de mis padres a pasar el día con Lulu para que no estuviera sola. Me llevaba en coche Elvis, porque resultó que Daniel, el hombre que había regentado una ferretería en la plaza Kiokuja, era su abuelo. No daba crédito cuando lo descubrí, el mundo era un pañuelo. Elvis se quedaba un rato en mi casa, conmigo y con Lulu, nos sentábamos en el sofá mientras jugábamos a algún juego de mesa y nos besábamos entre tanto.

Con el paso de las semanas, esa costumbre se volvió rutina. Después de desayunar en Ipanema, Elvis nos traía a Abril y a mí a nuestra casa y él se iba a dormir a casa de su abuelo. Más tarde, cuando todos se marchaban, le enviaba un mensaje y él venía unas horas. Si algún día, por lo que fuese, mis padres decidían volver antes a casa, Abril me lo comunicaba.

El tercer domingo que Elvis vino a casa, los besos y las caricias llegaron a un nuevo nivel. Había pasado un mes desde nuestra primera cita, y no sé muy bien cómo acabamos en la habitación de mis padres y nos desnudamos poco a poco. Me olvidé el móvil en el comedor. Me excitó mucho verlo desnudo, me acerqué y le acaricié todo el cuerpo, mientras mis labios besaban sus pies. Al acabar de besarlos, subí por sus piernas: medían veintitrés besos. Al llegar a mi destino, saboreé con devoción absoluta su miembro. Él gemía de placer y sentía que podía estallar en cualquier momento. Quería besarle por todas partes, incluso su cicatriz. Recorrer todos los rincones de su cuerpo con mi lengua, mordisquear sus pezones, jugar con su *piercing*… ¡Su olor corporal me ponía a mil!

Llegamos a un punto en el que no pudimos detenernos, en el que el tiempo dejó de tener sentido. Cuando quise darme cuenta, llevaba un preservativo puesto y estaba follándomelo como si mi vida dependiera de ello. Era nuestra primera vez, no lo habíamos planeado; me costó introducir mi pene en su ano, con París en parte había sido como estar dentro de una película porno, todo resultó demasiado sencillo.

Con Elvis fue diferente, fue más real, más vulgar, más sucio. ¿Estaba enamorado de él? Lo cierto era que no podía dejar de pensar en París mientras le embestía, frustrado y con rabia de no poder controlar mis propios pensamientos.

No escuché cuando se abrió la puerta de casa, ni cuando Lulu corrió para saludarlos. Elvis y yo gemíamos de placer cuando la puerta

de la habitación se abrió. Era mi padre. Lo miré, horrorizado; Elvis estaba a cuatro patas mientras yo le tenía cogido por la cintura. La puerta se cerró de golpe, y mi madre preguntó qué pasaba. Mi padre contestó: «Le está dando por el culo». «¿Cómo?», dijo mi madre, y abrió la puerta. Yo me había retirado y estaba sentándome cuando ella abrió la puerta y me miró a los ojos, escandalizada; después posó su vista sobre mi compañero, el cual estaba de rodillas encima de la cama. Se llevó la mano a la boca y no dijo nada, cerró la puerta.

Me quité el preservativo en cuanto nos dejaron a solas. «¿Qué pasa?», escuché decir a mi hermana. La puerta se abrió por tercera vez y asomó la cabeza. Se empezó a reír y volvió a cerrar, mientras escuchaba su risa mi padre gritó: «¡No tiene gracia alguna!», y acto seguido se cagó en los demonios. «¿Qué pasa?, ¿qué pasa?», preguntaron mis hermanos, pero mi madre no les dejó abrir la puerta. «Menos mal —pensé—, solo faltaba que se asomaran ellos también».

Y así fue la primera vez que tuve sexo con Elvis. No llegué al orgasmo. Lo único positivo fue que ya no tenía que ocultar a mi familia mi verdadera orientación sexual. Había salido del armario por la puerta grande.

14

Ni los días más oscuros, nublados o lluviosos interferían en mi estado de ánimo. Me sentía libre, más vivo que nunca, aunque no lograba identificar el motivo de mi dicha y, mientras tanto, el undécimo mes avanzaba. Si echaba la vista atrás, era capaz de darme cuenta de que tenía amigos, y también que había perdido todo contacto con Alba y Mercè. La primera me llamaba de vez en cuando, aunque cada vez con menos frecuencia, y de Mercè no sabía nada, la última vez que nos habíamos visto fue en el entierro de mi abuelo Domingo.

Aurora estaba de vuelta en la ciudad, su hermana había fallecido. Una mañana estuve en su casa, había envejecido muchísimo; tenía el cabello lleno de canas y nada de maquillaje en la cara. Ella siempre había sido coqueta y presumida. Poco quedaba de aquella mujer, la personalidad jovial que le caracterizaba se había esfumado en los últimos meses. Hubo muchos silencios cuando la visité. No sabía qué decir para animarla. Fue a la cocina y me preparó un Skywalker, mi batido preferido. Sonreía mientras lo bebía y elogiaba lo rico que estaba.

Me habló de su hermana mayor, que tampoco estaba entre nosotros. Charló incluso acerca de su difunto marido, y también de la desaparición del segundo. El tiempo pasaba e iba enterrando a todo el mundo. ¿En eso consistía el final de la vida? Descubrí lo duro que era hacerse mayor, no por el hecho de envejecer, sino por la tristeza de ir perdiendo poco a poco a todos tus seres queridos. Hablando con ella me acordé de la carta que me entregó mi abuelo. Se la tenía que dar cuando él no estuviera; no me había acordado de la misiva en todo este tiempo. La tenía guardada dentro de mi ejemplar de *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

Al llegar a casa busqué el libro y no lo encontré por ningún sitio. ¿Cómo era posible? Comprobé el interior de todos los volúmenes de las estanterías, pero no la hallé por ningún lado. Le había dejado algún ejemplar a Elvis, me preguntaba si dicho libro lo tendría él.

Llegó el viernes; entré en Infierno. París estaba dentro de la caseta validando las tarjetas de entrada. Pasé sin decir nada.

—¿No saludas?

—Perdona, qué grosería por mi parte. —Hice una reverencia exagerada.

—Que sepas que no me he olvidado de que me debes una tercera cita —dijo París.

—Qué cursilada, ya nadie dice eso.

Su cara se iluminó, debido también a que había oprimido el interruptor y se había encendido la luz del interior de la caseta.

—¿Algún día me concederás tal placer? —preguntó.

Me empecé a alejar cuando le respondí.

—Claro, el día que los gatos sean rosas igual cambio de opinión.

La noche empezó con una reunión en la que teníamos que estar todos presentes. Un corro formado por varios de mis compañeros estaba cerca del podio. Podía escuchar a Michael ninguneando una vez más a Toni.

Me puse a su lado, olía a naftalina. Toni tenía un cuerpo grande y

desproporcionado. Al llegar, Andrea se puso delante de él y le dijo que le diera un masaje. A Toni le gustaba sobar a la gente, así que obedeció de forma mecánica, puso sus inmensas manos en los delgados y oscuros hombros de Andrea y empezó a frotarlos mientras miraba a Michael con cierta desazón. Este especulaba sobre el tema de la reunión. Abraham se unió a nosotros, como no se hizo el silencio Olivia tuvo que chistar a varios de mis compañeros, entre ellos a mi futuro compañero de barra.

—Buenas noches a todos. Dentro de dos semanas todos ustedes tendrán que hacer un curso de prevención de riesgos laborales.

Hubo un murmullo entre todos los presentes. Los diminutos ojos de Abraham bailaban en sus cuencas. La línea blanca que formaban sus cejas era más fina de lo normal, o eso me pareció a mí. Llevaba las uñas pintadas de blanco nacarado.

—¡Silencio! Quién no lo haga no podrá continuar trabajando. Tendrá una duración de dos horas, y es obligatorio para todos.

Después la Teniente cogió el relevo de la palabra. Nos volvió a cambiar de barra. Esta vez me tocó con Michael en la barra Delta. En Alfa, Azul y Andrea. En Omega, Dima, Leo y Amaranta. En cuanto a los cajeros permanecieron en sus respectivas casetas: Félix en la caseta rosa con la imagen del oso polar y Sherise en la caseta violeta, bajo la imagen de una foca blanca pequeña.

Si consideraba a Azul mal compañero era porque todavía no había trabajado con Michael.

—Yo soy inamovible en esta barra, ¿te has dado cuenta? La Teniente no puede cambiarme.

—¿Por qué? —pregunté.

—Es territorio del comanche lésbico, y me quieren aquí. Tienen muy buena relación con la Teniente.

—No sabía que tú y la Teniente os llevaseis bien.

—No, no, bonito. No te confundas. Nos odiamos. El día menos pensado la tiro por las escaleras del guardarropa. —Y se empezó a reír como un cerdo—. Es broma. Soy única, nene. Estás fuerte, ¿eh? ¿Quieres que te la chupe al salir?

Siempre que tenía ocasión me agarraba de los brazos o se insinuaba de forma ridícula. Elvis entró en la barra a poner el hielo en las cubiteras. Empezó con la mía.

—Oye, bonita, por orden de antigüedad —dijo.

Le cogió del brazo para que leyera sus labios. De todas formas, Elvis llenó primero mi cubitera mientras Michael decía en voz alta: «Serás maricón...». Su humor había cambiado muy rápido. Observaba el perfil de Elvis, con qué tranquilidad vertía el hielo en el cubo. Lo tenía tan cerca que podía oler su fragancia, podía besarlo despacio mientras le dibujaba un corazón con mis dedos en la palma de su mano. Estaba sonando *Eternamente inocente* de Fangoria. En la cabina estaban Sucre y Noah. Félix contaba el dinero de la caja y yo me asomé a verlo. Me lanzó un brindis con su petaca, puro vodka diluido con unas gotitas de limón.

Mi hermana subió al podio central y empezó a bailar, lo hizo de forma provocadora. La empezaron a silbar y aplaudir.

—¡Arrestad a esa chica por seducción ilegal! —gritó Félix.

Amaranta fue hacia el podio y empezó a bailar con Abril. Suvi fue corriendo hasta ellas y se les unió.

Quiero ser inocente, prácticamente inconsciente, para creer que podía tenerte a mi lado eternamente...

Azul estaba en una esquina de la barra y me miraba fijamente, con una sonrisa enigmática. La voz de Olvido seguía cantando.

...que nunca nos pasaría como a la gente, dónde fue tu voluntad, cuándo me empezaste a engañar...

Al final de la canción Amaranta besó a mi hermana en la boca. Fue un beso furtivo, no sé si hubo lengua o fue teatral. Suvi intentó besar a Abril también, pero mi hermana le hizo «la cobra» en el último momento. Todavía no habíamos abierto al público y Sucre decidió bajar la iluminación de la sala y aumentar el volumen de la música. Empezó a sonar *Lady Marmalade*, y Michael y Leo fueron corriendo al podio para unirse a las chicas.

—¡Qué coño! —dijo Félix. Y empezó a correr hacía allí agitando

las manos por encima de su cabeza como un chiquillo.

Mi hermana me hizo gestos para que me acercara hasta allí: «Venga, *tete*, ¡no te hagas de rogar!», gritó. Cogí la mano de Elvis y tiré de él. Poco a poco se fueron uniendo los demás trabajadores: Azul, Dima, Andrea... incluso Toni.

Bailamos todos haciendo el indio, riéndonos y pasándolo bien. Al terminar la canción, el Alien nos felicitó a todos por ese baile espontáneo y nos invitó a abandonar el podio porque estábamos a punto de abrir las puertas a muchos demonios sedientos. Regresé a la barra con los demás y me fijé en cómo Elvis caminaba con Suvi hacia el almacén. Mi hermana me miró con complicidad, al fin y al cabo, ella sabía lo que nos traíamos entre manos.

No habíamos vuelto a quedar en la intimidad desde que mis padres nos pillaron *infraganti*. Y no había vuelto a pasarme por casa de mis progenitores ni hablado con ellos. ¿Cómo iba a tener el valor de mirarlos a la cara? Mi madre me había llamado en un par de ocasiones, pero me dio vergüenza contestar. Abril me había informado de que en casa las aguas habían vuelto a su cauce. Aun así, no estaba preparado para tener una conversación con ellos. «Dile a tu hermano que esta es su casa y puede venir cuando quiera»; mi padre había dicho algo similar, y querían conocer a Elvis. ¿Qué éramos Elvis y yo? ¿Dos barcos a la deriva que habían coincidido en algún punto del océano? No había fuegos artificiales al besarnos ni mariposas en el estómago. Llevábamos cinco días sin vernos, sin besarnos. Lo miré mientras colocaba la cubitera con los hielos que traía directamente del almacén. Llevaba puesta una camisa de tirantes de color blanco y unos tejanos claros rotos por delante y por detrás. Su ropa interior era granate. «Es mucho más guapo que París», pensaba siempre que lo miraba, embobado. Tenía un cuerpo bonito, trabajado. Me daba igual que adorase la vainilla y quería culminar con él, pero... ¿por qué no podía enamorarme de él? Algo se movía en mi interior cuando pensaba en él, un ligero hormigueo, podría decir, pero era tan diferente a lo que sentía por París... No actuaba de forma coherente ante su presencia, algo que me ocurría también con el que no debe ser nombrado, según creía recordar, pero nuestro único contacto físico había sido un simple roce de manos. Y con París me había rozado mucho más, habíamos friccionado nuestros cuerpos, había estado muy dentro de él hasta en tres ocasiones. Le había orinado encima, algo que había resultado perturbador y excitante al mismo tiempo. ¿Qué pensaría Elvis de ello? ¿Le escandalizaría? Me moría de ganas de dormir con él, ambos abrazados, y escuchar su respiración. ¿Roncaría?

Elvis me miró y movió sus hombros. Él no quería que nadie del trabajo supiese que estábamos liados. Intentaba imaginarme su mundo: un silencio constante. Me volvería loco sin poder escuchar una canción, una risa quebrantando el silencio, incluso el molinillo de café cuando pulveriza los granos o la corteza de un árbol al crujir entre mis dedos. Tal vez, en ese silencio tan enfermizo había encontrado tranquilidad a pesar del mundo vertiginoso en el que vivíamos, repleto de voces, sonidos y ruidos. Lo observé marcharse, caminando despacio. Michael, que estaba bailando, me miró y afirmó:

—¡A ti te mola el mudo!

Y por los altavoces sonó: «Me comunican que acabamos de abrir al público. ¡A pasarlo bien, criaturitas del señor!».

Empezó a sonar la canción *Sobreviviré*, de Mónica Naranjo. Mi compañero de barra agarró un botellín de Zeta-cola e hizo *playback*. Tenía el cabello teñido en dos colores: de blanco y negro, e intuía la causa de tal estilismo.

Alguien me abrazó por detrás, era Félix. Sentí todo su cuerpo aprisionar el mío. Su aliento hedía a alcohol, sus ojos estaban rojos, como si hubiera llorado. ¿Había sido después de bailar todos juntos?

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Un mal día. —Intentó esbozar una sonrisa, pero sus labios temblaron—. Estoy cansado de la vida. Me siento tan solo y viejo…

Estuvimos hablando un rato mientras limpiaba la barra. Mi compañero de barra seguía bailando y cantando; ahora sí que escuchábamos su voz, ajeno a la conversación del estado de ánimo de Félix.

—¿Por qué no te vienes a desayunar con nosotros?

—Quizá vaya esta vez.

Los desayunos en el bar Ipanema eran ya una tradición. En las últimas semanas se había incorporado más gente. Desde que empezó a venir Abril, sus compañeros del guardarropa, Rosa y Noah, también se habían unido.

La fiesta empezó y bajaron los primeros clientes. Uno de ellos era mi preferido, Eric, siempre tan gentil y galán. Al final de la noche, cuando el brebaje que le preparaba hacía estragos en su ser, se volvía más impulsivo. «Eres un Dios», dijo casi al final de la noche y más borracho que una cuba. Otros clientes alegaban cosas parecidas para ver si podían conseguir alguna bebida gratuita. Él nunca lo había sugerido, por eso decidí pedir una tarjeta con el arcoíris e invitarle a una consumición.

Lo que más repetían era «Hoy es mi cumpleaños» o «¿Me invitas a un cubata?». A todos los mandaba a la entrada para que hablaran con París. Otros alegaban que les habían robado la bebida o se la habían volcado. Ante esos casos, el que tiraba la bebida tendría que pagarla, no la discoteca. Era la respuesta que teníamos que dar siempre. «¿Y a los que les roban el cubata?», pregunté mi primer día.

—Les dices que la próxima vez tengan más cuidado, o que se beban la consumición rápido —dijo la Teniente.

Otros clientes aseguraban ser amigos íntimos de Abraham y exigían incluso barra libre. A estos últimos les pedía la contraseña del día, porque el código cambiaba en cada sesión. Era mentira, pues sabía que los amigos íntimos del jefe venían con un fajo de tarjetas con el arcoíris. Era divertido ver a la gente pronunciar contraseñas inventadas *in situ*.

—Zombies —dijo un hombre de enormes proporciones, con el cabello despeinado y la camiseta sudada.

—Elefantes —contestó una chica con cara de pocos amigos.

—¡Caramelo!

—¡Naruto!

—¡Mamada!

Mi primera noche de trabajo con Michael fue un caos. Atendía despacio y hablaba con todos los clientes, se hacía fotos con ellos... Conocía a la mayoría, y sabía el nombre de todos. Entre los asiduos había un grupo de chicos muy afeminados, delgados, con poca ropa. Mucho público lo cortejaba a sabiendas de que Michael les serviría más alcohol en sus bebidas.

Había un chico con unas gafas de culo de botella que estuvo cerca de una hora para pedir un cóctel. No quiso que yo lo atendiera y Michael prefería servir a otros. Mientras esperaba sacaba golosinas de una mariconera color café que tenía en la cintura. Cuando Michael, por fin, cogió la tarjeta de la entrada, mi compañero se sentó sobre la barra e intentó meter la mano y coger algunas gominolas del bolsito del chico, pero este le propinó un fuerte tortazo en el antebrazo mientras le preguntaba que qué hacía.

—Dame una chuche —dijo Michael.

—No. Son mías —dijo el chico contrayendo los labios—. Quiero un mojito —añadió.

Observé cómo Michael le preparaba el mojito de mala gana, de espaldas al cliente; se llevó el vaso de cóctel a los labios y escupió sobre el hielo triturado.

Una de las cosas que había averiguado, trabajando de camarero en Infierno, era que si miraba fijamente a los ojos de alguien cuando iba algo bebido era muy fácil penetrar en su alma. Incluso los podía hechizar. Me pasó con un chico muy joven, menudo y guapo. Me quedé mirándolo fijamente. Me dijo que su nombre era Mario y que «hacía descuentos a chicos guapos», con esto no sé a qué se refería. Se quedó un buen rato en la barra tras pedir. Elvis me preguntó quién era. Supuse que estaba algo celoso. Me gustaba verlo así.

Cada noche conocía a nuevos chicos, de todos los colores, edades y formas. Me disgustaba la poca educación de algunos clientes con modales grotescos y ordinarios. Por suerte, entre mis fieles no había ningún palurdo. Eric venía el quinto día de cada semana, sin excepción alguna. Vania también era asidua; su hermano Janier aparecía con menos frecuencia. Arnau y Dídac acudían viernes o sábados. Otro que venía todos los fines de semana era Zenabio, aunque cuando estaba borracho no había forma de que me dejara trabajar tranquilo. A todos ellos tenía que darles dos besos en forma de saludo, tanto cuando llegaban como cuando se marchaban. Zenabio siempre intentaba besarme en los labios; Michael le besó en ellos al inicio de la noche.

—¿Ves? ¡No muerdo! —dijo este.

Abril me había contado que también daba picos a muchos de los compañeros del trabajo, incluso a algún cliente si era un chico

apuesto. Mi hermana había ganado algo más de peso y su vestuario se había vuelto más colorido.

La noche avanzaba y cerca de las cuatro de la mañana pasó algo increíble.

—¡Rómulo! *Treballes* aquí? *No ho puc creure*! [15] —era Mercè, no sabía qué decirle—. *Quan fa que treballes* aquí? [16] —Se apoyó en la barra y se inclinó para darme dos besos—. *Doncs... t'agraden els xicots*? [17]

—Sí, me gustan. ¿Tú entiendes también?

—A mi *m'agrada tot, la veritat. Però els xicots més*! *Déu n´hi do, no m'ho puc creure que treballis* aquí. *Em pots convidar a una beguda*? [18]

—Tendría que conseguirte una invitación, pásate más tarde.

—*Si és massa follon oblida-te´n, i et puc demanar una cançó*? [19]

—Eso es más fácil. *Quina en vols*? [20]

—*Boig per tu*. [21]

Había sido muy fácil admitir la verdad. En cambio, la tarde que nos pillaron mis padres, fui consciente de lo que acababa de pasar... y empecé a llorar. No solo me habían visto desnudo, sino que estaba dándole por detrás a Elvis. Suponía que de haber sido con una chica todo hubiera quedado en algo anecdótico, algo gracioso que recordar. Estuvimos cerca de una hora encerrados allí. Abril llamó a la puerta y nos dijo que se habían marchado de casa para que pudiéramos salir. Me contó que mi padre estuvo sentado en el sofá, callado y sin moverse durante un buen rato. A mi madre le dio el síndrome de la Teniente, porque se puso a limpiar a fondo la cocina. Los gemelos sabían que algo había pasado, pero eso no interrumpió su dinámica.

Serví un cubata a Mercè con cierto grado de generosidad, después se perdió de vista con su prima. He de reconocer que no me importó que supiera que trabajaba en Infierno; incluso se había indignado, en cierta manera, por no habérselo contado antes.

Fui hasta los servicios y de camino observé a Elvis recogiendo vasos de vidrio. Había un grupo de muchachos que empezaron a insultarlo, aunque los vasos que había retirado estaban vacíos. Elvis

les dio la espalda y continuó con su trabajo, mientras uno de los chicos informó al resto entre risas de que «era un puto sordo de mierda». Estuve a punto de intervenir, pero lo dejé pasar y caminé hasta la entrada de los servicios, donde estaba Toni custodiando la puerta.

—¿Cómo va la noche, Lobito? —preguntó.

—Supongo que mal —contesté. Me arrepentía de no haber defendido a Elvis.

Más tarde, cuando sonó la canción de Sau, Mercè vino corriendo hacia la barra. Llevaba un botellín de cerveza Heisler beer en la mano.

—*Moltíssimes gràcies minyó*! [22]

—*Fes bondat*! [23]—le dije cuando se marchó.

Quedaba poco más de media hora para que la fiesta llegara a su fin. El filtro del lavavajillas estaba lleno de trozos de rodajas de limón, pajitas y papeles. Al parecer Michael pensaba que era una caja mágica que hacía desaparecer toda la porquería.

Eric vino a despedirse de mí, me insistió una vez más en vernos algún día bajo la luz del sol o la luna. Le di mi teléfono para que me escribiera el suyo y se marchó muy contento.

—¿Vas a quedar con él? —preguntó París. Estaba más guapo que nunca cuando se ponía celoso. Tenía el carné de trabajador en la mano y pidió su Piña colada de siempre.

—¿Qué tal con tu novio? —pregunté.

—Hacemos cuatro años dentro de poco.

—Enhorabuena —dije con cierto retintín.

—Y dime. ¿Quedarás con el chico ese y no conmigo?

—Está soltero. Y no tontea con nadie.

—¿Sabes dónde ha ido después de darte los dos besos? —No me dejó responder—. A darle otros dos a Azul, también se lleva muy bien con él.

—¿Y? Es libre de hacer lo que quiera —dije, y lo creía, pero me sentí decepcionado de que se despidiera de otro camarero—. Además, puede no ser verdad.

—Siempre te digo la verdad, algún día te darás cuenta, Lobito.

Se marchó con su cóctel. Empezaron a sonar canciones infantiles y la pista empezó a vaciarse de forma paulatina. Me gustaba observar a la gente, descubrí a Carlos entre un grupo de chicos jóvenes. No me extrañó que no viniera a saludarme después de cómo me había comportado con él. Entonces vino el *bocachanclas* que había faltado el respeto a Elvis, cogí el *ticket* que tenía en su mano: un ron con cola.

—¿Quieres que te ponga una rodaja de limón?

—Me la pela —contestó.

Le di la espalda y fui hasta la mesa de elaboración, allí estaba Michael comiendo trozos de fruta.

—¿Me haces un favor? —le pregunté.

—¿Una mamada? —preguntó mientras se llevaba una fresa a la boca.

—No. ¿Puedes escupir en este cubata?

—Claro que sí.

Me quitó el cubata de las manos y, con la boca cerrada escuché cómo hacía una aspiración profunda hasta que lanzó un proyectil llenó de mocos en el interior del vaso. Añadí un par de rodajas de limón, y con una cañita le di varias vueltas.

—Aquí tienes tu cubata —le dije sonriendo al cliente. Michael me observó entregarlo y añadió una vez se había marchado:

—Le puedo poner dos velas negras.

—Me conformo con que beba tu mucosidad —dije.

Sucre puso la última canción y encendió los fluorescentes. Mis oídos pitaban, y al desaparecer la música escuché un murmullo

incesante de voces.

—Mañana volveremos a estar aquí a las doce de la noche. Muchas gracias por acompañarnos una vez más. ¡Eso es todo, amigos!

Al terminar de recoger, limpiar y llenar las cámaras, fuimos a desayunar. Félix vino con nosotros. Allí hablamos de quedar al día siguiente para cenar. La idea fue de Félix, pero no fue muy bien acogida, todos tenían planes. Solo Elvis y yo accedimos a cenar con él.

Leo tenía una cita con un hombre de cincuenta y siete años. Él atesoraba solo diecinueve, era el benjamín de Infierno junto con Azul y París. Mi hermana Abril tenía planes con Fanta y Claudia, iban a una fiesta de cumpleaños. Dima iba a cenar con su chica, Serah, de la cual estaba locamente enamorado.

Al terminar de desayunar, Elvis me invitó a dormir en su casa; vivía con su hermano mayor, pero nunca estaba. La idea de dormir con él, abrazados, era algo más que tentadora, era un sueño hecho realidad.

Su piso era muy austero, me guio hasta el dormitorio y pronto estuvimos a oscuras. Elvis empezó a roncar a los pocos minutos de tumbarse. A mí me costó trabajo dormirme, no podía evitar pensar en París y en la noche que compartimos juntos en la caravana. En el lugar en el que me encontraba ahora no podía ver la luna, ni escuchar las ráfagas de viento o la lluvia caer en caso de que lo hiciera. Dormí sin interrupciones, y cuando desperté estaba solo en la cama. Encontré el botón de la luz, lo oprimí y la lámpara se encendió. Un tenue color coñac iluminó la habitación. Me sorprendió encontrarla vacía, era como si llevara poco tiempo viviendo allí. Salí de la estancia, un intenso olor a cítricos inundaba toda la casa. Elvis estaba preparando el desayuno. Había naranjas cortadas dispuestas para ser exprimidas. Al verme me invitó a que me sentara en la mesa. Estaba en ropa interior, se había duchado, tuve una enorme erección mientras le miraba preparar una bandeja con fruta.

Había unas velas aromáticas en la mesa, le di las gracias por aquel detalle, a pesar de que estaba seguro de que llevarían algún componente animal.

Le comuniqué que no sabía qué hacer por él a cambio. «No tienes que hacer nada», dijeron sus manos. Me propuso que pasáramos el día juntos y acepté. Intentaba comunicarme con mis manos, pero era muy

complicado. «Habla con los labios», me indicó él. Eso hice, y más tarde nos besamos apasionadamente, fuimos a la cama y allí estuvimos besándonos desnudos toda la mañana. Después decidimos salir a dar un paseo y acabamos en el interior de la Sagrada Familia. Nunca había visitado sus entrañas, algo que le reconocí a Elvis con un poco de vergüenza. Quedé asombrado del interior, era una auténtica belleza.

A las diez de la noche quedamos con Félix en Urquinaona. Fuimos a un restaurante llamado La Choza de los Huesos, donde se comía muy bien, según él. El dueño que había emigrado desde Texas, era amigo de Félix. Su carta no contenía ningún plato vegano, aunque me podían preparar lo que quisiera en un santiamén. Mientras Elvis estudiaba la carta, Félix pidió sangría de cava. «Con mucho amor», añadió.

—¿No comes ningún tipo de animal? —me preguntó Félix.

—Solo gamusinos —respondí.

—Yo soy muy carnívoro: carne, pescado, marisco... los langostinos cocidos me vuelven loco. —Miró con impaciencia hacia la barra—. A ver si traen la sangría, tenía intención de llevaros a Los Pollos Hermanos, pero... Aquí viene el camarero más guapo de todo Barcelona. Dame, ya sirvo yo que voy más rápido.

Félix hizo de *sommelier* durante toda la velada, rellenaba todo el rato las copas de cava, aunque la de Elvis y la mía no bajaban a la misma velocidad que la suya. Compartimos unos entrantes, unos *crackers* con un paté de aguacate, tomate y albahaca. El plato principal de Félix fue un entrecot de ternera, o lo que es lo mismo, un trozo de cadáver de vaca. Además, le gustaba comerlo crudo, y la sangre se mezcló con la salsa de *foie*. Elvis comió un plato de chuletas de cordero con patatas asadas.

Félix habló largo y tendido durante toda la cena. Estudió en un colegio de curas y no se enamoró hasta pasados los treinta años. «Eran otros tiempos», dijo. «Con catorce añitos le hice una felación a mí tío, y desde entonces empezó a abusar de mí; si me negaba a ser su juguete sexual me daba una paliza, además de amenazarme con contarle a mi madre lo que hacía el marica de su hijo en la calleja del pueblo». Mientras recordaba pasajes de su vida, jugueteaba con el zarcillo que tenía colgando en su oreja. Sus ojos estuvieron a punto de anegarse de lágrimas, pero la sangría de cava pareció darle coraje. Su madre nunca supo que varios hombres abusaron de él. Vivía en un

pueblo pequeño de La Coruña y había emigrado a Barcelona en cuanto tuvo cinco mil duros ahorrados. En la actualidad vivía solo, no tenía ningún animal que le hiciera compañía y nunca había tenido una relación estable.

—Yo no soy hombre de un solo hombre —dijo antes de terminar otra copa.

Entre semana trabajaba en una empresa llamada Wasp Enterprises. No necesitaba ocuparse los fines de semana en Infierno por razones económicas, pero lo necesitaba a nivel emocional.

—Me gusta que me reconozcan por la calle, todo el mundo sabe quién soy y dónde trabajo los fines de semana... cuando me muevo en ambientes, claro. Voy a pedir otra jarra de sangría.

—¿Otra más?

—Claro, ¡la noche es joven!

Cuanto más borracho estaba, más amanerados eran sus gestos. Mis manos dijeron a Elvis lo guapo que estaba, él se sonrojó un poco.

—¡Brindemos por la noche! —sugirió Félix una vez teníamos más alcohol. Los de la mesa de al lado no paraban de mirarnos con cierto desdén. Alzamos nuestras copas y las chocamos mientras sonreíamos. «Chin-chin», dijo Félix.

Me limité a humedecer mis labios, no más. Félix terminó la copa de un trago.

—¡*C´est la vie* [24]! —dijo mirando la copa vacía—. Me gustaría... —miró el recipiente con cierta aprensión—, me gustaría volver a ser joven.

Escuché risas, eran los de la mesa de al lado. La última vez que les había prestado atención estaban hablando sobre los veintitrés grados y medio que tenía el eje de la tierra.

Una vez pagamos decidimos caminar un poco antes de coger un autobús para ir a Infierno. Tuve la tentación de coger a Elvis de la mano, pero al final desistí. No sé cómo hubiera reaccionado. Al llegar a la discoteca había varios compañeros esperando en la puerta. Estaban hablando sobre la paliza que le habían propinado a un chico

por besar a otro chico en Madrid. Estaba hospitalizado con graves contusiones. Michael nos volvió a relatar la pelea que tuvo el día que faltó al trabajo: «Fueron más de diez nazis contra mí», decía, mientras daba profundas caladas a un cigarrillo Morley con la punta de los dedos.

Llegó Dima, lucía una radiante sonrisa en su rostro.

—Es oficial. Tengo novia —me dijo sonriendo.

—¡Felicidades!

A lo lejos pude vislumbrar la figura de Abraham acompañado de Jacob, el jefe de seguridad. Cuando llegaron abrieron la puerta y empezamos a entrar. Cuando yo me disponía a acceder al interior del local, alguien me agarró del brazo. Al girarme me encontré a París.

—¿Qué quieres? —pregunté de forma brusca.

—Anoche dijiste que tendríamos nuestra tercera cita cuando los gatos fueran rosas, ¿te acuerdas? —No me dejó contestar, sacó el teléfono móvil y me mostró una foto de su gato persa de color blanco. Lo había pintado de color rosa—. Te presento a la princesa Voldemort.

Empecé a reír mientras miraba la fotografía con fascinación, incluso le había puesto un lacito en el cuello al pobre animal.

—¿Cómo lo has hecho?

—Con un *spray*. ¿Cuándo tendremos la tercera cita?

—París, lo siento —dije negando con la cabeza—. No puedo. Estoy conociendo a alguien.

Me hubiera gustado decir que sí; después de todo, aún sentía algo por él. Pero quería hacer lo correcto. Si se lo permitía, me rompería el corazón de nuevo. No es que fuera culpa suya, había llegado a la conclusión de que él era de esa forma y así sería siempre.

—No me importa que estés conociendo a alguien. No soy celoso.

Se acercó a mis labios. Estábamos tan cerca... y a la vez tan lejos.

—No puede ser... —susurré. Me sentía algo embriagado por el

alcohol que había en mi sangre, por el olor de su perfume, por la cercanía de sus labios, por el color diferente en sus pupilas. Sus ojos eran mi perdición, eran peligrosos, tenía que evitar mirarlos.

—Haré lo que me pidas, lo que quieras. Seré tuyo hasta la muerte —dijo susurrando.

Seguimos acercándonos muy despacio y cerré los ojos para no verlo, mientras me dejaba llevar, pero al primer contacto de sus labios con los míos… se rompió el hechizo. ¿Qué estaba haciendo? Me acordé de lo que sentí el día que lo vi besando a otro chico, el día posterior a nuestra segunda cita. ¿Qué sentiría Elvis si nos viera besándonos? Él no merecía ser engañado. Puse mis manos en sus hombros y lo aparté de mí.

—No. No puedo. Lo siento.

Entré en Infierno y lo dejé allí plantado. Lo último que vi fue ira en sus ojos.

15

Ñoras, almendras y castañas fueron los últimos sabores del otoño. El invierno llegó mientras los días pasaban entre nimiedades y preocupaciones superfluas, como adquirir ciertos alimentos para completar una variante del romesco que estaba ensayando para la cena de Navidad. La ciudad llevaba tiempo con el alumbrado y las tiendas decoradas. Los hogares también se llenaban del espíritu característico de esa época del año. Pero en el ático que compartía con Olivia no había presencia de festividad alguna; al igual que el año anterior, mi casera no tenía intención de celebrar la Navidad.

Pronto podría empezar a contar con los dedos los días de convivencia que me quedaban con ella. Tres eran los motivos por los que había tomado dicha decisión: el primero era porque la comunicación con Olivia era nula. Solo nos saludábamos, y si permanecíamos juntos en la misma habitación estábamos en completo silencio. La segunda causa era que no podía invitar a nadie al piso, una de las reglas del contrato que había firmado diecinueve meses atrás. Cuando empezamos a vivir juntos me advirtió de que era muy estricta en muchos aspectos, pero pensé que no sería ningún problema. No había imaginado lo radical que podía llegar a ser. Por otro lado, estaba el asunto de Estrella. Hacía meses que no sabía nada de ella, únicamente habíamos mantenido una breve conversación por

teléfono el día que me contó que se marchaba de Barcelona. Unas semanas después, me envió un mensaje indicándome que estaba en la capital y que no pensaba volver. No hablamos nunca de lo que encontró en la habitación. Dima seguía guardando la llave y el candado seguía siendo el mismo, pero ya no pensaba en abrirlo. Había cogido temor a esa estancia. Y esa era la tercera razón por la que me quería marchar de allí.

***

Al mismo tiempo, mi relación con Elvis se consolidaba, pero él no quería emanciparse conmigo o formalizar lo nuestro. Dormía en su cama unas tres o cuatro noches a la semana. Hacíamos el amor en todo momento y de distintas formas: en los paseos que dábamos cogidos de la mano, cuando apoyaba mi cabeza en su pecho mientras sus dedos jugaban con mi cabello o cuando nos mirábamos a los ojos en completo silencio, mientras un leve hormigueo tensaba los nervios de mi estómago. Me gustaba el hecho de haberme acostumbrado a dormir abrazado a él. Y las mañanas que despertaba a solas me levantaba triste.

Un sábado llegué al piso unas horas antes de tener que ir a trabajar a Infierno. Contaba con algo más de tres horas antes de las once de la noche, así que decidí salir a la terraza a comerme una manzana Reineta de Canadá. Su piel tenía un color amarillento tirando a rojizo, y su sabor guardaba cierto regusto agridulce…

Estaba absorto leyendo cuando llegó Olivia acompañada de Amaranta y Azul, que se sentaron en el salón y empezaron a hablar sin darse cuenta de mi presencia, ya que la cortina ocultaba la débil luz que me alumbraba y la puerta corredera estaba casi cerrada. Sin embargo, sus voces llegaban a mis oídos con total claridad. Estuvieron hablando de trivialidades de Infierno, como que la noche anterior Amaranta había tenido que mandar a varios clientes a freír espárragos porque la estaban acosando. Presté más atención a su conversación cuando empezaron a hablar de Elvis.

—Voy a pedirle una cita —dijo Azul.

—¿En serio, cari?

—Sí, está muy guapo últimamente y aún sigue colado por mí. Uno tiene sus necesidades.

—Es sordo, tiene que ser difícil mantener una relación normal con él, ¿no? —dijo Amaranta.

Me preguntaba qué pasaría cuando Azul intentase algo con él. ¿Elvis querría dejarme? No éramos novios, aunque habíamos hablado, entre risas, de ser fieles el uno al otro. Ahora sentía que lo nuestro pendía de un hilo y no quería perderlo.

—¿Y el Lobito? —preguntó Azul.

—Está con alguien, muchas noches no duerme aquí, pero no sé con quién —reveló la Teniente.

—Su hermana tiene mucho salero, me cae mucho mejor que él —comentó Amaranta—. No parecen hermanos. ¿No estás de acuerdo, Olivia?

Imaginé que mientras lo decía ponía una mano en la pierna de la Teniente. Ella la miraría seria.

—Tranquila —Una pausa—... bonita. —Ahora cogería la mano con firmeza y la devolvería a la pierna de Amaranta, mientras sus labios finos se curvaban en una pequeña sonrisa forzada, con esos ojos tan pequeños y esa nariz puntiaguda.

—¿Con París no ha vuelto a tener nada? —preguntó Azul.

—Lo vi zorreando con Jordi hace un par de semanas. Es un niñato —sentenció Olivia.

—¿Quién? —curioseó Amaranta—. ¿Jordi? ¿O París?

—Los dos, son unos insolentes.

—¿Y la maricona de Britney? —quiso saber Azul.

—No me nombres a ese.

—Tuvo su castigo —dijo Azul.

—Sí, pero... ¿no te pasaste un poco? —preguntó Amaranta.

—No. Voy a por él, a Félix no puedo hacerle nada. Abraham ya me ha echado una reprimenda por la limpieza del baño —dijo Olivia.

—Es patético ese chaval —dijo Azul

Y en efecto, hacía un par de semanas la Teniente había conseguido que Félix y Michael lloraran al principio de la noche. Cumplieron un castigo debido a su comportamiento dos días antes, durante el cursillo de prevención de riesgos laborales que hicimos todos. El curso fue de 9 a 12 de la mañana, pero se alargó un poco más por las incidencias que hubo durante el transcurso de este.

***

Aquel día, Olivia y yo salimos juntos del piso, pero tomamos caminos diferentes. Llegué primero, y para hacer tiempo entré en una cafetería que había al lado del edificio en el que íbamos a dar las materias necesarias para el curso. Me tomé un té verde y, a escondidas, me comí la fruta prohibida, mientras iban llegando mis compañeros. El alboroto empezó con la llegada de Sucre y Félix, que venían de fiesta totalmente desfasados. Se tomaron un carajillo doble. «Es el mejor remedio contra la resaca», argumentó Félix.

La siguiente en llegar fue Andrea, con un abrigo negro y un bolso rosa chillón, a juego con sus labios. Eran gruesos, y yo había tenido alguna vez sueños perturbadores con ellos: los besaba y pellizcaba con mis dedos. Observé cómo se manchaban de café, mientras llegaban los últimos compañeros: Toni, Leo y Michael.

Accedimos al extraño edificio donde íbamos a recibir el curso de riesgos laborales. No encontré las escaleras, así que esperé junto con mis compañeros mientras iban subiendo de cuatro en cuatro en el pequeño ascensor; el artefacto tardaba mucho en realizar su tarea teniendo en cuenta que iba y venía desde la quinta planta. A Sucre le dio tiempo a fumarse uno de sus cigarrillos Red Apple dentro del vestíbulo. Por supuesto, acabé encontrando unas escaleras de emergencia en la parte trasera del edificio, y por allí accedí a la quinta planta. Cuando por fin logré entrar en el aula me extrañó la forma que tenía: estrecha y alargada, con ventanales en un lateral; mis compañeros se encontraban repartidos en tres hileras de mesas. Cogí sitio en una de las últimas filas.

Era extraño ver a casi todos en un espacio tan reducido. Los empecé a observar a medida que se iba pasando lista. Faltaban Abraham, Jacob y sus muchachos (Amir, Santi y Jordi). Ellos tenían que asistir al día siguiente para realizar un cursillo diferente.

La mujer que iba a impartir el curso era una señora robusta de más de cuarenta otoños. Su frente y orejas quedaban ocultas bajo una melena rubia frondosa. Su nombre era Sofía. «¡¡Capital de Bulgaria!!»,

vociferó Félix a los cuatro vientos cuando se presentó.

La profesora quedó algo desconcertada cuando Sucre se hizo pasar por Adam, pero continuó pasando lista mientras algunos reían de forma disimulada. Se iba paseando entre los pupitres mientras nos entregaba una carpeta de color rojo. Al pasarme la mía, le di las gracias, y sus ojos se cerraron al sonreír debido a sus inmensos pómulos. Vestía un traje chaqueta marrón con una blusa blanca de botones. Su aliento olía a regaliz, uno de los aromas que yo detestaba.

Le llevó cerca de un cuarto de hora acabar de pasar lista. A medida que alzábamos la mano, decíamos «¡presente!», «¡aquí!» o «¡la chupo gratis!», algo que inició Michael. Cada carpeta tenía nuestro nombre y apellidos y había que devolverla al final del curso.

—No la abráis hasta que os lo diga —dijo por tercera vez la profesora, acompañado de un «Silencio, ¡por favor!».

Se escuchaba un murmullo constante, acompañado de risas y pequeños gritos. Lo extraño era ver a Olivia en el lado derecho de la primera fila, con los brazos cruzados sin poner orden. Parecía un buitre esperando. Sofía hablaba pausadamente y repetía todo dos veces. Para leer se puso unas gafas blancas con una montura gruesa.

—Primero vamos a ver un vídeo con el contenido que trataremos en el curso.

—¿Es una película? —preguntó Andrea.

—A mí me gustan las pelis de Tarantino —añadió Toni con voz chillona.

—A mí las de Spielberg —agregó Félix.

Michael rio en voz alta por algo que le estaba contando Leo. Sofía se cruzó de brazos sonriendo. Mientras el rumor crecía, yo tenía al lado a Dima; estábamos en la penúltima fila, sentados de la siguiente forma:

Sofía
Toni
Andrea
Olivia
Félix

Michael
Leo
Sucre
Amaranta
Azul
Rosa
París
Noah
Dima
Yo
Elvis
Sherise
Abril
Suvi

—¿Qué tal con Serah? —pregunté.

—Genial, ¡viento en popa a toda vela! —dijo Dima sonriendo.

Rosa se giró y le preguntó por ella. «Va con un grupo de chicos muy majos», añadió.

Sofía elevó la voz.

—Decía que voy a poner un... ¡silencio, por favor!

Escuchaba de fondo murmullos acompañados de risas. Varias conversaciones se sostenían a la vez; incluso escuché el sonido de una lata abrirse dos filas por delante de mí. Había sido Sucre, la sostenía en su entrepierna y observé cómo al rato le daba un buen trago. Debió notar mi intensa mirada porque se giró y me observó. Me sacó la lengua y contemplé su *piercing*.

Sofía estaba en una esquina de la clase intentando poner el audio. Un proyector enorme colgaba del techo e iluminaba una pantalla en la que se visionaba un vídeo. Un fuerte murmullo iba aumentando en decibelios poco a poco, mientras la profesora, de vez en cuando pedía silencio. «No podemos ver el vídeo sin sonido», alegó ella. Contemplé a Elvis, que estaba sentado a mi derecha. La proyección carecía de subtítulos: ¿es que nadie había avisado que teníamos un compañero con una diversidad funcional auditiva?

—¿Alguien podría ayudarme? —pidió en voz alta Sofía.

Elvis se levantó y fue hasta ella. Él sabía mogollón de informática, así que se puso a trastocar el ordenador. Mientras, la profesora nos hablaba de la prevención de los riesgos laborales y la normativa que regulaba nuestro sector.

—Me aburro —dijo Michael.

Llegó hasta mí un aroma inconfundible, alguien estaba comiendo quicos.

—Vamos a ver un vídeo —repitió Sofía—, y me gustaría comentarlo mientras vuestro compañero intenta poner el sonido.

Félix alzó la mano mientras decía: «Señorita Sofía...». Ella alzó las cejas: «Dígame, joven», contestó.

—Creo que Elvis ha encontrado el motivo.

Sofía observó a Elvis, que estaba subiendo de forma manual el sonido de los altavoces. Los puso al máximo posible y una voz monótona de mujer dijo: «Coger siempre con movimientos suaves y espalda recta».

—¡Baja el volumen! —gritó Sofía.

—A mí me cogieron hace unas horas —dijo Andrea.

Todos reímos el comentario.

Elvis bajó el volumen de los altavoces cuando leyó los labios de Sofía; después volvió a su sitio.

—Silencio —chilló la profesora. Cerró la boca enfurruñada y observó a toda la clase tras sus enormes gafas blancas. «¡Vaya fauna!», dijo la Teniente desde su pupitre, mientras muchos le reíamos la gracia.

Félix que estaba recostado en la pared no paraba de hablar con Sucre, ignorando totalmente a la señorita Sofía. Aunque hablaban en voz baja, podía escuchar lo que decían si prestaba atención. Félix le contaba a Sucre: «... porque claro, su madre no lo sabe, es que... ¡la madre que lo parió! —gesticuló con ambas manos—, nunca mejor dicho. No sabía que vivía con ella, maricón». Sucre asentía mientras tenía una mano en su entrepierna sujetando la birra.

—¡Silencio, por favor! Ya no lo digo más veces.

Una fila por detrás estaba Rosa hablando con Dima. Le estaba contando que llevaba a sus hijos a casa de una amiga para que les cortara el pelo.

—Yo voy siempre —decía—. La chica es peluquera profesional y no tiene ni paro ni nada. Después de seis años..., y claro, para sacarse unas perrillas, corta el pelo en su casa.

Dima estaba escuchando, pero tenía el móvil en las manos y estaba tecleando.

—¡Silencio! Os voy a tratar como a niños chicos.

Supuse que si había una clase adyacente estarían escuchando el alboroto. Al mismo tiempo, la profesora estaba delante de todos sujetándose las manos y frotándoselas. Tenía los ojos bien abiertos y se relamía el labio inferior con la lengua a una velocidad pasmosa. Hablaba, pero yo no lograba oírla. Cogió el borrador de la pizarra magnética y golpeó con él en la mesa varias veces.

—¡Silencio! ¡Silencio!

Escuché risas a mi alrededor, y a Félix diciendo: «¡Silencio, maricones!». Y, acto seguido, se giró hacia Sucre y le dijo algo relacionado con una enfermedad de la madre, y que por eso la tenía en su casa.

Sherise tenía los ojos cerrados, creo que se había quedado dormida. Dima le tomó varias fotografías con su móvil; incluso puso su gorra sobre la enorme cabeza de ella. Mi hermana, que estaba también en la última fila, había acercado el pupitre al de Suvi, y estaban comiendo Shornolletas. Me ofreció, aunque me negué en rotundo, debido a que el envoltorio decía que podía contener trazas de leche.

Sofía seguía gritando «¡Silencio!» mientras golpeaba su mesa con el borrador. También Rosa pedía silencio a gritos. A todo esto, Leo, Michael y París reían sin parar. Amaranta le contaba a Azul algo sobre una falda que costaba cuarenta pavos. Ella estaba recostada en la mesa con la cabeza apoyada en los brazos. Noah era de los pocos que guardaba un completo mutismo, tenía los cascos puestos, y los ocultaba con su pelo.

—¿Qué ves? —le preguntó París.

—Una película.

—¿Qué película? —le preguntó Azul.

—*El Número 23* —contestó.

—¡Silencio! ¡Silencio! —Sofía golpeaba la mesa con el canto del borrador.

—¡Silencio, maricones! —gritó Félix.

—¡Silencio ya! —gritó Rosa.

—¡Ja, ja, ja!

—¡SILENCIO! Por última vez —dijo Sofía.

Tiró el borrador contra la pizarra blanca mientras daba un pequeño grito agudo. La clase enmudeció de repente, atónita.

—Con dos cojones —dijo Félix.

Más risas.

—Sssshhh... —dijeron Rosa y Sherise al unísono.

Mi reloj Casio marcaba las nueve y cuarto. Llevábamos un cuarto de hora y solo había pasado lista y nos había entregado las carpetas rojas.

—Abrid las carpetas —pidió Sofía.

Todos las abrimos a excepción de Félix.

—El curso dura tres horas desde este momento, chicos.

—Yo a las doce me tengo que ir a trabajar —avisó Dima.

—Y yo a la una —añadí.

—A las once y media me voy yo —dijo Sucre.

—¡Silencio! —dijo una vez más.

Sofía recogió el borrador del suelo y caminó unos pasos hasta la mesa de Andrea, que estaba girada charlando con Michael. Sofía golpeó en la mesa de Andrea y sonó mucho más fuerte que antes. Andrea gritó sobresaltada. Muchas conversaciones cesaron. Félix seguía hablándole a Sucre.

—Porque claro, a mí no me merece la pena, no cargo con mi madre como para cargar con la madre de este, que no sabe ni follar bien.

—¡CLACK!

El borrador tronó en la mesa de Félix.

—¡Ah! —dijo Félix, le había pillado *infraganti*—. ¡Qué susto me has dado, hijaputa!

—Señor García, le pido que no utilice ese vocabulario tan soez en mi presencia. Y que se retracte de lo dicho.

—¿Y si no me retracto?

—¡CLACK! —golpeó de nuevo en la mesa de Félix.

—¡La puta! —dijo él.

—¡CLACK! —se escuchó por tercera vez en su mesa. Se había hecho un silencio sepulcral en el aula. Me fijé que desde fuera un hombre nos observaba.

—No utilice ese vocabulario en mi clase y no golpearé en su mesa. ¿Me ha entendido, señor García? ¡Silencio!

No había nadie hablando en ese momento. Caminó hasta colocarse delante de todos. Tenía la respiración agitada, sus ojos observaban a todos, desplazándose veloces en sus cuencas.

—Bien. Vamos a ver el vídeo, y no quiero escuchar ni a una mosca.

—¡Guau! ¡Guau! —ladró Leo.

La clase estalló en una carcajada general, incluso yo me reí. Era demasiada casualidad.

Sofía fue hasta su mesa y la golpeó. El móvil de Leo estuvo cerca de ser destruido con el golpe.

—¡*Porca* Madonna! —dijo Leo en un exagerado acento italiano, mientras se guardaba el teléfono en su bolsillo.

—He dicho que no quiero escuchar ni una mosca.

Nos reímos por lo bajo esperando que Leo ladrara de nuevo.

—¡Guau! —ladró Leo una vez más.

Sofía se giró de nuevo hacia él con los ojos bien abiertos. Contrajo sus labios y golpeó dos veces en la mesa de Leo.

—A la próxima queda expulsado.

—Ya vamos empate, maricón —dijo Félix.

—A todo aquel que haya golpeado en la mesa pierde el derecho de hablar en mi clase. Ni el señor García ni el joven Pomodoro tienen derecho a hablar, para hacerlo levantan la mano. Si continuáis con esta actitud os echaré de clase y tendréis que venir otro día.

»Bien. Señorita Rodríguez, siéntese bien. ¡Ahora! —gritó.

Andrea giró su silla.

—Señorita Muñoz, sepárese de su compañera y deje de comer galletas.

Mi hermana se alejó de Suvi.

—Ahora usted, señor García.

—Es que tengo un problema en la espalda y debo tenerla apoyada en la pared.

Se escucharon risas.

—Siéntese bien y no hable, por favor.

Félix juntó su índice y pulgar y, como si sostuviera una llave, cerró una cerradura imaginaria en la comisura de sus labios.

—Siéntese bien, por favor.

Félix se levantó y cambió la posición de la silla.

—Gracias. Vamos a ver el vídeo.

—¿Qué son todas estas preguntas? —preguntó Andrea.

—¡Silencio! Ya no lo voy a decir más veces.

Consiguió poner la proyección. Durante el video, poco a poco mis compañeros de Infierno se iban animando y lo comentaban. Sofía estaba sentada tras el ordenador e iba tomando apuntes en un cuaderno.

El momento álgido llegó cuando la profesora iba a golpear la mesa de Michael con el borrador y este se lo arrebato de la mano. Félix lo animó: «¡Acaba con la bruja!», gritó, mientras la mayoría nos reíamos. Sofía dio unos pasos atrás y miró hacia la ventana. Había una persiana echada, pero eso no me impidió ver que la figura de una persona continuaba tras ella.

—Méteselo por el culo —dijo Andrea.

—¡Por los anillos de Saturno! —dijo Sherise llevándose las manos a la cabeza.

En ese momento en el que se había descontrolado todo, el águila alzó el vuelo. Se levantó de repente y la clase enmudeció *ipso facto*. No tuvo que pedir silencio ni nada parecido, la Teniente había vuelto de vacaciones.

—Se acabó el cachondeo. ¿Me habéis entendido? Michael fuera de aquí —miró a Félix, a Andrea y a Michael. Los tres se mantuvieron mudos—. El viernes limpiarás los baños a fondo.

—Ya se ha despertado el dragón —dijo Félix.

—Félix te ayudará.

—¡Un pepino para ti!

—¡Fuera de la clase! —dijo Sofía—. No tolero más tu comportamiento.

Félix se marchó junto con Sucre y Michael. Eran las nueve y media y entonces la clase arrancó. Andrea se había librado por los pelos del castigo de la Teniente.

—Gracias por su intervención, señorita Xantana —dijo Sofía a Olivia.

El curso se alargó hasta la una y no lo llegamos a terminar. Nos saltamos algunos temas mientras Sofía nos explicaba los protocolos a

seguir en caso de emergencia.

***

El viernes por la noche de esa semana, Olivia hizo de centinela en la entrada, esperando a Félix y a Michael. Tenían que cumplir el castigo.

—¡Caracoles! Si el lavabo ya está limpio —dijo Félix al entrar en los servicios unisex.

Olivia les había advertido que tenían que limpiar los baños a fondo. En la jerga de Olivia significaba lo imposible, tal y como se encontraban. Una hora después entendieron la magnitud de lo exigido, pues la Teniente no estaba satisfecha con el resultado. Los tenía de rodillas sacando brillo a los zócalos. Toni me lo contó más tarde mientras observaba a Azul haciendo el tonto con unos hielos, intentando atraer la atención de Elvis. Estaban muy cerca el uno del otro… yo no podía evitar morirme de celos.

Los clientes empezaron a bajar, solo había una caja abierta. Félix seguía en los servicios limpiando. Fui a avisar que habíamos abierto al público y había gente esperando. Al llegar escuché los gritos de Olivia.

—¡Esto no está limpio! ¿Es que no sabéis fregar? ¿No os gusta poneros de rodillas?

—Esto está perfecto —dijo Michael entre lágrimas.

—No, no lo está. Os doy diez minutos más —les advirtió, luego se giró al notar mi presencia—: ¿Y tú? ¿Qué quieres?

—Nada —respondí. Y me fui.

A la media hora entró Félix en su caseta, refunfuñando.

—Noventa minutos me ha tenido la muy zorra fregando —se quejó Félix—. A un señor de mi edad. ¡Hija de la gran puta!

Michael estaba con Leo en la barra Delta y se encontraba muy cabreado; incluso había atendido a los clientes con lágrimas en los ojos. Sucre intentó animar a mis compañeros poniendo varias veces sus canciones favoritas a lo largo de la noche. *La revolución sexual* de La casa azul para Michael, y *Se acabó* de María Jiménez en el caso de Félix, pero no logró subirles la moral.

***

Dos semanas y un día más tarde, de vuelta en la terraza en la que permanecía oculto escuchando a mis compañeros, no podía quitarme de la cabeza la idea de Azul intentando algo con Elvis. ¿Qué podía hacer contra él? Durante toda la noche estuve observando cada momento que pasaban juntos, y podría decir que mi corazón se detenía un poco cuando Elvis le sonreía. Era una batalla que sabía que nunca ganaría.

La noche fue un no parar de servir copas. Estuvo Eric, aunque solo le serví una vez. Al parecer Azul le había fidelizado, porque estuvo toda la noche alrededor de la barra Omega. Al igual que Elvis. Si me alzaba sobre las cámaras frigoríficas podía vislumbrar la barra de enfrente y observar cómo mi chico estaba dentro, poniendo hielo en los vasos de tubo que Azul utilizaba.

Esa noche, Carlos se dignó a saludarme.

—¡Hola, Rómulo! ¿Qué tal?, vengo a por un vodka Bluebull y un beso.

—El cubata te lo pongo —le dije mientras leí la bebida en el *ticket* —, pero el beso no va a poder ser.

Se marchó ofendido, mientras Eric venía a la barra a despedirse de mí. Saludó a Carlos, el mundo seguía siendo un pañuelo, al fin y al cabo.

—¿Cuándo vamos a quedar fuera de estas paredes? —preguntó Eric.

—Cuando quieras —contesté.

—Siempre me dices lo mismo y nunca quedamos.

—¿Qué te parece el próximo miércoles?

—¿Me lo juras?

—Te lo prometo —sentencié.

A las seis de la mañana la música dejó de sonar por los altavoces. La fiesta había terminado. En invierno era cuando más gente se amontonaba esperando en el guardarropa. Andrea y Michael solían ser los camareros que siempre subían a última hora para ayudar, así eran

cinco personas trabajando.

Mientras limpiábamos la barra, siempre observaba a Adam para cerciorarme de qué objetos encontraba. Era algo automático: cuando Sucre finalizaba de pinchar música y encendía los fluorescentes, era habitual ver a Adam buscando dinero, droga o joyas por toda la pista.

Jacob me comunicó que fuera al despacho de Abraham, y una vez allí, este me entregó la copia de mi contrato indefinido. Lo había firmado hacía casi dos meses, estábamos a 19 de diciembre y me había olvidado por completo de dicho documento. Cogí los papeles y lo dejé contando la recaudación de la noche. Cuando salí del despacho, me sorprendió que aún hubiera gente haciendo cola para retirar sus abrigos. Félix estaba pululando por allí mientras acompañaba a la gente a la salida. Bajé las escaleras al mismo tiempo que Olivia las subía. No nos saludamos ni nos miramos. Al llegar a la pista de baile, observé que aún había varios clientes desorientados y borrachos. Miré hacia arriba y contemplé a la Teniente hablar con unos chicos que estaban sentados al inicio de los escalones.

—Aquí no podéis estar —dijo desde lo alto.

Caminé unos pasos hacia Toni, que estaba bajo el umbral de los servicios, silbando una canción de cuna. Sostenía la fregona en alto en una mano, mientras contemplaba a un chico apoyado en la gárgola durmiendo la mona. Escuché un golpe, y al encararme a las escaleras vi cómo la Teniente caía. Su cuerpo rodaba veloz mientras su pierna se quebrantaba adoptando posiciones inusuales. Al llegar donde yo estaba, su cabeza golpeó el suelo. Fue un golpe seco. Sus ojos se clavaron en los míos... los cerró mientras sus labios se movían. Enseguida se formó un corro de trabajadores y curiosos alrededor de su cuerpo.

—No respira —dijo Sherise.

—Creo que está muerta —añadió Toni, que había venido corriendo con la fregona en la mano. Se había acercado tanto al rostro de Olivia que estuvo a punto de restregarle el mocho por la cara; y así hubiera sido si Leo no hubiera agarrado el mango de la fregona.

Un charco de sangre emanó bajo la cabeza de mi compañera de piso. Lo que tenía claro antes de verla caer rodando por las escaleras era que alguien la había empujado.

16

Onírico o paranormal fue lo ocurrido una semana después, pero antes de llegar a ello hay muchas cosas que deben ser explicadas. Empezaré por la mañana del domingo 26 de diciembre, justo una semana después del accidente de Olivia. No cancelamos la salida que teníamos prevista al *after hours* Maya Bay de Viladecans tras salir de trabajar de Infierno. La mayoría de nosotros decidimos asistir; nadie lo dijo, o al menos yo no lo escuché, pero parecía que celebrábamos que la Teniente no estuviera entre nosotros. Puede que sonase un poco cruel, lo sé, y son muchas las cosas que debo explicar, pero me gustaría empezar con Elvis y cómo terminó lo que fuera que tuviéramos. Llevábamos cerca de tres meses conociéndonos y conectados en todos los medios: correo electrónico, mensajes al móvil, en el Facebook...; chateábamos por las noches a través del Messenger y pasábamos muchas noches juntos.

De repente Azul se había interesado por él, y estaba jugando muy bien sus cartas. Por mi parte, yo quería contarle a todo el mundo que Elvis y yo teníamos algo, pero él no quería que nadie lo supiera, tan solo dos personas en la discoteca estaban al tanto de lo nuestro: Abril y Dima.

Había noches que me costaba conciliar el sueño, reflexionando e intentando averiguar qué era lo que realmente sentía por él. Había atracción física, mucha. Era verlo o imaginármelo desnudo y sentía un calor inexplicable dentro de mí. También había mucho cariño, me gustaba mucho estar con él y lo extrañaba las noches que dormía solo. Pero no lo amaba, mi corazón no palpitaba frenéticamente. ¿Había perdido la capacidad de amar por culpa de París?

Quizás por eso, cuando llegó el momento, no me importó. Lo dejé ir. No dolió, aunque sentí dos cosas: un inmenso vacío y mucha vergüenza. Asimismo, tampoco sabía muy bien lo que hacía en ese momento…

Fue de repente, estábamos de fiesta en Maya Bay, cerca de una barra pidiendo. Dima y Serah se besaban con frenesí, mientas Abril hablaba con Amaranta.

—Ese chico come muy bien el coño.

—¿Quién? ¿El del chaquetón blanco? —preguntó Amaranta.

Me acerqué a ellas. Mi hermana asentía y tenía la palma de su mano extendida hacia Amaranta; en ella había dos pastillas: una roja y otra azul. Me sentía algo embriagado, el whisky recorría mis venas a toda velocidad, y sin pensarlo extendí mi mano hacia la pastilla roja, imitando al señor Anderson. La cogí, la introduje en mi boca y la tragué.

Fui hacia la pista buscando a los demás, mientras mi hermana intentaba sermonearme. A lo lejos vi a Suvi con Andrea, y a varios metros estaba mi chico, bailando con Azul. Sentí celos, más cuando vi cómo Azul intentaba besarlo, pero Elvis le esquivó y lo dejó allí plantado. Después vino hacia mí y me cogió de la mano; fuimos a la sala inferior, donde había varios sofás y muchas parejas besándose y nos sentamos en uno de los sillones. Sentía cómo mi cabeza empezaba a dar vueltas a la velocidad de la luz; tenía cerca a Elvis e intenté darle un beso, quería triunfar donde Azul había fracasado, pero no me dejó, se retiró hacia atrás. «Tenemos que hablar», dijeron sus manos. Sabía que esas tres palabras, colocadas en ese orden, no podían traerme nada bueno. Balanceaba mi cuerpo hacia delante y hacia atrás agitando mi cabeza al ritmo de unos timbales. Elvis cogió su móvil y empezó a escribir en él, iba a cortar conmigo a través de un mensaje de texto. La voz de Rebeka Brown surgía de todos los altavoces:

You´ve got the power, drive me to heaven... [25]

Sentí náuseas, no quería leer lo que estaba escribiendo, quería salir corriendo de allí; experimenté miedo y una presión en el pecho indescriptible...

—Eres libre de hacer lo que te dé la gana —le grité, mientras salpicaba su cara con mi saliva y su boca formaba una inmensa «O». Me di la vuelta y me levanté. Elvis intentó agarrarme de la mano, pero lo empujé con fuerza y cayó en el sofá—. Que seas muy feliz con Azul.

Subí las escaleras corriendo, me mordía los labios y pensaba «Los Muñoz no lloran», pero no podía evitarlo. Me sentía humillado. Una parte de mí se alegraba de que pasara aquello. Al fin y al cabo, no lo amaba... ¿o sí?

Me dirigía a la salida de la discoteca cuando me crucé con Abril. Le quité la bebida que tenía en su mano y me la bebí de un trago. Estaba llamándome insensato y cosas parecidas, pero me perdí en la pista. La gente gritaba elevando sus brazos con auténtica excitación, yo me dejé arrastrar por la música. Creo recordar besar a alguien en

los labios, y digo «creo recordar» porque de aquel día no puedo distinguir que fue real o imaginario. Recuerdo que me costaba respirar, y empecé a buscar la salida desesperado; cuando salí mi reloj de pulsera indicaba que eran poco más de las diez de la mañana. Seguí caminando mientras intentaba controlar mi respiración, jadeaba de forma sonora. Sentía escalofríos y sudaba al mismo tiempo, mi corazón latía muy rápido. Era un maldito cobarde, había tirado la toalla en el primer asalto contra Azul. ¿Estaba enamorado de Elvis? ¡No lo sabía!, pero algo sentía por él. Quizás no tuviera mariposas como tuve con París, ni aquellos nervios a flor de piel como sucedía cuando me encontraba con el que no debe ser nombrado. Pero algo había, y lo había tirado por la borda. No éramos nada, y a la vez lo éramos todo. Quería que fuera mi pareja, pero habíamos terminado de la peor forma posible. Cogí mi móvil y me lo acerqué lo máximo que pude a la cara, no podía enfocar bien las letras de la pantalla. Supongo que lo hice por reproche, porque le envié un mensaje a París, él no había querido venir de fiesta porque tenía otros planes: «¿Estás despierto? No me olvido de ti».

Me arrepentí en cuanto vi en la pantalla «mensaje enviado». ¿Por qué había hecho eso? ¿No sabía estar solo? No podía pensar con claridad, no era capaz de detenerme ni dejar de llorar. En un momento dado, afloró en mi mente la melodía de *La Habanera de Carmen*, canción que había escuchado en el coche de Elvis. Incluso movía mis brazos como si fueran una batuta, y cuando me quise dar cuenta estaba entonando algunos de los temas que había pinchado Sucre unas horas atrás en Infierno. No sé cuánto tiempo estuve cantando en voz alta la letra de *Me gustas tú* de Manu Chao, aunque a mí me gustaban otras cosas, como el té con lima o los ronquidos de Elvis, saltar en charcos de agua o pasear por la noche con Eric mientras hablábamos de cómo arreglar el mundo. Mi cabeza pesaba, me costaba tenerla erguida, y mis piernas trotaban haciendo eses. Movía las articulaciones del cuello cuando pensaba en ello y sentía que era más alto, que crecía por momentos, que el asfalto que pisaba estaba cada vez a más distancia de mis ojos. Mi corazón latía muy rápido, mi visión se teñía de rojo y amarillo, como si tuviera un sexto sentido, como si fuera el hombre araña. Algo me estaba pasando, porque notaba una presión en mi cabeza a la vez que se me nublaba la vista. Sentía... un espesor extraño en mi cerebro y mi corazón martilleaba el interior de mi pecho, por lo que puse la mano en el centro de mi caja torácica mientras caía de rodillas. Y de repente inspiré aire de forma natural, llenando mis pulmones de vida. Sentía el oxígeno que entraba en mí, incluso podía recorrer con él mi esófago. ¡Me había olvidado de respirar! Sentí miedo, miedo de

morirme de asfixia mientras caminaba por una calle desierta, rodeado de fábricas y coches abandonados a las tantas de la mañana. ¿Cómo era posible? El acto de inhalar y exhalar era algo innato y mi sistema se había olvidado de realizar ese simple trabajo de supervivencia. Mi respiración era agitada, no podía parar de caminar. Sentí náuseas y vomité hormigas mientras me desplazaba, al mismo tiempo que mi ropa se manchaba. Tenía las dos manos sobre el esternón, oprimiéndolo, obligándome a inspirar y expirar, no podía olvidarme, tenía que salir con vida.

¿Cómo había llegado a esa situación? De tener el corazón roto de nuevo a estar luchando por mi propia vida. Rebusqué en mi cuello, necesitaba el amuleto mágico de Elvis, pero no lo llevaba puesto. Lo tenía guardado en una caja de madera. Sentí vértigo, miedo, frío y sueño. Mi cabeza cada vez pesaba más, y noté un dolor punzante en el costado. Me entraban ataques de risa y de llanto. Solo sabía que no quería morir. Y cuando me olvidaba de ello, volvía a ocurrirme de nuevo, volvía a sentir asfixia y mi cuerpo abandonaba otra vez el acontecimiento vital de inspirar oxígeno.

No sabía dónde me encontraba, me costaba enfocar mi entorno. Un coche frenó de golpe mientras tocaba el claxon. Le enseñé mi dedo corazón por encima del hombro y continué caminando. «Caminante no hay camino se hace camino al andar... Caminante no hay camino se hace camino al andar...». Empecé a repetirlo una y otra vez como si de un mantra se tratara. Mi pánico iba en aumento. Extraje mi móvil e intenté desbloquearlo, pero no recordaba cómo hacerlo. Grité de impotencia, o tal vez lo pensé. Sentí una enorme frustración y me detuve mientras respiraba; no podía olvidarme, mi corazón seguía bailando a un ritmo enloquecido bajo mi pecho, y se negaba a descansar.

En medio de todo ese torbellino de sensaciones y pensamientos dispares, no podía parar de hacerme una y otra vez la misma pregunta: ¿se habrían besado Elvis y Azul? Mi teléfono no paraba de vibrar y sonar, pero no quería enfrentarme a los demás. ¿Habría respondido París a mi mensaje? El móvil volvía a estar en mi mano, pero no podía desbloquearlo, y cuando lo conseguí, se apagó. Lo guardé en el bolsillo y empecé a caminar de nuevo. Cuanto más andaba, mejor me sentía... hasta que mis pies se enredaron con un bordillo y caí al frío asfalto. Es entonces cuando cerré los ojos... y me rendí.

Una semana antes...

—Creo que está muerta —dijo Toni. Tenía la fregona en la mano sin escurrir. Olía a meado.

—Aléjense, dejen espacio —dijo Jacob. Se le veía nervioso y angustiado—. Félix, llama a una ambulancia, rápido, sal a la calle para que tengas mejor cobertura. ¡Ya! —gritó al ver que no se movía, estaba como hipnotizado.

Éramos muchos los que estábamos allí plantados, mirando cómo el charco de sangre que había bajo su cabeza seguía expandiéndose. La pierna la tenía rota, era imposible que el ser humano la contorsionara de aquella forma.

Vi a Michael sonreír. Fue un momento breve, pero me bastó para descubrir la maldad de su ser.

La ambulancia tardó menos de cinco minutos en llegar. Se la llevaron en una camilla, el tiempo era primordial. Escuché decir a un paramédico que tenía pulso, aunque muy leve. Azul se fue con ella en la ambulancia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sucre. No había visto nada.

—¿De dónde sales tú? —inquirió Félix.

—Se han llevado a la Teniente. ¡No te extrañe que la casque! —dijo el encargado del almacén.

—Bicho malo nunca muere —aseveró Michael.

Me alejé de ellos, no quería escuchar ese tipo de comentarios. Me fui a dormir a casa de Elvis. Nos duchamos juntos, después nos cepillamos los dientes. En el cuarto de baño había un cepillo de dientes mío y, antes de irnos a dormir, lo hicimos por vigesimotercera vez. Sé que la gente no cuenta este tipo de cosas. Elvis se sorprendió cuando le dije que llevaba la cuenta, si queríamos tener una relación sana y sincera había que contarse hasta los pequeños detalles.

Al día siguiente fui al Hospital Clínico y Provincial de Barcelona. Elvis me acompañó, pero esperó en la calle. No le gustaban los hospitales ni el olor que desprendían. Pregunté en la recepción por la paciente Olivia Xantana, continuaba en estado crítico. Al subir me encontré allí a Azul.

—¿Cómo está?

Me encontraba en una pequeña sala de espera y podía observar a Olivia desde una mampara de cristal. Tenía un montón de cables conectados a su cuerpo, incluso un tubo metido en la boca. Su respiración era mínima, las máquinas la ayudaban a ventilar.

—¿A ti qué te parece? —dijo Míster Arrogancia.

—No soy médico, ni he hablado con ninguno de ellos —le solté—, ¿quieres hacer el favor de decirme cómo se encuentra?

—Está muy mal. ¿Satisfecho? —dijo. No apartaba la mirada de ella, como si hacerlo la pudiera perjudicar—. Ha entrado en coma, no saben si despertará.

—¿Has avisado a sus padres? —pregunté.

—¿A sus padres? Sus padres murieron cuando era pequeña.

—¿Y no tiene familiares?

—No.

—¿Has llamado a Estrella?

Al decir su nombre, Azul giró la cabeza. Había furia en su mirada. Miró con desprecio la camiseta que llevaba; lucía un unicornio estampado, un regalo con el que Elvis me había obsequiado unos días atrás.

—A esa traidora déjala tranquila.

No hice más preguntas, solo obtenía respuestas hostiles. Estuve unos minutos contemplándola, parecía dormir.

—¿Traigo ropa o alguna otra cosa? —Decidí romper el silencio.

—No, iré yo mismo mañana a recoger algunas cosas.

—¿A qué hora?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque trabajo —le indiqué—. Si no estoy... ¿cómo te voy a abrir la puerta?

—Tengo una copia de la llave —dijo.

Sus palabras estaban afiladas como un cuchillo. Asentí y me giré para salir de aquel espantoso lugar. Pero antes necesitaba saber algo.

—¿Qué quieres de Elvis? —pregunté. Nuestras miradas se batieron. Ninguno quería hablar o desviar la mirada—. ¿Lo vas a dejar tranquilo?

—El corderito lo quiere todo —dijo con desprecio—. Primero me robaste a París, y luego hiciste lo mismo con Elvis.

—¡Yo no te he robado nada!

—París y yo estábamos liados hasta que tú te interpusiste entre nosotros, ¿te enteras? Eclipsaste a Olivia, aunque tardó poco en calarte bien, y lo mismo pasará con Elvis.

Estaba asimilando sus palabras, suponía que tenía la mandíbula abierta. Tras el cristal, Olivia descansaba hasta el infinito y más allá.

—Lo siento —dije.

—Márchate.

Y eso es lo que hice, marcharme. Mientras bajaba las escaleras del hospital, una idea empezó a cobrar sentido en mi cabeza.

Disfruté al respirar el aire frío. Elvis estaba sentado sobre un muro, con las piernas colgando. Estaba silbando, era una melodía sin sentido, ¿sería de alguna canción suya?

Llamé a Estrella. Tenía el móvil apagado o fuera de cobertura, como siempre que intentaba contactar con ella. Después llamé a Dima.

—Привет [26], Rómulo. Qué sorpresa.

—¿Qué tal? ¿Estás en la ciudad?

—Estoy en Torrelles, visitando Cataluña en miniatura con Serah.

—¿A qué hora vendréis aquí?

—¿A Barcelona?

—Sí.

—No lo sé, en un par de horas, supongo. ¿Por qué?

—Necesito un favor.

—Lo que sea —dijo Dima. Sabía que haría cualquier cosa por mí, al igual que yo por él. Me giré y comprobé que estaba solo.

—Necesito la llave que te pedí que guardases. ¿La tienes?

—En lugar seguro, como me dijiste. ¿Quieres que te la lleve a casa?

—Sí.

—Vale, te llamo en un rato. Adiós.

—*Bye* [27].

Elvis estaba a dos metros de mí, sin percibir que lo observaba. ¿Qué estaría pensando? Me hubiera gustado hacerle el amor allí mismo, y pensé en la palabra «amor». ¿Había amor entre nosotros? Había cariño, ¿pero amor? No lo sabía. Quería quererlo, amarlo... pero descubrí que no sufriría mucho si me dejaba por Azul en ese momento. Me sorprendió lo frío que podía resultar a veces, quizá fuera porque la vida era frágil, y el amor el sentimiento más intenso que existe; y cuando uno dudaba..., era que no había amor. ¿O me equivocaba?

Puse mis manos en sus hombros y empecé a masajearlos. Levantó la cabeza, sonreía. Me recordaba a la sonrisa de un niño, sus dientes parecían de leche, su mirada era tierna, infantil. Pasaría mi vida entera junto a él siempre que pudiera ver aquella sonrisa tan sincera, aunque no estuviera enamorado. ¿Qué era el amor, después de todo?

Le expliqué un poco por encima cómo estaba Olivia, pero omití el encuentro con Azul. No quería que supiera que estaba allí. Cogimos el bus y me invitó a dormir a su casa, aunque decliné la oferta: tenía que

descubrir algo. Dima me había enviado un SMS y se pasaría sobre las nueve de la noche por casa. Faltaba poco más de una hora para descubrir que había tras la puerta cerrada con el candado. ¿Por qué no la había abierto antes? Tenía miedo de que Olivia descubriera que había estado en el interior. ¿Cómo supo que Estrella había entrado? Olivia estaba trabajando, ¿cómo pudo darse cuenta entonces? ¿Quién puso la llave en el interior del libro *Tigre blanco*? ¿Realmente la había dejado Estrella? ¿O era una trampa de Olivia?

Me despedí de Elvis. Le besé en los labios con los ojos cerrados. También los tenía él, no pude evitar pensar que París los solía tener abiertos. Es verdad eso que dicen de que el pasado devora al presente. Observé cómo se marchaba, se giró una vez mientras caminaba para volver a despedirse de mí; si lo hacía una segunda vez significaba que estaba loco por mí, así que no me moví hasta perderlo de vista. Contuve la respiración y esperé, pero no volvió a girarse.

Llegué a casa y seguía sin haber ninguna pertenencia mía alrededor, solo en mi dormitorio. ¿Era eso compartir piso? ¿Y si daba una fiesta? Escuché algo de música mientras esperaba que llegaran las nueve de la noche.

Sonó mi móvil, era una llamada perdida de Serah. Bajé hasta la esquina donde me recogieron. Al subirme al coche, sonaba una canción de hip hop, y para mi sorpresa reconocí la voz femenina que cantaba: era la Mala Rodríguez, aunque no sabía qué tema interpretaba, intuía que era *Por la noche*.

Dima me dio la llave; me apeé enfrente del portal y me despedí de ellos. Iban a cenar a un restaurante del centro. Me invitaron a ir, pero me negué.

Volví a subir las escaleras, esta vez de dos en dos, pensando en todas las veces que las había subido y las pocas que me quedaban. Introduje la llave en el ojo de la cerradura y giré la llave. La puerta se abrió y se dispararon mis palpitaciones. Estaba a punto de averiguar el mayor secreto de Olivia. Caminé hasta el pasillo principal e introduje la llave en el candado... la giré y este se abrió. Agarré el pomo y empujé hacia dentro la puerta. Y entonces...

Una semana después...

—Despierta.

Escuché. Había perdido la conciencia. Desconocía por cuánto tiempo, solo lograba recordar que había tenido una especie de sueño en el que miraba mi vida a través de un caleidoscopio montado sobre un unicornio volador, y escuchaba el picoteo continuo de un pájaro carpintero mientras alguien presionaba mi diafragma y metía las manos en mis bolsillos.

—Abre los ojos.

Los abrí. Una luz cegadora me impedía ver dónde estaba. Poco a poco pude vislumbrar que seguía tirado en el asfalto de una carretera. Había un niño de rodillas a mi lado.

—¿Quién eres? —pregunté

—¿No me reconoces? —me interrogó él.

—¿Tomy?

Él asintió. Me dio una cachetada en la cara.

—Levántate y continúa respirando. Vamos... sigue caminando.

Y es lo que hice. Me incorporé y empecé a andar de nuevo. A los pocos minutos, no podía detenerme, no podía dejar de colocar mis pies uno delante del otro. Dudaba de si me había caído y perdido la conciencia, todo seguía dándome vueltas. Era todo muy confuso. No tenía sueño ni me sentía cansado, pero mi cabeza seguía girando como una noria, y tenía que seguir regulando mi respiración. No sabía muy bien dónde estaba. Me detuve ante la parada de un autobús para ver dónde me encontraba, pero no podía enfocar el mapa ni leer nada. Me temblaban los ojos, veía borroso y no conseguía distinguir bien las cosas de cerca. Mi cuerpo entero se agitaba, estaba temblando. Escuché unos pitidos de auto detrás de mí, no presté atención. Continué caminando unos cien metros, mientras las señales auditivas del claxon seguían taladrando el silencio.

—¡Auuuuu! —escuché.

Esta vez me giré, tenía que ser alguien de Infierno. Me pregunté a quién de todos ellos me hubiera gustado ver: a Elvis, por supuesto.

—¡Lobito! —Era Adam montado en una tartana, un Renault 5 de color rojo. —¿Qué haces aquí? Pareces un zombie.

—¡No soy un zombie! —grité—. ¿Eres real? —Tenía que asegurarme, podía ser otra alucinación.

—¿Qué coño te has metido?

—Buah. No lo sé —dije.

Expulsé aire por la boca. Tenía que concentrarme en respirar.

—Anda, sube, que te llevo a donde quieras.

—Pensaba ir caminando.

—Sube —repitió.

Abrió la puerta. Sobre el asiento en el que me tenía que acomodar había varias revistas. Me coloqué sobre ellas y, al momento, el coche empezó a moverse. No fui capaz de ponerme el cinturón de seguridad.

—¿A dónde vas? —preguntó Adam.

—A casa.

—Qué mal hueles, *pa´*.

El coche estaba lleno de latas de cerveza y bolsas vacías de patatas fritas. También cajas de hamburguesas de Fast Queen y botellas de agua estrujadas. Miré la parte trasera y era todavía peor: incluso había una pequeña televisión de tubo sobre uno de los asientos. Era el coche más sucio en el que me había montado.

—¿Te ha dejado Dima su coche?

—¿Cómo? —preguntó Adam.

—¿Por qué está esto tan sucio?

—Y qué carajo sé yo. El carro no es mío.

Adam siempre me ponía los pelos de punta. Iba siempre rapado, con su barba bien recortada. No tendría que haberme montado en su automóvil. La cabeza me seguía dando vueltas.

—Tengo miedo a las serpientes, como Indiana Jones. ¿Dónde estamos? —solté.

—¡Vaya ciego que llevas, tronco! Estamos en Sant Boi. ¿Qué te has metido?

—Jack Daniel´s y una pastilla roja.

—Me estás dando una envidia... Abre la guantera, anda. —Hice lo que me decía—. Tengo un poco de polvo blanco.

El coche se detuvo ante un semáforo, logré ver la luz roja. Estaba concentrado en inhalar aire, era una ardua tarea para mi sistema respiratorio en ese momento. Adam se abalanzó sobre mí, el aliento le olía a tequila. ¿Y si me besaba? Saldría corriendo, estaba a punto de hacerlo, de agarrar la manilla, abrir la puerta y marcharme de allí. Quería correr, correr hasta vomitar de nuevo.

Extrajo una placa de metal. La abrió y sacó una bolsita pequeña. Vació un poco en la placa y lo esnifó por la nariz con un tubito.

—Esto me pone las pilas. ¿Quieres?

—No, gracias.

—Venga, no seas marica.

—A mucha honra.

La luz del semáforo continuaba en rojo. El conductor de al lado era una mujer de unos doscientos años; me miró a los ojos y apartó la vista inmediatamente. Escuchaba una melodía, me di cuenta de que tenía puesto un casete que se estaba reproduciendo. Sonaba la canción *Tus labios*, de Manuel Malou; conocía la melodía por Claudia, la amiga de mi hermana. Pensé en Elvis, suspiré, no quería llorar. Lo habíamos dejado. Elvis era sordo. Elvis era especial. Y yo un capullo.

—¿De dónde vienes?

—De casa del conde —contesté.

Estábamos en movimiento, no era consciente de cuándo había sucedido, de cómo el coche se había puesto en marcha. Me fijé en las manos de Adam, que sujetaban el volante mientras lo golpeaban al

ritmo de la música. Le faltaba un dedo en la mano izquierda.

—¿Dónde está tu dedo angular? —pregunté mientras contenía la risa.

—Me lo cortaron hace muchos años.

—¿Por qué?

—Perdí una apuesta.

—¿En serio?

—¿Nunca has visto a una persona con diecinueve dedos? ¡Mierda! ¡La pasma!

—¿Quién?

—Los perros, coño, están parando a algunos coches —dijo Adam.

Puso los intermitentes y se detuvo en el arcén. El tráfico era algo denso, estábamos en la entrada de Cornellà.

—¿Por qué te detienes?

—Porque si nos paran estamos jodidos.

—¿Por qué? —pregunté. Intenté apoyarme para ver dónde estaba la patrulla. A unos trescientos metros, en la siguiente rotonda, había un dispositivo montado, formado por dos vehículos de los *mossos d'esquadra*.

—El coche es robado.

—¿Has robado el coche?

—Me lo han dejado, ya te lo he dicho. Le han cambiado la matrícula. No tiene seguro ni papeles.

—Joder.

—Y yo no tengo carné de conducir, me quedé sin puntos hace tiempo. Creo que se están fijando en nosotros.

Abrió la guantera, cogió algunas cosas y se las guardó en su chaqueta.

—¿Qué haces? —pregunté yo.

—Mira, tenemos tres opciones: una, ir y que nos trinquen; dos, marcha atrás y escapar; y tres, salir cagando leches, que es lo que voy a hacer.

—Nos están señalando.

Uno de los agentes fue a su coche a informar por radio.

—Tenemos que irnos —apremió Adam.

—Espera —le pedí.

—Yo me voy. Tú haz lo que quieras.

Salió del coche, y antes de cerrar la puerta, dijo:

—Hay un cadáver en el maletero.

Pasó un camión pitando y casi lo atropella. Cruzó el coche por delante y se adentró corriendo en un descampado. Cogí aire y salí a toda prisa, ni siquiera cerré la puerta; me metí a toda velocidad por el sendero que había entrado él. El viento golpeó mi cara y me sentí fresco. Escuchaba sirenas de la policía a mi espalda.

—¡Mierda! ¡Que vienen! ¡Separémonos! —dijo, y corrió en otra dirección. Yo iba recto, atravesando el descampado; tenía que recorrer unos cuatrocientos metros y los hice más rápido que una bala, mientras un coche patrulla me seguía. Salté la cerca y corrí por la acera dos manzanas más, para luego girar a la izquierda; vi un portal abierto y entré. Empecé a subir las escaleras hasta llegar a lo más alto, mientras gritaba: «¡He ganado!».

A las dos de la tarde me desperté a oscuras en una escalera, había estado cerca de tres horas en un duermevela. Seguía en crisis, no podía respirar con normalidad. Tenía que superar aquella situación. Decidí que desde aquel día siempre llevaría conmigo el escarabajo que Elvis me había regalado. ¿Cómo era posible que lo hubiéramos dejado? No podía explicarlo. Quizá podría deshacer el entuerto, pero empezaría por comprobar mis bolsillos. Encontré un móvil sin batería,

las llaves de casa, un billete de diez euros arrugado... ¿Dónde estaba mi cartera? ¡La había perdido! Esperaba que no fuera en el interior del coche de Adam, no tenía ninguna otra relación con dicho vehículo. Llevaba un cadáver en el maletero, ¿lo había dicho o lo había soñado? El camión había pitado, casi le atropella. De vez en cuando, la luz de la escalera se encendía. Elvis no iba a creerse todo lo que me estaba pasando. No estábamos juntos, ya no éramos nada. Cuando noté que empezaba a respirar bien y mi cabeza no daba tantas vueltas me atreví a descender las escaleras. Salí de la portería, y entré en un bar. Pedí un bocadillo de lechuga con tomate, era lo más vegetal que tenían; lo acompañé con un botellín de agua.

Cogí el periódico y lo hojeé mientras devoraba el bocadillo, intentando leer alguna noticia que llamara mi atención. La televisión estaba encendida dando las noticias. Eran las tres y cuarto de la tarde. «Noticia de última hora: encuentran el cadáver de una nueva víctima del Robacorazones. Es la víctima número cuatro, el cuerpo ha sido hallado esta misma mañana...». Se hizo un silencio inmediato en el bar, todo el mundo contemplaba la caja tonta. El camarero cogió el mando a distancia y subió el volumen. Habían encontrado el cadáver hacía unas horas escasas. «Por favor, que no estuviera en el maletero de un coche», pensé. «... en la montaña del Tibidabo por varios excursionistas. El cuerpo presentaba varias mutilaciones...». Exhalé aire, sintiéndome aliviado, para luego quedarme clavado cuando escuché el nombre de la víctima. «... el nombre de la cuarta víctima es Eric Cruz Arias».

Una semana antes...

Abrí la puerta y entré. La habitación estaba vacía, no había nada en el interior. Ni un mísero mueble. Me fijé en que delante de la puerta, en la esquina superior, había una cámara de video y estaba grabando, pues exhibía una luz parpadeante de color rojo. Olía a amoníaco. En el rincón opuesto de la habitación había un libro: *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Llevaba meses buscándolo. Miré en el interior del libro y encontré el sobre con la carta para Aurora que me había entregado mi abuelo unos días antes de fallecer. El sobre ya no estaba cerrado, alguien había leído el contenido de la misiva y secundé su ejemplo.

17

Permanecí sin respirar unos segundos mientras contemplaba y escuchaba a la joven periodista que se había desplazado hasta la

montaña del Tibidabo.

«Los padres de la víctima denunciaron la desaparición hace tan solo tres días, a primera hora de la mañana. La noche anterior, es decir, el miércoles 23 de diciembre, tuvo una cita con un desconocido y jamás regresó a casa. Sabemos también, por un amigo cercano a la familia, que sus padres encontraron extraño que su hijo no les enviara ningún mensaje informando de que no iba a pasar la noche en su domicilio...».

Salí del bar, no podía seguir escuchando a la tal Guadalupe Cazalla. Eric estaba muerto, jamás volvería a pedirme un cua-cua; había sido la cuarta víctima del Robacorazones. Llegué al piso de Olivia pasadas las cinco de la tarde, puse mi teléfono móvil a cargar y me bebí a morro de la garrafa más de un litro de agua, sin importarme que resbalara por mi barbilla y mojara las baldosas de la cocina. Después encendí mi teléfono. Recibí un mensaje con la hora de todas las llamadas que había recibido. Tenía también varios mensajes de texto. Sonó mi móvil al instante: era Dima. Descolgué el teléfono.

—¿Dónde estabas, capullo? Tienes a todo el mundo preocupado.

—Me quedé sin batería. Estoy bien.

—¿Te has enterado? Eric está muerto —dijo Dima.

Estaba a punto de romper a llorar, no quería hacerlo, sentía que me iba a estallar la cabeza. Caminé hacia mi habitación, quería tumbarme, cerrar los ojos y olvidar la pesadilla de día que estaba teniendo.

—Pon la televisión, están hablando de él en todos los canales.

—Me voy a dormir, estoy... —No podía decir que estaba muerto de cansancio, hubiera sonado algo mezquino por mi parte—... hecho polvo, acabo de llegar a casa.

—¿Ahora? ¿Qué te ha pasado? ¿Vas a ir a hablar con la policía?

—¿Por qué debería hablar con ellos? —pregunté.

Me senté en la cama, empecé a inclinarme y mis ojos comenzaron a cerrarse como los de un muñeco. Nunca me había sentido tan cansado, abatido y triste.

—¡El miércoles quedaste con él! ¡Fuiste la última persona que lo vio con vida! Tú mismo me comentaste antes de ayer que era raro que no viniese a la discoteca, que era el primer viernes que no venía a Infierno, que estabas seguro de que le había pasado algo. ¿Rómulo? ¿Estás ahí? ¿Me escuchas? ¿Hola?

***

Habíamos quedado pasadas las once de la noche enfrente de Babia, el restaurante en el que trabajaba entre semana. Él llegó andando, vivía con sus padres en El Born. Me cogió de las manos al verme y me saludó con dos besos.

—No puedo creer que hayamos quedado —dijo sonriendo.

Recuerdo que estaba algo sudado porque habíamos tenido mucho trabajo, seguíamos teniendo muchas cenas de empresa y grupos de amigos que se juntaban antes de que entrara la Navidad. Me habían pedido que me quedara hasta el cierre, pero me negué; había hecho una promesa y nunca había roto ninguna. Quizás faltase a la que le hice a mi abuelo en su lecho de muerte, pero esa es otra historia y debe ser explicada en otro momento.

Eric vestía un traje oscuro sin corbata y unos zapatos negros brillantes. Llevaba una gabardina negra, parecía un detective sacado de una película antigua. Me dijo de ir a tomar algo, pero no me apetecía entrar en un bar, acababa de salir de uno. Le propuse pasear por el barrio Gótico y por el Raval mientras comíamos unas pipas sin sal que llevaba en el bolsillo de mi sudadera con capucha.

—¿Vas a ensuciar la calle de cáscaras de pipas? —preguntó.

—Las puedo guardar en esta bolsa de plástico —dije con cierta ironía. Extraje una bolsa de uno de mis bolsillos.

—Vale, gracias. Dame unas cuantas entonces. Hace años que no como pipas.

—Las pipas me vuelven loco, aunque no tanto como a Fox Mulder.

Creía recordar que Expediente X era una de sus series favoritas.

—Yo prefiero los cacahuetes —contestó Eric.

Estaba situado a mi izquierda. Caminábamos sin prisa, no había mucha gente por la calle debido al frío y a la hora.

—¿Cómo fue el trabajo?

—Bien. ¿Tú trabajas?

Él sabía que tenía dos trabajos, incluso sabía dónde se ubicaban, cuál era mi ciudad de origen y muchas otras cosas más de mi vida. En cambio, yo apenas sabía nada de la suya. Supongo que no tenía el mismo interés en saberlas. Por las pocas palabras que cruzábamos en Infierno, podría decir que él era un chico educado y considerado. Procedía de una familia adinerada, era tímido cuando estaba sobrio y le gustaba mezclar el 43 con Cointreau. ¡Ah! Y acompañarlo con Zeta-cola.

Esa noche descubrí que trabajaba de tanatopractor, que le gustaban las películas de terror y que consideraba *Los pájaros*, de Alfred Hitchcock, la película más terrorífica de todos los tiempos.

—No la he visto —contesté.

—Podríamos verla juntos.

—¿Cuál es tu color favorito? —pregunté para desviar el tema.

—El verde.

—Pero... ¿qué tono de verde?

—¿Qué tono de verde? —cuestionó Eric con cara de extrañeza.

—¡Sí! ¿Qué tono de verde?

—¡Superverde! —contestó entre risas.

Seguimos hablando sobre trivialidades, hasta que me preguntó cómo haría del mundo un lugar mejor. Empecé a darle la chapa sobre mi filosofía de vida; lo injusto que era experimentar con monos o hámsteres para la investigación y la elaboración de una crema hidratante que luego se vendía por cuatro duros en el supermercado de la esquina; cómo explotaban a las vacas para robarles su leche o en qué condiciones vivían los pollos de las granjas industriales.

Me llamó hipócrita, me preguntó si sabía que muchos granjeros mataban topos, conejos, ratones u otros animales silvestres para que no devorasen sus cosechas; si sabía que gracias a la muerte de algunos animales en los que probaban medicinas salvaban después vidas humanas, que ser vegano no me hacía mejor persona.

—¿Cuándo he dicho eso? —pregunté enojado.

—¡Es por tu forma de hablar! Hablas con superioridad, como si los que comemos carne fuéramos... ¡unos cavernícolas prehistóricos! ¡Tienes que respetarnos!

—¡Y lo hago! —Estábamos casi gritando, había varias personas que nos miraban con curiosidad—. ¡Mi novio come carne!

—¿Tienes novio? —preguntó estupefacto.

—No —respondí. Su cara era todo un poema—. Sí, no sé. Es complicado. Estoy con alguien, pero él no quiere que nadie lo sepa.

—¿Está dentro del armario? —preguntó.

—Nuestra relación está dentro del armario, todo el mundo sabe que él es gay.

—¿Entonces?

—Es complicado. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo harías tú el mundo más bello?

—Daría más importancia a las bibliotecas que a los bancos.

—¿Te gusta leer? —pregunté sorprendido.

—Los libros son mi pasión. ¿A ti?

—Los libros son mi pasión —repetí, y los dos empezamos a reír.

La siguiente hora estuvimos hablando sobre nuestra afición a la lectura, y discutiendo cuáles eran las mejores novelas de todos los tiempos. Me acompañó hasta una parada de autobús en la que iba a coger el Nitbus para ir a casa. Él iría a la suya caminando, estaba relativamente cerca.

—¿Vendrás mañana a Infierno?

—No creo, es Nochebuena. Pero el viernes me tendrás pidiéndote algún cua-cua que otro. Eso seguro.

Me monté en el autobús nocturno y agité mi mano para despedirme de él, una vez estuve sentado. Y lo perdí de vista. No hablamos más. El viernes no vino de fiesta a la discoteca; fue extraño, aunque ni siquiera intenté contactar con él. Ya estaba muerto, le habían arrancado el corazón de cuajo.

El primer viernes que trabajamos, después de que encontraran el cuerpo sin vida de Eric, fue una noche frenética en muchos sentidos, y no solo porque fuera el último día del año —que también—, sino por el morbo. Él nos visitaba cada viernes y algún sábado. Muchos trabajadores y clientes lo conocíamos. Estuvimos desbordados toda la noche. Faltó poco para que llegase a las quinientas copas servidas, muchas de ellas eran botellines de cerveza a cuatro euros la unidad.

De las cuatro víctimas del Robacorazones, dos eran clientes fijos de Infierno, y se había confirmado por la prensa que todos tenían inclinaciones homosexuales. ¿Era homófobo el psicópata? Era la gran pregunta que se hacían todos los periodistas.

Trabajábamos con dificultad, debido a que estábamos desbordados por la multitud de clientes. Encima recibimos una auditoría por parte de Sofía; venía personalmente a certificar las cualidades de nuestro entorno de trabajo. «¡Has escogido la peor noche del año!», le gritó Adam a la cara, aunque ella ni se inmutó.

—Es una nefasta noticia lo que ha ocurrido con vuestra encargada —nos dijo a Dima y a mí cuando entró en la barra en la que trabajábamos.

El accidente había tenido lugar dos semanas después de que nos hubiera dado el curso de prevención de riesgos laborales.

No tenía mucho tiempo para responder a sus preguntas impertinentes, ni tampoco para dialogar con mis compañeros de trabajo. La barra estaba repleta de clientes esperando a ser servidos, y seguían llegando más y más. De vez en cuando, miraba hacia el fondo sin posar mis ojos mucho tiempo en los de otra persona, y es cuando pasó. Cuando lo vi. ¿Qué posibilidades tenía de verlo allí? ¿Una entre tres millones? Nos miramos a los ojos fijamente. Estaba a varios

metros de distancia de la barra, había muchas personas a su alrededor. Me froté los ojos, ¡no podía creer lo que veía! Cuando volví a mirar había desaparecido, ya no se encontraba allí. Pasó todo muy rápido. Lo busqué, había decenas de personas, pero ninguna era él. No me había fijado en cómo vestía, pero estaba seguro de haberlo visto, y él, me había reconocido, ¿Por qué no había venido a saludarme? Estuve toda la noche buscándolo con la mirada, pero no lo volví a ver más. Aunque estaba seguro de que era él; mi amor platónico: Dani. Y estaba en la discoteca. No podía parar de preguntarme: ¿será gay?

—Chico, ¡préstame atención!

Era Sofía quejándose de dónde teníamos la cubitera. Previamente, había refunfuñado por las botellas de cristal, estaban cerca del borde de la estantería y podían caerse con facilidad. Por otro lado, los altavoces se encontraban muy cerca, tendríamos que trabajar con unos tapones especiales para los oídos para no tener problemas auditivos en el futuro.

Intentaba escucharla, pero no podía concentrarme; mi cuerpo temblaba de excitación, mi estómago tenía enredado un manojo de nervios, podía sentirlos, en cualquier momento podría venir Dani a saludarme. ¿Qué le diría? Tenía claro que le daría dos besos, volvería a tocarle, y estaba vez no sería un accidente.

Dima notó algo diferente en mí, derramé varias bebidas. Sentía ansiedad, quería saltarme el mostrador y zarandear a todos los chicos que estuvieran de espaldas hasta encontrarlo. Estaba seguro de haberlo visto, incluso hubiera puesto la mano en el fuego, pero a medida que pasaban los minutos y no conseguía verlo de nuevo, empezaba a dudarlo. ¡Nos habíamos mirado a los ojos! ¡Era él! No había duda.

—Joven, ¿me está escuchando? —quiso saber Sofía.

La miré e intenté sonreír. La verdad es que no había escuchado nada de lo que me había dicho. Mi corazón palpitaba de forma extraña.

A lo largo de toda la noche, escuché el nombre de Eric varias veces, algunas en boca de ciertos clientes, otras porque me preguntaban si lo conocía y sobre qué solíamos hablar. Sus amigos, con los que acostumbraba a venir cada viernes, no asistieron a la fiesta. ¿Seguirían acudiendo a Infierno para divertirse en un futuro?

¿Estarían al tanto de que había quedado conmigo la misma noche que desapareció?

—Hola —dijo París.

—¡Vaya! —contesté sorprendido. ¿Ya eran las cinco y media de la mañana?, la noche había pasado volando—. ¿Qué te pongo?

—Muy gracioso.

Empecé a preparar su piña colada. Mientras le servía, pasó Elvis con una caja de cervezas Duff en la que estaba poniendo vasos vacíos de tubo o botellas de cerveza. Nos miramos. Lo echaba de menos, quería besarlo, tocarlo, hablarle. No había comprendido lo que tenía con él hasta que lo habíamos dejado. Me saludó inclinando la cabeza, se le veía radiante, más guapo que nunca; supuse que por fin había conseguido al chico de sus sueños. No habíamos vuelto a hablar desde que el domingo anterior lo tratara con desprecio. En mi móvil tenía varios mensajes de él de aquella fatídica mañana, pero los borré sin leerlos por vergüenza. Continuó andando, y se perdió entre la muchedumbre mientras dejaba que París tejiera una red alrededor de mí.

Una vez cerramos al público y empezamos a recoger, Adam nos reunió a todos los camareros en el centro de la pista; una vez allí, nos echó un rapapolvo por habernos cambiado de barra a nuestro antojo sin su consentimiento. Abraham lo había nombrado encargado de sala (seguía siendo también el responsable del almacén), y teníamos que respetar cómo nos distribuía entre las tres barras. Michael se lo tomó a risa, y Adam amenazó con tenerlo toda la noche limpiando los servicios. Se calló en el acto.

—Cuando yo hablo, todos callan. Si tengo que ser un cabrón para ser respetado, lo seré. Me rompe las pelotas que solo con mano dura...

—Perdona, Adam —dijo Toni.

—¡*Hijueputa*! ¿Qué coño...?

Toni venía escoltado por varios policías. Adam no terminó la pregunta, todos estábamos expectantes. Pensé que venían a por él, que de alguna forma sabían que el domingo anterior conducía un coche robado.

—¿El señor Rómulo Muñoz Calvo? —preguntó el único que iba sin uniformar. Todos mis compañeros se alejaron de mí como si hubiera contraído la peste en un momento—. Tiene que acompañarnos a comisaría.

Me escoltó hacia su coche mientras todos mis compañeros se preguntaban por qué. Yo sabía la respuesta, aunque desconocía la razón de que hubieran tardado tantos días en venir a buscarme, y a las seis y cuarto de la mañana me monté en el coche patrulla. El viaje a comisaría fue incómodo, estuve sentado en la parte de atrás como si fuese un delincuente, imaginando lo que pasaría a continuación. ¿Sabrían también que había escapado de un coche robado y huido de los *mossos d´esquadra* la semana anterior?

—¿Quiere un café o algo? —me preguntó cuando entramos en su despacho y una vez me obligó a sentarme.

—No bebo café. Me gustaría comer algo.

—¿Quiere un donut?

—No, gracias.

Me dejó solo en su pequeña oficina durante cinco minutos. Observé la habitación y busqué algún espejo o cámara de seguridad, pero no lo encontré. ¿Me estarían vigilando en ese momento?

Entró con un café para él y dos donuts azucarados. Los dejó al lado de la mesa. Suponía que tenían grasa animal, por eso los había rechazado, aunque mi estómago gruñía de hambre.

—Soy el inspector Francisco Miranda, pero aquí todos me llaman Heisenberg. ¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó.

Asentí, mi reloj digital marcaba las siete menos diez de la mañana.

—Por Eric.

—¿Y sabes por qué?

—Porque fui una de las últimas personas en verlo con vida. —Nuestros ojos se miraron, había empezado un duelo.

—¿Y quiénes fueron las últimas personas? —me interrogó.

—La gente con la que se cruzara cuando nos dijimos adiós —repuse—... y el asesino.

—Quiero que me cuentes absolutamente todo.

Puso una grabadora en la mesa y le dio al *rec*. Le conté lo que recordaba, me sorprendió al preguntarme en qué momento de la noche habíamos mantenido una discusión.

—Nunca llegamos a discutir.

—Tengo varios testigos que afirman que elevaste la voz cerca de la Rambla del Raval a las doce de la noche —lo dijo consultando una libreta.

Le expliqué que no era del todo correcto, y que fue el único momento en que discrepamos.

—¿Dónde se conocieron?

—En Infierno.

—¿Cuándo fue?

—La noche del 1 de mayo del año pasado.

—¿Cómo se conocieron?

—Vino hacia mí y dijo: «Hola, ¿tu primera noche? Eres muy guapo». Le pregunté que quería y me respondió que un cua-cua con cola.

Me hizo una infinidad de preguntas más, algunas eran parecidas; después le conté todo lo que sabía de él. A las ocho de la mañana mi estómago rugía de hambre, sin olvidar que llevaba veintidós horas seguidas sin dormir, de las cuales había trabajado catorce.

El inspector Heisenberg era un hombre serio, de cara alargada y ojos pequeños que me resultaban muy familiares. Vestía un traje gris impoluto, sin arrugas. Usaba un reloj de pulsera muy peculiar, de fondo negro con agujas rojas sin números. Tenía los brazos cruzados, no tenía prisa alguna. Hablaba de forma pausada y serena.

—Volvamos a la parte de sus compañeros de trabajo. —Consultó su libreta—. Él conocía a Azul, Leo, Dima, Félix... ¿a quién más?

—No lo sé. Sus amigos tienen que saberlo mejor que yo.

—¿Por qué decidió quedar con él?

—Lo conozco desde hace tiempo... conocía, no sé. Me insistía mucho y... en el trabajo estoy trabajando. No podíamos hablar de forma tranquila.

—Aquí, sí.

—Sí. Ya no me siento nervioso. Pero tengo hambre... y sueño.

—Hablemos de Olivia. Su compañera de piso.

Inhalé aire y lo exhalé.

—Antes ha señalado que alguien la empujó. ¿Por qué puntualizó ese acto? ¿Vio a alguien?

—Porque la Teniente es meticulosa. Es imposible que cayera por las escaleras. Y el impulso, la vi caer rápido. Aunque claro puede que esté equivocado.

—¿Qué hizo después de despedirse de Eric?

—Ya se lo he dicho, me acompañó hasta la parada de autobús. Una vez lo perdí de vista me puse a leer *El niño del pijama de rayas*. Me dijo que el viernes vendría a Infierno, como siempre.

—¿Qué hizo después?

—¿Otra vez la misma pregunta? —Él asintió. Tenía la sensación de que me preguntaba algunas cosas hasta diecinueve veces—. Serían casi las dos de la mañana cuando llegué a casa. No hice nada especial, bebí agua a morro, desde que vivo solo hago todo lo que Olivia me tenía prohibido. Luego me lavé los dientes, hice pipí y me fui a dormir.

—¿Se cruzó con alguien? ¿Conserva el bono de transporte de aquella noche?

—No. Perdí mi cartera el domingo pasado, ya se lo he dicho antes.

—Pero no se acuerda dónde la perdió, y estuvo varias horas desaparecido con el móvil desconectado. No logra recordar por dónde anduvo. Y no hay ningún testigo que pueda corroborarlo. ¿Estoy equivocado?

—Le he dicho que acabé dormido en un edificio, estaba muy borracho... Y drogado, la primera y última vez en mi vida que tomo éxtasis. Se lo prometo. Me acuerdo de que me pedí un bocadillo de lechuga con tomate en un bar, puedo averiguar el nombre del bar, está cerca de la entrada de Cornellá.

Tenía la mirada baja, él estaba inclinado hacia mí. Me estaba empezando a dormir, bostecé. Me ofreció café por tercera vez.

—No tomó café, no me gusta.

—¿Quiere una Zeta-cola? ¿Un Bluebull?

—No tomo bebidas azucaradas. ¿Puedo ir al servicio y mojarme la cara, por favor?

Me dio las indicaciones y salí, eran cerca de las nueve de la mañana. La comisaría estaba medio vacía, al menos la parte superior, algo que me pareció normal: era el 1 de enero de 2010, todo el mundo estaría en casa de resaca. De camino al cuarto de baño, al fondo del pasillo, vi a una mujer rubia con una carpeta marrón en las manos. Hablaba con un hombre gordo y mayor que tenía una barba blanca. ¿Sería el comisario? Estaba de cara a mí, se quedó mirándome. La mujer se iba a girar, pero él la agarró del brazo y se lo impidió.

Seguí caminando hasta la puerta del servicio y entré a lavarme las manos y la cara con agua fría. Después oriné y volví al despacho del inspector Heisenberg.

—Me quiero ir a casa a dormir, señor.

—Le tengo que hacer unas cuantas preguntas más y después podrá marcharse.

Asentí resignado. Estuve hasta las once de la mañana

respondiendo todo tipo de preguntas. Al salir no recordaba ni de lo que habíamos hablado. Le había puesto al día hasta de la vida de mis padres, del abuelo Domingo... incluso de Aurora y Herminia. Incluso le conté lo de la habitación del candado en el piso de Olivia. Me hizo varias preguntas relacionadas con la estancia, aunque poco había que contar. Le expliqué quién era Estrella, que no sabía su segundo apellido ni dónde trabajaba. No la tenía agregada a mis contactos del Facebook ni disponía de su correo electrónico. Solo conocía su número de móvil, que siempre estaba apagado.

Cuando llegué a casa decidí ducharme antes de meterme en la cama. Tenía muchas llamadas y mensajes en el teléfono, pero no respondí a ninguno. Total, en unas horas volvería a trabajar en la discoteca y tendría que dar explicaciones a todo el mundo, en particular a mi hermana y a mi mejor amigo que estarían preocupados.

***

El mes de enero fue una locura en muchos aspectos. Un periodo de muchos cambios. El más importante es que ya no vivía en el piso de Olivia, compartía vivienda con alguien que bajo ningún concepto hubiera imaginado.

El otro giro en mi vida fue mi ruptura agridulce con Elvis. Nunca había sentido un vacío tan grande en mi corazón, ni siquiera cuando Dani desapareció de mi vida.

Interrumpimos todo contacto, y sentía miedo de no encontrar a nadie como él. Lo tenía todo cuando estábamos juntos, y no me di cuenta de ello hasta que ya fue demasiado tarde para luchar. Habíamos estado conectados a un gran nivel emocional, y se me revolvían las entrañas de saber que todo lo nuestro había llegado a su fin. A veces me martirizaba escuchando mi *walkman,* en especial una canción que me gustaba escuchar cuando estaba con él. *Stand by me*, de Ben E. King.

Intenté conservar la amistad con Elvis, pero era muy difícil; me costaba ser sincero, no podía hablar sin maquillar mis palabras y parecía que mi otrora amigo íntimo ahora me evitase a toda costa. Por otro lado, él tenía otro confidente, alguien a quien yo detestaba, aunque eso no era lo que me hacía hervir la sangre. Azul y él habían contado a todos que eran novios. Ese fue el dato que me faltaba para comprobar cuán diferente había sido nuestra relación a la que ellos tenían.

Actuábamos como dos extraños, como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros; mi premio de consolación era el colgante que me había entregado una noche estrellada de otoño y que siempre llevaba conmigo, al menos desde que casi había muerto por asfixia.

A mediados de febrero acabé engatusado una vez más por París. Caí en su tela de araña, y me lo follé en el cuarto oscuro de una discoteca gay. Ni siquiera era nuestra tercera cita. Nos encontramos allí de casualidad, yo había acabado en aquel lugar por insistencia de Leo, que tenía una cita con un hombre maduro y necesitaba que le acompañara en modo «carabina», por si algo salía mal. Nadie se fiaba de nadie, un asesino andaba suelto por la ciudad.

Acabé solo, bailando en la pista con un cubata en la mano mientras intentaba moverme al ritmo de la música; cuanto más embriagado estaba, más fácil me resultaba. Alguien cubrió mis ojos con sus manos: era París. Me dejé seducir, permití que me guiara hasta el cuarto oscuro de aquella discoteca, y allí, en plena oscuridad y rodeado de más personas, se lo hice como si fuéramos unos animales, mientras me tocaban la espalda y tenía que gritar que me dejaran en paz. Sonaba una canción que conocía a través de una película: *Trainspotting*. La canción era *Born slippy* de Underworld, y de fondo escuchaba gemidos por todas partes, incluidos los míos. París estaba apoyado en la pared invitándome a continuar más rápido, a que apresara su cuello con mis manos y lo retorciese. Y lo hice, lo embestí con una rabia inaudita, quería que gritara de dolor, de placer. Quería olvidar todos los románticos encuentros que había tenido con Elvis. Era a él a quién quería besar, a quien quería amar, a quién quería confesarle que, después de todo, tal vez —y solo tal vez— le amase, que sufría al verlo con otro. Pero todo eso era inconfesable y, por el contrario, allí estaba, fornicando con París y rodeado de desconocidos. Me sentí sucio y miserable una vez llegué al orgasmo. Y después de aquel encuentro, París me dejó tranquilo durante unas semanas, ya había conseguido mi néctar, aunque poco me importó.

A finales de febrero organizamos una cena y una salida al Carnaval de Sitges, porque uno de nuestros compañeros del guardarropa dejaba de trabajar con nosotros: Noah. De todos mis colegas en Infierno, era con el que menos había tratado. Tras la cena, cogimos un tren a Sitges, en el que Elvis y Azul estuvieron dándose besos durante todo el trayecto, lo que provocó que bebiera como un burro del lote de mi nueva compañera de piso, Amaranta.

Nos desperdigamos durante la Rúa para acabar de nuevo, todos

juntos, en la carpa de una discoteca que había en la misma playa. Mi hermana y Fanta también iban bastante tocadas.

Acabé sentado en un banco con Toni, Andrea y Michael. Estábamos haciendo el indio cuando de repente Toni se agarró el corazón, parecía que le estaba dando un infarto.

—¿Estás bien, Mari? —preguntó Michael.

Toni respiraba de forma agitada.

—Mi corazón.

Justo en ese momento llegaron Azul y Elvis. Venían de pasear por la playa cogidos de la mano. Empecé a beber más rápido mi cubata de whisky con agua. Azul se aproximó a Toni con preocupación.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Ya se me pasa —dijo Toni—. Tengo el corazón más grande de lo normal.

—Es una enfermedad. Lo sé yo —afirmó Michael.

—¿Qué tipo de enfermedad? —preguntó Azul.

Todos miramos a Michael, pero no respondió.

—Cardiomegalia —respondió Toni.

—¡Eso! ¡Lo tenía en la punta de la lengua! —exclamó Michael.

—¿Y en qué consiste esa enfermedad? —se interesó Azul.

Volví a la carpa con las chicas, no quería escuchar a mi archienemigo y menos verlo junto a Elvis. Al entrar me encontré con Amaranta.

—Mi *arma*, ¿dónde estabas? —Me plantó un beso en los morros y me cogió de la mano mientras me decía en voz baja—: aligera, tengo un plasta que no deja de molestarme. Busquemos a tu hermana.

***

Nuestra relación había cambiado de una forma espectacular. Todo empezó en Infierno la última noche del año, antes de que abriéramos

al público. Estaba en el almacén hablando con Adam sobre la pequeña aventura que habíamos tenido unos días atrás. Me hizo prometer que jamás contaría a nadie lo ocurrido, también me reveló que el cadáver que había en el maletero era una pata de jamón ibérico robada, que como siempre me había escuchado llamar de esa forma a la carne o al pescado, me gastó aquella broma. Justo en ese momento entró Amaranta.

—Me ha dicho tu hermana que quieres cambiarte de piso. —Asentí, no sabía muy bien qué decirle—. Es que estoy buscando a alguien, una de mis compañeras se vuelve a Córdoba.

Lo primero que pensé fue que bajo ningún concepto me iría a vivir con ella. En ocho meses que llevaba trabajando en Infierno, jamás habíamos cruzado más de dos frases seguidas. Lo dejé correr, pero a los pocos días me escribió un SMS al móvil: «*Quillo*, ¿sigues buscando piso para compartir? Puedes venir a ver el mío sin compromiso alguno. Está flama».

Al final acepté, fui a ver dónde vivía. El lugar estaba limpio, aunque no tanto como en el que yo había residido hasta entonces. Además, era grande y luminoso. Y no tenía ninguna habitación con candado. Estuvimos hablando largo y tendido durante toda la tarde.

—Me ha gustado esta charla. No me lo esperaba —dijo Amaranta.

—Yo también me he quedado sorprendido. Pensé que eras más superficial.

—Y tú un bicho raro.

Los dos reímos, y le conté lo que le había escuchado decir a ella y a Azul el día que nos conocimos en Copacabana.

—¡Qué mal me sabe, cari!

Amaranta compartía piso con dos chicas: Andrea (nuestra compañera de trabajo) y una amiga suya del sur de la península, que volvía a su ciudad natal.

Pensé que aquel asunto podía ser una trampa, una artimaña para dejarme en la calle con una mano delante y otra detrás cuándo llegara el momento, pero me di cuenta de que Amaranta era muy transparente: primero hablaba y luego pensaba. Quedamos dos veces

más para conocernos mejor antes de iniciar la mudanza. Acordamos dividir todos los gastos entre tres: alquiler y suministros. ¡Y podía llevar al piso a quién me diera la gana sin necesidad de avisar! También me entregaría una copia de la llave del buzón.

Mi convivencia con ella y Andrea era idílica. Ninguna de las dos ponía objeción alguna cuando les hacía alguna pregunta sobre el pasado de sus vidas. Cuando terminaba nuestra jornada laboral en Infierno y el desayuno en Ipanema, los tres nos volvíamos a casa juntos utilizando la línea roja del metro y, a veces, mi hermana se quedaba a dormir en el sofá-cama que teníamos en el salón principal. Ella se llevaba muy bien con las chicas.

Algo que me alegraba era que a medida que el tiempo iba pasando, su relación con Azul se había vuelto más fría. Ignoraba si era debido a que Amaranta y yo nos estábamos haciendo amigos o como pasaba con muchas personas, Azul solo tenía tiempo para su novio y no para sus amigos.

Llegó marzo, un mes que pasó volando, no hubo ningún asesinato como muchos periodistas habían pronosticado.

Empezó abril, mes que también avanzó rápido. Mi corazón empezaba a sanar, ya no me sentía tan triste y tenía la pequeña esperanza de volver a ver a Dani cualquier noche en Infierno.

Y llegó el 23 de abril, el día de la rosa. Ese día el Robacorazones asesinó a su quinta víctima, esta vez fue un trabajador de Infierno. Le habían arrancado el corazón, cercenado una mano y extraído un ojo.

La sala cerró por luto durante todo el fin de semana siguiente al que hallaran el cuerpo de nuestro compañero. Y cuando volvimos abrir, empezó el verdadero caos en la discoteca.

Estuvimos desbordados cada noche. Nos faltaba personal, incluso hubo alguna pelea en el interior de la sala, fueron las primeras peleas que presenciábamos. Jacob y sus tres ayudantes no daban abasto.

Venía mucha gente desde cualquier rincón de España, incluso del extranjero. Todos acudían por lo mismo: el morbo. Era oficial. El Robacorazones cazaba allí. Las cinco víctimas eran homosexuales, uno había trabajado durante muchos años en la discoteca y los otros cuatro también la habían visitado, dos de ellos de forma asidua. Periodistas, policías y curiosos empezaron a estar presentes durante

todas nuestras jornadas de trabajo. Porque el Robacorazones cazaba en Infierno.

18

Querer y amar son dos sentimientos diferentes. ¿Cuántas veces lo había escuchado en boca de mi hermana? Muchas. Pero no sabía cómo distinguirlos. Una noche pregunté sobre ello a Andrea, que estaba en el balcón de nuestro apartamento fumándose un cigarrillo Morley. Su respuesta me impactó.

—Cuando de verdad amas a alguien, estás dispuesto a dar tu vida por esa persona.

No podía quitarme esa frase de la cabeza, rebotaba entre mis sienes una y otra vez. Me di cuenta de que no daría mi vida por ningún chico. No amaba a nadie, era así de sencillo.

Desperté al día siguiente escuchando la voz de Chuck Berry a toda castaña. Amaranta debía haber cogido mi casete una vez más. Sonaba *You never can tell*, la canción que más le gustaba de todas las que contenía la cinta.

Me levanté desperezándome a la vez que me sacaba las legañas de los ojos y vislumbré a mi compañera de piso bailando. Estaba en ropa interior y exprimía algunos cítricos: naranjas, pomelos y limas.

—¡*Good morning*, señorita! —dijo nada más verme. Corrió hasta mí y me cogió de ambas manos, bailando y obligándome a ello. ¿De dónde sacaba toda esa energía?—. ¡Venga! ¡Muévete! *Pal laito*, y *pal ´otro*. Así, mírame. —Contorsionaba todo su cuerpo al compás de la música. Tenía el cabello húmedo—. Ahora tú, lo tienes que bordar. —Intenté imitarla, a la vez que escuchaba la letra de la canción.

C'est la vie, say the old folks, it goes to show you never can tell... [28]

—¡Puedes hacerlo mejor! —me animó Amaranta casi gritando, a la vez que sonreía y hacía el payaso. Acabé brincando como si mi vida dependiera de ello. Supongo que, si nos hubieran visto John Travolta y Uma Thurman se habrían escandalizado. Por suerte, solo Andrea lo hizo, y nos ovacionó una vez terminó la canción—. Gracias. Gracias —dijo Amaranta inclinándose hacia ella—. Ahora a papear, tengo listo el desayuno. Y después nos vamos los tres al gimnasio del tirón.

—Anoche volviste tarde, no te escuché llegar —comentó Andrea mientras se sentaba en la mesa de la cocina.

—Es que no vine a dormir —subrayó Amaranta, sonriendo y moviendo los hombros.

—¿Otra vez quedaste con el chico misterioso?

Eran las ocho de la mañana pasadas. Había decidido borrarme del Polideportivo Edén porque al estar en el otro extremo de la ciudad mi asistencia había disminuido. Por otro lado, Amaranta trabajaba de monitora de *fitness* en el nuevo centro deportivo al que me había apuntado. Su jornada laboral empezaba a las nueve, así que todos los días intentaba arrastrarnos a Andrea y a mí. Andrea trabajaba enfrente del complejo deportivo, en una peluquería de las buenas, de las que te traen café o un té mientras esperas.

Me gustaba tener la misma rutina cada día, me proporcionaba estabilidad, aunque estuviese todo el día ocupado de un lado para otro. La convivencia con las chicas era genial, podía llevar al piso a quien quisiera, pero solo Abril y Dima habían ido a visitarme. Este último a veces estaba esperándome en casa cuando llegaba de trabajar de Babia por las noches. Quedábamos con menos frecuencia debido a nuestros respectivos empleos, y a que su relación con Serah se afianzaba, a pesar de que ella se quejaba siempre en la discoteca del poco tiempo que pasaban juntos. A primeros de cada mes, ingresaba cien euros en mi cuenta; siempre me recordaba que lo tenía domiciliado, así que no tenía que preocuparme de que se olvidara.

La primavera estaba al caer, era mi estación favorita del año. Quería que mi sangre se alterase y al mismo tiempo no quería vivir un nuevo romance. Por fin París me había dejado tranquilo del todo. Continuaba con su novio y tenía un nuevo amante: Amir. Siempre presumía de haberlo llevado al lado oscuro, ya que era heterosexual hasta que cayó en sus garras.

Mi último encuentro sexual con él había sido desgarrador, en todos los sentidos. Desde entonces nuestra relación era solo profesional. A veces lo pillaba observándome, aunque nuestro juego había terminado; solo quedaban miradas y saludos. Creo que nunca había estado enamorado de él, o al menos no después de haberlo visto besarse con aquel chico hacía ya casi un año. Era como si después de aquello lo demás hubiera sido el amargo olvido. No me arrepentía de nada, había aprendido de ello y me había hecho madurar. Puede que

todo fuera una ilusión, el día que murieron las mil mariposas que revoloteaban en mi estómago empezó el proceso. Aunque debía reconocer que sentía por él una atracción inmensa. Cuando se acercaba y me miraba a los ojos de forma profunda, yo perdía el sentido. La última vez que había experimentado esa sensación fue a mediados de marzo, cuando me invitó a dormir a su casa y me sorprendí diciendo que sí. Pero lo peor fueron las cosas que me obligó a hacer, como azotarle con un látigo hasta hacerle sangrar mientras él gritaba y me insultaba cuando me detenía. Mentiría si dijera que no me gustó, pero me marché avergonzado por mi conducta, y me prometí a mí mismo no volver a hacerlo nunca más; no volver a besarlo ni dejarme engatusar. Nunca hablamos de lo sucedido, como si nunca hubiera pasado nada. Semanas más tarde iniciaría su romance con Amir, aunque sabía que no duraría mucho: empezaba a conocerlo muy bien.

En el fondo de mi corazón, anhelaba que Elvis rompiera con Azul, que regresara a mi lado, arrepentido y pidiéndome perdón. Fantaseaba con ese momento todas las noches… nos besábamos, éramos felices y salvábamos perdices. Pero ese instante no llegaba, y la realidad era bien diferente, llevaban más de tres meses saliendo y se les veía contentos.

A medida que los días pasaban y se acercaba Sant Jordi, me daba cuenta de que me sentía muy solo a nivel emocional. Disfrutaba de una vida social activa y contaba con muchos amigos, algo que siempre había querido tener, aunque ahora pretendía alcanzar una relación seria: una de verdad. No a medias tintas. Quería... quería tener a mi lado a Elvis, pero no me atrevía a decírselo, no me decidía a luchar por él, y él era feliz con Azul. Yo quería verlo contento… aunque fuera con otro. Suponía que en unos meses más lo olvidaría, ya no me dolía estar presente cuando se besaba con mi enemigo, aunque en la mayoría de las ocasiones procuraba mirar hacia otro lado. A veces tenía pesadillas, soñaba que entregaba mi vida para salvar la suya. En mis fantasías, lo amaba con toda mi alma.

***

La tercera semana de abril me cogí unos días de vacaciones en el restaurante Babia, ya que tendrían lugar dos eventos muy importantes para mí. El primero de ellos era el cumpleaños de mi hermana, el 20 de abril. Comería en casa de mi familia y lo celebraríamos por todo lo alto. El año anterior le había regalado varios *piercings*, y este le iba a costear un nuevo tatuaje que quería hacerse en la pantorrilla izquierda. Cuando llegué a casa fui directo a su habitación para tirarle de las orejas.

Estaba escuchando música a todo volumen, *Sueños inalcanzables* de Camela. Me quedé en el umbral y la observé, apoyado en el quicio de la puerta. Estaba tumbada en la cama ojeando una revista.

—No me hace caso, y yo me muero por su amor. Sentir su cuerpo, para calmar mi corazón...

Se balanceaba de un lado a otro agitando las piernas. Escuchaba también los gritos de mis hermanos desde el salón principal. Estaban recreándose con un juego *on-line,* luchando contra una buena ristra de adversarios. Cuando el avatar que movían era asesinado, utilizaban palabras malsonantes; mi madre les amenazaba con limpiarles la boca con jabón si volvían a repetir alguna de aquellas groserías, así que utilizaban cualquier otra que se les viniese a la mente.

En los últimos meses había visitado a mi familia en contadas ocasiones. En Navidad o en el cumpleaños de mi madre en febrero. Sentía un poco de vergüenza e incomodidad que parecía estar solo en mi cabeza. Tanto mi padre como mi madre actuaban como si nunca hubiera pasado nada; aunque, eso sí, siempre me preguntaban por el nieto de Daniel. Me dolió confesarles que, lo que fuera que tuviéramos, se había terminado.

Cuando Abril comprobó que la estaba espiando, me tiró un muñeco roñoso de Mimosín que tenía desde que era pequeña; también me informó de que Claudia no sabía qué regalarle, así que contribuiría conmigo para el pago del tatuaje.

—¡Va a ser a todo color! —dijo.

—¿Vendrá a comer?

—No, no ha conseguido que le cambiaran el turno en Mercadona.

—¿Y Fanta?

—Sí, debe estar al caer.

Mi padre se encargaba de hacer la comida. Preparaba otra de las recetas que aprendió en la mili: paella a la cerveza. Como mi madre no podía entrar en la cocina, se ocupó de vestir la mesa. Había sacado la cubertería cara y decorado un poco la casa con banderillas de colores. Nos dijo que, una vez hubiéramos comido, teníamos que

ayudarla a terminar unas marionetas de Bob Esponja que le habían encargado. Tenía que entregar al día siguiente quinientas unidades y le faltaban un centenar. Herminia y Fanta le habían echado una mano desde el principio. La primera arrimaba el hombro en todas las tareas que encargaban a mi madre, y la segunda había perdido su empleo hacía unas semanas. El negocio en el que trabajaba se había ido a pique. Le debían el sueldo de los tres últimos meses, pero la empresa se había declarado en bancarrota y no sabía si tarde o temprano FOGASA se haría cargo de la deuda de la compañía.

Su familia las estaba pasando canutas, tanto su padre como su madre estaban sin empleo, por eso ayudaba a mi madre en todo lo que podía. También le había cedido una casa de las que limpiaba para que pudiera apañárselas mejor. Otro cambio importante en Fanta fue que había dejado de fumar, no podía permitirse ese lujo cuando su familia apenas llegaba a fin de mes. Esperaba que Abril siguiera su ejemplo, pero no caería esa breva.

Fanta llegó justo en el momento del vermut. Nos sentamos todos en la mesa a comer el aperitivo, aunque los gemelos no se movieron del sofá porque seguían jugando. «¡No podemos dar al *pause*!», se excusaron ambos. Mi padre sacó varios platos: una tortilla de patatas con cebolla, queso manchego, berberechos, unas patatas bravas, nachos con guacamole y una fuente con fruta cortada a dados exclusivamente para mí.

Estábamos por la mitad del picoteo, cuando oímos unos gritos. Venían de arriba. Todos callamos para escuchar mejor, menos Samuel y Máximo, que discutían.

—Cúbreme —dijo Max.

—Espera, que no he llegado.

—Ten cuidado, hay un «pe punto campero».

—¡Bajad la voz! —gritó mi madre.

«¡Que me tiro por el balcón!», pudimos escuchar por encima de nosotros.

«¡Tírate de una vez por todas, pero deja de dar por culo!».

Sentimos la puerta corredera abrirse de golpe. Todos miramos

hacia la ventana. Las cortinas estaban en los laterales. Era un día claro, escuchamos un grito y, acto seguido, vimos a nuestro vecino aterrizar delante de nosotros haciendo piruetas.

—¡La hostia puta! —masculló Abril.

Mi madre se llevó las manos a la boca y se levantó de golpe. Lulu se incorporó y miró al exterior ladrando. El vecino de arriba estaba en nuestro balcón e intentaba entrar en el comedor, pero la puerta estaba cerrada con el pestillo. Todos nos hallábamos en shock. Mi padre nos avisó de que en cinco minutos la paella estaría lista.

—¿Por qué tenéis a Hilario encerrado en el balcón? —preguntó.

Caminó hasta la puerta corredera de cristal. Herminia tenía la mano en el pecho y los demás observábamos la situación en silencio. Hasta mis hermanos habían dejado de prestar atención al juego.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mi padre a nuestro vecino una vez entró en el salón principal.

Estaba empapado en sudor y le temblaban las piernas. A los pocos segundos, empezaron a aporrear la puerta. Mi madre fue a abrir y entró la vecina de arriba, berreando palabras sin sentido. Solo entendí algunas cosas sueltas como «cobarde» y «maricón», mientras la mujer intentaba atizar a su marido con unas zapatillas de goma.

Mi progenitor les echó de casa cogidos del brazo mientras se cagaba en los demonios. Una vez se fueron, Herminia le dijo a mi madre:

—Esto se veía venir, ya te había dicho que un día saltaría por el balcón.

Empezamos a comer sin más incidencias. El plato principal estaba muy rico, aunque tenía un sabor peculiar. Agradecí a mi padre haber sustituido el pollo y el conejo por alcachofas y setas *shiitake*. Mi hermana echó kétchup a la paella y lo mezcló todo. Máximo quiso imitarla, pero mi madre no lo permitió, así que tuvo que conformarse solo con manchar de tomate varias rebanadas de pan. A Samuel no le gustó la comida y mi padre tuvo que prepararle un bocadillo de fiambre.

—Yo también quiero, él es el preferido, como siempre —se

lamentó Máximo.

—¿Ahora qué, Julio? —inquirió mi madre.

—Que se coma el arroz primero, y si tiene hambre le preparo un bocadillo.

—Eso, para que se ponga más hermoso —intervino Abril.

A mi padre le gustaba tenernos a todos contentos. Mi madre era la de los noes, los castigos y las prohibiciones. Con mi padre nunca pasaba eso, siempre y cuando no nos pasáramos de la raya. Mi madre se quejaba de que tomábamos a mi padre el pelo, y empezaban a discutir.

Después de que Abril soplara las velas, preguntó a mi padre si iría más tarde al bar para saber qué había pasado con Hilario, pero contestó que no; a decir verdad, ya apenas lo frecuentaba, y no había llegado más a casa borracho. Mi madre no había recibido más flores con anónimos ni falta que hacía, ahora que en nuestro hogar todo había vuelto a la normalidad. Tenía la sospecha de que ella estaba al tanto de que había sido yo quien le envió las rosas. En cuanto a mis hermanos, el porrón de clases extraescolares que practicaban anulaba la hiperactividad que padecían.

—¿Cómo se encuentra Oliva? —se interesó mi madre.

—¡Es Olivia, mamá! —le dije por enésima vez—. Sigue igual, sin cambios.

La verdad era que no había vuelto a visitarla. A veces me tragaba mi orgullo y le preguntaba a mi némesis cómo se encontraba y si había alguna mejora; pero lo cierto es que estaba igual, estable y en estado comatoso. También me contó que en la actualidad él estaba viviendo en el piso de Olivia y su relación con Amaranta era nula. Un día le pregunté a ella a qué se debía, y me confesó que Azul le había prohibido que me ofertara vivir con ella, lo cual provocó que se pelearan. Más tarde él intento hacer las paces, y aunque ella estuvo de acuerdo su relación no volvió a ser lo que era.

***

Llegó Sant Jordi. Un año más no podía faltar al compromiso de quedar con Alba y Mercè. Ese día era una tradición pasear por la Rambla y comer juntos. Aurora nunca había abierto el Paradís el día del libro. Quería sincerarme con Alba, era una de las pocas personas

que no sabía mi condición sexual. Una vez se lo dijera, podría tachar otro de mis objetivos de la lista que había confeccionado hacía casi dos años. Era increíble lo rápido que pasaba el tiempo. Tras saludarnos y preguntarnos qué tal nos iba todo, se lo confesé sin andarme por las ramas.

—Soy gay —le dije.

—Lo sé —contestó ella.

—¿Te lo ha dicho ella? —pregunté muy sorprendido y refiriéndome a Mercè.

Me contó que lo supo desde el primer momento que me vio, al empezar a trabajar en el Paradís.

—Podrías habérmelo dicho, así me hubiera ahorrado muchos problemas —dije bromeando.

Caminamos por La Rambla. Estaba llena de puestecitos con centenares de libros y autores firmando sus obras, además de un sinfín de paradas con rosas de todos los colores, manualidades y artesanías preciosas. Contemplé a un hombre muy grande en bermudas, de espaldas por delante de nosotros. Llevaba también una gorra blanca. Lo reconocí por sus andares. Llegué a su lado y lo saludé con un «Buenas tardes caballero».

—Buenas tardes —contestó.

Ni siquiera me miró. Llevaba puestas unas gafas de sol y estuve tentado de quitárselas, pero me contuve.

—¿Qué tal, Toni?

—¡Eh! ¿Cómo sabes mi...? —Se giró hacia mí—. ¡Lobito!

Le presenté a mis amigas. Me contó que estaba paseando por La Rambla porque le gustaba el bullicio de la gente. Recordé que le encantaban las aglomeraciones, frotarse con la gente y tocarles de forma furtiva. Caminaba de forma pausada, con las manos en los bolsillos.

Nos alejamos del bullicio para encontrar un sitio donde comer. Toni se despidió de nosotros. Iba a almorzar en su casa con un amigo.

—¿Qué amigo? —le pregunté.

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué? —repliqué extrañado.

Estaba intrigado. Él bajó la mirada y contestó:

—Él no quiere que lo diga.

Y se marchó. Fue la última vez que lo vi con vida.

***

Ese mismo día por la noche, Infierno volvió abrir sus puertas: era sábado. Sin embargo, Toni no vino a trabajar, lo cual no pareció del todo extraño porque a veces se olvidaba del día en el que vivía, así que nadie intentó localizarlo. El domingo por la mañana, Jacob llamaría al teléfono fijo de su casa y a su teléfono móvil sin tener suerte. Después trataría de ponerse en contacto también con su hermano pequeño, que vivía en Badalona, pero justo ese fin de semana estaba fuera. Se comprometió a visitar a su hermano al día siguiente, en cuanto regresara a la ciudad, pero no lo hizo.

Su cadáver fue descubierto el 27 de abril. Sus vecinos se quejaron de un fuerte olor que provenía de su casa, además de que su perro no dejaba de ladrar; llevaba varios días alimentándose del cuerpo sin vida de su dueño. Tras la autopsia, se descubrió que había sido asesinado la tarde del sábado 23 de abril, es decir, unas horas más tarde de estar paseando conmigo y mis antiguas compañeras por La Rambla. Fue entonces cuando me arrepentí de no haber insistido en saber quién era el invitado al que esperaba.

Fui a comisaría y pedí hablar con el inspector Heisenberg, pero no había ningún investigador con dicho nombre. Entonces recordé que me dijo que se llamaba Francisco Miranda, y me pidieron que me sentara a esperarlo una vez se comunicaron con él por teléfono. Estuve más de un cuarto de hora aguardando en vano, así que me levanté del asiento y fui caminando hasta su despacho en la planta superior, sabía dónde encontrarlo.

Por el camino vi a Sofía a lo lejos. ¿Qué hacía allí? ¿Era policía? Estaba observándola cuando escuché la voz del inspector Miranda a mis espaldas.

—Señor Muñoz...

Se dio cuenta de que estaba mirando a Sofía, y le pregunté si en realidad ella era policía. Vi en sus ojos que buscaba una respuesta rápida y satisfactoria para explicar qué hacía allí. También dedujo lo que yo pensaba y al final me dijo la verdad.

—Es agente de policía. Y te exijo máxima discreción. Nadie puede saberlo.

Respondí que no habría ningún problema por mi parte. Una vez me condujo hasta su despacho me preguntó si había recordado algo respecto a Eric. Negué con la cabeza.

—Es sobre la muerte de Toni, mi compañero de trabajo.

Su frente se arrugó y me indicó con las manos que continuara. Le expliqué que me había encontrado con él de manera casual horas antes de su asesinato y que estuvieron con nosotros dos amigas mías, con quienes pasé la mayor parte del día. Le revelé que Toni había quedado con un amigo para comer en su casa, alguien al que yo conocía, pero se negó a decirme el nombre porque así se lo había pedido el presunto asesino.

El inspector Miranda se rascó la barbilla mientras procesaba los datos. Me pidió los números de teléfonos de Alba y Mercè y supuse que sería para interrogarlas; sospeché que también hablaría con Amaranta y Andrea, puesto que estuve con ellas el resto de la tarde hasta que fuimos a Infierno a trabajar.

Un agente de policía nos interrumpió.

—Paco, tu hermano por la línea dos, es importante.

Tras finalizar la llamada, le pregunté que cuántos nombres usaba. Me quejé de que en la recepción no lo conocían como el inspector Heisenberg. No me contestó sobre este aspecto. Lo que sí me contó fue algo que no esperaba:

—No existe ninguna desaparecida que se llame Estrella Gómez, ni con la carrera de psicología ni nacida entre los años 1960 a 1980. Y el número de teléfono móvil que me proporcionaste está registrado a nombre de un tal Jairo.

—¿Cómo?

—Que tu Estrella no existe.

***

El siguiente fin de semana la discoteca cerró por luto. El entierro de nuestro compañero fue un circo mediático. Cientos de personas fueron al tanatorio, a la misa de despedida o al cementerio. Curiosos, vecinos, periodistas, policías y nosotros, sus colegas de trabajo, que estábamos en mitad del ciclón. Nuestras caras empezaban a salir en los informativos, en los periódicos y en los programas sensacionalistas. Michael recibió cerca de dos mil euros por ir a un programa a contar intimidades de Toni. Allí soltó una sarta de mentiras, porque él nunca lo había llegado a conocer bien.

El 7 de mayo Infierno volvió abrir sus puertas. Abraham nos prohibió hacer declaraciones a la prensa, y avisó de que el próximo que lo hiciese dejaría de trabajar para él. No podíamos alimentar al monstruo. Fui a la barra Omega, donde seguía trabajando con Dima y Amaranta. Adam nos iba a distribuir entre las diferentes barras cada cuatro meses, pero debió olvidarse y nadie se lo recordó.

Me encontraba limpiando el mostrador mientras escuchaba a Sherise hablar de Toni con Amaranta; después de exponer que era una persona benévola que nunca hacía mal a nadie, empezó a llorar. Estaba planteándose dimitir, pues decía que no podría soportar perder a ningún compañero más. ¿Cómo era posible que no hubieran detenido a nadie?

—¡Malcom ha dimitido! —dijo Félix.

—¿Quién es Malcom? —preguntó Dima.

—Era el nuevo del guardarropa, entró sustituyendo a Noah —le aclaró Amaranta.

—¿Ya han encontrado a alguien? —preguntó Sherise.

—Sí —repuso Félix—. Rómulo deberías subir a darle la bienvenida. Tú la conoces.

Abandoné la barra y subí los diecinueve escalones coloridos seguido de Félix; caminé varios metros hasta llegar al guardarropa. Allí me encontré a Rosa, a mi hermana y a...

—¡Fanta! ¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendido.

—¡Saluda a tu nueva compañera de curro! —celebró mi hermana con una sonrisa—. ¡Mi chochona encontró trabajo!

—¿Por qué ha dimitido Malcom? —quise saber dirigiéndome a Rosa.

—No quiere que le arranquen el corazón —contestó Félix.

19

Rabia y dolor sentía siempre que visitaba los servicios de Infierno y comprobaba que Toni no estaba. También añoraba poner cua-cuas a Eric. Y el paso de los días no mitigaba la ausencia de ambos en mi vida. Abraham había aumentado la plantilla de seguridad con dos trabajadores más. Jacob contaba ahora con cinco ayudantes, aunque uno de ellos tenía que permanecer en los baños, pero podían llamarlo para que echara una mano si había alguna pelea en el interior de la discoteca.

Fue un viernes a mediados de mayo, cuando el inspector Miranda, acompañado de dos agentes más vestidos de uniforme, se llevaron a Michael a un rincón de la discoteca para hacerle una serie de preguntas al inicio de la noche. Mientras tanto Félix disimulaba por los alrededores barriendo con una escoba. Más tarde averiguaría que le hicieron preguntas relacionadas con Olivia y, al día siguiente, todos descubrimos la increíble noticia de que la Teniente había salido del coma.

Pensé en ir a visitarla, pero no tenía ganas de verla ni entrar en un hospital, aunque a los pocos días no me quedó más remedio que pisar uno, ya que Aurora había sufrido un ictus.

Fui con Alba, y nos quedamos de piedra cuando vimos a nuestra antigua jefa postrada en la cama. Sus ojos estaban hundidos y tenía la mitad de la cara paralizada. Me sentía horrible, era como si la hubiera olvidado desde que había dejado de trabajar en el Paradís, hacía más de un año. Cogí su mano y no pude evitar llorar. Le pedí que fuera fuerte… que no se muriese. Entre lágrimas, Alba le acariciaba el cabello canoso mientras la miraba en silencio.

—¿Y qué tal todo? —pregunté de nuevo.

—Pues no estoy muy católica... Solo me queda hacerme la loca y fingir demencia. ¡Ea!

—Te pondrás bien, ¿cierto? —dijo Alba.

—Eso será si Dios quiere —sentenció Aurora.

No podía evitar pensar que no le había dado la carta que mi abuelo me había entregado. ¿Rompería su promesa? ¿Qué derecho tenía yo a tomar tal decisión? Tal vez me había distanciado tanto de Aurora debido al contenido de dicha carta; aún no comprendía del todo como ella y mi abuelo habían tenido un romance en el pasado y engañado a mi abuela y a su primer marido. A punto estuvieron de fugarse y dejarlo todo atrás, pero en el último momento a mi abuelo le faltó coraje. En la misiva le pedía perdón por ello, por no haber sido valiente, lamentaba no haber cogido ese tren. Tenía la esperanza de que Aurora se recuperase mientras decidía si cumpliría la última voluntad de mi abuelo.

***

El viernes 21 de mayo, Adam convocó a todo el personal en el centro de la pista de Infierno a las doce menos cuarto de la noche. Le pregunté a Félix si sabía de qué se trataba, y me dijo que solo estaba al corriente de que Abraham tenía que anunciar algo importante.

Michael fue de barra en barra preguntando si sabíamos algo de Leo, no había venido a trabajar y no contestaba al teléfono. A la hora exacta, estábamos todos en el centro de la pista esperando que bajara el jefe, y lo hizo acompañado de Sucre.

Vestían con una diferencia abismal; mientras uno iba elegante con traje y chaqueta, el otro llevaba la ropa rota. El pelo también era otro de los puntos discordantes entre ambos. Uno calvo y el otro con los cabellos lacios y descoloridos. Abraham subió al podio junto a él. Estábamos todos delante de ellos, expectantes y en silencio.

—Muy bien, Adam me acaba de comunicar que esta noche habrá un camarero menos, así que luego os comentará la nueva asignación de cada barra. Quiero que los *offices* colaboren más en su barra, y tanto Jacob como sus chicos ayudarán en la medida de lo posible a Elvis y Suvi.

Hubo mucho rechazo a las medidas, sobre todo por parte de Andrea y Michael, que se quejaban de que faltaban camareros. Me uní a las protestas.

—Veré qué se puede hacer. Lo que os quiero comentar es otra cosa. —Hizo una pausa, todo el mundo estaba en silencio. Busqué con mi mirada a París, en las últimas semanas se le veía muy cansado, y no mostraba buen aspecto. Abraham continuó hablando—: Como todos sabéis, el Robacorazones viene a cazar aquí. Debido a esto tenemos aforo completo en todas las sesiones y la discoteca está generando más beneficios que nunca. Pero no me siento a gusto dirigiendo un lugar donde, de vez en cuando, nuestros conocidos son asesinados por un lunático. Es por esto por lo que, si la situación persiste, y no detienen al culpable... —Hizo otra pausa, mientras llenaba sus grandes pulmones de aire; todos lo mirábamos en silencio —. Infierno cerrará sus puertas.

—¡No! —gritó Félix. Varios compañeros más dijeron lo mismo. Abraham levantó el brazo, pero los murmullos continuaron.

—¡No puede ser! —dijo Rosa.

—No llevo ni un mes trabajando —dijo Fanta.

—¡No me lo puedo creer! —se quejó Azul.

A su lado estaba Elvis, con el cabello rapado. Vestía tejanos azules ajustados y una camiseta blanca sin mangas. París me observaba, había descubierto que sentía algo por Elvis, mis ojos lo seguían a donde quiera que él fuera, y era sabido por todos que Azul y yo no nos dirigíamos la palabra. La semana anterior, París quiso saber si deseaba que Azul y Elvis rompieran, y aunque no respondí asentí con la cabeza.

—Veré lo que puedo hacer —dijo París.

—No hagas nada —contesté con la boca pequeña.

—Cerraremos a finales de año, si todo continúa como hasta ahora —prosiguió Abraham. Hubo más protestas—. La decisión está tomada, es irrevocable. Tanto Sucre como yo hemos llegado a la misma conclusión.

Nadie quería que Infierno cerrase, y nos propusimos intentar entre todos descubrir al asesino. Abraham se marchó a su despacho, Sucre a la cabina y Adam distribuyó a los camareros entre las tres barras. Dima y yo trabajaríamos en la barra Alfa; en Delta, Amaranta

y Michael; y en Omega, Azul y Andrea.

—Depende de la cola que haya en el guardarropa, alguna de las chicas bajará a ayudar a la barra Omega —comunicó Adam.

Desde el minuto uno la discoteca se llenó. Aquello suponía decenas de manos levantadas sujetando la entrada o el *ticket* de consumición. Entre ellas, una era la mano de Zenabio. Sonreía, no me quitaba el ojo de encima. Estaba tan concentrado en las bebidas que tenía que servir que no podía prestarle atención. Detrás de él había una chica que tenía el pelo rojo amapola: ¡Vania! La saludé inclinando la cabeza, nunca la había visto con esa peluca. Semanas atrás, le había confesado que uno de mis sueños era teñirme el cabello de color rojo, pero no me atrevía.

Cogí tres *tickets* que sujetaba una chica a la que nunca había visto: ron con Zeta-cola, ginebra con limonada y una cerveza. Detrás de ella había empujones, discusiones y malas caras. Las frases que más escuchaba durante la noche eran «se ha colado» o «yo iba antes». Con esas, la gente reclamaba un chupito de compensación, porque la mayoría se tiraba cerca de veinte minutos para pedir un cubata. Otros se quedaban en un rincón de la barra, como hacía siempre Zenabio. Se bebía la copa rápido y luego me pedía otra; después lo perdía de vista durante un rato.

A las tres de la mañana habíamos llenado el cubo de botellas de vidrio. Dima le hizo una foto con el móvil, porque lo habíamos colmado en tiempo récord.

—¿En serio? —se quejó una cliente—. Atiéndeme, que para eso estás.

—Yo voy antes, bonita —dijo otra chica.

Félix se asomó y me pidió un cubata.

—Un Absolut con limón, y pónmelo cortito —matizó. Su pulgar y su índice formaban una «C» enorme. Había unas cincuenta personas para comprar consumiciones. Nunca había visto tanta gente en la cola.

Cerca de las cuatro de la mañana no cabía ni un alfiler en la pista, había más de doscientas personas esperando en la puerta de la entrada y solo podrían acceder unos pocos.

Cogí un botellín de agua y empecé a beber, apoyado en la columna. Faltaban menos de dos horas para cerrar y me sentía desfallecido al ver toda la gente que esperaba tras la barra para ser atendida. Al menos, eran más los que bailaban al son de la música. Sonaba *In the summertime* de Mungo Jerry, canción que había pedido a Sucre al principio de la noche; se trataba de otro de los éxitos compuestos antes de mi nacimiento que solía reproducir en mi *walkman*. Dima estaba poniendo veintitrés cubatas iguales de Finlandia con Bluebull. Un montón de clientes tomaron la decisión de pedir lo mismo para ser atendidos más rápido.

A unos metros, se abrió un gran espacio en cuestión de segundos. Eran dos *drag queens* que se estaban peleando; una se quitó el zapato y le clavó el tacón en el cráneo a la otra. Un chorro de sangre salió disparado hacia una chica que estaba a un metro de distancia. La joven empezó a gritar, mientras sus gafas y su vestido amarillo paja se llenaban de sangre. A los pocos segundos apareció Jacob, acompañado de Santi y Roberto, uno de los nuevos chicos de seguridad. Ambos se llevaron a las *drag queens* al exterior, donde se inició una batalla campal entre dos grupos. París me explicaría con pelos y señales todo esto mientras preparaba su piña colada a las cinco y media de la mañana.

—Por cierto, tengo una sorpresa para ti —dijo sonriendo.

—No me gustan las sorpresas.

—Esta sí que te va a gustar —señaló, al mismo tiempo que se llevaba la cañita a los labios. Empezó a beber despacio mientras me miraba y bailaba *It´s raining men*, la versión de Geri Halliwell, según anunciaban las pantallas panorámicas de la discoteca—. ¿No me vas a preguntar de qué se trata?

—Pensaba que era una sorpresa —contesté, y seguí atendiendo a otros clientes.

A las seis de la mañana se encendieron los fluorescentes y se apagaron todos los focos de colores.

—Señoras y señores, diablos y demonios y demás seres del inframundo, Infierno acaba de cerrar. No se servirán más bebidas alcohólicas desde este preciso momento. Gracias por acompañarnos una noche más. Las puertas de Infierno abrirán mañana a las doce horas.

La gente silbaba a modo de protesta; otros gritaban: «¡otra, otra, otra...!». Había gente esperando en la caseta de Félix para comprar más bebidas, a pesar de que este dejaba de atender quince minutos antes de cerrar.

—¡Que hemos cerrado, maricones! Que os vayáis a tomar por culo de una vez, hombre ya.

—Esta noche ha sido una locura —dijo Dima mientras se abanicaba con su gorra. Después miró la mesa de elaboraciones, estaba hecha un desastre.

—No he parado en toda la noche —se lamentó Suvi, al tiempo que arrastraba los cubos de basura fuera del espacio de trabajo.

—Yo he currado hoy como una negra —comentó Sherise, que paseaba por la pista con la mirada puesta en sus pies. Cogió algo y se lo entregó a Suvi. Era un clip.

—Gracias —dijo Suvi. Lo incluyó en su manojo de clips de la suerte que siempre llevaba en el bolsillo, tras ello, infló una pompa gigante con varios chicles.

Quedaba mucha gente en la pista y una cola desordenada que llegaba hasta el guardarropa.

—¿Vienes a desayunar? —pregunté a Dima.

—No, tío. Hoy no puedo —contestó él.

Amaranta tampoco asistió a Ipanema, y ni Andrea sabía dónde podía estar. «¡Qué extraño!», dijo.

Durante un rato estuvimos preguntándonos por qué Leo no había venido a trabajar y seguía sin responder las llamadas de Michael.

—Por favor, Dios mío, que no le haya pasado nada —rezó Sherise.

—¿De la Teniente sabéis algo? —preguntó Suvi; sostenía un enorme bocata vegetal que masticaba deprisa.

—Abraham me ha contado que tiene para muchos meses de rehabilitación —dijo Félix.

—¿Y cómo está? —se interesó Abril—. ¿Sigue en el hospital?

Félix empezó a explicarnos todo lo que sabía hasta el momento. Sucre entró en el bar y se sentó junto con nosotros.

—¡Qué bien hueles! —le dijo mi hermana.

—Llevo cinco gramos de New York Diesel —apuntó Sucre.

—¡Que rule! —sentenció Abril.

Recibí un mensaje de texto. Era Elvis: «Hola. Azul y yo hemos terminado. Necesito hablar con alguien. Conéctate, por favor».

Me despedí de mis compañeros y fui a casa lo más rápido posible. Ni siquiera esperé a Andrea, la cual me pidió unos minutos, pero no los tenía. Llegué a casa y encendí el ordenador nada más llegar a la habitación. Amaranta estaba en su dormitorio, despierta; escuché su risa y los gemidos de un hombre. Estaban teniendo relaciones sexuales. Encendí el Messenger de Microsoft, hacía mucho tiempo que no me conectaba. Elvis me abrió un privado al momento:

ELVIS: Hola.

ELVIS: Qué rápido.

Colmillo: He cogido un taxi.

Colmillo: ¿Cómo estás?

Colmillo: ¿Qué ha pasado?

ELVIS: París.

Colmillo: ¿París?

ELVIS: Azul y París se han liado.

Colmillo: ¿Qué?

Colmillo: :o

ELVIS: …

Colmillo: Lo siento.

Colmillo: Es mi culpa.

ELVIS: ¿Cómo que es tu culpa?

Colmillo: Yo...

ELVIS: ¡CONTESTA!

Colmillo: No puedo olvidarte.

Colmillo: Y...

Colmillo: Enfádate si quieres conmigo, me lo merezco.

Colmillo: Te echo de menos, mucho. Y...

Colmillo: París me pregunto si me gustaría que vosotros lo dejarais, y le dije que sí.

Colmillo: Nunca pensé que se liarían, que París...

Colmillo: No sé.

Colmillo: La verdad que no me extraña viniendo de él, no había pensado en las consecuencias.

Colmillo: Por favor, Elvis, perdóname.

Colmillo: Lo siento mucho, no tendría que haberle dicho que sí.

Colmillo: Dime algo.

ELVIS: Mientes.

Colmillo: Nunca te mentiría.

ELVIS: ¡Eso no se lo cree ni Spock!

ELVIS: Dices que no puedes olvidarte de mí. Que me echas de menos, pero luego te lo follas en un cuarto oscuro.

Colmillo: ¿Cómo sabes eso?

ELVIS: También sé que fuiste a su casa una mañana y que lo azotaste con uno de los juguetes que Azul le regaló.

ELVIS: Tú me dejaste en Maya Bay, porque eres un cobarde. Yo no iba a dejarte, tenía dudas, pero estaba muy bien contigo. ¿Te enteras? Necesitaba hablar contigo, y me empujaste, me escupiste a la cara y desapareciste.

Colmillo: ¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

ELVIS: Te envié muchos mensajes de texto y no respondiste a ninguno.

Colmillo: Lo siento.

ELVIS: Es demasiado tarde para sentirlo. Me abandonaste sin explicaciones. Así que aposté por Azul.

ELVIS: Y tú no intentaste nada. No intentaste recuperarme.

Colmillo: Te veía muy bien con él.

Colmillo: No quería..., tenía miedo a que me rechazaras.

ELVIS: Y ahora por tu culpa Azul me ha engañado.

Colmillo: ¿No crees que Azul tiene algo de culpa también? ¿Le ha puesto acaso París una pistola en la sien?

Colmillo: Aquí todos somos culpables.

Colmillo: Y si no intenté nada fue porque tú tampoco querías. Estuve conectándome todas las noches aquí, y tú no volviste a aparecer. A veces intentaba hablarte en el trabajo y tú pasabas de mí. ¿Me lo vas a negar?

ELVIS: Te tenía sin admisión.

Colmillo: ¡Qué bonito!

ELVIS: Una de las condiciones que Azul me puso si quería tener una relación seria con él era que tú y yo no fuéramos ni amigos.

Colmillo: ¿Y la aceptaste?

ELVIS: ¡Me abandonaste por cobarde! ¡A la primera de cambio tiraste la toalla!

Colmillo: Lo habíamos hablado, una infinidad de veces. Tú amabas a Azul.

ELVIS: Y tú a París.

Colmillo: No.

Colmillo: Estaba confundido.

ELVIS: ¿Y por qué te has vuelto a liar con él? ¿Qué os pasa a todos con él?

ELVIS: No lo entiendo.

Colmillo: No lo sé.

ELVIS: Es perverso.

ELVIS: Es mala persona.

Colmillo: Me sentía solo.

ELVIS: Juega con los sentimientos de todo el mundo.

ELVIS: ¿Has visto cómo estaba Amir?

Colmillo: ¿Vas a volver con Azul?

Colmillo: ¿Lo vas a perdonar?

ELVIS: No lo sé.

Colmillo: No me he fijado en Amir. Casi nunca hemos hablado.

ELVIS: Fátima ha descubierto que su marido le era infiel con un chico diez años más joven que él. Ha roto una familia.

Colmillo: No lo sabía.

ELVIS: Tú nunca sabes nada.

ELVIS: Ese es tu problema.

Colmillo: ¿Vas a perdonarlo?

ELVIS: No lo sé.

ELVIS: Si me ha engañado una vez, puede engañarme otras.

ELVIS: ¿Qué quieres que haga?

Colmillo: ¿Qué te dice el corazón?

ELVIS: Azul está arrepentido.

ELVIS: Me gustaría perdonarlo.

ELVIS: Pero tengo que pensarlo.

ELVIS: ¿Tú lo perdonarías?

Colmillo: ¿A Azul?

ELVIS: No, a mí. Si te hubiera engañado con él cuando estábamos juntos.

ELVIS: ¿Me hubieras perdonado?

ELVIS: Respóndeme.

Colmillo: ¿Me engañaste con él?

ELVIS: ¡Por supuesto que no!

Colmillo: Yo nunca te engañé con París.

Colmillo: Y nunca más voy a tener nada con él.

ELVIS: Eso habrá que verlo.

Colmillo: ¿Me odias?

ELVIS: Eres la persona más rara que conozco.

ELVIS: Nunca podría odiarte.

ELVIS: Pero eres un cobarde.

Colmillo: Por ti puedo ser valiente.

ELVIS: Demuéstramelo.

Colmillo: Lo intentaré.

ELVIS: No lo intentes. Hazlo, o no lo hagas, pero no lo intentes.

Colmillo: Necesito saber antes si lo perdonarás.

ELVIS: Buenas noches.

Colmillo: Espera, por favor.

ELVIS: Adiós.

ELVIS: Nos vemos en Infierno.

***

Estuve dos horas dando vueltas en la cama, pensando sobre todo lo que Elvis y yo habíamos hablado. ¿Tenía la oportunidad de volver con él? ¡No me había quedado claro del todo! Había respondido de forma ambigua a mis preguntas. Dormí nueve horas ininterrumpidas. Me desperté pasadas las siete de la tarde, quedaban cuatro horas para la noche del sábado en Infierno. Presentía que iba a ser una velada inolvidable y, en efecto, así fue.

Una vez en el trabajo, Adam nos anunció que había cambio de camareros en la distribución de las barras. Que esperásemos a que llegaran todos porque no quería repetirlo dos veces. Esperamos dentro del almacén mientras llegaban los demás. Fue entonces cuando nos repartió al tuntún, pensé.

—Azul, Andrea, Michael y Leo en la barra Omega. Amaranta y Dima juntos en la barra Delta. Y el nuevo en Alfa, con Rómulo. Llamó y dijo que llegaría tarde, así que ponte las pilas, Lobito.

—Eso es empezar con buen pie —comentó Michael. Tenía su brazo por encima del hombro de Leo.

—¿Por qué no viniste ayer? —le preguntó Andrea.

—Estuve en el hospital, ingresado toda la noche —respondió Leo. ¿Qué le había pasado? Era un misterio. Michael no lo sabía... ni siquiera Sherise.

Por otro lado, nuestras quejas de la noche anterior en la reunión con Abraham habían surtido efecto. En menos de un día había decidido contratar a un nuevo camarero y era yo quien tenía que formarle. ¡Genial! ¡Menuda noche me esperaba!

Suvi me ayudó a dejar la barra a punto: hielo en las cubiteras, el encendido del lavavajillas, limpiar la barra con abrillantador, encender el TPV..., mientras yo cortaba las frutas y preparaba todos los ingredientes para los cócteles.

—Aquí vas a trabajar —escuché a mis espaldas. Era la voz de Adam.

Me giré para ver a mi nuevo compañero. Mi boca se abrió, al igual que mis ojos. Y mi corazón estalló en mil pedazos.

—Hola, caracola —dijo él.

¿Cuántas posibilidades había de que él entrara a trabajar en Infierno? ¿Una entre cuatro millones?

—Ho... hola —logré decir.

Sentí vértigo. Le ofrecí mi mano una vez entró en la barra, pero la rechazó y se acercó para darme dos besos. ¡Dos besos! ¡Oh, *yeah*! Nuestras mejillas se tocaron. Llevaba más de seiscientos días sin verlo, o ciento veinte desde que creía haberlo visto en la discoteca.

Mi corazón seguía latiendo sin tregua, a un ritmo trepidante. El aire acondicionado estaba puesto, pero mi cuerpo estaba caliente: gotas de sudor recorrían mi espalda.

—¡Qué sorpresa! ¡No sabía que trabajabas aquí! —dijo.

—¿Seguro? —pregunté receloso—. Me pareció verte hace unos meses en la pista.

—No era yo, ¿por qué iba a mentirte?

Sonrió mientras me miraba a los ojos. Sentí que podía derretirme en cualquier momento. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Quería saltar y gritar. Necesitaba hacerlo, estaba temblando.

—Vaya, vaya... Lo que hace Dios cuando está contento —dijo Félix mientras salía de su caseta y le rodeaba con los brazos. Mi nuevo compañero se incomodó. Félix le tocó el trasero y palpó sus nalgas como si de una fruta madura se tratara. ¡Qué envidia!

—Soy Félix.

—Dani.

—¿Eres gay? —preguntó.

Dejé de respirar sin darme cuenta.

—Sí —contestó.

No pude aguantar más, me fui de allí casi dando saltos de alegría. Subí al guardarropa y abracé a mi hermana, chillando y saltando de júbilo.

—¿Qué sucede, *tete*?

—¡Está aquí! ¡Está aquí!

—¿Quién? —preguntó Abril.

—¿Qué mosca le ha picado? —inquirió Fanta.

También la abracé. Creo que estaba llorando, no lo sé, solo sé que sufría un tremendo sofoco en mi cuerpo, que tenía ganas de gritar, de correr y proclamar a los cuatro vientos lo que estaba pasando. Incluso pensé que, tal vez, todo fuera un sueño.

—Pellízcame fuerte —le imploré a Rosa, que estaba sentada en un taburete enfrente de la caja registradora.

—¡Au! ¡Duele! —dije.

Cogí aire intentando apaciguar mi estado, aunque el torbellino de

emociones por el que estaba viajando mi mente en ese momento era parecido al recorrido de una montaña rusa. Tenía por delante siete horas de trabajo a su lado. Podríamos hablar más de lo que habíamos hecho nunca.

Bajé las escaleras y atravesé la pista. Sonaba *Tenía tanto que darte* de Nena Daconte. Félix estaba hablando con él. Escuché su risa, era una preciosa melodía para mis oídos. Mientras me dirigía allí, Elvis me detuvo. Sus manos me preguntaron qué ocurría, pues, según señaló, nunca me había visto así de radiante. No supe qué contestarle, llevaba tanto tiempo esperando que él y Azul cortaran... Era mi culpa que lo hubieran hecho, puesto que no había intentado detener a París, y ahora que había ocurrido, Dani volvía a mi vida… Y llegó como un huracán, arrasando todos los sentimientos que había en mi corazón. ¿Sentía algo por Elvis? ¿Lo sentía por Dani? No estaba claro, tenía un nudo en el estómago. Era parecido al hambre, pero no quería comer, aunque pareciese que había engullido un piano, y mis nervios pulsaban teclas mientras mi corazón palpitaba el compás. Mis ojos parpadeaban sin parar, y hasta creía escuchar un tintineo suave mientras los acordes de mi estómago llegaban al clímax y veía cómo a varios metros estaba él: mi amor platónico.

En seis minutos la discoteca abría sus puertas. Tenía a Elvis esperando una respuesta. «Lo siento», dijeron mis manos. Lo abracé, sentí su cuerpo cálido, mientras intentaba tomar la decisión correcta en un segundo. «Dale una segunda oportunidad a Azul», dijeron mis labios frente a sus ojos. Y me marché. Los altavoces tronaban:

Tenía tanto que darte, tantas cosas que contarte, tenía tanto amor guardado para ti...

Fui hasta mi mostrador e intenté explicarle a Dani cómo funcionaba el ordenador. Me costaba hablar con claridad, mi cabeza era un caos. ¿Había hecho lo correcto con Elvis? ¿Me había vuelto a equivocar?

—Los *tickets* se pasan por aquí, el código de barras. Es muy fácil.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí trabajando? —me preguntó.

—Más algo de un año.

La música subió de volumen, las luces se atenuaron. Félix me reclamó su bebida por segunda vez, pero para mí, solo existía Dani.

—¿Sigues yendo al Polideportivo Edén? —me preguntó.

—No, ahora voy a otro gimnasio. ¿Por qué dejaste de trabajar?

—Se me acabó el contrato.

Estábamos muy cerca, a escasos centímetros. Podía oler su perfume afrutado y su olor corporal. En unos minutos habíamos hablado más que nunca. Y quedaba toda la noche por delante. No podía creerlo, ni apartar mi mirada de sus vaqueros ni de su camisa negra ajustada, estaba mucho más fuerte que antes.

Amaranta cruzó la caseta y entró en la barra.

—Hola, guapo. Soy Amaranta —dijo.

—¡Buenas noches! —la voz de Sucre retumbó por todos los altavoces de la discoteca—. ¡Infierno abre sus puertas durante las próximas seis horas! Me comunican desde la entrada que la cola da casi la vuelta a la manzana. Así que, queridos compañeros, ¡a por ellos! —Los primeros clientes empezaron a bajar las escaleras al galope—. La primera canción de la noche va dedicada a nuestra compañera Suvi, que cumple años. Es una canción muy especial para ella, pues sé que conoció a alguien muy importante mientras sonaba *Toca´s last night*, de Fragma y P.Diddy.

Empezó a sonar y todos los compañeros fuimos corriendo a felicitarla. Ella se tapó la cara y le enseñó su puño a Sucre. Dani permaneció tras la barra, mirándonos a todos con una sonrisa en la cara.

Después de ese momento... se acabó la diversión para nosotros, aunque no sentí agobio en ningún momento. Estaba en el paraíso. Miraba de reojo todo el rato a mi compañero. Era rápido y gracioso. Se apoyó en mi hombro esperando que pasara varios *tickets* por el sensor de infrarrojos. Me sentía dichoso. E incómodo cuando Elvis entraba en la barra a poner hielo a las cubiteras. Él y Suvi habían intercambiado los puestos de trabajo; al parecer no quería tener mucho contacto con Azul, al menos esa noche.

—¿Cómo te llamas? —me preguntaron unos chicos. Uno de ellos llevaba toda la noche mirando a Dani.

—Rómulo.

—¿Romuqué?

—¡Rómulo! —dijo su amigo, sus gestos y su voz eran amanerados.

—¡Vaya nombre más raro!

—Gracias.

—Yo me llamo Pablo —dijo él.

—Pablito clavó un clavito... —dije sonriendo.

—... ¿Qué clavito clavó Pablito? —continuó su amigo.

—¿Tu compañero es gay? —me preguntó Pablo—. Está tremendo.

Le escribieron su número de teléfono en una servilleta. Dani se la guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros. A lo largo de la noche fueron un sinfín los números de teléfono que le apuntaron.

—¡No había ligado tanto en toda mi vida como esta noche! —dijo Dani.

A las cinco y media vino París a por su bebida. Tenía un ojo morado.

—Te queda bien —le dije. No le pregunté quién le había pegado, esperaba que no hubiera sido Elvis.

—¿Quieres que te mande el enlace del vídeo?

—¿Qué vídeo?

—Ah, ¿no lo sabes? El vídeo porno de Azul follándome mientras me estrangula del cuello. Está colgado en Internet. Se lo pasé ayer a Elvis. Hice lo que me pediste.

—Yo... —No sabía que decirle—. ¡Yo no te pedí eso!

—De todas formas, los acabo de ver en el almacén haciendo las paces. ¿Quieres que me grabe más veces con él?

—Quiero que lo dejes tranquilo.

Dani estaba atendiendo a varios clientes, pero también prestaba atención a la conversación que mantenía con París.

—Hola, camarero nuevo. Soy París, ¿tú?

—Dani.

—Dame dos besos —le palpó el brazo tras darle dos besos—. Qué fuerte estás. Bueno... —Me miró con picardía—. ¿Me vas a poner mi bebida..., o tengo que cambiar de camarero?

—Ahora mismo te sirvo —contesté.

No quería que hablara con Dani. No quería que lo embrujara.

—¿Quieres venir a mi casa a dormir? Estoy libre.

Era increíble, tenía el conocimiento de que esa semana había tenido relaciones sexuales hasta con tres chicos diferentes. Y tenía ganas de más. Cuando se marchó, Dani me preguntó si era mi novio.

—No, fue algo hace tiempo, pero... es una puta —contesté—. El problema es que yo no lo sabía. ¿Tú tienes novio? —curioseé. Llevaba horas intentado hacerle la pregunta del millón. Esperaba que hubiera quedado como algo dicho de forma desinteresada.

—No —contestó.

«¡Bien!», grité en mi interior. Estaba dispuesto a mover cielo y tierra para conseguir algo con él. Necesitaba hablar con Adam y asegurarme de que jamás nos separara. Me debía una, por así decirlo, y llegó la hora de tomar partido de ello.

Empezaron a sonar las últimas canciones de la noche: melodías infantiles, de dibujos animados o programas de televisión. Dani me miraba sonriendo, alucinado de que sonara ese tipo de música en una discoteca.

Una vez la sala había cerrado, fui al almacén para empezar a cargar las cajas de refrescos. Y me encontré a Elvis, deprimido, había estado llorando. Me puse a su altura y lo miré a los ojos. Sus labios dijeron tres palabras. «Odio» fue la primera de ellas. La segunda, una

preposición, la primera de todas para ser exacto. Y la última un nombre: el mismo que la capital de Francia.

—¿Habéis vuelto Azul y tú? —le pregunté.

Él asintió. Me dijo con sus manos que iba a darle una segunda oportunidad. Era eso lo que yo quería, ¿no? Le dije que sí. Lo abracé, lo retuve en mis brazos durante unos segundos. «No podemos ser amigos», me dijo cuando nos separamos. «De acuerdo», respondieron mis labios sin sonido mientras pensaba que me estaba equivocando. Me giré y vi que Dani estaba asomado a la puerta, mirando la escena. No sabía cuándo rato llevaba allí parado.

—¿Qué ocurre?

—Su novio se ha liado con París.

—¿Con tu ex?

—No es mi ex.

Aunque quería saber muchas cosas de él, fueron muy pocas las preguntas que le hice. Pensaba todo una y otra vez antes de hablarle, me sentía forzado, y no podía actuar con naturalidad. Era como si todo lo que dijese, incluso cuando interactuaba con mis compañeros, le hiciera sacar una conclusión precipitada de mí. Amaranta le ofreció venirse con nosotros a desayunar, pero rechazó la oferta.

—La próxima vez —dijo—. No estoy acostumbrado a llevar tantas horas despierto—. ¿Puedo irme ya? —me preguntó. Habíamos terminado de fregar la barra.

—Sí.

—*Dabuti*. ¡Chao, *pescao*!

Y se marchó sin darme dos besos.

—¿A ti te gusta el nuevo a hierro? —preguntó Amaranta.

—Es Dani.

—Ya lo sé... ¡Espera! ¿Tu Dani del gimnasio? —preguntó incrédula—. Es demasiada casualidad, ¿no te parece? —preguntó, a la

vez que arrugaba la frente y bostezaba. La miré y lo medité un instante.

—No —contesté bostezando también—. Es el destino que me da una segunda oportunidad.

20

Se acentuaba la crisis en todo el país y muchos eran los pequeños negocios que naufragaban. El restaurante en el que trabajaba de lunes a viernes no era una excepción, y en los pocos meses que llevaba el ritmo de trabajo había descendido de forma considerable, a pesar de que ofrecíamos un menú a un precio muy competitivo. Por las noches era todavía peor; raro empezaba a ser tener más de dos mesas. Debido a esto, mi contrato de treinta horas pasó a ser de quince, y no las tenía todas conmigo de continuar en la empresa una vez empezara el verano.

Era consciente de la dificultad de encontrar otro empleo en el sector de la restauración, que respetara mis horarios en Infierno y no me obligara a trabajar los fines de semana.

Mi primer lunes libre por la noche lo dediqué a mis compañeras de piso. Pedimos comida a un restaurante vegano e iniciamos una partida al Monopoly. Ese mismo día, Amaranta había estado en el hospital visitando a Olivia. Me contó que mi antigua compañera de piso tenía que realizar una serie de ejercicios de rehabilitación muy dolorosos para activar la musculatura de su cuerpo. También que había preguntado por mí.

No sé muy bien por qué, pero al día siguiente, tras salir de trabajar de Babia, decidí ir al hospital a visitarla. Pregunté por ella en la recepción y me indicaron que estaba en la planta diecinueve, habitación trece. Al llegar, me quedé bajo el umbral, contemplando cómo dormía. Fueron muchos los recuerdos que asaltaron mi cerebro en aquel momento; algunos de ellos eran buenos y me arrancaron una sonrisa.

Ladeó la cabeza y abrió los ojos, mirando de forma inquisitiva desde la cama. Al verme sus labios se suavizaron y se curvaron una pizca. También desapareció la preocupación de su rostro durante unos instantes, o esa fue mi sensación. Estaba pálida y muy delgada, tenía unas ojeras pronunciadas y se le transparentaban todas las venas de la cara. Aun así, su mirada desprendía un intenso poder.

—Hola —dije. Avancé unos pasos hacia la cama—. ¿Cómo estás? —pregunté.

—Rodeada de suciedad.

Ahogué una risa. Su voz sonaba apagada y sin energía. Me acerqué a ella y me disculpé por no haberla visitado antes.

—No hace falta que te excuses. No fui la mejor compañera de piso.

Me quería acomodar en una butaca que había en uno de los laterales de la cama, cerca de la ventana, pero no recibí invitación alguna de que tomara asiento, así que permanecí postrado a los pies de la cama.

Me dolía verla en ese estado, parecía un lagarto enfermo y pálido. En las pocas palabras que cruzamos, no profundizó en detalles sobre su rehabilitación; sí lo hizo en que nunca volvería a ser la de antes, que le quedarían secuelas y el hueso que se había fracturado en la pierna derecha no sanaría bien. Su día a día era ejercitar todos los músculos, comer y descansar. Me decepcionó que no mostrara interés alguno en mi vida. La visita fue corta, me despedí de ella sin darle dos besos en las mejillas, en ningún momento hubo contacto físico. Al salir de la habitación, comprobé que Azul estaba esperando en el pasillo, no había querido entrar.

—¿Le pegaste a París? —le pregunté a bocajarro, sin saludos cordiales.

—Lo hubiera matado —contestó.

—Supongo que no era el lugar ni el momento, ¿no?

—Me grabó follándolo y colgó el video en la red. ¿Te parece normal?

—No me parece normal engañar a tu chico.

Sus ojos estaban cargados de furia y sentí el deseo irrefrenable de soltarle un sopapo, pero me contuve.

—No soy perfecto, no quería hacerle daño. No lo merece. No

merezco tenerle —dijo Azul.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

—Me gusta mucho, ¿vale? Creo que con el tiempo podría enamorarme de él, pero... —No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Estaba sincerándose conmigo? Sus ojos se posaron sobre mi hombro —. Pero... creo que igual tú puedes hacerle más feliz.

—¿Cómo dices? —pregunté. Me parecía saber a dónde quería ir a parar y aquello provocó que me sintiera sorprendido y horrorizado. Dani había aparecido de nuevo en mi vida hacía unas horas; llevaba meses esperando una oportunidad para recuperar a Elvis, y cuando la tenía...

—Él está enamorado de ti —sentencié.

Me marché, no quería hablar más con él.

—Espera. —Me giré de nuevo—. Gracias por pasarte a verla. No viene mucha gente a visitarla, y aunque ella no lo diga, necesita sentirse querida.

Asentí sin decir nada y me fui, dejando a mi villano con algo más que decirme, pero no quería hablar con él. Suponía que tan solo habían ido a visitar a Olivia, Abraham y Amaranta. Mi hermana me había dicho muchas veces que tenía pensado ir a verla, pero nunca lo hacía. Estaba seguro de que Félix tampoco se habría dejado caer por allí; odiaba los hospitales casi tanto como el frío. Azul la visitaba a diario. ¿Por qué? Él era mucho más joven que ella, tendría unos veinte o veintiún años, y Olivia treinta y seis. No lograba entender el motivo de su amistad.

Caminé un par de horas por la Ciudad Condal, por calles que nunca había recorrido, y miré rostros que jamás había visto, hasta llegar al piso donde vivía Adam. Eran las siete y media pasadas de un martes; para ser exacto, faltaban setenta y seis horas y veintitrés minutos para volver a ver Dani. ¿No era fantástico? Me sentía como hacía dos años, cuando asistía al Polideportivo Edén, aunque ya nada volvería a ser como antes, todo había cambiado.

En el pasado jamás hubiera intentado nada, ahora lo intentaría todo. Le había preguntado si tenía Facebook y la respuesta fue negativa. No tenía aún su número de teléfono móvil, si bien esperaba

que no pasara de ese fin de semana para tenerlo apuntado en mi agenda. De todas formas, estaba contento, le había hecho varias preguntas. Sabía que le gustaban los animales, que seguía viviendo en Hospitalet del Llobregat, que era gay (¡sí!), que estaba soltero y que no tenía su Ford Puma negro. En la actualidad tenía un Renault Clio naranja.

Estaba llegando al piso de Adam. Le había llamado esa misma mañana antes de entrar a trabajar en Babia. Había aceptado reunirse conmigo en su piso a partir de las siete de la tarde. Me había pedido que cuando llegara me fijara en una botella de plástico que tenía uno de sus vecinos en la ventana; sobre todo, me tenía que fijar en si estaba vacía o llena de agua. Desconocía qué significaba aquello, aunque me resultaba curioso. A diferencia de la Teniente, Adam era una persona descuidada a la que el orden y la pulcritud se la refanfinflaba. Siempre había sido un tarambana a ojos de ella y, en la actualidad ocupaba su cargo.

No sabía muchas cosas de él, solo que era sudamericano y que vivía con su novia Ainhoa. También era conocida por todos su gran adicción a la cocaína. Le había pillado en varias ocasiones metiéndose una raya con Sucre en la cabina o en el almacén. Me había ofrecido un sinfín de veces; al parecer la primera vez siempre era gratis, pero rechazaba su oferta de manera rotunda. Mi droga tenía otro nombre... y vivía en Hospitalet.

Llamé al timbre de su portería.

—¿Quién es? —Era Adam.

—Soy yo —dije.

—¿Quién carajo es «yo»?

—Rómulo.

—¿Te has fijado en la botella?

—Sí.

—Vale. Pasa parcero.

Escuché una vibración, empujé la puerta y entré en el edificio. Vivía en un tercero. Esperaba encontrarme una pocilga al entrar en su

apartamento —algo similar al coche, que estaba a rebosar de basura el día que me recogió—. Mi sorpresa fue que el piso estaba bastante limpio. Me ofreció una birra que era la única bebida que tenía en casa. Contesté: «No, gracias», pero insistió hasta tres veces, y al final acepté procurando seguir otro de los consejos que mi abuelo escribió en su cuaderno, no rechazar algo más de tres veces cuando se está de invitado en casa de alguien. Se llevó un cigarrillo a los labios y me ofreció de su paquete.

—No, no, no. Gracias —rehusé, gesticulando de forma exagerada. Y, aun así, sentí que debía añadir algo más, pues tenía que ser tajante para que no me volviera a ofrecer—: No fumo, no me gusta. Con la cerveza es suficiente, gracias.

Iba a protestar, pero las palabras que iba a soltar se perdieron en una profunda calada.

—¿Estaba llena la botella?

—Sí, entera.

—Perfecto. Tú dirás. ¿Qué te trae por aquí? ¿Polvo?

—¿Polvo? —pregunté estupefacto. Sus ojos se abrieron y la sonrisa se borró de inmediato de sus labios. Me miró con una intensidad que no sabía cómo interpretar.

—No, no. Nada de polvo.

—Entonces, ¿qué coño quieres?

Me armé de valor.

—Bueno, verás. Quiero pedirte un favor. ¿Te acuerdas de que me debes una? No le dije a nadie lo del coche robado; ni a la policía cuando me llevaron a comisaría para interrogarme.

—Me acuerdo. ¿Quieres cobrarte el favor?

—Sí —dije.

—Dispara.

Tragué saliva.

—Tú eres quién coloca a los camareros en las barras, ¿no? —Él asintió—. Bien, me gustaría que mi compañero de barra fuera siempre el mismo, el que tengo ahora, Dani.

—¿El novato? —preguntó mientras daba otra calada al cigarro.

—Sí.

—No te preocupes, no tenía intención de separaros. —Mi corazón saltaba de júbilo—. Al parecer tú no eres el único que quiere que estéis juntos.

—¿Por qué lo dices?

—Órdenes de arriba.

—¿De Abraham?

—Sí. Me exigió que os pusiera juntos y solos.

¡No era una coincidencia que trabajáramos juntos en la misma barra! Adam no sabía el porqué. «Tal vez sea por tu profesionalidad —comentó—. Trabajas bien, ahorras mucho dinero a la empresa». He de reconocer que era el único de los camareros que, tras servir el alcohol, vaciaba el refresco entero en la copa del cliente. No lo hacía por profesionalidad, la verdad, lo hacía porque así eran muy pocos los usuarios que podían pedirme más licor.

Estuve un rato más en el piso de Adam. Miraba mi Casio de forma continuada hasta que me excusé con que me iba a cerrar la librería. Una vez abandoné su piso, fui hasta la parada de metro más cercana. Cuando llegué a casa descubrí que estaba solo Andrea. Amaranta se quedaba a dormir en casa del chico misterioso. Andrea había invitado a cenar a un chico; como no quería molestarlos, me encerré en el cuarto a leer un nuevo libro que había comprado del malagueño Carlos Sisi.

***

Llegó el viernes y como el fin de semana anterior, me sentí pletórico durante toda la noche a pesar del gran volumen de trabajo que teníamos. También la jornada de trabajo del día siguiente. De lunes a viernes, vivía en un estado incierto en el que contaba las horas y los minutos hasta que llegaban las once de la noche de cada viernes, momento en el que empezaba cada semana a currar en Infierno. Con

el paso del tiempo, me olvidé de que mi objetivo era intentar algo con Dani. Trabajábamos mano a mano. Hablábamos, reíamos e incluso bailábamos juntos alguna canción.

Hacía casi dos meses que nuestro compañero Toni había sido asesinado, la quinta y última víctima del Robacorazones. A veces, antes de cerrar, Sucre pedía un minuto de silencio y, por muy increíble que pareciese —puesto que la mayoría de los clientes estaban embriagados—, todos respetaban cada uno de los sesenta segundos.

Empezó a ser una tradición: un cuarto de hora antes del cierre, la discoteca permanecía en completo silencio homenajeando a las cinco víctimas. Durante ese breve periodo de tiempo, todos los partícipes nos mirábamos a los ojos pensando lo mismo. Cualquiera podía ser el siguiente, y eso era algo serio. Supongo que era el motivo por el que nadie se reía ni rompía la magia de aquel minuto. Después aplaudíamos todos. Yo, la mayoría de las veces lloraba, aunque no era el único. Era un momento indescriptible, se me hacía siempre un nudo en la garganta. Después la fiesta continuaba en la pista durante unos minutos más... ¡y vaya si continuaba! La vida era efímera, y podía ser segada en cualquier momento, todos éramos conscientes de ello.

A veces, tras ese minuto de silencio, Sucre pinchaba *El adiós*, de Amigos de Gines. Entonces Félix salía de la caseta llorando a lágrima viva y cantando con un cubata en la mano:

Algo se muere en el alma cuando un amigo se va...

Cuando un amigo se va... algo se muere en alma...

Creo que con quien mejor relación tenía Toni de todos mis compañeros era con Félix; y debía ser verdad, porque Félix nunca volvió a ser el mismo desde aquel fatídico día de abril. Y aunque él era una persona risueña, que siempre sonreía a la vida, no podía olvidar lo que me había dicho hacía mucho tiempo atrás en La choza de los huesos. Que se sentía solo y viejo, y que en aquel momento tenía un vacío más, pues uno de los pocos amigos de los que disfrutaba se había marchado, y había dejado en su alma un pozo sin fondo que no se volvería a llenar.

***

Llegó el miércoles 23 de junio, o lo que era lo mismo: la víspera de San Juan. Y esa noche la discoteca abría sus puertas, y al día siguiente me tocaba trabajar en Babia, aunque me quedaba muy poco

allí, ya me habían anunciado que al finalizar el mes rescindirían el nuevo contrato de quince horas que me habían hecho el mes anterior. Llegué a Infierno el primero, aunque no era del todo exacto: enfrente de las persianas bajadas empezaba una cola de unas cincuenta personas. ¡Faltaba una hora y cuarto para que pudieran entrar y ya había gente esperando! Permanecí a varios metros de la entrada, me senté en un banco en el que los trabajadores solíamos aguardar la llegada de Jacob, que era el que tenía las llaves de los candados. El segundo en llegar fue París. Nos dimos dos besos y se sentó a mi lado.

—¿Cómo ha ido la semana? —pregunté por cortesía. Olía muy bien y sus ojos, esa noche, eran verdes.

—He pensado mucho en ti esta semana —contestó en un susurro que me costó escuchar, como si yo estuviera en duermevela y no quisiera interrumpir mi estado. Sabía que su palabrería era un mero juego, que no era cierta. Aun así, era difícil no dejarse cautivar—. ¿Tú me has echado de menos? —preguntó.

—No. Te he echado de más, la verdad.

Cerró los ojos e hizo una mueca. Sus finos labios, los que tanto había anhelado besar en el pasado, los que me habían hecho sufrir al ver que besaban otros, ya no me provocaban.

—¿Sabes? A veces me gustaría echar el tiempo hacia atrás —dijo. Yo no contesté nada, me limité a observarle. Él continuó hablando—. Hubiera actuado diferente. Te hubiera demostrado cuánto te amaba. Lo hubiera dado todo por ti, ¿sabes? Todo.

Era la primera vez que decía aquello, pero seguían siendo solo palabras.

—Tú no sabes lo que es amar —dije.

El querer y el amar eran dos sentimientos muy diferentes. Vaya si lo eran, aún intentaba descifrar lo que sentía por Dani, al mismo tiempo que miraba hacia otro lado cuando contemplaba a Azul con Elvis. ¿Amaba a Elvis? ¿Quería a Dani? ¡No estaba tan claro! Lo único que sabía es que daría lo que fuera por un beso de Dani, aunque solo uno fuera. Jacob llegó con Amir, subieron las persianas de Infierno y entramos los cuatro.

—¿Cuándo me vas a conceder una quinta cita? —preguntó París.

Amir estaba cerca de nosotros, escuchando.

—No sabía que nuestros últimos encuentros hubieran sido citas.

—Lo son si hay besos o sexo en ellas.

—En ese caso puedo asegurarte de que jamás tendremos ninguna cita más —sentencié.

Esperé a que Jacob encendiera todas las luces de la discoteca. Quería descender y dejar de hablar con París. Amir nos observaba en silencio, con los labios contraídos y la frente arrugada.

—Me gustan los retos, deberías saberlo muy bien —dijo París. Sus ojos estaban entrecerrados, brillaban; eran de un verde sobrenatural.

Llegó Sherise acompañada de Leo y Michael. Los tres reían a carcajadas.

—¿De qué os reís? —pregunté.

—Me he inventado un chiste —respondió Michael—. Y es el mejor chiste del mundo.

—Es el peor chiste que he escuchado en mucho tiempo —intervino Sherise.

—¿Y por qué te reías entonces? —insistió Michael.

—Me reía de ti, de lo tonto que eres —contestó ella.

—Cuéntamelo a mí —dijo París.

—De acuerdo —dijo Michael dando la espalda a Sherise—. Es en catalán: *Quin és el peix amb més flow*? [29]

—*El peix amb més flow?* [30]—repitió París.

Michael esperó unos segundos. París negó con la cabeza.

—¡El *rap* [31]! —contestó Michael. Acto seguido empezó a reírse, y Leo le imitó mientras intentaba decir que era buenísimo.

Empezaron a llegar más compañeros, si bien Dani no estaba entre

ellos. Jacob encendió las luces de la discoteca y atravesamos juntos el pasillo repleto de arcoíris, para luego descender todos juntos las escaleras. Estaban hablando de salir de fiesta el domingo a una discoteca de la competencia llamada Arena, ubicada en el Eixample de Barcelona y que abría todos los días.

—¿Vendrás, Lobito? —preguntó Leo.

—¿Por qué no? —dije.

Caminé hasta la barra Alfa. Cada uno se dirigió a su puesto de trabajo. Escuché más voces y me giré a contemplar quién más venía; entre ellos, observé a Azul y Elvis cogidos de la mano. Sentí rabia, no porque estuvieran juntos y fueran de la mano, creo, sino porque Dani todavía no había llegado.

Los siguientes en entrar en la pista fueron Dima, junto con mi hermana, y Fanta, que se había cortado el cabello hasta los hombros. Algunos la llamaban la Zanahoria. Sucre era el causante.

Dani llegó dos minutos tarde y se colocó tras nuestro mostrador sonriendo. No me dio dos besos como hacían todos los compañeros. No los reclamé, pero sí lo hizo Félix.

—El cuerpo del delito —le dijo después de saludarle y palpar sus pectorales—. Pareces un ninja.

Durante la siguiente hora estuvimos haciendo el tonto por la pista al mismo tiempo que preparábamos la puesta a punto de la barra antes de las doce. Adam era bastante más permisivo que Olivia durante la primera hora de trabajo.

—Me complace anunciar que este domingo iremos de fiesta —anunció Sucre a través de los altavoces—, quedaremos a las nueve de la noche en la salida del metro de Universidad. Y esta canción es para Dima, el cual cumplió años ayer. Se la dedica nuestro querido Lobito.

Empezó a sonar una canción de hip hop, en concreto «del mejor rapero de todos los tiempos», según él. La cantaba Eminem junto con Dido, y el título de la canción era *Stan*.

—Gracias Lobito —me dijo Dima mientras me abrazaba. El regalo se lo daría al día siguiente en su casa junto con Serah.

—¿Sois muy amigos? —preguntó Dani una vez Dima volvía a cruzar la pista, en dirección a la barra Omega.

—Sí, es mi mejor amigo —dije orgulloso al mismo tiempo que lo observaba. Se encontraba bromeando junto a Sherise y Suvi.

—Es un poco... siniestro, ¿no?

—Es una persona que sonríe por dentro —le contesté.

—¡Señoras y señores! ¡Damas y caballeros! ¡Gays, lesbianas y heteros! ¡Acabamos de abrir al público! —clamó Sucre.

—¡Y trans! —gritó Andrea.

Seguía sonando la voz de Eminem por los altavoces cuando empezaron a bajar los primeros clientes de forma masiva. No podía quitarme de la cabeza un pensamiento maquiavélico, pues entre todos los rostros podría estar el de un psicópata. Recordé un especial que habían dado por la tele; hacían preguntas del estilo de si el Robacorazones era homosexual o, por el contrario, sería homófobo; o las dos cosas. Varios psicólogos comentaban el perfil del asesino; uno afirmaba que era el de un varón joven, rondando la treintena, blanco y de familia adinerada; argumentaba que seguramente fuera homosexual y que habría sido víctima de abusos sexuales de pequeño; viviría solo y era probable que se comunicara con sus víctimas mediante Internet, tras haber cruzado las primeras palabras en Infierno.

Recordé que Toni me había dicho una vez que no tenía ordenador en casa, no le gustaban. Así que el Robacorazones no había contactado con todas sus víctimas de la misma forma, había tenido que ser alguien cercano, con toda probabilidad un amigo suyo. ¿Por qué no había insistido en saber con quién iba a comer el Día de la Rosa?

«¿Y con Eric? —me planteé con preocupación—. Había desparecido la noche que quedamos: nunca llegó a casa. ¿Nos estarían siguiendo a los dos, o le esperaban cerca de dónde vivía?».

—Perdona, ¡oye!

—Sí —respondí, y me obligué a volver a la realidad.

—¿Me sirves o qué? —preguntó un cliente habitual.

—Sí... Mario, ¿verdad?

—¡Te acuerdas de mi nombre! —exclamó sorprendido. Me fijé en su camiseta, había un planeta en ella, además de la frase «Urano existe».

—Me gusta tu camiseta. ¿Qué quieres beber?

—Lo que quieras. Y dos besos.

Le serví un cua-cua. Llevaba meses sin preparar ninguno. Mario me dio las gracias, tenía una sonrisa perfecta. Hacía tiempo que no lo veía. Se perdió en la pista con el cubata en la mano. El siguiente cliente al que atendí era otro habitual de la barra Alfa: Zenabio. Mientras le servía su bebida, me dijo:

—Estás muy serio. ¿Te ha mordido la lengua el gato esta noche? —preguntó.

—Ojalá —respondí, para luego mirar de reojo a Dani, que atendía a un hombre muy raro. No era la primera vez que lo veía. Podría ser él, el Robacorazones. Tenía un rostro feo y malvado, con una cicatriz que cruzaba su labio. Se dio cuenta de que lo estaba observando y me retó a un duelo de miradas.

Sonaba *In your eyes* en ese momento, de Kylie Minogue. Llegaron más clientes y perdí el duelo. Intenté ver hacia dónde se dirigía cuando entró en la pista, pero le perdí entre la multitud.

—¿Qué te pasa hoy? —preguntó Dani. Sin darse cuenta, cogió mi botellín de agua y bebió. Me gustaba que mostrara interés por mí, y a punto estuve de mencionarle que estaba de bajón porque no me había dado dos besos al llegar.

—Me acabo de dar cuenta que cualquiera de las personas que atiendo podría ser el Robacorazones.

Dejé libre el ordenador y fui a servir cinco cubatas a una chica que llevaba un top de lentejuelas muy bonito. Más tarde volvimos a coincidir; esta vez yo esperé, él pasaba los códigos de barra por el láser.

—Lo que me has dicho antes. ¿No lo habías pensado hasta ahora?

—Estábamos de espaldas a los clientes y negué con la cabeza. Esta vez era yo quien bebía; ponía los labios donde él los había puesto antes, era lo más parecido a darle un beso.

—Conocía a dos de las cinco víctimas —dije, mientras enroscaba el tapón en la boca de la botella—. Y una tercera, iba a ser una cita a ciegas.

Me miró como solo él sabía hacerlo, de forma felina, y dijo:

—La verdad está ahí fuera.

Fue a despachar a una nueva clienta, a la cual saludó con un «¡Hola, Zeta-cola!». Por mi parte, tras verificar los *tickets* en el escáner, cogí una botella de Galipandria con la mano derecha y una de Witcher con la izquierda.

—Sonríe un poco, estás muy serio —me dijo un chico con el timbre de voz agudo. Intenté hacerlo, pero acabé poniendo una mueca.

—Te cojo hielo, que no tengo —dijo Dani antes de pegarse a mi cuerpo. La cubitera estaba en un punto fijo, podría haberme apartado, pero no hizo falta. Su brazo rozó mi abdomen, su mejilla quedó rozando mis labios, su cuerpo tocaba el mío. Cogió tres hielos, uno a uno, y los vertió en el vaso de vidrio.

—Así me gusta, que sonrías de esa forma —me dijo el chico de la camiseta verde esmeralda—. ¿Tienes novio, guapo?

—Sí —contesté. Respondía a todo el mundo afirmando. Así no me pedían el número de teléfono móvil ni insistían en que me fuera a sus casas tras terminar de trabajar. A su lado estaba Zenabio, sonriendo y prestando atención a nuestra conversación.

—Yo no soy celoso —dijo el chico.

—Me alegro, ser celoso no lleva a ninguna parte.

Como no me daba los *tickets* que tenía en la mano, me desplacé y cogí el de Zenabio.

—Ponme otro cacharro, guapo —dijo antes de lanzarme un beso.

El chico de la camiseta verde no protestó, pero adelantó el brazo mostrando los vales de bebida, para que pudiera cogerlos sin ninguna dificultad en la siguiente tanda. Suvi entró en la barra con dos bolsas de hielo y vertió media en la cubitera de Dani; después hizo otro tanto en la mía. Cogió la bolsa que había dejado en la pica y cruzó la caseta en dirección a la barra Delta.

Continué poniendo bebidas y abriendo botellas de cerveza, mientras las canciones y los rostros iban cambiando. A partir de las cinco la faena descendió. Dani entabló conversación con Félix; entraba en la caseta y me dejaba solo atendiendo a los clientes.

Cuando quedaba poco para cerrar, Adam se llevó a Dani y a Leo (entre protestas y ladridos) al guardarropa para ayudar a las compañeras. La música cesó, se encendieron los fluorescentes y empecé a recoger y limpiar la barra. Fui al almacén con la lista de bebidas que necesitaba traer. Al llegar, observé la puerta, estaba entreabierta. Escuché voces dentro. Decidí poner la oreja, mientras contemplaba un matasuegras intacto que había junto a mis pies, y algunos de los nuevos *flyers* que se repartían en la entrada de la discoteca con el lema: «Vive, siente, ama, respeta».

—¿Por qué no? —logré entender, no había reconocido aún la voz.

—Nunca más repetiré el mismo error —dijo Azul.

—¿Soy un error entonces? —era la voz de París.

Su voz sonaba melosa, la conocía demasiado bien, estaba lanzando una tela de araña y su presa era Azul.

—¡Tienes muy poca vergüenza!

—Tú lo sabes mejor que nadie. Nadie folla como tú, has sido el mejor polvo de mi vida —dijo París.

Me di la vuelta, y me alejé, no quería entrar allí. Fui hasta Suvi, que ayudaba a Elvis a sacar cajas de refresco de un carro de supermercado y a ponerlas sobre la barra Omega. Le di la lista con las bebidas que necesitaba. Además, sentí la tentación de decirle algo a Elvis: ¿tenía derecho a saber qué pasaba en el almacén? Pero mi lado rencoroso respondió. Después de todo no éramos amigos.

Trabajar con el chico de mis sueños tras la misma barra era increíble. Cuando lo pensaba entraba en trance, en una especie de nirvana. Sé que parecía una quimera, pero eran tantas las señales que veía alrededor que me confundían... Sin mencionar que él seguía siendo el novato en muchas de las incidencias que se desarrollaban a lo largo de cada sesión, y siempre le ayudaba complacido, aunque sin demostrárselo.

Félix me confesó una noche, cuando todavía no había llegado mi amado, que preguntaba a diestro y siniestro sobre mí. Quise saber más.

—Me preguntó por ti, por tu carácter, si habías tenido alguna disputa con alguien, con cuántos chicos has estado o por qué eres tan frío.

—¿Frío yo?

—Querida, le gustas.

¡Pues lo disimulaba muy bien! Dani también le había preguntado algo parecido a Rosa, y ella les comentó el asunto a Abril y a Fanta; ambas vinieron corriendo a contármelo, ya que sabían que estaba loco por él.

¿A quién preguntaba yo para saber de Dani? Me bloqueaba cuando estábamos juntos, ni siquiera tenía su número de teléfono. Y sí, me comportaba de forma fría, pero solo cuando estaba con él. No quería que sospechara que me moría por sus huesos.

El domingo salimos de fiesta como teníamos planeado, pero él no vino. Fue una noche muy extraña. Azul vino conmigo a la barra y me preguntó dónde había aprendido la lengua de signos. Quería aprenderlo para comunicarse mejor con Elvis. Yo había bebido más de la cuenta y todo empezaba a darme vueltas, aunque no me había olvidado de respirar. Me tropecé con un pie y, de no ser por Azul, que me agarró del brazo, me hubiera caído al suelo. Estábamos muy cerca el uno del otro. Miré sus labios, sus ojos... tenía el color del cielo pintado en ellos. Me acerqué más para verlos, dos golondrinas volaban en su iris, eran dos motas pardas minúsculas. Sus labios se curvaron, se acercaron a los míos... y nos besamos. El contacto de nuestras bocas fue eléctrico, salvaje y apasionado. Sentía su lengua acariciando la mía: era exquisita. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron y

sentí su mano palpar mi entrepierna. Mientras le besaba, no pude evitar rememorar la tarde que lo conocí. Dos años atrás, me había susurrado en el oído, me había pellizcado una nalga y yo había salido huyendo. ¿Por eso le besaba? ¿Por qué tenía algo pendiente con él?

Más tarde, caminábamos cogidos de la mano hasta llegar a una habitación oscura. No sabía muy bien dónde estábamos, aunque seguíamos besándonos y nos tocábamos todo el cuerpo con caricias rápidas y desesperadas. Escuchaba gemidos, mientras muchas manos me sobaban. Estábamos en un cuarto oscuro, el mismo en el que meses atrás estuve con París. Nos besamos de nuevo como si nos fuera la vida en ello. Me sorprendió lo bien que lo hacía y lo dulces que sabían sus labios. Intenté detenerme, pero el deseo era superior y llevaba mucho tiempo sin estar con nadie. Me dejé llevar por el más primitivo de todos los sentimientos: la lujuria. Quería alejar de mí a la soledad, necesitaba tener contacto con alguien y, cuanto más lascivo fuera, mejor. Se agachó, sus manos desabrocharon mis vaqueros, estaba todo oscuro. Había un chico a mi lado e intentó besarme.

—No —susurré.

Noté cómo me bajaba los pantalones.

—Tus ganas de estar conmigo se salen de tu bóxer —dijo Azul.

No podía ver su cara. Metió la mano dentro de mi ropa interior e introdujo mi pene en su boca hasta el final. Sentí sus labios besar mi cuerpo, mientras con mis manos agarraba sus cabellos y tiraba de ellos. Su cabeza se movía con rapidez para mayor delirio mío. Escuché una arcada, pero no se detuvo y sentí sus labios en mi vello púbico de nuevo. Me excitó tanto esa sensación que me corrí en su garganta al instante, sin tener tiempo a decirle nada. Al terminar sentí una especie de remordimiento debido al lugar en el que me encontraba y con quien había compartido aquella experiencia tan placentera. Intenté salir de allí, pero me adentré más y más hasta llegar a unas escaleras de caracol metálicas. Empecé a bajar por ellas, al mismo tiempo que escuchaba la voz de Azul a mis espaldas.

—Espera, Lobito. —Seguido de una carcajada. Él también estaba bebido, además de haberse metido algo químico.

Descendí más rápido y sentí un escalofrío atravesar todo mi cuerpo. Había pilotos que iluminaban de color rojo el recorrido de la pared. Continué avanzando hasta que la estructura de la escalera pasó del metal a la piedra. En los laterales, cada varios metros ardían antorchas de fuego que iluminaban mi descenso. Me di cuenta de que había dejado de escuchar la música, solo oía mi respiración. ¿Y Azul? ¿Estaría bajando a hurtadillas? Seguí descendiendo hasta llegar a un pasillo recto con fluorescentes blancos en el techo. Me encontraba en una especie de caverna en forma de pasadizo; pisaba musgo y fango, incluso había charcos de agua negra. Escuché silbidos tras de mí que entonaban una canción que no lograba reconocer.

Corrí hasta llegar a una puerta, la crucé y entré en una habitación mugrienta llena de instrumentos quirúrgicos. Había una persona tumbada en una camilla, estaba desnuda y llena de sangre. ¡Era Félix!

Tenía un agujero en el pecho, era inmenso, me acerqué y vi que no tenía corazón. La puerta se cerró tras de mí y escuché un cerrojo correrse.

—No tendrías que estar aquí. —Era Azul, tenía un cuchillo en su mano—. Ahora tendré que arrancarte el corazón.

No podía moverme, no podía gritar. Solo podía ver cómo se acercaba a mí, desafiándome con la mirada. Levantó su brazo, la

punta del cuchillo empezó a clavarse en el centro de mi pecho mientras sentía una presión incómoda. Un dolor recorría todos los nervios de mi cuerpo.

Grité con todas mis fuerzas y desperté de aquella horrible pesadilla. Me erguí en la cama; estaba a oscuras en mi habitación. Acababa de tener una pesadilla, pero había sido tan real...

Siempre que muero en sueños me despierto gritando. Por suerte, me encontraba solo en el piso. Eran las cinco y media de la mañana, no hacía ni dos horas que dormía. Sentí una humedad en mis partes, y al tocarme mis dedos se impregnaron de semen. Había tenido una polución nocturna mientras soñaba, y había sido con Azul. Nunca me había masturbado pensando en él. Quizás al principio de conocerlo, no lo recordaba bien, pero no me atraía físicamente o no quería que me atrajera de esa forma. Lo que sí tenía claro era que por instinto lo detestaba. Pese a ello, mi subconsciente me había traicionado, porque en el sueño lo deseaba, había disfrutado besándole, me había gustado su forma de tocarme, su sabor... ¿Sabría así en la vida real?

La noche anterior me excedí con la bebida y, en efecto, Azul me preguntó dónde había aprendido la lengua de signos. Pero ni me tropecé ni nos habíamos besado. Azul no me gustaba, no me atraía, punto. Me gustaba Dani, aunque ni en sueños me hubiera atrevido a confesarle mi secreto. En cinco días volvería a verlo, la cuenta atrás había vuelto a empezar. El Robacorazones llevaba mucho tiempo sin actuar, y si se producía una muerte más, Infierno cerraría sus puertas y yo volvería a perderle. El tiempo jugaba en mi contra y no podía hacer nada para evitarlo.

Llegó el 4 de julio, un día histórico en la familia Muñoz: Máximo y Samuel cumplían diez años. Ellos esperaban todo tipo de regalos y todos los integrantes de mi familia nos habíamos esforzado por cumplir las expectativas. Por mi parte, había comprado a Sam un juego de la Play Station 3, el Final Fantasy XIII; a Max le regalé una colección de cómics de Spiderman que Genaro, el quiosquero del barrio Kiokuja, había ido guardando semana tras semana. Era el héroe favorito de mi hermano. Genaro también me comentó que me había visto en fotos en varios periódicos. No sabía que yo trabajaba en Infierno.

—Algún día iré a visitarte —me dijo.

—Cuando quieras —le contesté.

Caminé unos minutos más hasta llegar a mi antiguo hogar. Al entrar pude comprobar que mi madre había tirado la casa por la ventana. La había decorado con globos, banderillas de colores y farolillos flamencos que Herminia siempre nos prestaba para las fiestas. En algunos de ellos ponía «Lopera», un pueblo de Jaén de donde ella provenía. Notaba el salón principal algo más vacío, porque mi madre había retirado muchos objetos delicados debido a la cantidad de niños que acudirían a la fiesta. En cuanto a la comida, había una gran selección de productos procesados azucarados. Mi madre se portaba muy bien con ellos, y yo estaba seguro de que le habrían regalado un montón de promesas y cumplidos.

—¡Por fin tengo todos los dedos completos! —gritó Max al dar inicio la fiesta, con ambas palmas de las manos extendidas. Abril había grabado un CD con canciones populares intercaladas con temas de flamenco. Los críos devoraban los sándwiches, las croquetas Géminis, las patatas fritas...

—Cariño, esta tortilla no tiene huevo —dijo mi madre acercándome el plato.

Había alrededor de diez amiguetes de clase de Max y Sam. Solo escuchaba risas y comentarios. Mi padre estaba bebiendo una cerveza sin alcohol; mi madre no se podía quedar quieta y vigilaba que a nadie le faltase nada. Herminia era su mano derecha en la celebración.

El balcón siempre estaba ocupado, ya fuera por Abril o por mi padre, fumando sus apestosos cigarrillos Red Apple. A veces salía para hablar con ellos de forma más relajada, y una de esas veces, cuando estábamos los dos solos, mi padre me dijo unas palabras muy bonitas.

—Sabes que te quiero igual que a ellos, ¿no?

—Sí —respondí. Aunque no, no lo sabía. Siempre me había considerado la oveja negra de la familia, y me gustaba. Quizás por eso llevaba calcetines de diferentes colores; quizás por eso no usaba ascensores ni comía animales, ni tampoco bebía café ni me gustaban las mujeres; ni utilizaba paraguas ni la mano diestra…

—Nunca has traído problemas a casa —continuó mi progenitor—. Nunca te has peleado con nadie. Ojalá todos tus hermanos tuvieran ese comportamiento.

Estuve a punto de llorar tras oír aquellas palabras, pero no podía hacerlo, era un signo de debilidad: los Muñoz no lloran.

Miré a mi padre a los ojos. Los tenía húmedos. Me sorprendió.

—Vamos adentro, se me ha debido meter algo por culpa del aire —se excusó. Yo sonreí.

La tarta de cumpleaños era gigante, regalo de Herminia. Sus consentidos se hacían grandes. Los dos abrieron los ojos como naranjas cuando la vieron. Era una especie de parque temático de chocolate repleto de superhéroes. Todos los críos disfrutaron devorándola con las manos.

Observé a mis hermanos, ambos sonreían y hablaban con la boca llena al mismo tiempo. Máximo suspiraba con los comentarios de su hermano gemelo y provocaba que todos riéramos. No podía evitar pensar que a esa edad yo nunca tuve tantos amigos como atesoraban ellos. A excepción de los tebeos y, por supuesto, de Tomy.

De todas formas, en aquel momento me sentí muy feliz; todos estábamos radiantes y el día iba sobre ruedas. El momento crítico que siempre destruía la paz y la armonía en nuestras reuniones familiares estaba a punto de llegar. Empezó con Abril, acusando a Sam de que le quitaba cigarrillos a escondidas.

—Me faltan dos. Me los has quitado ahora mismo, canijo —dijo Abril.

—¡Embustera! ¡Me cago en el kétchup!

—¿Que te cagas en el kétchup? —preguntó mi hermana escandalizada, al mismo tiempo que se levantaba de la silla.

Y antes de que la cosa pasara a mayores, una paloma se coló en el salón del comedor. Máximo empezó a chillar como una niña y los demás, entre risas, secundaron su ejemplo. Samuel aprovechó el momento para tirarle a mi hermana lo que encontraba en los platos que había frente a él. Abril cogió su vaso de Zeta-cola y le arrojó el contenido a Sam en la cara. Los amigos de Samuel empezaron a tirar lo que había sobre los platos de plástico y a lanzárselo a mi hermana.

—¡Ayúdame, chocho! —le dijo a Fanta.

—¡Cerrad las puertas del comedor! —gritó mi madre.

Lulu ladraba al mismo tiempo que se comía todo lo que caía al suelo. Shornolletas y ganchitos volaron por doquier.

—¡Esto es la guerra! —gritó Máximo, que comía con una mano y con la otra lanzaba comida.

Mi padre cogió su plato con el trozo de tarta intacto; antes de que se lo quitaran miró a mi madre, que estaba horrorizada y se había quedado de piedra por culpa de lo que estaba pasando a su alrededor. Mi padre le estampó el plato en la cara. Todos empezamos a reír a carcajadas. Todos a excepción de mi madre, claro. Yo me desternillaba sentado en el extremo del sofá; con mi vestimenta intacta observaba a todos. Abril y Fanta vinieron hacia mí, tenían las manos escondidas.

—¡No, no, no! —supliqué.

—¡Sí, sí, sí! —dijeron ambas al unísono.

Tenían las manos llenas de tarta y me mancharon la cara y la camiseta. Cogí una maceta que había en la esquina y empecé a tirarles la tierra que había en ella.

—¡Es el mejor cumpleaños del mundo mundial! —proclamó Vilma; tenía el cabello cubierto de nata y la ropa empapada de refresco.

—¡Iros a jugar a la calle! —gritó mi madre, con la cara manchada y muy enfadada—. ¿No podemos ser una familia normal? ¡No! Nunca. Esta es la última vez que celebramos vuestro cumpleaños. ¡LA ÚLTIMA VEZ!

Por supuesto que no era verdad, porque de serlo… ¡no celebraríamos ni la Navidad!

Estuve un rato más en casa, ayudando a limpiar todo el estropicio causado, mientras mamá nos leía la cartilla.

—Que lo hagan los pequeños tiene un pase, ¡pero vosotros cuatro...! Se os tendría que caer la cara de vergüenza.

—¡Mamá! —gritó Abril—. Empezaron los amigos de Sam.

—¿Y si se tiran a un pozo qué?, ¿también te tiras tú?

—No, lo tapio con ellos dentro —respondió Abril.

Tardamos más de una hora en dejarlo todo como estaba. Al finalizar, mi madre se había desahogado y ya no tan estaba enfadada. Como todavía era temprano, decidimos jugar al Jenga. Acordamos a escondidas de mi madre dejarla ganar en todas las partidas del juego.

***

Los días pasaron rápidos. Llegó agosto y después septiembre. El Robacorazones no había vuelto a matar. La prensa dejó un poco de lado el tema, lo cual propiciaba que trabajáramos más tranquilos en Infierno.

Alguna vez vi al inspector Miranda en la discoteca, camuflado con un bigote de quita y pon, pero lo reconocí en un par de ocasiones. Una de ellas incluso se acercó a mi barra para pedir una cerveza sin alcohol, fue atendido por Dani. Lo observé de reojo mientras esperaba que mi compañero le pusiera la consumición. Tras marcharse, le dije a Dani quién era.

—¿Es policía?

Mi compañero pareció sorprendido. Sonreí orgulloso por darle información que desconocía.

—¿Cómo lo sabes?

—Me hizo un interrogatorio de más de tres horas. Recuerdo sus ojos, sus rasgos faciales y el reloj que lleva en la muñeca.

Dani asintió. Tuve la sensación de que le disgustaron los pormenores que le había proporcionado. Me olvidé de ello tras cruzar unas palabras con Vania y su hermano Janier. Sonaba *I will survive* de Gloria Gaynor. Hacía mucho tiempo que no los veía, en esta ocasión Vania llevaba una peluca amarillo pollo que le llegaba a la altura del culo. Tras recibir su consumición se perdió entre la muchedumbre y no la volví a ver en toda la noche.

Había perdido la costumbre de enviarle mensajes escritos a Sherise por parte de los chicos del almacén: Elvis y Suvi. Lo intenté esa noche, pero no logré entregar el mensaje hasta que nos íbamos, y fue sin intermediario. Una vez teníamos la barra limpia y las cámaras cargadas de bebidas, Félix se acercó a mí y me entregó diecinueve

euros. Era mi parte proporcional de la propina de la noche. Entregó su parte correspondiente a los demás implicados, entre ellos Suvi, que lo recibió haciendo estallar una burbuja con el chicle. Crucé la pista para ver cómo le había ido la noche a Dima y vi que Sherise estaba limpiando el mostrador de la caseta en la que trabajaba.

—Mi negra.

—Dime, blancucho...

Giró su cuerpo mientras lo decía. Levanté mi brazo con energía y deposité en su gigantesca palma la nota que había escrito horas atrás. Me miró divertida, sus ojos eran grandes, oscuros y brillantes.

Al salir de la discoteca, eran varios los clientes que siempre rondaban la entrada. Además, en la puerta siempre había un borracho pidiendo limosna con algún escrito en un trozo de cartón. Esa mañana rezaba: «En las cenizas del fracaso está la sabiduría».

Crucé la calle y fui hasta Ipanema. Varios de mis compañeros estaban allí. Por el camino me abordó Zenabio, quería que desayunáramos juntos; intenté darle calabazas. Estaba ebrio, sus pies no paraban de moverse de forma descoordinada. Dani y Leo escucharon con cierta curiosidad la insistencia de Zenabio. Miré a mi alrededor buscando ayuda, y Félix debió ver algo en mis ojos porque se autoinvitó a desayunar con él.

Cuando se fueron, me sequé el sudor de la frente de forma cómica. Mi compañero se estaba despidiendo de Leo y ambos rieron. Dani no iba a desayunar con nosotros, me moría por darle dos besos, pero no lo hice. Pensé algo ingenioso, algo divertido que decirle, pues estaríamos cinco días sin vernos. Al final de la jornada anterior se había despedido de mí con un «Chao chao, Mickey Mouse». Quería estar a su altura, pero todo lo que se me ocurrió fue:

—Adiós, chin pum.

***

Antes de finalizar septiembre, encontraron el cuerpo mutilado y sin vida de la sexta víctima. El Robacorazones había vuelto a actuar. No había duda alguna del *modus operandi* del psicópata. Una vez más, se trataba de un cliente habitual de Infierno. Todos lo conocíamos, y muchos fuimos los presentes que le vimos por última vez con vida la mañana del domingo anterior.

Me sentí desolado por mi rechazo permanente a conocerlo más. Tenía decenas de mensajes suyos en mi teléfono móvil, y solo le había contestado a algunos de forma escueta y simple.

Le había dicho a Dani que era un pesado y un carca y que, en cierto sentido me acosaba. Pero nunca más lo haría. Zenabio estaba muerto. Todo resurgió con más fuerza: el aforo completo antes de las dos de la mañana, la prensa en la puerta, policía por todas partes..., y lo que todos temíamos: el cierre inminente de Infierno.

Abraham nos reunió a todos el primer viernes después de la muerte de Zenabio. Para sorpresa de los que allí nos congregamos, había cambiado su corbata blanca por una negra. Nadie hablaba, nadie reía. El personal al completo sabía muy bien lo que estaba a punto de decir. Su labio temblaba, nos miró a todos de uno en uno.

—Se acabó —dijo. Giré mi cabeza hacia Dani. Lo tenía tan cerca y a la vez tan lejos... Infierno cerraría sus puertas—. Me siento responsable de las muertes, la policía no lo ha descubierto, y no voy a consentir que el Robacorazones siga eligiendo a sus víctimas en esta discoteca.

—¿Cuándo se cierra? —preguntó Félix con preocupación.

—Lo tengo que pensar, pero antes de que termine el año.

Mi mente se disparó. Estábamos a finales de septiembre, me quedaban menos de tres meses para lanzarme a la piscina. ¿Cómo podía pensar en amor rodeado de tanta muerte? ¿Era tan frío como Dani pensaba?

—La policía no quiere que cierre la discoteca y, por eso, la clausura del local no será inminente.

—¿Por qué son tan inútiles? —preguntó Michael.

—¡Eso! —secundó Leo—. Dos años matando a maricas y no han cogido al muy hijo de puta.

Abraham levantó la mano y los murmullos cesaron al instante.

—Nos queda mucho trabajo por delante, lo peor está por venir. Quien quiera abandonar el barco puede hacerlo, no se lo recriminaré.

Nos miramos en silencio. Cualquiera de nosotros podía ser el siguiente. Nadie dijo nada, y nuestro jefe mostró una leve sonrisa.

—No es un hasta siempre, abriremos de nuevo las puertas de Infierno cuando hayan detenido al responsable.

—Si lo cogen... —apuntó Azul.

—Adam, reparte los papeles —dijo Abraham.

Adam nos entregó a todos un papel en blanco y un bolígrafo. Nadie entendía nada, todas las caras mostraban confusión.

—Sois mi familia. No tengo pareja ni hijos, mis mejores amigos trabajan aquí. —Miró a Sucre, a Jacob y a Félix—. Muchos de vosotros lleváis aquí conmigo desde el principio y estáis dispuestos a continuar. Este año hemos duplicado la facturación, a pesar de las circunstancias. Es un dinero manchado de sangre, aunque ganado con el sudor de todos.

Se escucharon varios comentarios. ¿Quería que escribiéramos el nombre del asesino? ¿Escribiría «Azul» en el papel? No solo me caía mal, sino que también había tenido una pesadilla en la que él era el Robacorazones.

—Quiero que en el papel que os ha entregado Adam, escribáis el nombre de una ciudad de Europa. Como despedida, una vez hayamos cerrado la discoteca, nos iremos a descansar unos días a la localidad que salga elegida.

Hubo aplausos, vítores y silbidos. Fue un discurso agridulce: Madrid, Londres y Roma fueron las ciudades más escuchadas. Se escogería una papeleta al azar e iríamos allí.

Yo escribí el nombre de un pueblo, el más lejano posible; si salía podría cumplir al menos unos cuantos deseos de mi lista. Más tarde le pregunté a Dani si él pensaba ir. Afirmó con la cabeza.

—¿Qué ciudad has puesto? —le pregunté.

—Praga. Siempre he querido visitarla.

—¿Y tú, Félix? —Estaba en la barra, sentado sobre una cámara frigorífica de refrescos y con su petaca plateada en la mano.

—Quería poner el paraíso Fhloston, pero como solo se podía dentro de Europa... al final he puesto Florencia.

Dima había escrito Atenas, aunque tenía pocas esperanzas de ir debido a sus otros dos trabajos.

La noche fue caótica, no tuvimos tiempo de respirar y hablé muy poco con Dani. Pasadas las seis de la mañana, mi corazón casi explotó cuando me preguntó si quería quedar con él alguna tarde. Me pidió que le escribiera mi número de teléfono en su móvil, un Motorola plateado. Le dije que por supuesto, con una sonrisa de oreja a oreja.

Primera cita con Dani

Llevaba unos pantalones negros con líneas grises muy oscuras que me había regalado mi madre en un cumpleaños pasado. Me había puesto hasta una camisa de cuadros, en tonos verdes oscuros. Estrenaba ropa interior e iba con mis calcetines de la suerte, uno rojo y otro negro.

Habíamos quedado a las siete de la tarde en la salida del metro de La Rambla en Drassanes. Faltaban tres cuartos de hora para el encuentro y estaba a punto de llegar, así que decidí bajarme una parada antes e ir caminando.

Me fijé en la multitud de rostros con los que me crucé, como si buscara a alguien conocido; me pareció ver a Alba, por lo que me giré ciento ochenta grados y la llamé. A varios metros delante de mí, había una mujer con gafas de sol que se dio la vuelta al momento, de cabello frondoso claro y un cuerpo voluminoso. ¿Sofía?

—¿Qué haces acá? —me preguntó Alba.

Tras darle dos besos, mis ojos volvieron a la mujer de gafas de sol, pero había desaparecido. Hablé con Alba y rechacé tomar un té con ella en ese mismo momento. Acordamos llamarnos y visitar un día a Aurora antes de despedirnos y proseguir nuestros caminos, que iban en dirección contraria. Continué mi recorrido hasta el final de La Rambla con las manos en los bolsillos y buscando a Sofía por los alrededores. Llegué un cuarto de hora antes, y me sorprendió ver a Dani apoyado en la acera de enfrente. Fui caminando hasta él, estaba trasteando el móvil y no me vio acercarme. Tenía un Iphone en las

manos.

—Hola —dije.

Se sorprendió al verme allí, lo cual me extrañó. Igual era debido a que faltaban quince minutos para nuestra cita.

—Estás muy guapo —me dijo, y me besó en la mejilla. Sospeché que me habría puesto colorado como un tomate. Quería decirle que él también estaba muy guapo, pero solo respondí «gracias». Era curioso, porque pensaba algo, pero mi boca decía lo que le daba la gana. Observé cómo guardaba su móvil nuevo en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

«Besarte».

—Lo que tú quieras, no sé. ¿Damos un paseo? —pregunté mientras encogía los hombros.

—Un paseo estaría genial.

—Vamos hacia el mar.

Hacia allí fuimos. Se había puesto un nuevo perfume, pero no conseguía reconocerlo. Él rompió el hielo con una pregunta.

—¿Tienes algo interesante que contar?

—El cuerpo humano tiene veintitrés cromosomas —contesté.

—Qué interesante —contestó. Se hizo el silencio entre nosotros. Caminábamos juntos por el centro de La Rambla. Alrededor transitaba una marea humana que provocaba un murmullo incesante de voces que enturbiaba un poco el inicio de la cita—. ¿Qué sabes sobre el corazón? —preguntó.

—¿Sobre nuestro órgano muscular?

Dani asintió. Sus ojos brillaban, estaban abiertos y miraban a los míos de forma intensa.

—Que se puede morir de amor —dije—. Ahora me toca preguntar

a mí.

Lo observé y él se relamió el labio superior. Quería lamer esa lengua.

—Venga, dispara —dijo. Su pulgar descendió hasta tocar su índice.

—Mmm... veamos —fingí. Sabía muy bien qué preguntas hacerle —: ¿Por qué maullabas cuando te duchabas en el Edén?

Él rio. Y asintió para sí mismo.

—Soy un gato.

—¿Un gato?

—Ya sabes. De Madrid, pura cepa, ¿no?

—Ah, sí, sí —respondí, pero más tarde buscaría en Ecosia qué significaba ser un «gato». Para Félix era un ninja, y también había tenido que buscar el significado para no parecer un ignorante.

—¿Alguna otra pregunta? —dijo, mientras ponía su mano en mi hombro.

—¿Con quién vives? —logré decir. Podía oler su sudor bajo ese perfume dulce que llevaba. Retiró la mano, dejé de sentir su presión, pero había quedado embriagado de su testosterona.

—Con dos abuelitas.

—¿Con dos abuelitas?

—Sí. —Empezó a reír y me contagió—. Me han alquilado una habitación. Son hermanas.

—¿Cómo se llaman?

—Vicenta y Marisa.

—¿Cuál es tu color favorito?

—El naranja —dijo de forma tajante—. ¿El tuyo?

—El rojo.

—El rojo también me gusta. Quería quedar contigo desde hacía tiempo.

—¿De verdad? —pregunté. Intenté no aparentar sorpresa y que mi tono de voz no me delatase, pero me sentía más feliz que una perdiz. ¿De verdad me estaba diciendo aquello?

—Sí. Me gustaría ser tu amigo.

¡Oh! ¡Oh! ¡Alarma! Yo no quería ser su amigo, quería ser su amante. ¿Qué se suponía que debía decirle? Amaranta y Abril me habían dado una serie de consejos, pero no habíamos previsto que la conversación siguiera aquella dirección.

—Sería estupendo que fuéramos amigos —acabé contestando de forma diplomática. ¿Por qué no podía comportarme con naturalidad? No soportaba la barrera imaginaria que había entre nosotros dos.

Nos dirigíamos hacia la estatua de Colón. Habíamos pasado el Bosc de les Fades, quería llevarlo allí, pero no me atreví a mencionarlo. Me costaba ser natural, recordé que estando con Elvis, incluso nos tirábamos pedos, como hacía en casa con mi familia. La primera vez que lo hice, pensé que como era sordo jamás sabría que me los tiraba estando con él. Pero las legumbres huelen una vez digeridas. Nos reímos bastante, aunque desde el principio habíamos sido sinceros el uno con el otro. Por eso no entendía por qué me afectaba la presencia de Dani, me cohibía tanto al estar con él, que me convertía en un completo desconocido incluso para mí mismo. Quería agradarle, gustarle... y temía que siendo yo mismo no fuera suficiente.

—¿Rómulo?

—¿Sí?

—¡Te has quedado en Babia!

—¿Cómo? —pregunté sorprendido. No le había dicho nunca que había trabajado en un restaurante llamado así. Aunque se lo podía haber preguntado a Félix o a cualquier otro compañero, pero tenía la sensación de que lo había averiguado por otra fuente.

—¡Estás en la parra! —dijo Dani.

Al parecer no tenía nada que ver, quise decir algo rápido.

—Tengo carné de conducir desde los dieciocho años, pero nunca he tenido coche propio —quise decirle una verdad, algo íntimo de mí —... y tengo quince puntos —añadí.

—Yo tengo once, me quitaron cuatro por exceso de velocidad hace poco.

—¿En serio?

Asintió.

—¿Te puedo preguntar una pregunta?

No podía creer la sandez que había soltado, lo que hacían los nervios. Esperábamos ante un semáforo en rojo. Había un grupo de japoneses al lado, tomando fotos a la estatua que teníamos delante.

—Dime —contestó.

—¿Con cuántos chicos has estado?

—Con unos cuantos. —Me miraba a los ojos—. Acabo de salir de una relación complicada, por el momento no quiero nada serio.

—Yo tampoco quiero nada serio —contesté.

Él sonrió. El semáforo cambió a verde y los japoneses empezaron a cruzar. Dani hizo el amago de caminar, pero yo estaba clavado.

—¿Por qué estás tan nervioso? ¡Relájate!

—Porque.... porque... me gustas.

Cerré los ojos. Esperaba que se echara a reír, que me besara o incluso que dijera algo arrogante o cruel. Pero permaneció en silencio, al parecer sorprendido. Me incomodó tanto la situación que pronuncié cuatro palabras de despedida y me marché corriendo mientras empezaba a llorar y me moría de la vergüenza. Lo dejé allí plantado. Lo peor de todo es que no vino en mi búsqueda como pasaba en los libros.

Me dejó marchar.

Y no hubo beso.

22

Últimamente estábamos muy alterados en el trabajo. La fiesta de Halloween sería el colofón antes de que Infierno cerrase sus puertas de manera indefinida. Y sin duda fue una noche inolvidable por muchos motivos, aunque el más significativos de todos era que ya no volvería a trabajar con Dani tras la misma barra.

Habían pasado semanas desde la cita infructuosa que tuvimos. Nunca hablábamos de ello, aunque de vez en cuando le soltaba indirectas a las que él reaccionaba con un comportamiento ambiguo.

Todas las noches colgábamos el cartel de aforo completo, y era mucha la gente que se quedaba sin poder entrar. Algunos eran clientes nuevos que venían por primera vez a la discoteca. Me asombraba conocer las distancias recorridas por algunos de ellos; no eran turistas que visitaban la Ciudad Condal, eran morbosos que querían pisar Infierno antes de que cerrara sus puertas, y venían de cualquier parte del territorio español: San Sebastián, Ávila o Cádiz; también desde el extranjero: Montpellier, Berlín o Reikiavik. Muchos de los clientes habituales no volvieron, ni lo hacían grupos de farándula o despedidas de soltero. Había que contabilizar también a seis personas más que tampoco volverían, asesinadas por el Robacorazones. A esas alturas todos dábamos por imposible que lo capturaran, y quedaban seis semanas para bajar el telón. Solo cabía esperar. Era curioso, lo mismo me había pasado en el Paradís, aunque por circunstancias diferentes. La vida seguía siendo una rueda.

A medida que pasaban las semanas crecía una expectación casi palpable. Algunas noches se colaban periodistas que grababan vídeos desde sus dispositivos móviles para emitirse en programas sensacionalistas de la televisión. Había multitud de especiales sobre el caso en todos los canales. Decían tantas burradas que uno no sabía qué era cierto o mentira. Por ejemplo, había escuchado decir que el asesino había contactado con alguna víctima mediante un chat de Internet. Otro medio de comunicación confirmaba que el Robacorazones era un hipocondríaco que arrancaba el corazón a sus víctimas para devorarlo y así sanar sus sufrimientos…

Empezaba a ser habitual que hubiera policías dentro de Infierno, sobre todo vestidos de paisano. Entre ellos se encontraban el Inspector Miranda y la agente Sofía Cuevas, que acudió disfrazada de bruja la víspera del día de todos los Santos. Su disfraz era espectacular: la vestimenta, el maquillaje, la prótesis incrustada de la nariz...; la reconocí por la envergadura de su cuerpo y por la forma de sus dedos. Dani le sirvió un refresco, y yo me fijé en ella porque a su izquierda estaba Janier, que se iba a tomar la cuarta consumición de la noche y prefería ser atendido por mi compañero.

El disfraz de Dani me encantaba. Iba medio desnudo, con el torso descubierto y pintado a escala de grises imitando la piel de una zarigüeya. Un antifaz de terciopelo en forma de cabeza de animal cubría su frente, ojos y nariz. Aquella noche desprendía una especie de magnetismo invisible. Todo el mundo se acercaba para recrear la vista y contemplarlo. Como pasaba la mayoría de las veces, su disfraz era mejor que el mío. En todo lo que intentaba competir contra él salía derrotado. Había asumido, por ejemplo, que Suvi le sirviera primero el hielo; también que fuera capaz de evitar más conflictos entre los clientes que yo, pues tenía mucha más fuerza y poseía un don para apaciguar a la gente. Pero no podía consentir que pusiera más consumiciones que yo. El ganador solía ser el que más cervezas hubiera servido.

El trabajo había aumentado tanto en las últimas semanas que antes de que cerráramos las cámaras de refrigeración se quedaban vacías. En el almacén, las bebidas estaban a temperatura ambiente. Habíamos dejado de hacer inventario en todos los sentidos. No contábamos las bebidas servidas ni el alcohol vendido. Ya ni hacíamos lista de las bebidas que necesitábamos en la barra, simplemente había que ir al almacén con el carro de la compra de Mercadona y llevarse todo lo que entrara. Por eso, todos los sábados podía ocurrirte que pidieras un Absolut con limón y tuvieras que ir a la barra de enfrente a buscarlo, como le pasaba a mi *querida* Félix.

Ante esto, el encargado de sala y almacén, Adam, solo sabía berrear ante todas las quejas e injurias. Cuando nos separó a Dani y a mí, fui a exigirle explicaciones bastante furioso, y le recordé que teníamos un acuerdo. Me contestó que no había sido decisión suya y que no metiera las narices donde no me llamaban; acercó tanto su jeta a la mía que pensé que me iba a besar o a dar un cabezazo. Sus ojos estaban dilatados y su aliento hedía a tequila. Estaba siempre de mal humor, el trabajo le sobrepasaba. Michael fue el único que había subido al despacho de Abraham para quejarse de él, era el menos

indicado, pero fue el único que le echó un par de huevos. Aunque la conversación no tuvo que ir muy bien, porque estuvo toda la noche cabizbajo y sin soltar prenda de lo ocurrido.

***

Cada vez quedaba menos tiempo para el final de Infierno, cuatro semanas y restando. Fue a mediados de noviembre cuando Abraham convocó una reunión; todos estábamos expectantes, tenía una noticia mala y una buena. Pedimos saber la mala primero. El 18 de diciembre sería el último día que la discoteca abriría.

—¿Y la buena? —preguntó Andrea.

—La buena es que vamos a escoger el destino del viaje. Serán cinco días en enero. Antes de dos semanas necesito saber quién vendrá para comprar los billetes y hacer las reservas pertinentes.

Adam trajo una urna y la puso encima de la barra Omega.

—¿Alguna mano inocente? —pidió Adam de mal humor.

—¡Aquí no hay de eso! —dijo Félix.

Todos reímos mientras esperábamos nerviosos y apenados.

—Yo lo único que pido es que no sea un lugar frío —dijo Félix.

—Tú pides mucho, maricón —terció Sucre.

Volvimos a reír.

—Tiene que salir Ibiza —dijo Michael.

—¿Algún puto voluntario? —espetó Adam.

Rosa se ofreció. Caminó hacia la urna e introdujo la mano, removió los papeles doblados que habíamos escrito un mes atrás y extrajo la papeleta.

—Redoble, por favor...

Michael, Leo y París hicieron de tambores.

—Y el destino es... ¡Kittilä! ¿Kittilä?

—¿Kittilä? —preguntó Félix, junto con Andrea y Michael.

—¿Dónde carajo está eso? —curioseó Adam.

¡No podía creerlo! Era mi papeleta. Mientras miraban con los *smartphones* dónde se encontraba aquel lugar, le susurré a Dima que era el destino que yo había escrito. Me incitó a decírselo a todos mis compañeros, pero no quise; me mirarían todos y me freirían a preguntas.

—¿Quién lo ha escrito? —quisieron saber algunos compañeros.

—¡Es antónimo! —respondió mi hermana.

—¡Ha sido Rómulo! ¡Ha sido Rómulo! —dijo Michael.

Había escogido ese destino por muchas razones. Era el sitio que más oportunidades me ofrecía para cumplir deseos de mi lista de la felicidad: montar en avión, visitar otro país y ver auroras boreales.

—¿Dónde está eso, Lobito? —preguntó Félix.

—Es un pequeño pueblo de Finlandia en el que hay una estación de esquí llamada Levi. Se encuentra en la región de Laponia —dijo Suvi mientras leía de la pantalla de su móvil. Supuse que leía tal información en la Wikipedia.

—Chicos —dijo Abraham—. Del 19 al 23 de enero iremos allí. Necesito confirmaciones en dos semanas máximo.

—¿Por qué has escogido ese destino? —me preguntó más tarde Dani.

—Era el sitio más lejano —contesté—. Además, quiero ver el cielo pintado de colores mientras intento besarte.

Sonrió sin añadir más. Su actitud me invitaba a volar.

—¿Vendrás?

—¿Estás de coña? ¿Un viaje gratis a un lugar donde se puede esquiar? ¡Demonios! ¡Sí! —dijo antes de marcharse a la barra Omega para trabajar.

La vida me daba una segunda oportunidad, puesto que había desperdiciado mi oportunidad de oro cuando trabajábamos codo con codo en la misma barra. La diferencia era que tenía su número de teléfono móvil, aunque nunca le escribía, esperaba a que lloviesen elefantes.

En la entrada, París custodiaba la lista de los asistentes bajo la caseta del pingüino emperador. Leo y Michael fueron los primeros en poner cruces dentro del recuadro bajo el «Sí», el primer día que estuvo disponible. Rosa y Sherise tacharon la casilla del «No». Tenían hijos y un trabajo entre semana. Dima también lo veía complicado por sus otros dos trabajos, aunque tenía algo de tiempo para hablarlo con sus jefes.

A la semana siguiente, obtuvimos más información del viaje. Por ejemplo, que Infierno correría con los gastos del viaje, alojamiento y el alquiler del material para esquiar. También que tendríamos que coger dos aviones para llegar allí: uno hasta Helsinki y el segundo hasta Rovaniemi, para después recorrer un buen trecho en un autocar privado que el jefe alquilaría.

A dos semanas del cierre, la lista de todos los empleados que irían al viaje quedó así:

TRABAJADOR/A
SÍ
NO
Abraham Miranda
X
Sucre Dulce
X
Félix García
X
Rosa Heras
X
Sherise Washington
X
Adam Zapata
X
Suvi Chamber
X
Michael Blanco
X
Elvis Engel

X
Andrea Rodríguez
X
Dmitry Ivanov
X
Azul Iglesias
X
París Expósito
X
Leonardo Pomodoro
X
Amaranta Buendía
X
Rómulo Muñoz
X
Abril Muñoz
X
Fanta Guirao
X
Dani Gómez
X

Me apenaba que no fuéramos todos, en especial Dima, que no había logrado que le dieran días libres en sus otros dos trabajos. Tampoco vendría Adam. Tenía miedo a montar en avión. Ni Jacob o ningún miembro del equipo de seguridad porque ellos habían decidido ir juntos a otro sitio.

Esa misma noche también conseguimos con éxito, y a la primera, repartir todas las papeletas del amigo invisible. Nos daríamos los regalos el último día. Me había tocado una persona muy especial, quería regalarle algo que le ilusionara, algo práctico a la vez. Podía ser una forma de resarcirme, pues en el pasado sentía que no había estado a la altura de las circunstancias, aunque poco importaba en la actualidad.

***

Se acercaba el último día y aumentaba la expectativa sobre la presunta séptima víctima. El Robacorazones estaba en boca de todos: de los medios de comunicación y del público en general. Y faltaba muy poco para que Infierno cerrase. ¿Qué pasaría después? ¿Continuarían los asesinatos? ¿Buscaría el Robacorazones otro local donde elegir sus presas? ¿Cesarían las muertes?

Los últimos días de trabajo en la discoteca fueron extenuantes y

nostálgicos. Me apenaba no volver a ver más a Dani de forma regular. Desde que no trabajábamos juntos en la misma barra había averiguado muy pocas cosas de él; que su signo del zodiaco era cáncer, como el de mis dos hermanos pequeños. Y que una de sus mayores manías era que tenía que cenar, todos los jueves, pizza con *pepperoni* y doble de *mozzarella*.

París había vuelto a intentar flirtear conmigo. Era desconcertante, aunque zanjaba sus artimañas zafándome con elegancia. Sin embargo, cuando le veía en brazos de otro chico, pasadas las cinco y media con su piña colada, no podía evitar sentir pequeñas punzadas de celos.

En cuanto a mi relación con Elvis, mutó a inexistente. Suvi me había confesado que él le había pedido personalmente que se encargara siempre de servir en la barra que yo estuviese, aunque no me sorprendió. Y mientras, me devanaba los sesos pensando qué podía regalarle.

***

Llegó el 18 de diciembre, la última noche que abrimos al público. Tenía la pequeña esperanza de trabajar con Dani, pero no fue así. Él trabajó con Azul, Leo y Dima en la barra Omega. A mí me toco en la barra Alfa con Michael, y Amaranta estuvo junto a Andrea en Delta.

Antes de abrir, Sucre nos pidió a todos que escribiéramos una canción para ser pinchada más tarde, una vez hubiéramos abierto al público. Iba a ser una noche especial, porque se entraba por lista y se daba preferencia a los clientes de toda la vida.

Una vez las puertas de Infierno abrieron, el primer tema que pinchó Sucre fue el que había sido escogido por Dima. Supuse que iba a ser un rap y así fue, cantado en francés por Keny Arkana. Se titulaba *Cinquième Soleil*.

Empezaron a bajar los clientes, siendo Vania y Janier los primeros en pisar la pista. Descubrí que no habían pagado entrada y que ningún cliente lo haría, solo las consumiciones que tomaran después.

Un chico con cara de sapo y camiseta azul cobalto, se quejó de llevar cerca de media hora esperando a ser atendido por Michael. Este le ignoró durante diez minutos más y, al final, el chico acabó muy molesto; de mala gana cogió los *tickets* que tenía: «Dos cervezas y un cóctel especial», dijo en voz alta. Le entregó las dos botellas de Duff y Michael fue a la parte trasera de la barra a prepararle el combinado en la mesa de elaboración. Me acerqué a coger unos vasos de la

estantería cuando le vi de buen humor escupiendo en la coctelera; movía su cuerpo al son de la canción *Maquillaje,* de Mecano, un tema que él había escogido.

—Aquí tienes tu mejunje —dijo cuando le entregó la bebida.

La noche transcurrió rápida, como siempre, aunque no fue una velada frenética y sin respiro. Hubo varias actuaciones en el podio, como bailes con chicos ligeros de ropa o una actuación de magia. La música que sonó durante las siete horas que estuvimos abiertos al público fue muy variopinta, pues los clientes también podían escoger sus canciones favoritas. Sucre incluso pincho *Careless Whisper*, de George Michael. Según nos comentó, era la canción favorita de Zenabio.

—¡Hola, Rómulo!

—¡Serah! Hacía tiempo que no te veía por aquí —dije inclinándome para recibir dos besos.

—Es imposible venir aquí, estoy porque Dima me apuntó en la lista.

—¿Quieres que te ponga algo? —pregunté.

—No, me gustaría hacerte una pregunta.

—Tú dirás...

—¿Sabes si Dima me engaña con alguien?

—¿Cómo? ¡Por supuesto que no! ¿Por qué piensas eso? —La pregunta me dejó horrorizado.

—Creo que me engaña. Ya sé que trabaja mucho, pero... nos vemos muy poco y… tengo un pálpito. ¿Me lo dirías si lo supieras?

Se aguantaba las ganas de llorar. Tenía que decirle algo que la reconfortara, aunque estaba seguro de que mi amigo jamás la engañaría. Empezó a sonar la canción que había escogido yo: *I'll be missing you* de Diddy, Faith Evans y 112.

—Serah, Dima te quiere mucho, estoy seguro de que no te engaña. Háblalo con él.

—Ya lo hemos hablado, por eso te lo pregunto a ti, porque eres su mejor amigo.

Se marchó cabizbaja, y después vinieron Arnau y Didac a despedirse de mí; me pidieron hacerse una foto conmigo. Nos dimos dos besos e intercambiamos los números de teléfono para quedar algún día en el futuro.

Cerramos una hora más tarde de lo habitual. Tras el minuto de silencio hubo una explosión de aplausos, confeti y serpentinas. Nuestro Dj daba las gracias en nombre de todos los trabajadores y se despedía para siempre. Todo el mundo lloraba por la tristeza del momento. La gente empezó a marcharse, así que decidí subir al guardarropa a ayudar, y así trabajar un rato con las chicas. Por primera vez, no teníamos que limpiar la barra o cargar las cámaras de botellas de cervezas, refrescos y latas de Bluebull.

Me puse a trabajar cerca de Abril, que me guiñó un ojo nada más llegar, y me puse manos a la obra. París se acercó hasta el mostrador como una culebrilla y me lanzó un beso cuando llegó.

—Lobito, toma —dijo. Me entregó un ticket—. Es el casco de un amigo.

Asentí sin decirle nada, miré el número y fui a buscarlo. Me tomé mi tiempo para localizarlo, mientras las chicas corrían a mi alrededor. Hasta tres prendas logré contar a Rosa, mientras yo localizaba la sección de los cascos de motocicleta y encontraba el que quería. Era blanco, y tenía un número de cuatro dígitos (2187) en letras azul turquesa impreso a ambos lados. Se lo entregué a París, que se marchó sonriendo sin más. Me sentí decepcionado, mis demonios pedían un infierno más grande, era la última vez que estábamos juntos en Infierno. ¿Así terminaba nuestra historia? Observé que le entregaba el casco a Carlos y le daba un beso en los labios, para después ponerse a flirtear con otro chico. Mi hermana llamó la atención de Fanta: uno de sus últimos ligues era el dueño de la chaqueta que llevaba en ese momento.

—Es muy mono —dijo Fanta de espaldas al chico.

—¿Mono? —preguntó Rosa escandalizada—. Es una alerta máxima.

Me giré a comprobar cómo era el individuo del que hablaban y, en efecto, el chico parecía sacado de la portada de una revista de moda. Cogí dos nuevos *tickets* pero, una vez más, hubo preferencia. Estaban en la mano del mago que había realizado unos trucos de magia al principio de la noche. Borracho como una cuba, ya que Félix le había entregado diez invitaciones robadas a París antes de abrir al público. Tras el espectáculo no lo volví a ver; pensé que se habría marchado, pero al parecer se lo había pasado bomba y estaba seguro de que Dani le había servido todas las copas. Los *tickets* del mago pertenecían a una bolsa enorme y una cazadora tejana muy pesada.

Continué mi trabajo durante otro cuarto de hora. Íbamos más despacio a medida que quedaban menos clientes. Mientras, nuestros compañeros esperaban abajo, impacientes por abrir los regalos. Uno de los últimos clientes en salir de Infierno fue Mario, que apenas podía sostenerse en pie de lo borracho que iba; le tuvieron que ayudar Santi y Roberto a encontrar la salida.

Cuando ya no había ningún cliente en el interior, nos dirigimos hacia las escaleras mientras Rosa iba enunciando los amigos invisibles que sabía de todos los compañeros. Elvis regalaba a Félix, Dani a Fanta y ella misma a Dani: le había comprado una carcasa para el teléfono de color blanco.

—¿Para qué móvil? —pregunté con curiosidad.

—Para el Motorola. Solo tiene uno que yo sepa —contestó confusa.

—¿Y a quién regalo yo? —dije. Rosa era muy astuta, porque había nombrado a quien yo regalaba entre los dos o tres nombres que le quedaban por averiguar—. Y ¿quién me regala a mí? —le pregunté mientras bajábamos las escaleras los últimos.

—Sucre —contestó.

Sobre el podio central estaban todos los regalos, y en sobres o escritos sobre el papel de los propios obsequios se encontraba el nombre del propietario. Michael permanecía delante del suyo y Sherise detrás de él, vigilando que no lo tocara.

—¡Ya estamos todos! —dijo Michael con impaciencia, mirando por encima del hombro.

Sherise no tuvo que articular palabra, una mirada bastó para apaciguar las ansias de Michael.

—¡Abrid los regalos! —dijo Abraham.

Todos fuimos en avalancha, mientras Michael se alejaba con uno de los paquetes más voluminosos entre las manos y una sonrisa en los labios.

—¿Qué será? —le escuché decir.

Miré con disimulo cómo Elvis buscaba su nombre entre los pocos regalos que quedaban sobre la plataforma. Lo había escrito pequeñito en una esquina, para que le costara encontrarlo. Me giré cuando Félix se puso a chillar. Todos lo hicimos. Los gritos habían sido a causa de la sorpresa, pues su cara mostraba felicidad. Se formó un corro a su alrededor y me acerqué para ver de qué se trataba. Todo el mundo cogía algo y los que no, decían: «¡Yo también quiero!».

—Gracias a quien me lo haya regalado. Me he quedado *patidifusa* —dijo Félix.

—¿Qué es? —preguntó Leo a alguien.

—Un kilo de langostinos cocidos —contestó Michael.

Me detuve cuando lo escuché, y miré horrorizado a mis compañeros. Muchos eran los que tenían un crustáceo entre sus manos. Le arrancaban el exoesqueleto con los dedos, a pellizcos, sin contemplaciones. Otros extirpaban las pequeñas patas con los dientes y las escupían a la pista de forma sonora. Cuando estaban libres del caparazón, finalizaban la operación metiéndose el cadáver en la boca y masticándolo con gula.

Félix había dejado la caja sobre la barra Omega y ofrecía marisco a todos los presentes. Lo observé chupando los órganos internos de la cabeza mientras Sucre asentía, asegurándole que era lo más sabroso.

—Al menos están muertos —le dije a Suvi; tenía un aspecto mustio, con el ceño fruncido.

Nos habíamos retirado un poco de nuestros compañeros, mientras devoraban los cuerpos marinos—. ¿Qué te han regalado? —pregunté.

—Una docena de zuritos. ¿A ti?

—Esto.

Le mostré un frasco pequeño de vidrio.

—¿Es *popper*? —preguntó con curiosidad. Asentí—. ¿Me lo cambias?

—Hecho.

Me entregó su regalo, una caja pequeña en la que había doce pequeños vasos. Al cogerla, pensé que tenía parte del regalo de Navidad para Andrea, mi compañera de piso.

Una vez se abrieron todos los regalos y se terminaron el cava y los langostinos cocidos, mis compañeros empezaron a despedirse. Algunos lloraban mientras otros se mostraban muy fríos. No me gustaban las despedidas, pero no podía marcharme sin antes hablar con Dani y decirle adiós de forma… ¡original!

Esperaba la ocasión sentado sobre la barra Omega. A mi lado se encontraba mi hermana, realizando una cata de kétchup; contaba con una selección de nueve marcas diferentes de su salsa favorita. Estaba probando la tercera —y última, según ella—, aunque había dicho lo mismo cuando abrió el segundo bote, de la marca Catsup.

Observé a Dani, que esperaba a que Abraham se despidiera de Rosa. Vestía una de esas camisetas negras ajustadas que marcaba todos sus músculos y unos simples tejanos. Me di cuenta de que Dani iba mirando a todos los compañeros, de uno en uno, hasta que puso sus ojos en los míos. Alcé mi mano, sonriéndole y mostrándole todos mis dientes. Su rostro se suavizó.

Una vez Rosa terminó de abrazar a Abraham, se acercó a nosotros para despedirse. Tenía los ojos rojos y su blusa mojada de lágrimas. Fanta la abrazó y Rosa continuó desahogándose:

—Ha sido corto pero intenso, mi pequeña Zanahoria —dijo Rosa.

La discoteca Infierno había abierto sus puertas por primera vez en la primavera de 1999. Las cerraba en el invierno de 2010. Durante todo ese tiempo, Rosa había sido la responsable del guardarropa. Cobraba más de dos mil euros, según mi hermana, lo que sumado al

sueldo de la pescadería en la que trabajaba de martes a viernes podía hacer pensar que disfrutaba de una cuenta a rebosar de ceros; yo lo dudaba, pues tenía tres hijos que mantener, pagaba una hipoteca y era una mujer divorciada. Tras despedirse de nosotros, hizo lo mismo con los pocos compañeros que quedaban y después se marchó. Nunca más volví a verla en mi vida.

Me sentía algo abatido y triste. Dani también empezó a despedirse. Me alejé un poco de él, quería ser el último a quien dijera adiós. Intenté no llorar, nos volveríamos a ver al mes siguiente, pero en unas circunstancias muy diferentes.

—¿Vendrás seguro a Kittilä? —le pregunté cuando tuve la ocasión.

—¡Claro! ¡Tan seguro como que Mercurio es el planeta más cercano al Sol!

—Eso espero.

—Bueno... dame un abrazo, joven Padawan.

—Nos vemos... en el futuro —dije.

—Sí. Hasta la vista, *baby*.

Empezó a caminar hacia las escaleras.

—¡Dani! —grité.

Se giró hacia mí.

—Dime —contestó. Estaba a dos metros de distancia. Le enseñé la palma de mi mano y formé una «V», separando mis dedos índice y corazón del angular y meñique.

—Larga y próspera vida.

Dani empezó a reírse y se marchó, así sin más. No se dio la vuelta ni una vez mientras se alejaba de mí. Me fijé en Suvi, que lloraba abrazada a mi hermana; esta intentaba separarse, pero la tenía bien cogida. Miré a mis compañeros, no veía a Dima por ningún lado.

—¿Dónde está Dima? —pregunté en voz alta.

—Lo he visto entrar en el almacén con Amaranta —contestó Félix.

Caminé varios pasos hacia allí, pero Félix me sujeto del brazo.

—Dame dos besos que me voy.

—¿Nos volveremos a ver? —le pregunté.

—En un mes.

—Me refiero a después.

—De mí no te vas a librar tan fácil. Además, estoy conociendo a un chaval de tu pueblo.

—¿A un chaval? ¿Cuántos años tiene?

—Cuatro años más que yo.

—Ah. ¿Por qué no le has invitado hoy aquí?

—Esta vez voy a ir despacio. Él no sale nunca por el ambiente y no quiero que sepa que trabajo aquí. Bueno... que «trabajaba» aquí —enfatizó.

—¿Cómo se llama?

—Genaro, tiene un kiosko.

—¿En serio? —pregunté maravillado.

Tras despedirme de él fui al almacén. Antes de abrir la puerta escuché una especie de golpes rítmicos muy fuertes. ¿La máquina del hielo? Al abrir la puerta contemplé el culo peludo de Dima. Estaba erguido sobre Amaranta, que se encontraba sentada sobre un enorme arcón que utilizaba Adam para guardar el hielo.

Dima movía sus caderas a toda velocidad, como si fuera un conejo. Mi compañera de piso tenía las piernas alrededor de las caderas de él, y sus manos sobre la cabeza rapada de este. En el suelo estaba su gorra. Amaranta soltaba pequeños gemidos mientras Dima la embestía a una velocidad inaudita. Me quedé traspuesto varios segundos contemplando la escena. Después cerré la puerta con sumo

cuidado y caminé hacia la pista en estado de *shock*.

Más de la mitad de mis compañeros se habían marchado ya, entre ellos todos mis amores; los del pasado y los del presente. No tenía ni idea de cómo proseguir con mi vida. Había pensado en enviar mi currículum a alguna pastelería después del viaje a Kittilä, aunque lo que de verdad me importaba era mi situación sentimental. Después del viaje no volvería a ver a casi ninguno de mis compañeros, en especial a Dani.

Sherise vino a mí y me abrazó. Quería decirle algo, pero colocó su dedo índice en mis labios y negó con la cabeza. Tenía la cara mojada, al igual que la mayoría de los que permanecíamos en Infierno. Se separó de mí y sin decir nada a nadie caminó hacia las escaleras multicolores y las empezó a subir. Echó la vista atrás y lanzó un beso a su caseta violeta antes de encarar el resto de los escalones.

—Hasta siempre —dijo.

23

—¡Vamos! —dijo Amaranta mientras aplaudía. Mi compañera de piso daba palmas siempre que tenía ocasión.

Eran las cinco de la mañana. Por fin había llegado el gran día. Me levanté y fui a la cocina a beber agua. Allí estaba también Andrea, con unas ojeras que le llegaban hasta el suelo.

—Cari, ¿has visto mi lista? —preguntó Amaranta.

—Ayer la dejaste aquí colgada —dije.

Señalé el frigorífico, el cual estaba lleno de imanes de lugares que había visitado y diferentes papeles colocados bajo ellos.

—Pues no está —contestó.

Amaranta había escrito una relación con todas las cosas que necesitaba para el viaje; la noche anterior había repasado todos los puntos en infinidad de ocasiones, pero necesitaba hacerlo una última vez.

Estaríamos fuera cinco días y cuatro noches. Nuestro primer avión salía temprano, el trayecto duraría alrededor de cuatro horas. Después, cogeríamos un segundo avión algo más pequeño en Helsinki,

y viajaríamos hasta Rovaniemi. Cuando llegamos al aeropuerto del Prat, no quise confesar a nadie que era la primera vez que lo pisaba. También lo era para Abril.

Saludé a todos mis compañeros de uno en uno. Mi nuevo corte y color de pelo causó furor entre ellos. La tarde anterior, Andrea me lo había teñido de color rojo, algo que siempre había querido hacer y nunca me había atrevido a realizar por miedo a lo que pensaran los demás.

Leo me preguntó si había visto a Michael. Había quedado con él en el metro de Cataluña junto con Sucre, pero no se había presentado. Su móvil daba señal, pero nadie respondía. Dani llegó; lucía una gorra negra e iba bastante abrigado. Se esperaba que la temperatura en Kittilä rozara los veinte grados bajo cero.

Facturamos las maletas, pasamos el control de seguridad y nos dirigimos a la puerta de embarque. Empezamos a subir al avión; al final íbamos catorce trabajadores de Infierno, y Michael seguía sin dar señales de vida. Supongo que todos lo pensamos: ¿Habría sido la séptima víctima del Robacorazones? Pero nos equivocamos de cabo a rabo, simplemente había perdido el vuelo. Leo recibió una llamada suya una vez aterrizamos en la capital de Finlandia. Se había dormido. Me alegré de que no hubiera cogido el avión. Sabía que no estaba bien pensarlo, pero era un sinvergüenza, un quisquilloso y un malcarado.

Cuando el avión despegó de Barcelona, he de reconocer que sentí pánico.

—Tranquilo —dijo Fanta mientras me cogía de la mano.

Pero yo no podía estar en calma. ¿Y si el avión explotaba? ¿O era secuestrado? ¿O entraba en una realidad alternativa? ¿O se estrellaba en una isla paradisíaca? Había leído que los momentos más peligrosos del trayecto eran cuando el avión despegaba o aterrizaba. Sentí cómo el motor aceleraba y el aparato empezó a vibrar y a cobrar velocidad para acercarnos hacia el final de la pista. De repente empezamos a elevarnos. Miré por la ventanilla con la mandíbula desencajada... ¡Estábamos volando! No pude parar de observar nuestro planeta durante casi todo el vuelo, parecía que planeáramos sobre una maqueta con infinidad de detalles minúsculos.

El segundo vuelo fue mucho más entretenido y breve. Félix y Sucre continuaron bebiendo cava, mientras cantaban canciones de

copla que la mayoría no conocíamos. Leo y París los animaban entre vítores y aplausos para que continuaran. Cuando cantaban alguna canción conocida, casi todos nos uníamos. El resto de los pasajeros del avión nos miraban con cara de acelga.

—¡Que se note que somos españoles! —gritó Félix.

Elvis y Azul fueron los únicos que no participaron en nuestro folclore de popurrí de canciones. Estuvieron acurrucados el uno junto al otro. Observé que Azul estaba aprendiendo la lengua de signos.

El segundo avión era mucho más pequeño, y cuando comenzó a descender todos sentimos cosquillas en el estómago. Una vez aterrizó y recogimos el equipaje, abandonamos el aeródromo donde habíamos tomado tierra; era un lugar que parecía una nave industrial en medio de la nada. Un termómetro exterior marcaba -19ºC. Caminábamos a paso ligero hacia el autobús cuando observé el paisaje nevado que nos rodeaba. Andrea y Félix se quejaron del frío, que les entraba en los pulmones y les impedía respirar con naturalidad.

—¡*Tervetuloa* [32]! —repetía el conductor una y otra vez a medida que íbamos entrando y nos entregaba un folleto tríptico. Su nombre era Ville y chapurreaba algo de español. Era un chico joven, delgado, de piel blanca y cabello rubio.

—¡Puto Lobito! —dijo Félix una vez se sentó en el autobús. Se frotaba las manos con ganas.

—¡Auu, auuuuu! —aulló Leo.

Aunque los que peor lo pasaron fueron los fumadores. Los observé desde mi asiento con calefacción mientras hojeaba el folleto que nos había entregado Ville. Era un *planning* de lo que haríamos los próximos días. Empecé a escuchar todas las actividades que podíamos realizar. Dani estaba sentado a mi izquierda, leyéndolas en voz alta.

Delante de nosotros se encontraban Abril y Fanta, que discutían si merecía la pena experimentar la cultura finlandesa. Al parecer, había saunas mixtas, en las que todo el mundo estaba en pelota picada. Las escuchaba y mi imaginación empezó a volar… ¡podría ver desnudo a Dani! Supuse que todos teníamos la fantasía de ver a algún compañero tal y como había venido al mundo.

La última página del folleto era una descripción detallada de la

lujosa casa en la que nos íbamos a hospedar. Estaba a cuatro kilómetros de Kittilä, la pequeña localidad cuyo nombre había escrito en un papel que, por suerte, había sacado Rosa de la urna. Nuestro hogar contaba con tres plantas y con todo tipo de lujos: seis dormitorios, cuatro servicios, sauna, *jacuzzi*, discoteca, barra de bar, mesa de billar y un gran ventanal para poder contemplar auroras boreales.

El autobús arrancó en cuanto Sucre y Andrea entraron. Nos dirigimos a una carretera en la que podíamos ver el asfalto de una tonalidad negra y las líneas blancas discontinuas. Lo demás estaba cubierto por un manto blanco, incluso el cielo estaba encapotado con nubes del mismo color; hasta las ramas de los árboles vestían el mismo tono. Una gran masa forestal se extendía a ambos lados de la carretera, a ratos de ramas desnudas y en ocasiones vestida de agujas. Parecía el paraje de algún libro que hubiera leído. Además, a mi izquierda estaba sentado Dani. ¿Era un sueño? No, estaba seguro de ello, podía sentir el dolor cuando me pellizcaba en la pierna. A veces, la realidad superaba a los sueños.

Ambos contemplábamos los miles de árboles que se podían admirar a ambos lados de la vía, muchos de ellos curvados por el peso de la nieve. Eran infinidad de ramas las que se quebraban, pero también se partían algunos troncos enteros; algunas eran fracturas recientes porque se podía apreciar el color marrón claro del interior. Me imaginaba ardillas correteando por esos puentes de madera en primavera, sin tener que saltar de un árbol a otro, o renos paseando y buscando algo que comer. Algunos árboles formaban figuras esponjosas debido a que eran de hoja perenne; los de hoja caduca, desprovistos de follaje o agujas, parecía que estaban hibernando, con los troncos y ramas cubiertos de nieve. Al igual que las montañas que había detrás de ellos.

La nieve cubría algunos carteles de publicidad, además de haber invadido el arcén en ambos lados de la calzada. Había montañas blancas de forma antinatural en muchas curvas pronunciadas. Pasamos una peculiar nave circular coronada por una inmensa chimenea de la que salía un humo blanquecino. «¿Es una fábrica de nubes?», me preguntó Dani con picardía.

Entramos en una localidad. Había personas caminando con esquíes, y otras montaban en trineos impulsados por *huskies* siberianos. Los peatones que transitaban cerca de la carretera iban muy abrigados. En un cartel informativo gigante, medio cubierto por

nieve, pude leer la palabra «SIRKKA». Más adelante, empezaron a aparecer diferentes edificaciones: casas de dos pisos con el negocio en el entresuelo y la vivienda del propietario en la parte superior. Se observaban también supermercados, gasolineras y otros negocios cuyo sector no logré adivinar por el nombre. El autobús frenó de repente para dejar pasar a un grupo que iba en *squads*. Pude contemplar con más detalle las casas con tejados a dos aguas, cubiertos de nieve; también casitas de madera pintadas en diferentes colores. Era todo como una preciosa postal de Navidad. Observé cómo Amaranta y Andrea tomaban fotos dos asientos más adelante.

«Estamos cruzando Kittilä», nos informó Ville. Pude apreciar que era un municipio pequeño en el que había una serie de tiendas y restaurantes agrupados en el centro. También se veían infinidad de tiendas de *souvenirs*, además de muchos comercios dedicados al esquí y a deportes de invierno.

Atravesamos el pueblo y pudimos contemplar decenas de esquiadores deslizándose a gran velocidad en una de las estaciones de esquí. El autobús empezó a ascender una montaña, la nieve ocultaba algunas señales de tráfico y había sepultado varios de los coches estacionados. Los laterales de las pocas edificaciones que pasamos estaban abandonados y llenos de carámbanos de gran longitud. El cielo continuaba de un blanco impoluto, confundiéndose con la propia montaña nevada.

Al poco abandonamos la carretera principal y nos adentramos por un camino. En la entrada había una montaña de nieve inmensa, de dos metros de altura, que supuse habría sido trasladada hasta allí por una máquina quitanieves.

«¡Estamos a punto de llegar!», anunció Ville por los altavoces. Abraham cogió el micrófono y nos encomendó la tarea de organizarnos en seis habitaciones: dos eran de tres personas y cuatro de dos. Me armé de valor y le pregunté a Dani si quería que compartiéramos dormitorio y... ¡acepto!

Una vez llegamos a nuestro destino y nos apeamos del autobús, Ville abrió la compuerta lateral y empezó a entregarnos, uno por uno, nuestras maletas mientras esperábamos tiritando de frío. Para sorpresa de todos, la temperatura del interior de la casa era cálida. Subí junto con Dani a la planta superior para ver nuestro dormitorio. La habitación contaba con dos camas, una enfrente de la otra, dos mesitas de noche y un armario en la esquina de la habitación junto a

la puerta de entrada. También había una pequeña mesa y dos sillas de madera rústica en la otra esquina, junto a la ventana.

—Me pido esta cama —dijo Dani mientras se ponía cómodo—. Este sitio es precioso. ¿Por qué elegiste este lugar? —preguntó Dani.

—¿Prometes no reírte?

—*Pos* claro.

—Hace unos años, escribí una lista con diez cosas que nunca había hecho y quería hacer. —Tragué saliva—. Visitando este lugar completaré la lista.

—¿Cuántas cosas te quedan de la lista?

—Me quedan dos para terminarla. —Estaba sentado en la cama, enfrente de él, observando su rostro detenidamente—. ¿Qué vas a hacer cuando vuelvas? —le pregunté.

—No lo sé. Buscar trabajo, supongo. ¿Tú?

—Yo igual, podemos buscar trabajo juntos.

—Sí, eso estaría bien.

No le creía. Mentía. ¿Por qué? Había desviado la mirada. Sus manos estaban bajo su cabeza. Llamaron a la puerta: eran Abril y Fanta.

—Hola, están hablando de comprar alcohol y montar una fiesta en el sótano esta noche.

—¿En el sótano?

—Sí, ¿no lo has visto? —Negué con la cabeza—. Vas a flipar, *tete* —añadió.

Me cogió de la muñeca y me arrastró para que bajase las escaleras de los dos pisos. El sótano era espectacular; presentaba un gran ventanal con una increíble vista panorámica de la montaña. Estábamos en una posición elevada, y pude contemplar el gran valle que se abría ante nosotros. El cielo seguía encapotado y caían unos finos copos de nieve.

—¡Es precioso! —exclamó Andrea. Estaba delante de los cristales, con una mano apoyada en los mismos, contemplando el paisaje. Fui hasta ella y miré hacia abajo: había una pendiente de unos cinco metros de altura y después la montaña descendía en picado, en una caída durante la cual surgían algunos abetos inclinados.

La habitación estaba delimitada en dos áreas: una parte dedicada al confort, con su chimenea de piedra, varios sillones y un jacuzzi circular en el centro, y la otra, formada por una pista de baile, una barra americana y un equipo de música potente —según confirmó nuestro *discjockey*—. En un lateral estaban los dos servicios y la sauna.

No pudimos acomodarnos, pues el autobús partía rumbo a Kittilä en breve y necesitábamos provisiones «y mucho alcohol», tal y como sugirieron la mayoría de mis compañeros. La rapidez con la que llegó la oscuridad nos sorprendió a todos cuando volvíamos a recorrer el camino realizado hacía poco más de una hora. Yo me había vuelto a sentar con Dani; quería decirle algo que le hiciera desternillarse de risa, pero no se me ocurría nada ingenioso. Una vez llegamos al centro del pueblo, nos apeamos y empezamos a dispersarnos. Eché a andar junto a Dani, Abril y Fanta.

—¿Puedo ir con vosotros? —nos preguntó Suvi.

—Por supuesto que sí —contestó mi hermana, antes de llevarse un cigarro a la boca.

Kittilä resulto ser un pueblo muy pintoresco. Los comerciantes eran personas muy agradables que no molestaban a compradores o curiosos mientras paseaban por la tienda. Había muchos turistas, sobre todo del norte de Europa. Visitamos varias tiendas de *souvenirs* y una de ropa deportiva por petición de «mi chico». Se compró un par de calcetines y un pantalón para correr. Al salir de la tienda, nos cruzamos con Abraham, Félix y Sucre. Iban bien abrigados, en especial Félix. Tenía el rostro entero cubierto, solo podía ver sus ojos. Dani desapareció durante media hora, nos encontró en el supermercado, al parecer se había despistado. La mayoría de nuestros compañeros estaban allí. Empezamos a buscar el pasillo del alcohol, pero no lo encontramos. París y Leo nos informaron de que solo vendían cervezas y vinos de poca graduación. Si queríamos comprar algo más fuerte teníamos que ir a una tienda especializada en licores. En cambio, los empleados que cobraban en las cajas vendían tabaco de forma manual; también observamos varias máquinas tragaperras frente a

ellos.

Compramos lo que necesitábamos y fuimos a una tienda llamada Alko, donde vendían gasolina para el cuerpo. Los precios eran el doble de lo que estábamos acostumbrados a pagar en España. Mi hermana, Suvi y Fanta compraron dos botellas de Witcher, y muchos litros de Zeta-cola.

—¿Qué te gusta beber? —me preguntó Dani.

—Jack Daniel´s. ¿Y a ti?

—Venga, cojamos eso —me dijo.

Por supuesto, le pregunté cuál era su bebida favorita, y me contestó que le daba igual porque no le gustaba mucho el alcohol. Mi idea de emborracharlo antes de intentar besarlo se fue al garete. Acabamos cenando en un Fast Queen pequeñito antes de que dieran las nueve, hora en la que teníamos que reunirnos en la entrada de Kittilä, donde Ville pasaría a recogernos con el autobús. Fuimos los primeros en llegar, y esperamos dentro al resto con la calefacción.

Me encontraba en medio del pasillo molestando a Fanta; le quitaba el gorro que llevaba y se lo tiraba a la cara entre risas. Mi hermana seguía ligando con el conductor del autobús. Los siguientes en llegar fueron los propietarios de Infierno junto con Félix. Observé cómo Abraham subía las pocas escaleras con algo de dificultad y luego avanzó hasta nosotros. Como siempre, vestía todo de blanco. Estaba seguro de que le gustaba aquel lugar.

—¿Os gusta el sitio? —nos preguntó Abraham jadeando un poco cuando llegó a nuestra altura.

Afirmamos. «¡Es un sitio encantador!», dijo Fanta. «Y no hace tanto frío si te abrigas bien», añadió Dani. Y tenía razón. Me quedé unos segundos meditando, contabilizando toda la ropa que llevaba encima: la ropa interior estaba formada por unos bóxer, calcetines y mallas. Encima llevaba unos tejanos, dos camisetas cortas y un jersey de cuello alto. Más una chaqueta especial de invierno, guantes (hechos por Herminia), gorro y bufanda. Y de calzado unas botas que me había tenido que comprar para la ocasión.

Una vez en la cabaña, nos reunimos todos en la planta inferior, a excepción de Elvis y Azul que se quedaron en su dormitorio, según

dijo París: «para fornicar». Empezamos a beber mientras Sucre sacaba toda la parafernalia de su maleta y la conectaba al equipo musical. Empezó con Heavy Metal —en Infierno Abraham se lo tenía prohibido —, así que lo dejamos desinhibirse unas cuantas canciones, hasta que empezamos con las peticiones.

La mayoría llevábamos ropa cómoda, a excepción de Amaranta que vestía de gala; en contraposición, Félix iba con un albornoz de color rosa pálido a juego con unas alpargatas. Estaba echando unas sales minerales al jacuzzi, el cava lo tenía reposando en una cubitera.

—Voy a poner las birras en la nevera —anunció Sucre en voz alta.

—¿Por qué no las dejas fuera? —propuso Suvi.

—Buena idea, así de paso me fumo un *piti*.

Sucre cogió sus latas y las metió en una pequeña cesta de mimbre; cruzó la sala en dirección a las escaleras con un cigarrillo Red Apple en los labios y Andrea le acompañó. Mi hermana no fue por petición de Suvi, que tenía algo importante que decirle, según le susurró al oído. Les di privacidad y fui hasta el servicio; uno de ellos estaba ocupado por Abraham. Entré en el que estaba libre y me dirigí hasta la pica para contemplarme en el espejo. Llevaba en la mano mi segunda bebida de la noche; en la hora que llevábamos de fiesta solo había cruzado unas palabras con Dani, tenía que intentar una aproximación, aunque fuera mínima. Él también iba por la segunda copa, y le había servido los cubatas con mucho amor. La puerta se abrió tras de mí y entró París. Apoyó su espalda en el quicio y escuché cómo giraba el pestillo que había en el pomo.

—Hola —dijo.

—Hola —dije sorprendido.

—Bésame.

Sus ojos ardían en fuego. No llevaba lentilla alguna. Se acercó un poco a mí y sentí un magnetismo inmediato. ¿Cómo era posible? Ojalá no hubiera visto nada especial en él, no entendía cómo su presencia podía embriagarme de aquella forma. Estaba pensando en besarle, y estábamos a punto de hacerlo, pero a quien realmente quería besar era a Dani; también a Elvis, me encantaban sus labios carnosos. ¿Por qué pensaba en todo eso? No lo sabía, pero me dio el coraje suficiente

para detenerlo, para reaccionar con energía ante su orden.

—No.

—¿Por qué? —No parecía decepcionado—. Es por Dani, ¿verdad?

—Sí —contesté con cierto pesar.

—Qué patético eres. Pareces un perrito faldero yendo detrás de él todo el rato. ¿No te das cuenta? —preguntó con rabia. Sus palabras me habían herido. No sabía qué contestar y él continuó con su perorata—: Te voy a decir la verdad porque me caes bien: él no es gay. Tiene novia.

—Mientes.

—No sabes nada, Lobito. Solo te miento cuando tú lo haces. —Me acerqué a él, quería salir, pero también quería saber más—. Lo vi en Navidad con una chica, iban cogidos de la mano.

—Podía ser su hermana.

—¿Tú besas a tu hermana en la boca? ¿Con lengua?

—No te creo. Déjame salir.

—¿O qué harás? ¿Vas a gritar? —preguntó, mientras sus labios formaban una sonrisa.

Justo en ese momento aporrearon la puerta.

—¡A follar arriba, maricones, que me meo! —Era la voz de Félix.

París se apartó y pude salir. Escuché decir a Félix algo sobre unos tortolitos, pero no llegué a enterarme de la frase completa debido al alto volumen de la música. Fui hacia la barra en la que Dani estaba sentado. A su lado se encontraba Andrea flirteando con él. «Tremenda furcia...», pensé celoso.

—¿Lo has pasado bien ahí dentro, cariño? —preguntó Andrea.

—No ha pasado nada —respondí mirando a Dani, e ingerí de un trago el resto de mi bebida—. Nada de nada.

—¡Virgen de la Macarena! Sucre y Leo se están poniendo finos dándose el lote en el jacuzzi... —nos reveló Amaranta.

—Siempre hay un roto para un descosido —terció Andrea antes de incorporarse. Caminó unos metros hasta alcanzar a verlos. Aproveché el momento en el que Dani y yo estábamos solos y, lleno de coraje le propuse dar un paseo. Él aceptó.

Subimos a nuestra habitación a por más ropa, y una vez la tuvimos puesta salimos. No había ningún fumador en la entrada de la cabaña. Caminamos hacia el bosque. Estaba todo oscuro, aunque al mismo tiempo, gracias a la nieve, podíamos ver dónde pisábamos. El cielo era un revoltijo de nubes dispersas que se movían despacio. Caminábamos entre los árboles, por un sendero virgen. Todo aquello resultaba mágico, como si estuviera dentro de un cuento, o de una escena de alguna película de Tim Burton.

Paseamos en silencio, observando el cielo. Miraba a mi izquierda de vez en cuando para contemplar a Dani; ni en sueños hubiera podido imaginar un escenario tan pintoresco. Caminamos sin rumbo, mirando el cielo, esperando, tal vez, que el firmamento se tiñera de diferentes colores.

El bosque estaba casi en silencio, si bien aquella quietud quedaba perturbada por el peso de nuestros cuerpos, de las pisadas que rompían el hielo. También escuchaba el crujir de las ramas bajo el peso de la nieve. Llegamos a un pequeño acantilado y le propuse tumbarnos a mirar el cielo. En un acto de valentía le cogí de la mano. No sentía su piel, había mucha tela de por medio. Me hubiera gustado que se alzara y me besara, haberle dicho que éramos polvo de estrellas. No sé cuánto tiempo estuvimos así, en silencio, mirando el infinito en estado onírico. En nuestro horizonte pasó una estrella fugaz. Ambos la vimos.

—Rápido —dijo Dani—. Pide un deseo.

«Besarnos».

—¿Lo has pedido? —preguntó.

—Ajá. ¿Tú?

—Sí —contestó, giré mi cabeza hacia él, sonriendo. Solo podía ver sus ojos. ¿Se cumpliría mi deseo al instante?

—¿Te apetece regresar? —preguntó mientras salía una vaharada de vaho blanco de su boca.

—No lo sé, podría pasarme aquí toda la noche, mirando el cielo. Mirándote a ti.

Soltó mi mano y se irguió.

—Yo igual, pero empiezo a sentir frío. ¿No lo tienes tú?

Lo tenía, pero era un mal menor. Peor era regresar con el resto y dejar de estar solos. Me había dicho que tenía frío. ¿Y si le sugería abrazarnos? Pero no lo hice. Regresamos en silencio hacia la cabaña, al mismo tiempo que buscaba frases ingeniosas o preguntas inteligentes que hacerle, pero no sabía cómo romper el hielo. Solo mis pies lo hacían a cada paso que daba. Al llegar, vimos un todoterreno que no estaba antes, aparcado en la puerta.

—¿Quién será? —preguntó Dani, que se acercó a inspeccionar el vehículo.

En el interior había dos personas; se besaban como si les fuera la vida en ello.

—Es tu hermana, Lobito —dijo Sucre.

Fumaba un cigarro a escasos metros, giré mi cabeza hacia él y pude contemplar que estaba con Andrea, fumando y tiritando de frío. Incluso le castañeaban los dientes.

—¿Con quién está? —pregunté.

—Con Ville —respondió Andrea.

—Tu hermana es una máquina de ligar —dijo Sucre. En una mano tenía el cigarro; lo había consumido hasta el filtro, pero seguía dando caladas. En la otra, sostenía una lata de cerveza de la marca Karhu.

Como yo no fumaba y llevaba mucho rato en el exterior, les dejé allí con su vicio nocivo y seguí a Dani al interior, mientras le miraba el trasero. La fiesta continuaba en la planta inferior.

Me senté en el sofá y a través del gran ventanal contemplé el

cielo. Se suponía que veríamos muchas auroras boreales. Empezaba a pensar que los dos últimos deseos que me quedaban por realizar eran imposibles. Sobre todo el último: besar a Dani.

París y Leo se unieron a nosotros y el primero apoyó su cabeza en mi hombro. Quería apartarlo, pero no lo hice, y a Dani pareció no importarle. Abraham fue el primero en dar las buenas noches.

—¿Te apetece bañarte en el jacuzzi cuando estén todos dormidos? —susurró París en mi oído.

Escuchaba cómo Andrea hablaba con Dani, cómo le reía todas sus gracias. De refilón, observé también que apoyaba su mano sobre la de él.

—No es contigo con quien quiero bañarme —le contesté.

—Es tu última oportunidad —me advirtió París.

Yo me giré hacia él pensativo.

—¿Me tacharás de tu lista?

—Ajá.

—¿Para siempre? —pregunté.

—Para siempre... no.

No pude evitar sonreír, aliviado, y sentir tristeza a la vez.

—¿Quién es el siguiente?

—¿De la lista?

Asentí.

—Azul —dijo París.

—Azul tiene pareja.

—Lo sé. Me gustan los chicos fáciles —dijo con sorna.

—¿Qué significa Azul para ti?

No contestó, se levantó y fue a la barra a servirse una nueva bebida. Lo observé, mientras él miraba a Azul, que charlaba con Amaranta y Elvis; ambos estaban dando las buenas noches a todos. Subí las escaleras antes que ellos, y salí de nuevo, necesitaba moverme, pensar. Imaginé ser un ave nocturna que surcaba los cielos, que los pintaba con su vuelo. Abajo, un manto blanco lo cubría todo, mientras la vida esperaba sepultada bajo la nieve a que llegara la primavera. Seguí caminando mientras empezaban a caer pequeños copos blancos; el cielo seguía en un claroscuro inquietante, y empecé a escuchar unos lamentos, había una persona bien abrigada sentada sobre un árbol roto. Era Suvi.

—Hola. ¿Qué te pasa?

—Nada —contestó ella.

Me senté a su lado.

—¿Te importa? —pregunté.

—No, creo que he terminado.

Nos miramos a los ojos. Los suyos eran color café, su tez tenía una lágrima congelada.

—Llorar es bueno, alivia el corazón.

—Lloro de rabia.

—¿Por qué?

Estaba a punto de contarme el motivo de aquellas lágrimas, pero sus dientes mordieron sus labios.

—No hace falta que me lo cuentes si no quieres.

—Es por tu hermana.

—¿Qué te ha hecho esa cenutria?

—No corresponderme. —Y empezó a llorar de nuevo—. Estoy enamorada de ella hasta las trancas. Lo sé, es hetero, pero... es perfecta. La chica de mis sueños. Me trata tan bien... y es muy dulce

conmigo. A veces su mirada me confunde. Me prometí intentarlo aquí... y he fracasado.

Sus quejidos eran sofocantes. Pasé mi brazo por sus hombros, la entendía. Eso mismo podía pasarme a mí, aunque yo tenía alguna posibilidad más: Dani era gay y había formulado mi deseo a una estrella fugaz.

—Cuando éramos pequeños, mi hermana siempre escupía cuando escuchaba algo que no le gustaba —dije. Sonreí al recordarlo—. Daba igual que estuviéramos en casa, en una tienda o de visita en casa de mis tíos. Esa mala costumbre se la quitó mi madre lavándole la boca con jabón una tarde cuando tenía nueve años. Desde ese día, mi hermana nunca más escupió delante de mis padres.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Suvi sonriendo.

—No lo sé, quizás para demostrarte que no es perfecta.

Sacó del bolsillo del pantalón un manojo de clips y los miró por última vez, antes de lanzarlos al bosque. Estuvimos en silencio un buen rato, y cuando empezamos a temblar de frío regresamos. Al pie de la cabaña estaba Andrea, fumando sola.

—¿Cómo ha ido el paseo? —nos preguntó cuando llegamos a su altura. Suvi no contestó, entró sin decir nada. Andrea la ignoró—. Ya han subido casi todos a dormir.

—¿Quién queda abajo?

—Solo Azul y París.

Andrea tiró la colilla y entramos. Subimos juntos las escaleras y nos despedimos delante de su puerta. Me dio un beso en la comisura de los labios, sujetando una de mis mejillas con una de sus manos envueltas en un guante de lana que apestaba a tabaco.

—Buenas noches, guapo —dijo Andrea.

—Buenas noches, Andrea.

Entré en mi habitación. Allí estaba Dani, leyendo un libro. *El escudo de Hugo*, de Saray Ramírez.

—No sabía que te gustara leer —dije.

Estaba casi desnudo, tumbado en su cama. Vestía solo un bóxer de color amarillo azafrán. Empecé a desvestirme hasta quedarme como él. Quería hablarle, pues de repente tenía varios temas a tratar, pero no quería molestarle. Cogí el libro que estaba leyendo e intenté continuar con su lectura, aunque me era imposible pasar página, no podía concentrarme. Al poco rato, Dani dejó el libro en la mesita de noche, se levantó y cogió su cepillo de dientes. Yo estaba observando su culo, cuando se giró y se percató de lo que lo miraba.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó.

—Mucho —contesté muerto de la vergüenza. Lo miré a los ojos mientras empezaba a excitarme. ¿Se cumpliría ahora mi deseo?

No. Salió de la habitación y allí me quedé yo, sin poder seguirle. Cuando regresó, lo imité y después apagué las luces del dormitorio. «¿Tienes sueño?», me preguntó. «No —le contesté—, pero mañana hay que levantarse pronto». «Sí, ¿sabes esquiar?», curioseó. «No, ¿y tú?», dije. Por supuesto que sabía. Me estuvo explicando la magia del esquí, lo que sentía cuando se deslizaba sobre la nieve montaña abajo. ¿Y si saltaba de mi cama a la suya? ¿Sería rechazado como Suvi? A la única que nunca le decían que no era a mi hermana. El arte de ligar era natural en ella. Cuando intentaba cortejar a alguien no le sudaban las manos ni pronunciaba frases mal construidas.

De todas formas, le había cogido de la mano mientras mirábamos las nubes y alguna estrella, y había pedido un deseo a una estrella fugaz. Estaba seguro de que se iba a cumplir, el problema era que no sabía cuándo.

Nos dimos las buenas noches y pensé en lo rápido que se había pasado el día... y es que los días se hacían cortos cuando uno es feliz. Antes de caer rendido a los pies de Morfeo, pensé que prefería mil veces el crujido de la nieve helada bajo mi peso que el de la corteza de los troncos al ser desmenuzada por mis dedos.

24

Wiki, wiki... Wiki, wiki...

Me desperté sobresaltado escuchando un ruido extraño.

Wiki, wiki... Wiki, wiki...

Era la alarma de Dani. La apagó de un manotazo y continuó durmiendo. Eran cerca de las ocho de la mañana. Cogí una toalla y salí de la habitación a oscuras. Recorrí el largo pasillo hasta el final, donde se encontraba el cuarto de baño. No había ni una ventana en todo el pasillo; siete puertas, una escalera y varios pilotos con una luz blanquecina que iluminaban mis pasos. Escuchaba algunas voces dentro de las habitaciones, incluso en el piso inferior. No había nadie en el servicio y aproveché para ducharme. Cuando me estaba secando escuché cómo alguien entraba.

—¿Quién anda ahí? —pregunté. Sin embargo, la única repuesta fue el grifo al abrirse.

Corrí la cortina y me encontré con Elvis; llevaba un pijama azul con cebras, cocodrilos, elefantes y jirafas. Era el regalo que le había hecho en el juego del amigo invisible. Me gustó que lo llevara puesto. Supuse que desconocía que yo se lo había regalado, de lo contrario no lo hubiera usado. Por Azul, más que nada.

—¡Qué pijama tan bonito! —dijeron mis manos.

Me mostró una sonrisa agridulce. Contemplé sus dientes: sus paletas separadas eran preciosas. Se acercó a mí y cogió el colgante del escarabajo, que me había regalado hacía más de un año.

—Lo llevo siempre conmigo —dije.

Señaló mi cabello rojo y mostró el pulgar hacia arriba, mientras asentía y sonreía con los labios comprimidos y los ojos medio cerrados.

—Soy un valiente. ¿Qué tal todo? —pregunté moviendo los labios, sin usar las cuerdas vocales. Su sonrisa se esfumó de golpe y negó con la cabeza. Bajó la mirada al suelo, y allí miré yo también, esperando ver la respuesta en las baldosas grises. Me acerqué y levanté su barbilla con mucha delicadeza. Sentí un pequeño hormigueo y un deseo irrefrenable de besarlo. ¿Por qué lo había dejado escapar? Elvis era una de las personas más especiales que conocía—. ¿Azul? —dijeron mis labios mientras me acercaba más a él.

Afirmó. Me sentía algo responsable. No había luchado por él. ¿Qué hubiera pasado si Azul no se hubiera encaprichado de él? ¿Hubiéramos formalizado la relación que teníamos? ¿Le hubiera dejado al llegar Dani?

Me abrazó, mi toalla cayó al suelo y, en ese instante, la puerta se abrió: era París. Nos miró a ambos con sorpresa, después sus labios se arrugaron al igual que su frente. Me agaché y recogí la toalla. Estuve a punto de decir «no es lo que parece», pero a él no tenía que darle ninguna explicación. Se marchó y cerró de un portazo. Me despedí de Elvis: «Más tarde hablamos», dijeron mis manos antes de recoger mi ropa interior y salir del cuarto de baño.

Por el pasillo me crucé con las chicas, que iban a desayunar. Entré

en la habitación que compartía con Dani, pero seguía a oscuras, así que decidí despertarlo encendiendo la luz. Total, él me había despertado con su alarma. Estaba destapado, mis ojos recorrieron con lujuria todo su cuerpo hasta llegar a la entrepierna... Tentado estuve de masturbarme allí mismo, pues supuse que no necesitaría mucho tiempo para culminar, pero no lo hice. Lo contemplé un rato más en silencio, incómodo de que pudiera despertarse y me pillara espiándole mientras dormía.

—¡Buenos días, princesa! —dije al final.

Abrió los ojos despacio, y empezó a desperezarse.

—Buenos días, Lobito.

Estaba a su merced, seguro que él lo sabía, aunque lo disimulaba muy bien. Bajamos a desayunar, la mayoría estaban sentados en la mesa; se escuchaban risas y bastante alboroto. Hablaban de salir de fiesta por la noche, aunque faltaba una larga jornada para ese momento, como nos recordó Abraham.

Una vez en el exterior, Ville nos esperaba sentado en el autobús. Mi hermana le saludó con un beso en los labios que se prolongó varios segundos. De fondo se escuchaba cómo varios de mis compañeros, incluso yo mismo, montábamos un pequeño griterío como si nos escandalizara ese beso. El autobús arrancó y yo me encontraba algo nervioso porque nunca había esquiado. Dani se había ofrecido a darme unas lecciones, aunque no iba a ser su único alumno.

Estuvimos practicando al pie de la montaña, donde había una minúscula pendiente. Se accedía a ella por medio de una cinta automática que se deslizaba a gran velocidad, a la que tenías que subirte con los esquís. Luego había que mantener el equilibrio sin moverse durante unos cincuenta metros. Un niño que se movía por delante de mí cayó sobre la cinta; intenté salir para no desplomarme sobre él, pero no pude. Decidí tirarme, y Leo, que iba detrás cayó sobre mí. Así tumbados recorrimos la rampa hasta el final.

Dani nos regañó y empezó a darnos información sobre la práctica del esquí. Lo primero que nos dijo fue que era un deporte de riesgo, pero que no tuviéramos miedo y disfrutáramos de la experiencia. Después entró en materia. Movía su cuerpo con elegancia, al mismo tiempo que nos explicaba las diferentes situaciones o la posición de frenado. Pusimos en práctica lo aprendido, y cuando ganamos algo

más de confianza nos animó a que probáramos una pista sencilla. Con mucha dificultad logramos colocarnos los tres en línea mientras esperábamos que la silla número veintitrés llegara hasta nosotros. Dani me sujetó cuando estaba a punto de perder el equilibrio, y antes de darle las gracias estábamos sentados y subiendo. Una vez en las alturas me olvidé por completo de dónde estaba, y contemplé la ascensión maravillado. Infinidad de personas se deslizaban en sentido contrario al nuestro, aunque muy pocas se caían. Algunas bajaban a gran velocidad.

—Ese es un kamikaze —dijo Dani señalando a uno que no hacía ni un solo giro.

Bajamos del telesilla, giramos y descendimos la pendiente, mientras Leo y yo nos íbamos cayendo de tanto en tanto.

Repetimos unas cuantas veces más la misma pista y después cogimos la telecabina número diecinueve. Aquí tengo que hacer un alto: una telecabina es muy parecido a un ascensor, y lo cogí. No sé si lo hice porque tenía a Dani a mi lado, o porque tenía el pelo teñido de color rojo, o porque estaba en otro país..., pero lo hice. ¡Y no tuve miedo durante el ascenso!

En la cima soplaba un viento gélido que nos cortaba la cara. Para acceder a otra pista, tuvimos que recorrer unos doscientos metros con escasa visibilidad debido a las nubes. Cuando pasamos cerca de una instalación, escuché cómo el viento ululaba al atravesar unas rendijas de ventilación que había en la parte superior, y dejamos atrás un gran amasijo de nieve que se encontraba junto a la puerta principal del complejo. Tras la última curva, nos incorporamos con los demás esquiadores, y observé que tenía delante a una mujer con una trenza rubia muy larga que se le había salido del gorro, acompañada de una niña pequeña. Las dos se lanzaron en picado sin pensarlo.

La pendiente era muy pronunciada. Empecé a descender a gran velocidad. No podía hacer la cuña o girar mi cuerpo, así que decidí tirarme.

—¿Qué haces? —preguntó Dani, con cara de enfadado y mirada gatuna.

Frenó a mi lado en seco. Mientras me levantaba, Abraham nos saludó y desapareció cuesta abajo. Dani elogió su estilo. Me excusé argumentando que la bajada era imposible para un novato. «¡No

quiero matarme!», añadí.

—Haz lo que quieras —contestó antes de marcharse a socorrer a Leo, que se había salido de la pista. Al menos yo no era la única patata, pensé. Me preparé para continuar.

—¡Alehop! —dije.

Intenté deslizarme recorriendo la pista de forma horizontal, pero pronto perdía el control y tenía que frenar hasta detenerme o tirarme a la nieve. Sentía todos los músculos de mis piernas en acción, lo que auguraba agujetas para el día siguiente. Cerca de las doce y media paramos para descansar y tomar algo caliente con algunos de los compañeros. Después continuamos esquiando hasta las cinco de la tarde.

Devolvimos todo el equipo alquilado y la mitad seguimos con la programación que había preparado Abraham. La otra mitad decidió regresar a la cabaña a descansar. Antes de separarnos, Ville nos comunicó que allí estaban Sucre y Félix, que no habían esquiado.

Caminamos hasta un hotel en el que había un gran spa. Tuve que comprarme un bañador en la entrada porque el mío era holgado. Disfrutamos de piscinas de agua muy caliente, con burbujas y chorros. Probamos también una piscina con música, que se escuchaba cuando sumergías los oídos. También nos tiramos por varios toboganes y visitamos un baño turco. Para finalizar, en los vestuarios estaban las saunas y no eran mixtas. Entramos Abraham, Dani, Leo y yo. Antes tuvimos que desvestirnos y ducharnos. Tenía al lado a Dani, completamente desnudo, aunque había una barrera invisible que no me dejaba mirarle. No quería sufrir una erección delante de todos. La sauna era espaciosa y éramos alrededor de una docena de hombres. Abraham y Leo hablaban del cierre de Infierno, de cómo había cambiado la clientela en los últimos meses y del futuro que teníamos por delante.

—¿Tú que harás, Rómulo? —me preguntó Leo. Estaba sentado delante de mí.

—Buscaré trabajo en cuanto regrese.

—A mí me ampliaron el contrato en la tienda —nos dijo Leo.

—¡Eso es fantástico! —comentó Abraham. Era extraño verlo sin

ninguna prenda blanca, y no tenía ni un solo vello en todo su cuerpo.

—¿Y abrirá la discoteca en el futuro? Bueno... —prosiguió Leo—, si encuentran al asesino.

—No, el contrato de alquiler se acabó el mes pasado, y al no renovarlo había varios interesados. Pero podríamos… no sé, coger otro local con el mismo nombre y con el mismo equipo. Los que puedan volver, claro.

—Yo volvería seguro. ¿Y vosotros? —preguntó Leo.

Miré a Dani, que estaba sentado con la cabeza baja y las manos cruzadas. Yo contesté primero.

—Depende de muchas cosas —indiqué—. Si pudiera compaginarlo con el trabajo que tuviese... supongo que sí.

—¿Y tú, Dani? —se interesó Leo.

—Quiero tomarme un año sabático. Viajar, descansar..., tal vez estudiar.

—¿Y si no encuentran al Robacorazones? —preguntó Leo.

—Lo cogerán —aseguró Dani.

—¿Por qué estás tan seguro? —curioseé—. Lleva casi dos años matando y ni siquiera tienen a un sospechoso.

—Tarde o temprano cometerá un error. Voy a salir, hace demasiado calor.

Se levantó y me quedé hipnotizado mirando su trasero.

—Se te cae la baba —dijo Leo cuando Dani cerró la puerta por fuera. Miré a Leo a los ojos.

—Es perfecto —dije.

***

Ville nos recogió a las nueve de la noche con el estómago lleno. Nos informó de que todos los demás estaban en la cabaña. Cuando llegamos, escuchamos voces y música en la planta inferior. Bajamos a saludar y allí se encontraban todos menos París. No logramos

localizarlo en ningún lado ni nadie le había visto durante todo el día. La última vez que supe algo de él, había sido cuando irrumpió en el cuarto de baño a primera hora de la mañana. Sabía por Leo que no había ido a esquiar, aunque no había querido preguntarle el porqué.

La fiesta duró menos que la noche anterior. Félix se hizo cargo del equipo de música y fue alternando canciones actuales con canciones antiguas. Podía poner la canción *Drive me* de Najwajean y después *Sevillanas de los bloques*, de Martirio. Su bebida siempre estaba llena, tenía muchos camareros a su disposición; solo tenía que levantar la copa y nos peleábamos por rellenarle el vaso de tubo con su bebida favorita. El momento surrealista de la noche fue cuando empezó a sonar *Tómbola* de Marisol. Todos empezamos a dar saltos y brincos imitando la forma de bailar de Félix: moviendo de forma exagerada los hombros, el pompis y cantando a gritos a la vez que tratábamos de sonreír enseñando todos los dientes; a excepción de Leo, claro, al que no le gustaba mostrar los suyos por los aparatos. Félix acabó en el centro y empezó a bailar caminando como si fuera la pantera rosa, y nosotros aplaudimos y le animamos, mientras se quitaba el albornoz rosa y se quedaba con un fino tanga de leopardo. Vitoreamos su nombre como si de una estrella se tratase. Admiraba que no tuviese ningún tipo de complejo o vergüenza.

—¿Qué tal con Genaro? —le pregunté tras calmarse un poco la fiesta.

—Hemos dejado de vernos.

—¿Por qué? —pregunté sorprendido.

—El amor nos duró lo que tardamos en conocernos —sentenció.

Los primeros en retirarse fueron Elvis, Fanta y Suvi. Mi hermana jugaba con las otras dos chicas al póquer, debía ir perdiendo porque se cagaba en la leche cada dos por tres.

Yo estaba sentado en el sofá, mirando caer la nieve a través del enorme ventanal que tenía delante. Félix caminaba y bailaba con la copa a rebosar, cuando saltó a mi lado derramó toda la bebida. Cogió una camiseta que había en el reposabrazos como paño, para intentar secar el cojín que había mojado. Escuché cómo Abraham nos daba las buenas noches, y después fuimos cayendo poco a poco los demás. Subí tras Dani los dos tramos de escaleras, mirándole el culo. ¿De qué color sería su ropa interior? Nos desvestimos en el dormitorio y empezó a

preguntarme sobre París. Quería saber si nos habíamos liado recientemente.

—No —contesté.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —Se bajó los pantalones. Su bóxer era de color magenta.

—Esta mañana. Tuvimos un... percance.

—¿Qué ocurrió?

—Prefiero no contarlo.

Así quedó la conversación, no quería entrar en detalles. No pasó la noche con nosotros y al amanecer tampoco sabíamos nada de él. Llevaba veinticuatro horas desaparecido y su teléfono móvil estaba apagado. Algunos estábamos preocupados, pues pensábamos que podría haberle pasado algo, justo cuando Abraham estaba tomando la decisión de dar parte a las autoridades, Leo anunció que había entablado contacto con él a través de mensajes por el teléfono móvil. Estaba con un chico de la localidad al que había conocido, y había pasado la noche en su apartamento.

El plan del antepenúltimo día era alquilar una moto de nieve por parejas, durante cuatro horas por la mañana. Era la última excursión que corría a cuenta de Infierno. La tarde y el resto del día siguiente podríamos hacer lo que quisiéramos.

Una vez más mi pareja fue Dani. Estuvimos un par de horas conduciendo en grupo con el guía y luego tuvimos dos horas libres. Dani y yo nos alejamos, él conducía. Me gustaba abrazarle desde atrás y contemplar el paisaje nevado.

Paramos en un museo de hielo por petición de Dani, y pagamos la entrada en la cafetería que había al lado, después de que Dani se tomara un batido de chocolate caliente y yo un té verde. Estaba seguro de haberlo soñado: los dos solos tomando algo en el extranjero. Accedimos al museo por un lateral. Entramos en una cueva hecha de hielo que contenía muchos dibujos y figuras. La iluminación era colorida, y otorgaba a cada sala diferentes tonalidades, dependiendo de los temas a los que estaba dedicado cada espacio.

Nos hicimos fotos, incluso nos grabamos tirándonos por un

pequeño tobogán de hielo. Lo estábamos pasando en grande. Faltaban dos noches para que terminara el viaje. Y allí mismo, dentro de aquel iglú gigante, decidí jugar mis cartas.

Estábamos sentados sobre un banco de hielo, en una pequeña sala; admirábamos el juego de luces rojas y naranjas, cuando Dani, de improviso, me preguntó de nuevo por París. Quería saber qué había pasado con él la mañana del día anterior.

—Entró en el servicio, y yo estaba abrazando a Elvis desnudo.

—¿Os estabais liando?

No supe interpretar si había celos en su pregunta.

—¡No! Acababa de ducharme, él estaba muy mal, no sé qué le pasa con Azul, lo consolé, y mi toalla cayó al suelo justo cuando París abrió la puerta.

—¿Te gusta Elvis?

—Me gustas tú, ya lo sabes.

Silencio, no hubo respuesta. Lo miré a los ojos, me mantuvo la mirada, y sonrió. Y empecé a acercarme hacia sus labios..., comencé a cerrar los ojos mientras me embriagaba su olor, estaba traspasando una frontera y lo sabía. Sentí el tacto de sus labios y la fina capa de cacao que había sobre ellos. Abrí mi boca un poco, con timidez. Mi lengua buscó su lengua. Mi corazón se aceleró o se detuvo de golpe, no hubiera sabido cómo expresar con palabras mi estado de ánimo en aquel instante. Toqué la punta de su lengua esponjosa y húmeda con suavidad, empezaron a sonar campanillas dentro de mi cabeza. Por fin estaba haciendo realidad mi mayor deseo. Estaba frenando la pasión que tenía dentro y… se apartó de golpe, me separó de un empujón. Observé cómo se limpiaba los labios con el puño de la manga de la chaqueta.

—¿Tan mal beso? —pregunté desconcertado.

—Lo siento. No puedo. ¡No puedo! —dijo Dani. Su voz era fría, más fría que el invierno. Pero eso no era lo peor, lo peor eran sus ojos, su mirada.

—¿Por qué?

—¡No soy marica! ¿Vale? Soy hetero, y estoy casado con una chica.

Tenía que ser una broma, ¡joder! No lo entendía. Sentí que me embargaba un torrente de emociones... y odio. Sobre todo, odio, porque me había engañado, me había dado alas para que mi pasión volara y ahora me las cortaba de un plumazo.

—¿Por qué? ¿Por qué me has mentido?

—No puedo decírtelo, nadie puede saber lo que te acabo de contar.

Le insulté mientras me levantaba: «¡Maldito bastardo!», fue todo lo que logré decir. Y me fui de allí. Él vino tras de mí, me agarró del brazo, pero me zafé y salí del museo. Estaba nevando, empezaba a anochecer y teníamos que regresar juntos, eso era lo peor de todo.

Caían copos de nieve que me impregnaban el rostro, y mis lágrimas.

—¡Espera, Rómulo!

Me di la vuelta. Estaba llorando una vez más. Él parecía preocupado, quería volver a besarlo, solo un beso más.

—Lo siento, no quería jugar con tus sentimientos.

—¿No querías jugar? —pregunté mientras él negaba con la cabeza a modo de respuesta—. Pensaba que tenía posibilidades contigo —dije resentido—. No sé si te quiero, o si te amo. Te perdí una vez. Desapareces más de un año, y entonces regresas y... y trabajas conmigo porque se lo pides a Abraham, ¿no? Y te sientas a mi lado siempre en el autobús, y compartes habitación conmigo. ¿Y tienes esposa? ¿Y no juegas?

Agachó la cabeza tras mi monólogo, no iba a responderme. Me alejé de él y de la moto de nieve.

—No puedes irte caminando.

—¡No me digas lo que puedo o no puedo hacer!

Quise golpearle, o besarle, o hacerle todo a la vez. Me cogió de los brazos.

—Lo siento, de verdad —dijo. Me abrazó. Yo sollozaba como un niño pequeño, incluso me costaba respirar—. Te he cogido cariño.

—Yo no quiero tu cariño, ni tu amistad ni nada.

Regresamos sin hablar, y nos sentamos separados en el autobús. La tarde la pasé con Leo y Suvi visitando tiendas. Suvi estaba muy contenta, solo logré sonsacarle que la noche anterior había tenido un pequeño romance y que no había sido con mi hermana. ¿Quién podía ser? Se negó a contarme nada más.

Por la noche nos dividimos en dos grupos: uno salía de fiesta y el otro se quedaba en la cabaña. Escogí el contrario de Dani, así que terminé pasando la penúltima noche en la cabaña, junto con Abraham, Félix, Sucre, Elvis y Leo. Me senté al lado de Elvis, en el gran sofá que había delante del ventanal, esperando que el cielo oscuro se iluminara. Era el último propósito en mi lista de la felicidad tras intentar besar a Dani, pero el cielo seguía nublado.

Dialogué con Elvis, pero pronto se marchó a su habitación, triste y abatido. A los pocos minutos lo acabé imitando. Sentía una pena muy grande, aunque no era el fin del mundo. También abrigaba confusión. En mi triángulo amoroso, el pilar básico se había derrumbado de repente: Dani no era gay. No era un ninja. Pero lo había afirmado, y todos seguían creyendo que lo era. ¿Por qué? Iba a ser una noche larga, una noche de insomnio. Estuve tentado de ir a buscar a Elvis y comérmelo a besos, pues Azul y él habían roto de forma definitiva. ¿Qué derecho tenía yo? ¿Era mi segundo plato? Me di cuenta de que sentía vergüenza por lo ocurrido con Dani, pero no sentía dolor. Su rechazo hacia mí no me había roto el corazón. Aunque no quería estar consciente cuando él regresara, y como lo estuve, tuve que fingir que dormía mientras él entraba en la habitación. Buscaba algo, y debía ser algo importante porque estuvo trasteando por el dormitorio durante un buen rato. Incluso registró entre mis pertenencias.

Salió de la habitación y regresó a la media hora; entonces se tumbó en la cama y tardó largo rato en dormirse. Yo me mantuve despierto durante varias horas más, cavilaba sobre lo ocurrido. Fantaseaba con la idea de salir de la habitación de forma furtiva y despertar a Elvis. Tenía tantas cosas que contarle... necesitaba verle y

hablar, buscar en sus brazos el lugar que no supe encontrar. Pero mi cobardía ganó la batalla, y me venció el sueño cerca de las cinco de la mañana. Por eso desperté casi a mediodía, y Dani no estaba en la cama. Bajé a desayunar junto con los compañeros más perezosos que habían trasnochado. El autobús de Ville no estaba. Abril y Fanta me dijeron que llevaba a Félix, Andrea, Amaranta y Suvi a una granja de renos, y que esperaban que Ville regresara para llevarlas de tiendas a Kittillä.

Los demás estaban desperdigados por la cabaña. Como no sabía dónde estaba Dani, salí a dar un paseo; no quería cruzarme con él, y necesitaba aclarar mis pensamientos. Porque sin su amor y su mentira, la ecuación era sencilla. Caminé mirando al cielo, había muy pocas nubes, una buena señal. Me estaba alejando de la cabaña cuando escuché un «¡espera!». Era él, Dani.

—¿Qué quieres? —pregunté de forma grosera.

—Tu colaboración —dijo Dani.

Seguí caminando mientras le daba la espalda y me alejaba de la casa. Escogí un pequeño camino que descendía, parecía que iba a voltear la casa. Él me empezó a seguir.

—Ayúdame, por favor.

—¿Por qué me dijiste que eras gay?

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes decírmelo? ¿Y aun así quieres que te ayude con algo?

—Por favor.

—No pienso ayudarte.

Giré mi cuerpo y me marché dando grandes zancadas porque había nieve nueva caída durante la noche anterior.

—Soy policía.

Me detuve, y me di la vuelta hacia él.

—¿¡Cómo!?

—¡Soy policía! —gritó Dani.

Me quedé pasmado, mientras él se acercaba a mí.

—Trabajo encubierto, y si me he pegado tanto a ti es porque eras el principal sospechoso.

—¿Sospechoso?

—Sí, ¡no me digas que te sorprende! Fuiste el último en ver con vida a Eric y a Toni. Y el viejo que te acosaba también está muerto.

—¿Crees que soy el Robacorazones?

—No.

—Te escuché registrar anoche toda la habitación. ¿Qué buscabas?

—Mi pistola ha desaparecido. ¿Sabes la que me puede caer por haberla perdido? Me pueden inhabilitar.

—¿Y quién la tiene? —pregunté, aunque no le di tiempo a responder—: El Robacorazones. ¿Es uno de nosotros? ¿El asesino es uno de nosotros? —pregunté sorprendido.

—Eso creemos.

—¿Creéis?

—El Inspector Miranda y la inspectora Cuevas se hospedan en un hotel en el centro de Kittilä, ofreciendo cobertura.

—¿Por eso te perdiste la primera tarde?

—Sí, me entregaron la pistola y me dieron instrucciones.

—¿Y París? Lleva cuarenta y ocho horas desaparecido.

—No sabemos nada de él, probablemente esté muerto.

Tenía muchas preguntas rondando en mi cabeza.

—¿Y en el polideportivo Edén? ¿Estabas trabajando de encubierto allí también?

Asintió.

—Sabíamos que había un pederasta que tomaba fotos de los niños en el vestuario.

—¡Ramírez! ¡Oh, Dios mío! Su detención y tu desaparición no fueron una coincidencia.

—Lo siento, no podía decírselo a nadie —alegó—. Quería despedirme de ti, pero te esfumaste esa tarde.

—Esa tarde murió mi abuelo, tuve que marcharme corriendo al hospital.

—Lo siento.

La nieve nos llegaba por las rodillas. Cambiamos de dirección y empezamos a subir a pelo montaña arriba al mismo tiempo que conversamos entre jadeos. Yo le escuchaba de forma inquisitiva para cerciorarme de que todo lo que decía era verdad.

Estuvimos largo rato ascendiendo; abrazábamos los troncos de los árboles cuando pisábamos placas de hielo resbaladizas. Continuamos hablando mientras me daba cuenta de que era verdad, eso que dicen de que el corazón va muriendo a medida que uno crece, porque tras llevarme el día anterior uno de los mayores batacazos de mi vida, sentí en ese momento con Dani que la herida había cicatrizado. Advertí que las amarguras se volvían amapolas, que la tristeza de ayer me alegraba la vida. Dani y yo podíamos ser amigos, buenos amigos.

Cuando no pudimos subir más, nos asomamos para contemplar el angosto valle. No lográbamos ver la cabaña desde la posición en la que estábamos, pero a lo lejos podíamos ver dos figuras caminando: Abraham y alguien más. El viento soplaba fuerte y Dani extrajo unos pequeños prismáticos para observarlos mejor.

—¿Quién es? —preguntó a la nada—. Es una mujer. No la conozco. Cojea un poco.

—Déjame mirar —dije, y me pasó los prismáticos. Vi a Abraham como si estuviese a unos pasos delante de mí. Y a su lado estaba...

—¡Júpiter y Toronto! ¡Es Olivia! —exclamé. Mi sorpresa fue mayúscula. Vi cómo se detenía y hablaba, contemplaba su perfil. Podía ver su rostro; esos ojos pequeños y brillantes. Su nariz aguileña, sus finos labios—. Tengo un mal presentimiento sobre esto —dije.

—¿Olivia es la chica que estuvo en coma? —preguntó Dani—. ¿La mujer a la que tiraron por las escaleras?

Le devolví los prismáticos y observé cómo los utilizaba. Sentía vergüenza de haberle besado el día anterior. Tenía la certeza absoluta de que jamás lo volvería a intentar, y no me importaba lo más mínimo. Sentía una opresión extraña en mi pecho por todo el tiempo que había perdido, por todo el dolor causado a Elvis. Me pasó de nuevo los prismáticos y los cogí sin mirarle a los ojos, no quería que viera mi estado en ese momento. Sentía un torbellino dentro de mí.

—Tengo que informar a mi superior —dijo. Sacó su móvil y lo contempló—. No tengo cobertura —escuché con rabia. Yo tenía enfocado a Abraham, el cual estaba agachado y recogía algo del suelo. Y entonces... empezó la pesadilla.

Olivia permanecía detrás de Abraham, extrajo algo pequeño de su chaqueta, algo plateado. Intenté decir «¡no!»; lo intenté, pero mi garganta estaba seca, me había paralizado del miedo. Escuchaba el rugido del viento, Olivia apoyó su mano sobre el hombro de Abraham. Este acabó sentado sobre la nieve como un chiquillo, con las piernas estiradas.

Olivia volvió a apoyar su mano en el hombro izquierdo y con la derecha le rebanó el cuello en un acto rápido. Le cortó la arteria carótida. Un chorro de sangre salió disparado de su garganta y bajó como una cascada por su inmenso cuerpo. Daniel hablaba para sí mismo, no entendía sus palabras. Era como si estuviéramos muy lejos, solo podía escuchar las nubes en el cielo, la fuerza con la que el viento las desplazaba. Creí estar soñando, que nada de lo que estaba viendo era real. Intenté decir algo, pero me encontraba como petrificado. Cada vez había más sangre cubriéndolo todo, tiñendo de un rojo intenso la ropa de Abraham, el hielo y la nieve..., expandiéndose. Su cuerpo cayó inerte en aquel manto blanco, mirando al cielo con la garganta abierta. Olivia estaba a punto de girarse. Lo presentí, y antes de que lo hiciera un calambre recorrió todo mi cuerpo y pude moverme. Agarré a Dani y lo empujé hacia atrás, caí sobre él. Desde esa posición Olivia no podía vernos.

—¿Qué coño haces? ¡Me has tirado el móvil!

—¡Olivia!, Olivia... —No sabía cómo decirlo, no podía pensar con claridad. Mi mente estaba atascada—. Abraham ha muerto —dije. Mi corazón martilleaba en mi pecho, lo sentía latir con furia.

—Dame —dijo Dani, cogió los prismáticos y se irguió—. ¡Joder! ¡Joder!

Se escondió tras un árbol.

—Encuentra el puto teléfono, Rómulo, encuéntralo ahora —me ordenó.

Lo buscaba, lo intentaba al mismo tiempo que mi cuerpo no paraba de temblar, y no era de frío. Nos habíamos movido tanto que era imposible saber dónde podía haber caído el teléfono. Además, la carcasa era blanca.

—No, ella no puede ser la Robacorazones. ¡Estaba en coma! —dije buscando el móvil. Intentaba encontrar una explicación lógica a lo que acababa de ver. Olivia lo había asesinado a sangre fría.

—Tiene un cómplice —dijo Dani.

—¿Cómo?

Dani llegó hasta mí, se arrodilló y empezó a remover la nieve.

—Tenemos que encontrarlo, tenemos que avisar a Paco —dijo. Estuvo menos de diez segundos buscándolo y luego volvió tras el árbol para espiar a Olivia.

—A lo mejor Abraham era el Robacorazones.

—Imposible. Él estaba al corriente de todo.

—¿Cómo?

—Él y Paco son hermanos. Está registrándole los bolsillos de la chaqueta. ¿Quién será su cómplice?

Y mientras buscaba el teléfono móvil, sonó un clic en mi cabeza.

Recordé la noche en que Estrella me contó que tenía una copia de la llave del candado. A Olivia la habían violado de pequeña, con quince años; ella tenía diez años exactos más que yo, yo tenía veintiséis y ella treinta y seis; por lo tanto, su hijo tenía veintiún años en la actualidad. ¿Qué trabajador de Infierno tenía esa edad?

—¡Azul!

Daniel se giró hacia mí, confuso. La última pieza había encajado.

—¡Azul es el Robacorazones! ¡Es su hijo!

25

Xantana era el apellido familiar tallado en caracteres grandes, sobre una lápida de mármol y granito oscuro. Gotas de agua rodaban sobre las letras escritas en la piedra. El cielo estaba negro, iluminado a veces por relámpagos furiosos con forma de tridente, mientras escupía lluvia con ferocidad. Pero a una niña le resultaba indiferente todo esto. Era solo agua que limpiaba las lágrimas de sus mejillas, que oprimía su vestido al mojarse y lo estrechaba contra su diminuto cuerpo. Sus padres habían muerto en un accidente de coche el fin de semana anterior. Su vida nunca volvería a ser como antes.

La tutela pasó a manos del hermano mayor de su padre, un hombre solitario que tenía muchas manías. Pocas eran las pertenencias que su tío le dejó llevarse de su antigua habitación, tan solo lo que pudiera acarrear en un único viaje. Cogió algo de ropa, una foto en la que tenía tres años y salía con sus padres, y una caja de un puzle de quinientas piezas con la típica imagen representativa de una ciudad europea, aunque le faltaban tres piezas.

Pasaron cinco años. Durante ese tiempo, su tío tuvo un accidente laboral que le sometió a una larga y dolorosa recuperación. Olivia tuvo que asumir las tareas del hogar y otras pequeñas excentricidades que su tío le iba imponiendo. Una de ellas era que siempre que estuviera viendo la televisión, es decir, todas las tardes, la muchacha tenía que procurar que el vasito que había en la mesa siempre tuviera aguardiente. La comida tenía que ser servida cuando el reloj diese las campanadas pertinentes, y la casa debía estar siempre limpia para cualquier visita inesperada. Por lo general, eran de índole masculina y, cuando eso pasaba, Olivia tenía que encerrarse en su habitación.

Cada día tenía que realizar las tareas del hogar, que le ocupaban

unas dos horas. Por supuesto, no podía bajar su rendimiento escolar, pobre de ella.

En su decimotercer cumpleaños, el 23 de febrero, recibió un vestido de corte sensual que tenía que ponerse cuando su tío se lo ordenaba; solía ser cuando estaba muy ebrio. Cada vez que jugaban a ese juego, llegaba un poco más lejos. Olivia sabía que lo que hacía estaba mal, pero él era adulto y ella no tenía a dónde ir. La primera vez se tuvo que sentar sobre sus rodillas; él se limitó a acariciarle el pelo, pero después empezó a oler su cuello mientras toqueteaba los labios de la niña con el pulgar. Ella intentó levantarse mientras lloraba. Con voz suave, él le pidió que no se moviera, que estuviese quietecita si quería continuar con vida. Él tenía una serie de necesidades que no podía satisfacer porque había asumido su tutela.

A mediados de 1988, la fábrica en la que trabajaba quebró, y Alfonso se refugió en la bebida. Y en su sobrina. La situación empezaba a ser insostenible. Además, él tenía que hacerse cargo de todo: pagar las facturas, la comida, los médicos y las medicinas de la cría, la ropa, los libros... ¡Todo se lo pagaba él! ¿Y qué le daba ella a cambio? ¿Llantos cuando necesitaba su cariño?

—Este es nuestro pequeño secreto —le susurraba al oído una y otra vez. Admiraba cómo poco a poco los pechos de Olivia iban creciendo, cómo se ensanchaban sus caderas, cómo crecía el vello de su pubis. Los abusos se hicieron más frecuentes, ella se rapaba todo el cabello de la cabeza con tal de agradar menos a su tío.

A los quince años, la chica quedó embarazada, no pudo acabar el curso en el colegio porque empezaba a notarse su estado. Durante este encierro era visitada con regularidad por un médico íntimo amigo de su tío. Hasta que dio a luz de forma natural el 19 de noviembre de 1989. Era una noche fría, y abandonaron al recién nacido en las puertas del Convento de Santa Virginia del Norte, en una cesta cubierta de mantas acompañada de una nota en la que figuraba el nombre de la criatura.

Después de este episodio, su tío no volvió a tocarla más durante un largo periodo. Pero la tiranía en casa aumentó. Olivia tenía que estar siempre recluida. Tenía la opción de quedarse encerrada en su habitación si así quería, y se pasaba horas y horas montando puzles. Los completaba una y otra vez. Tenía tan solo dos, pero los mezclaba para dificultar más la tarea.

La vida de Olivia no cambió mucho en los siguientes años, hasta que cumplió la mayoría de edad en febrero de 1992. Abandonó los estudios y empezó a trabajar para Blackmart, en una delegación que se dedicaba a recoger todo tipo de información sobre la población. Algunas tardes las pasaba en el Convento de Santa Virginia del Norte de forma voluntaria, ayudando a las hermanas en lo que pudiera.

Intentaba pasar el menor tiempo posible en casa y durante un tiempo lo consiguió, su tío parecía haberse olvidado de ella.

A principios de 1994, empezó a sufrir maltratos físicos, además de que su tío le quitaba parte de su salario para gastárselo en alcohol y juego. Si ella osaba contestarle, recibía palizas que incluso necesitaban la visita del doctor Martín. Olivia le suplicó ayuda en una ocasión, más tarde su tío lo supo. Ella juró vengarse de ambos.

Una noche iluminada por relámpagos, Olivia encontró el valor para cumplir una de sus fantasías. Su tío estaba muy borracho, le había servido dos botellas enteras de un aguardiente de mayor graduación alcohólica en el transcurso de la velada. Además, le había preparado su comida favorita y procuró no abrir la boca durante toda la noche para no provocarle dolor de cabeza. Cuando se cansó de ver la televisión, pidió ayuda a su sobrina, el hombre no podía valerse por sí mismo. «Estoy muy mayor», solía decir mientras Olivia le ayudaba a levantarse del sillón. Había ganado muchos kilos en los últimos años.

Le ayudó a que subiera por las escaleras. Él se agarró a la barandilla y del brazo de la chica. Al llegar arriba del todo, Olivia se adelantó. El hombre esbozó una sonrisa, confiado, y le tendió la mano, pero ella la esquivó y lo agarró del pecho. Su tío tenía la boca abierta, sus ojos estaban rojos. Ella lo miró de forma inocente, y le besó en los labios. Él se relajó, situado un escalón por debajo y, de repente, ella lo empujó con todas sus fuerzas mientras le gritaba algo obsceno. No murió al llegar al último escalón, como Olivia tenía planeado. El muy cabrón quedó en coma y, una tarde, tuvo que acabar el trabajo y asfixiarle con una almohada. Días después comunicaron a Olivia que ella era la única heredera. Vendió la casa y se marchó a Madrid.

Continuó trabajando como telefonista para la misma empresa, en los cuarteles generales. Durante los años que trabajó no intimó con ningún compañero. Intentaba pasar desapercibida, sobre todo del jefe de planta, un hombre que le recordaba a su tío por cómo la miraba. A veces la llamaba con excusas para que fuera a su oficina, hasta que un día él intentó besarla. Ella le estampó una grapadora en la cabeza con

todas sus fuerzas, abriéndole una brecha que necesitó unos cuantos puntos de sutura. La suspendieron de empleo y sueldo hasta que un psicólogo determinara que podía volver.

Estuvo nueve semanas inhabilitada, sin poder trabajar, hasta que la psicóloga Estela determinó que podía reincorporarse. Era una mujer diez años mayor que Olivia. Las sesiones avanzaban muy despacio y la especialista se desesperaba porque obtenía poca información de su paciente. Era introvertida y respondía a las preguntas con monosílabos o de forma simple. Tras muchas sesiones, averiguó que no sentía ninguna estima hacia el género masculino; después de algunos encuentros más con la paciente descubrió el origen de todo. Olivia abrió su corazón como nunca lo había hecho, le contó casi todo, a excepción de que visitaba a su hijo de vez en cuando y que había asesinado a su tío. Eran dos cosas que se llevaría a la tumba.

Pasaron los años, y las sesiones de terapia se fueron reduciendo; fue entonces cuando empezaron a verse para tomar café. Era la primera vez que Estela quedaba con una paciente, quería más de Olivia. Era un misterio atractivo, una persona inteligente, fría y con pocas emociones que escondía múltiples secretos. El mayor de todos era encontrar al doctor Martín, pero había desaparecido del mapa. En el año 2002, a través de un antiguo compañero que trabajaba en el departamento de sociedad, pudo averiguar que el individuo que quería localizar vivía en Barcelona, estaba jubilado y acababa de casarse con una mujer que tenía un pequeño negocio en uno de los barrios de la ciudad. Con mucho pesar, dio por finalizada su relación con Estela y pidió el traslado en su trabajo, que le concedieron de forma inmediata. Puso rumbo a tierras catalanas y encontró un piso pequeño y barato cerca de la Sagrada Familia.

Le causó la misma pena dejar de besar a Estela que ver a su hijo, aunque no perdió el contacto con ninguno de los dos. Con su retoño mantenía correspondencia escrita, y con Estela, telefónica. La psicóloga estaba a punto de dejarlo todo e irse a vivir a Barcelona, tal y como le confesaba a veces antes de despedirse. Olivia no era su paciente, pero lo había sido, así que se comunicaban con un teléfono móvil registrado a nombre de otra persona que Olivia le había proporcionado para que jamás las relacionasen, e incluso utilizaba un nombre falso: Estrella. Por otro lado, su hijo estaba a punto de perderse. Estudiaba en un colegio de curas, sufría abusos sexuales por parte de un cura muy viejo y lo peor de todo era que le gustaba, pues así se lo confesó a Olivia en una carta.

Durante el siguiente año, Olivia intentó hacer las cosas bien, era joven y tenía toda la vida por delante. Algunas tardes iba camuflada al Paradís a tomar algo, pero solo los días que el doctor Martín pasaba por la cafetería de su esposa antes de ir a jugar a la petanca. Nunca interactuó con él, y hasta fantaseaba con la idea de perdonarlo. Pero entonces, Olivia recibió una carta de su hijo en la que le confesaba que quería escaparse o acabaría suicidándose. Olivia fue en su rescate, lo llevó a Barcelona y durante un tiempo vivieron juntos y llegaron a ser casi felices. Hasta que los demonios escaparon.

Olivia alquiló un segundo piso con tres habitaciones en otro barrio de Barcelona, cerca del Paradís. Arrendó una de las habitaciones, e incluso encontró un segundo trabajo en una discoteca, mientras batallaba sobre qué decisión tomar respecto al doctor Martín. Lo investigó a fondo gracias al nivel de seguridad del que disfrutaba en Blackmart, y averiguó que él y un tal Francisco Ramírez eran socios pedófilos que vendían vídeos y fotografías de pornografía infantil.

Olivia le contó a su hijo toda la verdad: quién era ella realmente, quién había sido su padre y dónde podían encontrar al cómplice que le ayudó a que saliera impune del delito y que marcó sus vidas para siempre.

Los jueves por la tarde, el doctor Martín quedaba con unos amigos para jugar a la petanca; en los meses más fríos solían encontrarse en un bar para jugar a los naipes. Uno de esos jueves, de regreso a casa, se cruzó con un chico joven que le llamó mucho la atención. Su ropa estaba deshilachada y manchada, el muchacho lloraba. Tenía heridas en la cara y los brazos.

—¿Puedes acompañarme a casa? —preguntó el chico. Tras cruzar unas frases más, caminaron juntos hasta llegar al apartamento.

—¿Dónde están tus padres?

—En Mallorca.

—¿Y te dejan solo?

—Sí, soy mayor, tengo catorce años.

El muchacho lo abrazó de forma repentina. El doctor Martín sintió excitación y miedo al mismo tiempo, su corazón latía demasiado deprisa, su tensión arterial aumentó. La oreja del chico reposaba en su

pecho, mientras escuchaba fascinado cómo aumentaban los latidos del corazón del adulto. Lo abrazó en un impulso sincero, quería compensar de alguna forma el destino que le esperaba.

—¿Te gusta? —preguntó una mujer a sus espaldas. El chico se separó y retrocedió unos cuantos pasos. El doctor Martín giró su cuerpo. Contempló a una mujer delgada con la cabeza rapada. Tenía las manos ocultas tras la espalda.

—¿Olivia?

—¿Sabes quién es él? —preguntó ella.

Se dio la vuelta para contemplar al joven. Olivia se abalanzó sobre él y le clavó un machete de hoja afilada en la cabeza. Murió en el acto. Olivia quemó todo el pelo del cadáver, le arrancó los dientes y le cortó los dedos. Después descuartizó el cuerpo y se lo dio de comer a una piara de cerdos.

Pasó un tiempo, Olivia ascendió en su segundo trabajo y, por primera vez, consiguió mantener una buena relación con su jefe, algo que hasta entonces hubiera sido imposible por su condición masculina. Este le tenía tanto aprecio que le confió la instalación de un centenar de cámaras a lo largo y ancho de toda la discoteca, la mayoría de ellas no visibles. Puso cámaras hasta en los retretes. Olivia no preguntó y eso propició que se ganara la confianza total del jefe. No obstante, había *hackeado* el sistema y podía acceder a las grabaciones de seguridad de toda la red del local. También su hijo, que observaba lo que era salir de fiesta. Soñaba con cumplir los dieciocho y poder acudir a aquel lugar. Fantaseaba también con la idea de trabajar allí. Buscó por medio de diferentes *chats* a personas que acudieran allí de fiesta, y así conoció a un chico un poco mayor que él con el que pronto hizo amistad. Una amistad verdadera, en la que se contaban todos los secretos e inquietudes.

Olivia se ausentaba algunos días para visitar Madrid. No era por trabajo, sino por placer. Y a quien visitaba era a Estrella, la cual tenía planes de mudarse a Barcelona. Esas estancias eran aprovechadas por su hijo para salir de casa y explorar la ciudad con su amigo. A veces, conseguían entrar en algunos bares de ambiente, en los que recibían copas gratis por gentileza de señores mayores. Una de esas noches, decidieron llegar hasta el final. Cuando habían detenido un corazón con sus propias manos, uno de ellos quedó horrorizado y se marchó. A la mañana siguiente, Olivia recibió una llamada, era de su hijo y había

tenido un accidente.

—¿Qué accidente?

—Le he clavado a un hombre un puñal en el corazón.

—¿Que has hecho qué?

—Le he clavado un puñal en el corazón a un hombre.

Cuando llegó al piso en el que vivía solo su hijo, se encontró con el cuerpo de un varón descuartizado. Tenía el pecho abierto y había sangre por todas partes. Había trasladado el cadáver al comedor, colocándolo después encima de una sábana. ¿Cómo demonios lo había llevado hasta allí si pesaba más del doble que él? Era una auténtica carnicería, al cuerpo le habían intentado arrancar el corazón del pecho. Enterraron aquello que antes había sido un hombre en el Parque Natural de la Sierra de Collserola y se olvidaron del asunto, con la única condición de que no volviera a pasar.

Los meses transcurrieron y sus vidas volvieron a la normalidad. Tanto que Olivia se relajó y, sin saber cómo, Estrella acabó viviendo en la Rambla de Barcelona, lo que propició que compartieran cama de vez en cuando. Todo marchaba bien, hasta que una tarde, al llegar Olivia a la vivienda, encontró a Alicia, su inquilina, haciendo la maleta a toda prisa.

—¿A dónde vas? —preguntó confundida.

Había miedo en la mirada de Alicia, y Olivia entendió algo: había entrado en la habitación que tenía prohibida y había fisgoneado en sus cosas. Seguro que no había podido acceder al ordenador, pero podría haber leído la correspondencia que mantenía con su hijo, tocado sus puzles o mirado sus trofeos.

—No me das otra opción —dijo Olivia antes de golpearle la cabeza con un gran buda de piedra que reposaba sobre una de las estanterías de la joven. La pared quedó salpicada de sangre, tendría que limpiarla y pintarla, e instaló un candado en la habitación para que no volviera a pasar. Su compañera de piso había infringido una norma prohibida, forzar la puerta. Y el castigo era la muerte.

Uno de los motivos por los que Olivia la seleccionó como candidata fue que era de otro país y no tenía ningún familiar ni amigo

íntimo en la ciudad.

Estrella intentó en vano que vivieran juntas, cuando un día descubrió que la habitación de Alicia estaba vacía. «Ha regresado a su país natal», le explicó Olivia cuando preguntó por ella.

—Puede ser mi habitación, si no quieres que durmamos juntas todas las noches.

—No, aún no quiero dar ese paso —dijo Olivia—. Volveré a alquilar ese dormitorio a una chica.

—¿Y por qué no a un chico? —preguntó Estrella.

—¿A un chico? ¿Estás loca?

—Tienes que perder el temor a convivir con ellos.

—No les temo.

—Entonces, ¿aceptas el reto?

Y mientras lo pensaba, comía una tarta Sacher vendida por la viuda Aurora. Además, había oído decir al chico que trabajaba allí que no podía permitirse vivir solo, y que necesitaba compartir piso.

—Disculpa —dijo Olivia—, pero no he podido evitar escucharte. Estoy buscando compañero de piso.

—¿Dónde vives? —le preguntó él.

—Vivo aquí al lado, enfrente del Polideportivo Edén. ¿Lo conoces?

Conocía la respuesta, pues sabía que era socio y que iba con bastante frecuencia, pero quería ver qué respondía. La respuesta tardó en llegar y Olivia lo miró fascinada. Se había quedado pensando. También vio cómo soltaba la bayeta mientras asentía con la cabeza, al ritmo de una canción de los Beatles que sonaba en la radio.

—¿En serio? ¿Vives aquí al lado? —le preguntó él.

—¿Cuál es tu nombre? —le interrogó Olivia. No pensaba responder a su pregunta ni estrecharle la mano, debía tenerla llena de

bacterias.

Rómulo se mudó a su piso y firmó un contrato de convivencia con muchas cláusulas. Su inquilino no disponía ni de llave del buzón, pues tendrían que llegar todavía algunas de las últimas facturas a nombre de Alicia.

Entretanto, su hijo cumplió los dieciocho años y comenzó a trabajar en Infierno por recomendación suya. Todo iba bien, hasta que un día, en la televisión, Olivia descubrió horrorizada que la policía había hallado el cuerpo de un hombre mayor sin vida, al cual le faltaba el corazón.

Olivia supo de inmediato que su hijo estaba implicado, y dedujo que tenía un cómplice. Entre amenazas, consiguió sonsacarle que había sido con ayuda de su novio. Ella le reprochó que se lo hubiera ocultado, sobre todo el hecho de que tuviera una relación. Él le echó en cara lo de Alicia. Lo sabía, ¿cómo era posible? Así que no hizo nada, y seis semanas más tarde apareció una segunda víctima. Y mientras tanto, su relación con Estrella se tambaleaba. Había intentado alejarse de ella, pero se sentía tan sola que siempre volvía a refugiarse entre sus brazos. Una de esas noches en las que se durmieron casi al alba, Olivia no escuchó el despertador sonar. Fue un mal día, no solo porque llegó tarde al trabajo por primera vez en su vida, sino porque tenía su pecho desnudo. La llave del candado no estaba allí, se la había dejado en la mesita de noche de casa de Estrella.

Tuvo un presentimiento, y decidió pedir ayuda al novio de su hijo. La madrugada del sábado, Estrella entró en la habitación, sin saber que había alguien más en el piso en ese momento. Durante esas horas, Olivia estuvo tan nerviosa que tuvo que salir unos instantes al exterior para tranquilizarse. Sospechaba que Rómulo sabía algo, la estaba controlando, no se dejó ver mucho hasta que recibió la llamada. Ya estaba hecho.

Al terminar de trabajar en Infierno se reunió, a las afueras de Barcelona, con la persona que había esperado la llegada de Estrella en el apartamento. Había hecho un buen trabajo. Había algo más: estaba escribiendo un mensaje de texto a Rómulo. Ponía no sé qué de no sé cómo explicarte y ya está, según pudo ver.

—¿Dónde está el móvil? —le preguntó Olivia.

El chico se llevó las manos a la cabeza, se le había olvidado en una de las estanterías que había en la habitación.

Olivia no se enfadó, su sospecha era cierta. Su compañero de piso sabía que Estrella había entrado a la habitación. ¿Era una amenaza? ¿Tendría que matarlo? Estrella no tenía ningún familiar en Barcelona, ni siquiera ese era su verdadero nombre. Podía desaparecer sin más. «Pero... ¿qué hago con Rómulo?», se había preguntado la noche anterior, mientras estaba apoyada en la columna y lo miraba.

—¿Está consciente?

—Sí.

Olivia entró a una habitación mal ventilada, a oscuras. Llevaba una linterna en la mano, la encendió y alumbró a su compañera sentimental. Tenía una mordaza en la boca, no podía hablar, aunque lo intentaba. Sus ojos reflejaban puro terror. «Tiene miedo a la oscuridad», pensó Olivia sonriendo. Después habló con voz melosa:

—Me has defraudado. Confiaba en ti y me has defraudado —dijo Olivia. Negó con la cabeza y continuó hablando—: No vas a salir de aquí con vida. ¿Qué le has contado a Rómulo?

Rómulo intentaría contactar con ella, y a través de sus mensajes ella conocería exactamente cuánta información manejaba él. Su vida dependía de ello.

A las cuatro de la tarde pasadas, llegó a su apartamento. Su compañero de piso no estaba, parecía que no había dormido allí. Abrió el candado y entró en la habitación; fue a coger la Blackberry de Estrella y comprobó que tenía una llamada perdida de Rómulo.

Olivia escribió un mensaje de texto, necesitaba ponerse al corriente de cuánto sabía él.

«¡Hola, Rómulo. ¿Dónde estás? Estoy con Olivia en casa. No te lo vas a creer, me olvidé el móvil dentro de la habitación. Olivia se está duchando ahora. ¿Me llamaste por eso?».

Esperó ansiosa la respuesta, pero tardó en llegar.

«Hola! ¿Qué habitación? Llevo todo el día en casa de mis padres. Te llamaba por lo de mi hermana, para darte las gracias, está mucho

mejor».

Olivia no estaba segura de hasta dónde sabía él, así que le tendería una trampa. Entró en su cuarto y dejó la copia de la llave del candado dentro del libro *Tigre blanco*. Luego seleccionó uno de los volúmenes que tenía colocados en las estanterías, pero no uno cualquiera, y lo llevó a la habitación del candado. Regresó a donde mantenía prisionera a Estrella y llamó a Rómulo por teléfono. La obligó a hablar con él y a despedirse, leyendo una nota que Olivia había escrito: «He escondido la copia de la llave del candado en tu cuarto, dentro del libro *Tigre Blanco*. Necesito alejarme de aquí. Adiós».

Estrella leyó aquello sin que le temblara la voz, a pesar de tener un cuchillo en la garganta. Olivia apagó el teléfono tras el adiós. Semanas más tarde le volvería a enviar un mensaje a Rómulo, para después destruir el teléfono de manera definitiva. Estrella estuvo mucho tiempo cautiva en aquel zulo hasta que murió de una neumonía.

La situación se hacía más compleja a medida que pasaba el tiempo. El hermano de Abraham era el inspector a cargo del caso del Robacorazones. Tenía acceso a todas las grabaciones de la discoteca, y también la confirmación de que todas las víctimas habían visitado Infierno. No tenían pistas, pero querían reducir el cerco e iban a empezar a investigar a los trabajadores y clientes habituales. Olivia fue informada de que tenían que realizar un cursillo de riesgos laborales, un paripé para obtener datos de todos los empleados y observarlos.

Durante el cursillo ella se mostró precavida y les dejó hacer, quería que se comieran a la estúpida de Sofía. «¡Vaya policía! ¡Es patética!», pensaba mientras esta golpeaba las mesas de los alumnos con el borrador. Al final, Olivia tuvo que intervenir. Michael y Félix se habían pasado de la raya y tendría que castigarlos.

Disfrutó como una enana humillándolos, haciendo que fregaran los servicios a fondo. Y hacía años que no se limpiaban de esa manera. Los hizo ponerse de rodillas, con guantes, y les obligó a dejar impolutos hasta los zócalos, estropajo en mano y con lejía, exigiéndoles que fregaran con más fuerza.

—¡Tienes brazos de alambre! —le dijo a Michael.

Él lloró y suplicó que le dejase volver a su puesto de trabajo, la discoteca había abierto al público. Ella quería derrumbarlo más. Se sintió pletórica toda la noche.

Dos semanas más tarde, al cerrar Infierno, Olivia pudo ver que todavía había borrachos por la discoteca, de los cuales dos no podían ni caminar; estaban sentados en la parte de arriba de las escaleras, y uno de ellos se encontraba con la cabeza entre las piernas.

—¡Vosotros! ¡Levantaos! La discoteca ha cerrado.

Alguien se acercó a ella por detrás y la empujó con fuerza. Mientras caía pudo ver la cara de su agresor: era Michael. Rodó escaleras abajo, mientras pensaba que en el pasado había vivido la misma situación, pero estando en el primer escalón. Durante un instante recordó que el maldito Rómulo le había dicho alguna vez que la vida era una rueda. Después todo se volvió negro.

Hasta que todo se volvió blanco. Sin recuerdos. Despertó confusa en una camilla de hospital y estaba sola. No se podía mover, no tenía fuerzas, además de que no sentía su cuerpo. Más tarde, sería informada de que llevaba en coma seis meses y de su futuro a corto plazo: iba a ser muy doloroso recuperar la movilidad en todos sus músculos. Todo era culpa del condenado Michael. Mientras hacía los malditos ejercicios de rehabilitación, pensaba una y otra vez en su venganza.

Pocas eran las visitas que recibía. Su hijo iba a verla en contadas ocasiones, pero apenas intercambiaban palabras por si había algún micrófono en la habitación. Ignorando esto, Olivia consiguió sonsacarle a Abraham mucha información secreta respecto al caso del Robacorazones en sus visitas. Una muerte más sería el detonante para que la discoteca cerrase. También le explicó que uno de los tres nuevos empleados era policía. Utilizaba un nombre falso y trabajaba codo con codo con Rómulo porque era el principal sospechoso. Olivia quiso saber su verdadero nombre y Abraham, que confiaba en ella, se lo proporcionó: Zeus.

Y, por último, la guinda del pastel. En el hipotético caso de que Infierno cerrase sus puertas, Abraham tenía pensado pagar un viaje a todos los empleados a cualquier lugar de Europa.

La rehabilitación fue dura y no volvería a caminar con normalidad, pero daba igual. Olivia tenía un plan repleto de muerte y

destrucción, lo que le daba fuerzas suficientes para progresar en sus ejercicios. Necesitaba la ayuda de su hijo, tenía que averiguar todas las localizaciones y escoger la que más les interesase.

—¿Por qué? —le preguntó su vástago.

—Vamos a matarlos a todos —contestó ella—. A todos.

La siguiente fase del plan era engañar a Michael. Él no podía viajar a Kittilä porque así lo había decidido Abraham, era su manera de castigarle por haber empujado a Olivia por las escaleras. Olivia había impedido su despido, pero no pudo hacer nada ante la decisión que tomó Abraham de que no participara en el viaje de despedida.

—Tú tampoco estarás —se lamentaba él—. Es lo más justo. — Olivia asentía, mientras daba forma a una treta para engatusar a Michael y que viajaran juntos.

El 21 de enero, Olivia y Michael cogieron un avión en dirección a Helsinki. Fue fácil convencerlo de que mantuviera la boca cerrada y no informara a nadie, era una sorpresa. Olivia le explicó en el avión que Abraham había decidido pagarles el billete a ambos con la única condición de que fueran juntos. Fue un viaje tedioso para Olivia, se le hizo interminable. «Un poco más de paciencia...», se decía a sí misma una y otra vez. Tras llegar a Helsinki cogieron un avión hacia Rovaniemi. Y allí alquilaron un coche.

—¿Por aquí está la casa de Santa Claus? —preguntó Michael.

Ella asintió, pero su paciencia se había agotado. En mitad del camino cogió un desvío y paró el vehículo en medio de la nada.

—¿Por qué paramos?

—Este lugar es precioso, quiero tomar unas fotos.

Se apeó del coche y fue hasta el maletero; una vez abierto, cogió su cámara de fotos y, un machete.

—Caminemos un poco.

—Prefiero esperarte en el coche. Hace mucho frío.

—Me quedaron secuelas tras la caída, a lo mejor necesito tu

ayuda.

Michael no podía negarse, así que se apeó del coche y la siguió. Se adentraron en el bosque. Estaba empezando a anochecer.

—Las fotografías no saldrán bien, ¿no? —dijo Michael tras caminar un rato.

—En realidad no voy a tomar ninguna foto.

—¿Y qué estamos haciendo aquí?

Olivia le mostró el machete como el que enseña un cromo y después se lo clavó en la pierna. Michael empezó a chillar. Olivia extrajo la hoja y se la ensartó en el muslo de la otra pierna, mientras él caía al suelo gritando. Se arrastró por la nieve poniendo distancia entre él y Olivia.

—No vas a ir a ningún lado, pimpollo —le advirtió ella. Y luego con todas sus fuerzas le hincó el acero en el contramuslo.

Repitió la acción una docena de veces en cada pierna. Después giró el cuerpo de Michael. Estaba llorando y tenía nieve en el rostro. Olivia pensó que el contraste del color de la sangre con la nieve era precioso.

—¿Por qué me empujaste por la escalera?

—Lo siento, lo siento mucho —lloró Michael.

—Deberías haber acabado el trabajo, deberías haberme asfixiado con una almohada. Voy a cortarte en pedacitos.

Y así lo hizo.

Más tarde, se reunió con su hijo y pasaron la noche juntos. A la mañana siguiente, fueron al lugar donde se hospedaban todos sus compañeros de trabajo. Olivia empezó a seguir a Abraham, que iba a dar un paseo. Aquello era perfecto. Quería que él tuviera una muerte limpia, se había portado muy bien con ella. Anduvo tras sus pasos cuando se alejó de la cabaña y le gritó un simple «¡Eh!». Abraham se giró.

—¿Olivia?

—¡Sorpresa! —dijo ella.

—¿Qué haces aquí?

—Al final he decidido venir para daros una sorpresa a todos. Quería saber cómo lo estáis pasando.

—Muy bien, este lugar es precioso. ¡Todo es blanco!

Echaron a andar. Olivia lo hacía despacio. Mientras caminaban, ella le confesó que tenía un pequeño regalo que darle. Era una navaja suiza de color blanco.

—No tenías por qué —dijo él.

Cuando estaba a punto de cogerla, Olivia la dejó caer en la nieve. Abraham se agachó y Olivia se situó detrás de él, lo obligó a sentarse sobre la nieve y con un simple bisturí le cortó el pescuezo. Todo se tiñó de rojo: la bufanda, el abrigo, los pantalones. Y, por último, la nieve.

Registró sus bolsillos buscando el ojo de gato que Abraham siempre llevaba encima, pero no encontró tan ansiado objeto. Comenzó a nevar de nuevo, finos copos cubrieron el inmenso cuerpo de su antiguo jefe.

Mientras se alejaba despacio, podía sentir a alguien observándola. Decidió caminar y adentrarse en los árboles. Cuando estaba bien escondida, observó dos figuras emerger, una de las cuales portaba unos prismáticos. Reconoció a uno de ellos.

—El Lobo ha visto a Caperucita —le dijo Olivia al receptor de un *walkie-talkie*.

—Recibido —contestó su hijo.

Caminó hacia la cabaña dando un rodeo, e incluso pasó varias veces por el mismo sitio deliberadamente, para así confundir a quien fuese detrás; esperó escondida y así fue cómo el perseguidor se convirtió en perseguido.

Olivia tuvo que hacer acopio de fuerzas no solo para mantener el paso, sino para ganar distancia entre ellos. Cuando estaban a pocos

metros, cogió un tronco de madera y siguió avanzando con cautela. El viento impedía que se pudieran escuchar sus pisadas y, debido al frío y al vendaval, la víctima, que no era otra que Zeus, no se percató de que era seguido.

Ella se acercó tanto como le fue posible, y así lo tuvo a una buena distancia para golpearle en la cabeza con toda la fuerza que fue capaz de reunir. Él cayó de rodillas aturdido mientras ella le volvía a golpear. Después lo empujó pendiente abajo. Rodó unas decenas de metros y el cuerpo quedó tumbado boca abajo. Olivia esperó unos minutos para ver si se movía, pero viendo que no lo hizo, continuó su camino. Eran las cuatro y veinte de la tarde cuando entró en la cabaña.

26

Yacía sin vida sobre la nieve, y Dani corroboró que el corazón de Abraham no tenía pulso.

—¡Está muerto! —repitió—. Tengo que ir tras ella. Tú tienes que ir a Kittilä y avisar a mi jefe y a Sofía.

—No —dije—. Voy a la cabaña, tengo que saber si está mi hermana.

Iba a replicarme, pero debió ver algo en mi mirada o en mi tono de voz que le hizo replantearse toda la situación.

—De acuerdo. Pero tienes que llamar al inspector Miranda.

Me entregó una tarjeta con un número de teléfono y tomamos caminos diferentes. Faltaban diez minutos para las cuatro de la tarde, quería avisar de lo que estaba ocurriendo a todos mis compañeros, pero en especial a mi hermana y a Fanta. También a Elvis, su exnovio era el Robacorazones. No supe en qué momento había empezado a correr, pero lo estaba haciendo.

A medida que iba acortando la distancia mis temblores fueron aumentando. Había presenciado cómo asesinaban a sangre fría a Abraham. ¿Había sido real? ¿Era Olivia una asesina? ¿Y su hijo el Robacorazones?

Me encontraba aturdido, como si me hubiera tomado de golpe una botella de Jack Daniel´s. Unos finos copos de nieve caían del

cielo, sentía el viento helado en mi cara y mientras avanzaba vi una figura estática a varios metros de distancia delante de mí. Anduve con cautela y al acercarme comprobé quién era.

—¡París! ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Me has echado de menos? —preguntó mientras sonreía. Era poca la nieve que cubría su chaqueta. Me sacudí las mangas y me coloqué delante de él.

—Estaba preocupado por ti.

—¿Solo preocupado? ¿Qué te pasa? Te encuentro...

Lo miré a los ojos... y conectamos. En cierta manera, o eso quise creer en aquel instante. Pero mis pensamientos pronto se enturbiaron por culpa del recuerdo de lo que había presenciado.

—Es Olivia —dije—. Está aquí y ha matado a Abraham.

—¡Eso es imposible! —dijo de forma burlona con una sonrisa en los labios.

—Lo he visto con mis propios ojos. Tenemos que avisar a los demás.

—Están en la cabaña, vengo de allí.

—¿Está mi hermana?

—No, está con Ville y Fanta en el pueblo. Me lo ha dicho Leo antes de…

—¡Regresemos al alojamiento, necesito mi móvil!

Le cogí de la mano y tiré de él, caminamos hacia la cabaña a toda pastilla. Empezaba a oscurecer. Aprecié un claro horizonte en la lejanía, aunque el cielo estaba oscuro y seguía nevando de forma menos copiosa. Cuando vislumbré la casa nos cruzamos con Azul y Elvis. Los ojos de Elvis estaban anegados en lágrimas. Lo detuve, no sabía qué decirle con exactitud. Mis manos temblaban de miedo y frío; así que fueron mis labios los que hablaron sin pronunciar sonido alguno.

«Azul es el Robacorazones».

El susodicho estaba a su lado.

—Vamos dentro que hace frío —dijo Azul.

—¡Lo sé todo! —grité.

—¿Y qué? Fuimos amantes todo este tiempo —dijo Azul—. Se lo acabo de confesar.

—¿Cómo? —pregunté.

—Adelante, tienes vía libre. Elvis no me va a dar ninguna oportunidad más.

Evitó mirarme a los ojos. No entendía sus palabras. Tras unos segundos de silencio, entendí que la persona implicada en su confesión no era otro que el mismísimo París. Por eso Elvis había estado llorando aquel día en los servicios: había comprendido que Azul y París le engañaban siempre que tenían ocasión.

De todas formas, mi afirmación acerca de que lo sabía todo no se debía a nada que tuviera que ver con su relación sentimental, sino a otro asunto mucho más turbio.

—Eres un asesino. ¡Eres el Robacorazones!

Se produjo un segundo silencio, él asimiló mis palabras.

—¡No! No lo soy. ¿Estás loco? ¿De qué...

—¡Olivia! —grité entonces. Elvis intentaba leer los labios de Azul, que seguían moviéndose, cuando sintió que tiraban de él.

Era yo, lo quería alejar de Azul, pero este agarró a Elvis de la otra mano y empezó a tirar también de su brazo. París permanecía sereno, observando la escena con curiosidad. Acabó retrocediendo unos pasos.

Azul y yo seguimos tirando de los brazos de Elvis. Su cara mostraba confusión, la mía debía de estar desencajada, porque sentía un miedo atroz.

—Dejad ya de hacer el indio —dijo París. Lo miré y me sonrió de

manera condescendiente—. ¿Te acuerdas de que me preguntaste la otra noche qué significaba Azul para mí? —preguntó. Yo asentí. Recordaba que fue cuando estábamos sentados en el sofá del sótano—. Pues te lo voy a demostrar.

Tenía un brazo detrás de la espalda. Hizo un movimiento rápido, lo mostró y vi que llevaba algo en la mano. Apuntó en la sien de Azul con una pistola. Nadie tuvo tiempo a decir nada. Apretó el gatillo.

¡PAM!

Los sesos de Azul salieron disparados por el lado contrario de la cabeza y su cuerpo cayó sin vida como una simple marioneta; tenía los ojos abiertos, parecían mirar a un punto lejano detrás de mí. Me giré en dirección a su mirada, pero no vi nada. Volví a observar sus ojos y parecía que su alma se escapaba a través de ellos. Era el segundo asesinato que contemplaba en menos de un día, aunque perpetrado por otra persona. No comprendía qué había ocurrido, no podía entenderlo. París sujetaba la pistola, me miró de un modo siniestro y apuntó a Elvis a la cabeza. Como la vez anterior, no hubo tiempo de pronunciarse. París volvió a apretar el gatillo.

—¡NOOOOOO! —logré gritar.

No se produjo ningún disparo. Se debía de haber encasquillado la pistola o se había quedado sin munición. Pero... ¿cómo era posible? ¿Sería el arma de Dani?

Tiré de Elvis y empezamos a correr en dirección a la cabaña como alma que llevaba el diablo. Corríamos por nuestras vidas. Todo estaba oscuro, sin estrellas, el viento había cesado de golpe y también había dejado de nevar. El tiempo parecía haberse detenido, pero el segundero de mi reloj digital seguía en movimiento. Miré hacia atrás, París nos seguía sin ninguna prisa. Quería que entráramos dentro. ¿Por qué? ¡Él era el Robacorazones! No podía ser, era imposible. ¡Tenía que ser Azul!, al menos yo quería que fuera él, pero estaba muerto. Estaba muerto... y París nos perseguía.

Entramos en la casa, pulsamos el interruptor de la luz una y otra vez, pero fue en vano: la electricidad no funcionaba. Subimos a la planta superior y entramos en mi habitación. Tenía que encontrar mi teléfono móvil y llamar al inspector Miranda, pero no lo encontré. No tenía plan B, así que me di la vuelta y busqué a Elvis en la penumbra de la habitación. No escuchábamos ningún ruido, ¿dónde estaban

todos? Apenas podía ver los ojos de Elvis, tan solo apreciaba un tenue brillo que irradiaban sus pupilas. Agudicé el oído, había escuchado un ruido. Estaba seguro de que era París. En ese preciso instante podía estar subiendo por las escaleras a por nosotros. Fui corriendo y cerré la habitación. La puerta no tenía ningún tipo de medida de seguridad para evitar que fuera abierta desde el exterior. Intenté pensar en algo práctico y traté de dominar el temblor de mis piernas; sentía el sudor recorrer mi espalda, me producía escalofríos. No sabía qué hacer, escuchamos la puerta de abajo cerrarse.

—Auuuuuuuu.

Era París. Miré la sombra del armario que había en la esquina de la habitación. Era de madera, grande y pesado. Lo colocamos delante de la puerta con mucho esfuerzo y casi a oscuras... y pude oír la respiración agitada de Elvis, que se sentó en la cama, encogió el cuerpo y abrazó sus rodillas. No podía ver su rostro, sus manos empezaron a moverse de forma febril. No lo entendía.

—Está... ¡loco! —dijo Elvis, lloraba de forma entrecortada.

Tenía razón. París estaba loco, como una puta regadera. Sentí ganas de abrazar a Elvis, de protegerle, pero mis piernas me lo impedían. Escuché un extraño silbido al otro lado de la puerta. Pertenecía a una melodía famosa de una película: *Kill Bill*. Intentó abrir la puerta, y lo único que pude hacer fue empujar el armario contra ella.

Escuché dos golpes secos.

Toc, toc.

—¿No vas a preguntar quién es? —dijo París al otro lado.

—Lárgate de aquí. ¡Fuera!

—Soy... ¡el lobo! —Escuché su risa, pero no eran las carcajadas de un demente. Era su risa normal y corriente—. ¡El lobo feroz!

Mis ojos se habían acostumbrado a estar en la oscuridad y pude contemplar la silueta de Elvis. «¿Qué sucede?», preguntaron sus manos. Señalé la puerta. Su rostro se arrugó y escuché cómo los golpes de París arreciaban. El armario se deslizo un poco hacia mí.

—Ábreme. Tú y yo tenemos algo pendiente —dijo París mientras Elvis y yo empujábamos el armario contra la puerta—. No compliques las cosas. Todo puede tener un final feliz.

—¿Por qué? —pregunté.

Los golpes cesaron. Agudicé mi oído, pero lo único que podía escuchar era mi propia respiración y la de Elvis. También escuchaba los latidos de mi corazón, pero nada tras el armario y la puerta.

—Por tu culpa tuve que matar a Voldemort.

—¿Qué?

—Déjame entrar.

—¡No! Eres un asesino. ¡Y un mentiroso! —grité.

—Yo nunca te miento, nunca. ¿Me oyes? ¿Qué cambió entre nosotros?

Me sentí estafado. Pensé la respuesta. Elvis me observaba, sabía que estaba hablando con el asesino de su novio. No podía dejar de preguntarme si saldríamos de allí con vida. Así que decidí ser sincero.

—Después de nuestra primera vez, el viernes de esa misma semana vino a Infierno de fiesta mi hermana, y subí a pedirte dos invitaciones. Te vi besarte con un chico y no era tu novio.

—Ah... —Me pareció escuchar.

—Me rompiste el corazón —dije con cierto pesar.

Estaba hablando con un asesino. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Romper la ventana? Tenía que entretenerlo. Mi reloj marcaba las cuatro y diecinueve de la tarde.

—Los corazones no se rompen, pero se pueden arrancar —dijo una voz obstinada, con un cierto matiz perverso.

Ese tono siempre había estado allí, en esa cuerda vocal, pero no lo había sabido descifrar. La primera vez que lo vi conecté con él en aquel tren y no supe interpretarlo. ¡Dios! Mi primer beso de verdad había sido con él, y los sucesivos actos rituales que llegaron después

en la intimidad también. Incluso había hecho cosas perversas de las que me arrepentía. No supe qué replicar y me quedé callado. Llorando en silencio. No se escuchaba nada, todo permanecía calmado. Pasaron varios minutos en los que no sucedió nada. No me moví. Las paredes de la habitación estaban llenas de sombras, se movían debido a las nubes. Elvis continuaba temblando y los dos jadeábamos, parecía que estábamos haciendo el amor. Me entraron ganas de reír, por eso de que «los Muñoz no lloran». Los Muñoz se ríen del peligro. Pero de mi garganta no salió ninguna carcajada. Por la ventana se filtraba algo de luz debido al reflejo de la nieve.

Durante la siguiente hora no pasó nada. Quizás se había marchado, quizás esperaba en silencio tras la puerta. Tenía cogida la mano de Elvis y la solté un momento para despojarme de la ropa. Me quité la chaqueta y los guantes. También el gorro y la bufanda. Sentía mucho calor y no había encontrado el valor hasta ese momento. Elvis me imitó, y cuando terminamos nos sentamos, presionando el armario con nuestras espaldas. Nuestras manos volvieron a enlazarse.

¿Por qué había actuado como un cobarde con Elvis? Llevaba más de un año sin estar con él, ocultando un sentimiento por miedo a... ¿no ser correspondido? El amor era un acto de locura, y me había portado como un imbécil, y ahora era un imbécil con el corazón roto.

—Elvis, no te muevas —susurré. Mierda, no podía oírme, fui hasta la ventana e intenté abrirla, pero no tenía manivela; miré a través de la ventana y observé que había un zócalo grande. ¿Sería factible huir por allí? Valía la pena intentarlo. Busqué el respaldo de la butaca a tientas, y se me ocurrió que podría romper el vidrio. El corazón me martilleaba en el pecho y, de repente, escuché cómo se abría la puerta de la habitación y golpeaba al armario.

—A... ¡ayuda! —gritó Elvis.

Recorrí la poca distancia que había desde la ventana al armario, que se había movido unos centímetros. Empujé con fuerza y escuché la puerta cerrarse de nuevo debido a la presión que ejercíamos.

—Esto no tiene ninguna gracia. Salid ahora mismo —gritó París. Su voz sonaba desesperada y un tanto infantil—. Solo quiero tu corazón, Elvis podrá marcharse.

Escuché cómo París golpeaba la puerta, le estaba dando patadas. Elvis debía sentir mejor que yo la vibración del armario, estaba

llorando de nuevo. Le pasé mi brazo por sus hombros y lo atraje hacia mí.

Colocó su cabeza en mi pecho. Le di un simple beso en los labios, sin pensar, teníamos que mantener el miedo a raya. ¡Oh Dios! No íbamos a salir con vida. ¿Y si regresaba alguien más? ¿Y si lo hacía mi hermana?

Durante los siguientes diez minutos no pasó nada, pero de repente, empezaron a sonar golpes. Embestidas que hacían crujir la madera. París estaba utilizando algo para romper la puerta, deduje que habría conseguido un hacha. Me quité el jersey de lana que llevaba puesto y miré a mi alrededor. Había dos camas, dos mesitas de noche con una lámpara y un par de butacas pequeñas en la esquina. Al lado varias maletas.

Cogí una de las butacas y empecé a golpear el vidrio de la ventana, que se astilló en el cuarto golpe, pero detrás había otro que todavía estaba intacto. Escuché gritar a París mientras yo golpeaba con furia. Sentí unos calambres en los brazos y me imaginé que eran los tendones. Una de las patas de la butaca quedo incrustada entre las dos placas de vidrio. Solté la silla y quedó colgando de la ventana de una forma cómica. Aquello no me provocó risas, más bien tuve ganas de vomitar. Los golpes y las embestidas contra la puerta continuaban e hicieron que me replanteara la situación, por lo que arremetí contra la ventana de nuevo. Al otro lado la noche era oscura, podía ver varias estrellas en el cielo: el firmamento lóbrego y sombrío se estaba despejando.

Le pedí a Elvis que me relevase, que siguiese destrozando la ventana pues mis brazos estaban doloridos. De vez en cuando escuchaba golpes secos tras de mí, y la madera crujir. Elvis aporreó la ventana con rabia y destrozó la primera lámina de vidrio, cuyos pedazos cayeron dentro de la habitación. Observé un trozo grande que podría utilizar como arma mientras seguía apoyado en el armario, haciendo presión. Escuché un grito desgarrador al otro lado y a Elvis, que también vociferaba con cada nueva acometida que propinaba al cristal. «Veintitrés golpes más y podríamos salir», pensé al observarle. Imaginaba la repisa que había al otro lado, por la que podríamos intentar caminar hasta la escalera vertical anclada a la pared.

De repente aparecieron unas luces en el exterior: se acercaba un vehículo. Los hachazos cesaron, no escuché nada al otro lado. Me asomé por la ventana y contemplé el todoterreno de Ville. Se acercó

más y lo perdimos de vista, el camino iba a parar al lado contrario en el que estábamos, es decir, a la entrada de la cabaña. Escuché cómo París bajaba las escaleras corriendo y tuve el presentimiento de que mi hermana y Fanta estaban con él.

Tenía que hacer algo, y entonces se hizo la luz. La electricidad volvía a funcionar. Elvis tenía las mejillas rojas, me miró sorprendido. Empecé a separar el armario de la puerta por el lateral, pero Elvis me agarró de los brazos y me detuvo. «¿Qué haces?», preguntó gesticulando. «Puede ser mi hermana», dijeron mis labios.

—No me va a pasar nada. ¿De acuerdo? Tengo esto. —Le enseñé el amuleto que me había dado en nuestra primera cita. Cogí el escarabajo con los dedos y lo besé. Recordé, una vez más, que había salvado la vida de al menos cuatro personas—. Tú tienes que quedarte aquí.

Sus ojos me observaban, y cuando terminé de pronunciar esas cinco palabras miró de nuevo el colgante. Después volvieron a subir hasta encontrarse con mis ojos. Eran tantas cosas las que le quería decir que acabé por no expresar nada. Iba a salir de esa habitación, lo tenía decidido, pero no sabía qué iba a pasarme. No tenía tiempo de pensar en nada. Y allí estaba Elvis, a un beso de distancia. Me acerqué hasta él y mi mano derecha rozó sus dedos, mis labios se acercaron a los suyos y... él se separó. «¿Qué haces?», preguntó. «Besarte», contesté, a la vez que lo volvía a intentar. Se acabó el vivir siendo un cobarde.

Me correspondió. Nuestras lenguas se fundieron y, por unos segundos, todo el miedo que sentía desapareció. Fue un beso húmedo, desesperado, con mocos y lágrimas.

—Te amo.

¿Por qué lo dije? No lo sé. Tal vez porque había un elevado porcentaje de posibilidades de que muriese. Tal vez porque Dani era heterosexual y París un psicópata. Tal vez porque era verdad y no me había dado cuenta. No quería morir, pero tampoco quería que le pasara nada a mi hermana. Me convencí a mí mismo de que tenía que avisarla como fuera, al mismo tiempo que pensaba en cómo París había matado a Azul de un disparo a bocajarro en la sien. Y cómo había sonreído, satisfecho de su acto.

Y yo iba a salir de la zona de confort. Se me nubló la vista cuando

empezamos a separar el armario de la puerta. Era como si mi cuerpo se resistiera a emerger de nuestro refugio, pero seguí empeñado en cruzar la puerta, que estaba rota: había un hueco en el que cabría una cabeza. Me imaginé el rostro de Jack Nicholson asomándose y sonriendo como un demente.

Cogí el pomo y tiré hacia mí. Empecé a cruzar el umbral sin respirar. Sentí miedo, pero mis piernas avanzaron con decisión. La vida de mi hermana estaba en juego. Recordé el día que le confesé que era gay; bueno, más bien cuando lo leyó en el papel que había introducido en aquel sobre de color verde musgo. Desde ese día, nuestra relación había cambiado. Habíamos compartido confesiones, risas y lágrimas. Si tenía que enfrentarme a dragones y mazmorras por ella, así sería, por lo que acabé de cruzar el umbral... sin embargo, de improviso, alguien me agarró fuerte de la muñeca y tiró de mí con una ferocidad inaudita. Más que dejarme llevar por esa fuerza, salí impulsado hacia mi contrincante, pero eludió mi carga y fui directo hasta la pared mientras perdía el equilibrio. Con mis brazos flexionados hice de muelle y me giré, para comprobar que la persona que había esperado tras la puerta sin hacer ningún ruido había sido Olivia.

Nos miramos. Después, los cuatro ojos miraron el hacha que sujetaba con la mano izquierda. Abrí bien los párpados y sus labios dibujaron una sonrisa malvada. No tuve tiempo de pensar más, mi cuerpo estaba dándose la vuelta cuando su brazo se elevó y el hacha vino a mi encuentro. Me cubrí la cabeza con las manos; fue un acto reflejo, pues no tuve tiempo de pensar. La hoja pasó silbando junto a mi oreja, el acero estaba frío. No sentí ningún dolor ni me golpeó la cabeza, pero sí que noté un líquido deslizarse por el lóbulo, que continuó su camino rodando por mi cuello. Era sangre, y suerte que Elvis había salido de la habitación y había empujado a Olivia.

—¡Aaaaah! —gritó Olivia de rabia o frustración.

La observé. Sus ojos estaban sedientos de sangre. Me odiaba. Elvis se encontraba muy cerca de ella. Olivia se incorporó y con el mango del hacha le golpeó en el abdomen. Era muy rápida, antes siquiera de intentar algo me propinó una patada en la espinilla y caí al suelo. Después se giró hacia Elvis, continuaba encogido por el golpe recibido. Éramos dos contra una y nos estaba haciendo papilla.

Escuché varios disparos y un grito procedente de una garganta masculina. Olivia inspiró aire, caminó hacia Elvis y yo le grité «¡Zorra

estúpida!», palabras que la hicieron detenerse. Su brazo apuntaba en mi dirección, con el hacha encarándome. Me eché hacia atrás al mismo tiempo que Elvis le propinaba una patada en la mano y el arma cayó al suelo; después se acercó por detrás y la intentó agarrar, pero Olivia cargó con furia su cabeza hacia atrás y golpeó con su cogote la frente de Elvis, que quedó aturdido unos instantes. También se escuchó un segundo grito femenino. No había duda de que provenía de la garganta de Fanta. Olivia saltó, se dio la vuelta, agarró la cabeza de Elvis y la empotró contra la pared. Escuché un golpe seco y él se desplomó en el suelo inconsciente. Estaba a dos metros de ellos, me levanté como pude mientras Olivia se daba la vuelta otra vez.

Sentía dolor en la espinilla derecha, además de la sangre que resbalaba por mi cuello y mi brazo. Retrocedí unos pasos y Olivia avanzó hacia mí, olvidándose del cuerpo de Elvis.

Antes de empezar a correr, contemplé por el rabillo del ojo cómo Olivia se agachaba a recoger el hacha con lentitud. Empecé a bajar las escaleras, no sin antes comprobar que me seguía. Al llegar al final, observé que Olivia estaba en lo más alto y portaba el arma consigo. Esperé que un rayo iluminara la estampa mientras la electricidad se cortaba, pero no sucedió. Empezó a bajar las escaleras. Yo crucé el lateral del comedor para descender al sótano, que era de donde procedían varias voces. Olivia estaba bajando las escaleras lo más rápido que podía, cojeaba de forma visible.

Todas las luces de la casa estaban encendidas. En mitad del segundo tramo de escaleras estaba el cuerpo de Leo. Le habían disparado por la espalda en varias ocasiones. Su camiseta estaba teñida con su propia sangre. Salté sobre él y contemplé a Ville, estaba al pie de la escalera, presionando su estómago con ambas manos. Pasé corriendo por su lado y vislumbré a mi hermana forcejeando con París. También pude observar que todo estaba lleno de sangre. Fanta se encontraba petrificada, delante del gran ventanal. Mi hermana y París pugnaban en la pista por la pistola. Parecía que estuviesen bailando, dando tumbos en diferentes direcciones. Corrí hacia ellos, cogí un taburete que encontré por el camino y lo descargué en la espalda de París. Su cuerpo se desplomó.

Pude cerciorarme de que había alguien sentado en el sofá, en silencio, contemplando la escena. Era Sucre. Sus ojos estaban abiertos, pero... no había vida en ellos. Le habían disparado, tenía un orificio en medio de la frente, sus labios formaban una «O». Miré a mi hermana: tenía un arañazo en la cara. Intenté sonreír, pero antes de eso, París le

agarró de la pierna y se abalanzó sobre ella mientras intentaba quitarle el arma de fuego.

Abril gritó y yo agarré a París por detrás, pero se sacudió en todas direcciones como un animal salvaje y tuve que retroceder y soltarle debido a sus embistes. Una de sus manos me golpeó la cabeza y me mordí la lengua, sentí un sabor metálico.

Abril consiguió arrojar la pistola a varios metros, pero París siguió la trayectoria del arma con la mirada. Yo volví a descargar el taburete sobre él con toda mi fuerza. Gritó de dolor y una de las patas de metal le golpeó la cabeza y le hirió el ojo, desgarrando también parte de su mejilla. Cayó al suelo, donde mi hermana pisó los dedos de su mano aprovechando que tenía la palma apoyada. Sentí crujir todas sus falanges... se los debía haber roto.

La expresión facial de mi hermana cambió del triunfo a la preocupación en un abrir y cerrar de ojos. Me había olvidado de Olivia, y tenía la pistola. No me había dado cuenta, pero era demasiado tarde. Apuntó a quien tenía más cerca, a Fanta, que retrocedió hasta chocar de espaldas contra el gran cristal. Olivia empezó a disparar y erró los tiros porque el cristal estalló en mil pedazos, mientras Fanta se precipitaba de espaldas al vacío. Olivia me apuntó con el arma, pero no escuché ninguna detonación más.

Mi hermana y yo utilizamos la barra americana para escondernos. Pudimos oír que Olivia le preguntaba algo a París. Algo le pasaba a su ojo. Sin pensarlo, cogí las botellas de licor que había en las estanterías y empecé a lanzárselas. Mi hermana me imitó y les tiramos la docena de botellas que había. Cuando no teníamos nada más que arrojarles, París se abalanzó sobre mi hermana. Portaba un bisturí en la mano, ¿de dónde lo había sacado? Lo blandía en el aire hacia Abril y le produjo un corte profundo en la palma de la mano. Eché mano de la última botella que había dentro de la barra, cuando recibí un tremendo golpe en la cabeza. Escuché un pitido prolongado y me sentí desorientado. Caí sobre el mostrador de roble y por un momento no supe dónde me encontraba. Intenté cerrar los ojos, pero enfrente tenía a mi hermana que luchaba contra Olivia y París. Fui testigo de cómo la reducían, y la tumbaban en el suelo. Intenté erguirme, gritar, hacer algo..., pero mis brazos no respondían. ¿Así era cómo iba a terminar todo? Olivia tenía ahora el bisturí en la mano y lo acercó al ojo de mi hermana. Aparté la vista mientras Abril gritaba y llegó hasta mí un sonido acuoso. Me levanté aturdido, caminé varios pasos y golpeé la cabeza de Olivia con la botella de Jack Daniel´s que tenía bien sujeta.

No fue un golpe fuerte, aunque sí certero. Su cuerpo se derrumbó. Bajé la mirada hacia mi hermana y vi que colgaba un jirón de nervio óptico de una de sus cuencas oculares. París lo miraba sonriendo como hipnotizado, mientras lo tocaba con sus dedos.

Cogí el bisturí que había soltado Olivia. Mi hermana continuaba gritando, y París... París estaba estrujando el ojo con su mano buena, un líquido blanquecino se escurría entre sus dedos. Se lo llevó a su nariz y esnifó. Era demasiado para mí, lo agarré del cabello y tiré hacia atrás, lo que dejó su cuello al descubierto. Me miró a los ojos, sorprendido. Imité lo que Olivia había hecho con tanta eficacia unas horas atrás: le corté la yugular. Fue tan sencillo como seccionar una simple masa de plastilina. El corte provocó una explosión de sangre en todas direcciones. El cuerpo de mi hermana quedó salpicado por aquella cascada roja. Me incliné sobre ella y pude ver que estaba consciente y horrorizada, mirando a París con el único ojo que le quedaba. Escuché una especie de gorgoteo, era él; se llevó las manos a la garganta intentado respirar. Del corte salían pequeñas pompas de aire rojas. Intentó decir algo, pero no logró pronunciar ninguna palabra. Sus ojos me contemplaban con intensidad y yo no podía dejar de mirarle. Era lo menos que podía hacer. ¿Qué había pasado? Tenía bien agarrado el bisturí, me giré asustado y contemplé a Olivia. ¿Debía acabar también con ella? Mi hermana gritaba y no sabía cómo socorrerla. La intenté tranquilizar. ¡Le faltaba un ojo! Y tenía todo el rostro cubierto de sangre.

—¿Puedes levantarte? —le pregunté. Escuché gritos. Eran de Fanta pidiendo socorro. ¡Estaba viva! Mi hermana se incorporó, agarrándose a mí. Con una de sus manos presionaba su herida. La llevé al sofá y la senté al lado del cuerpo sin vida de Sucre. Un pegajoso riachuelo de sangre le estaba resbalando por todo el rostro y empapaba su jersey. Escuché cómo Olivia recuperaba la conciencia. Se arrastró de rodillas hasta llegar a París y empezó a mecerlo entre sus brazos. Esperaba que gritase, pero no lo hizo. Le susurró unas palabras que no logré escuchar, y después se levantó. Me miró como se mira a un enemigo mortal, sentí cómo me encogía y me volvía pequeñito.

—No puedo moverme, *tete* —dijo Abril en un susurro.

—No te preocupes. No te fallaré.

Olivia empezó a avanzar hacia mí y retrocedí en dirección a las escaleras. Ville estaba sentado, inconsciente o quizás muerto... había junto a él un gran charco de sangre.

—¡Voy a matarte! —gritó Olivia. Antes de empezar a subir las escaleras, la miré por última vez. Tenía los ojos rojos y sujetaba el hacha con fuerza. Subí las escaleras de dos en dos, aunque no lo hice corriendo, porque quería comprobar si me perseguía. Pasé sobre el cuerpo de Leo y, en efecto, iba tras de mí. Decidí salir de la cabaña, aunque no estuviera abrigado. Me golpeé el codo con el quicio de la puerta y volví a ver las estrellas a causa del dolor.

Tenía que alejar a Olivia de la casa, era la única oportunidad de salvar las vidas de Abril, Elvis y Fanta. ¡Estaban vivos! Sentí frío en la piel desnuda. Me alejé unos metros, y comprobé que Olivia salía por la puerta y continuaba su particular cacería. Nunca me atraparía. Había dejado de nevar. Miré el cielo buscando alguna estrella, me daba igual que no se moviera, tenía un deseo urgente que pedir. Y contemplé el firmamento teñido de verde... era una aurora boreal, sin duda alguna, una buena señal.

27

Zanjé la cuestión de qué dirección tomar de forma intuitiva, y me alejé de la cabaña a paso ligero. Me di la vuelta otra vez para comprobar que Olivia me seguía. Iba a toda velocidad, aunque era difícil correr con toda la nieve que había caído en el último día. El cielo estaba despejado y una luz boreal de color verde iluminaba mis pasos. Cada vez le sacaba más distancia a mi perseguidora, y antes de torcer vi el resplandor pulsátil de unas luces estroboscópicas azules, era la policía.

Me invadió la euforia, ¡nos salvarían a todos! Puede que también a Ville, e incluso seguirían nuestras huellas. Solo tenía que avanzar y resistir. Empecé a sentir frío, aunque mi cuerpo estaba caliente. Mis dientes castañeaban, pero no iba a detenerme, mi vida corría peligro.

Mi intención era dar un rodeo y volver a la casa una vez hubiera llegado la ayuda, entonces Olivia no podría hacerme nada. Mi reloj marcaba las siete de la tarde, sin duda alguna estaba viviendo un día que parecía no tener fin. Corría por la nieve alzando mis piernas. De vez en cuando contemplaba algunas franjas verdes eléctricas que ondulaban en el cielo, y que se reflejaban en la nieve provocando un juego de luces.

Me hubiera gustado detenerme, descansar y contemplar el firmamento, pero no podía hacerlo. Me empezaban a doler los

pulmones y sentía una sensación gélida en cada poro de mi piel. Pensé en Elvis, en el beso que le había dado. Me preguntaba por qué no lo había prolongado más tiempo. Me obligué a seguir avanzando. Elevaba mis piernas al máximo para intentar no arrastrar demasiada nieve y evitar que me frenara. Me caí varias veces al descender por una bajada pronunciada. En una de ellas, la nieve entró en mi boca, y yo la saboreé con la lengua. Escuché no muy lejos, a mi antigua compañera de piso.

¿No estaba cansada? ¡Por el amor de Dios! ¡Cojeaba! ¡Estaba escuálida! ¡Y le había golpeado la cabeza con una botella! En el fondo sabía que no iba a detenerse. Sabía que no lo haría hasta vengarse, pues había matado a París. Joder... ¡Era su hijo! ¡Era el Robacorazones! ¡No daba crédito! No era Azul, ¡era París! Había jugado tan bien su papel que me sentía un estúpido por haber caído en su treta.

Me levanté una vez más. Avanzaba lo más rápido que podía, pero Olivia estaba cada vez más cerca. Ella tenía el camino allanado por mí, no tenía que arrastrar la misma cantidad de nieve que yo.

Abandoné aquella especie de senda que había estado siguiendo hasta entonces y empecé a descender la montaña. Era precioso, caminaba entre pinos, atravesando un paraje virgen, por donde nadie había pasado, iluminado por unas manchas de colores en el cielo. La nieve llegaba casi a mis caderas. Me agarraba a los troncos para impulsarme con ellos ladera abajo. Mis pies se hundían más y más si permanecía en el mismo sitio, sentía bajo mi cuerpo un sinfín de crujidos de diferentes capas de hielo. Estábamos andando sobre uno o dos metros de nieve congelada.

—¡Te voy a matar! ¿Me oyes? Aunque sea lo último que haga —gritó Olivia tras de mí.

No iba a desperdiciar mi energía respondiendo. Sentía cada vez más frío, tenía la cara entumecida, mi cansancio aumentaba y estaba temblando. Caía al suelo continuamente, pero me acordé del viejo dicho, ese que decía que si te caías siete veces había que levantarse ocho, aunque empezaba a pensar que tal vez fuera imposible huir de ella.

Miré al cielo, tan bonito y siniestro al mismo tiempo, y caí en la cuenta de que estaba llegando al final de la pendiente. Un resplandor verdoso se filtraba a través de las ramas nevadas de los árboles.

Al llegar al último tramo, intenté subir por el extremo opuesto, pero era imposible, resbalé y caí hacia atrás. Olivia estaba a tan solo unos metros de mí, vi cómo sonreía. Sabía que si me alcanzaba sería mi final, sujetaba el hacha con su mano derecha, así que me levanté como pude e intenté avanzar por una especie de grieta, la nieve me llegaba hasta el pecho.

—Ya eres mío, Lobito —dijo la Teniente.

La escuché muy cerca. Me sentía tan cansado y sentía tanto frío que, por un momento, pensé en rendirme. Estaba a las puertas de la muerte, y fue en ese momento cuando comprendí lo que realmente era el amor. Me había distanciado de Dima e incluso de Amaranta por el secreto que tenían entre manos. ¿Quién era yo para juzgarlos? ¿Quién coño era yo para haber decidido que Aurora no merecía leer la carta que mi abuelo le había escrito con todo su corazón? Yo había permitido que Azul engañase a Elvis una infinidad de veces por miedo a tomar una decisión que no necesitaba respuesta. Elvis era el amor de mi vida, pero el amor no era perfecto ni existían los príncipes azules. El amor estaba por encima de todo. Tenía en mi poder su amuleto, iba a salvarme, daba igual que me sintiera fatigado y sin fuerzas.

Me había obsesionado por cumplir diez deseos de una lista, cuando la felicidad no era eso. La felicidad sería volver a besar a Elvis, o pelearme con mis hermanos. Recoger una lágrima de Abril con mi pulgar o soplar en la oreja de Fanta. Hablar con mi madre, escuchar cantar «¡Gol!» a mi padre; acabar un buen libro, llegar a un orgasmo, volver a bañarme desnudo en el mar, mirar el amanecer o la puesta de sol. Dar las gracias, ver el lado bueno de las cosas, escuchar una buena canción, mojarme cuando lloviera, contemplar un árbol o ver a un desconocido sonreír.

Chillé de rabia y, con energía renovada, empecé a atravesar más rápido la nieve, el final de la grieta estaba próximo. Mi aliento se condensaba en el aire del frío que hacía. Seguía temblando y mis manos ardían al borde de la congelación. Se me enganchó el pie con una raíz, pero tiré con todas mis fuerzas y continué gritando. Hasta que sentí algo en mi espalda, un dolor atroz e inhumano recorrió todo mi cuerpo, Olivia me había alcanzado, había hundido la hoja del hacha en mi espalda.

Intenté continuar, pero me fallaron las fuerzas. Grité de dolor y mis piernas flaquearon, perdí de vista el cielo y caí sobre la nieve. Mi

cuerpo padecía de manera insufrible y lo único que podía hacer era gritar. La nieve me cubría, ¿así iba a terminar todo? ¿Por qué no había besado más tiempo a Elvis? Mi reloj digital marcaba las 19:23. Un ruido ensordecedor sonó encima de nosotros, un rugido que parecía provenir de la propia montaña. No sé qué era con exactitud, pero lo que fuera se acercaba con una furia feroz. De repente, comenzó una vibración *in crescendo*, hasta llegar a su máximo apogeo. Entonces sentí una presión devastadora. El dolor, el frío y el cansancio dejaron de tener importancia para mí. Todo se volvió negro al instante. Todo se volvió oscuro, como un cielo sin estrellas.

EPÍLOGO

(Recortes de periódico)

«EL ROBACORACONES Y SU MADRE ASESINAN AL MENOS A 6 PERSONAS EN EL NORTE DE FINLANDIA»

La pesadilla recurrente del Robacorazones ha vuelto a sumir en el horror a la opinión pública, esta vez en toda Europa. El pasado martes 22 de enero de 2011, madre e hijo, armados con una pistola, un machete y un bisturí, sembraron el terror en una pequeña localidad de Finlandia llamada Kittilä, en la que terminaron con la vida de seis personas e hirieron a otras cinco, de las cuales dos están en estado crítico.

Los investigadores apuntan a una venganza, puesto que casi todas las víctimas eran trabajadores de la discoteca Infierno, que cerró sus puertas el pasado 18 de diciembre de 2010. La matanza «no tuvo un móvil sexual, y tampoco estuvo relacionada con creencias religiosas», según ha explicado en rueda de prensa este viernes el inspector jefe de la policía Francisco Miranda.

París Expósito, de veintiún años, y su madre Olivia Xantana de treinta y seis, han sido los responsables de la masacre. Faltan muchos datos para esclarecer lo ocurrido. Todo apunta a que una de las víctimas, Rómulo Muñoz, cometió un homicidio en defensa propia terminando con la vida de París Expósito.

Olivia Xantana, la madre del Robacorazones, inició una persecución en contra de Rómulo Muñoz que se trasladó al exterior del complejo turístico en el que pernoctaban las víctimas, mientras efectivos policiales acordonaban la zona. Minutos más tarde, una avalancha de nieve sepultó a ambos en el interior de una grieta. La rápida intervención del equipo de rescate, compuesto por cuatro dotaciones de bomberos, salvó la vida del joven, aunque permanece en estado crítico. Sin embargo, no pudieron hacer nada para salvar la vida de Olivia Xantana, que murió por asfixia.

«LA POLICÍA ELEVA A DIECISÉIS EL NÚMERO DE VICTIMAS PERPETRADAS POR EL ROBACORAZONES Y LA TENIENTE MUERTE»

Evaristo Veiga, Ángel Ripoll, Xavi Redondo, Eric Cruz, Toni Salgado, Zenabio Fernández, Michael Blanco, Abraham Miranda, Leonardo Pomodoro, Sucre Dulce, Azul Iglesias y Ville Korhonen han sido las últimas doce víctimas del Robacorazones y su madre. Esta lista podría incrementarse con cuatro posibles víctimas más, según las últimas averiguaciones de la policía.

Todo apunta a que el doctor Cipriano Martín, nacido en un pequeño pueblo de la Rioja, habría sido cómplice y encubridor de las

presuntas violaciones que Alfonso Xantana perpetró contra su propia sobrina, Olivia Xantana, también conocida como la Teniente Muerte. A principios del año 2000, y retirado, Cipriano Martín se mudó a Barcelona y pocos meses después contrajo matrimonio con Aurora Real. El médico lleva en paradero desconocido desde otoño de 2003.

Rogelio López podría haber sido la primera víctima del Robacorazones. Su mujer denunció su desaparición en noviembre de 2006, pero el pasado mes de octubre de 2010, uno de sus hijos halló nuevas evidencias en una memoria externa que arrojaron luz al caso. Las conversaciones extraídas del dispositivo pondrían de manifiesto que Rogelio López chateó en varias ocasiones con el usuario Ulises89. Su desaparición coincide con el mismo día que tuvieron su primer y único encuentro.

Alicia Sanz, de origen boliviano, emigró a España a principios de 2006. Compartió piso con la Teniente Muerte por un periodo superior a dos años y medio. Ni familiares ni amigos ni compañeros de trabajo saben nada de ella. Lleva en paradero desconocido desde junio del 2008.

Estela Pizarro, reputada psicóloga que trató a la Teniente Muerte durante muchos años tras un conflicto laboral en el que se vio envuelta, desapareció la madrugada del 4 de septiembre de 2009. Se especula con la idea de que ambas mantuvieron en secreto una larga relación amorosa que pudo acabar mal, y en la que la conocida especialista utilizaba un nombre falso. Nadie ha vuelto a tener noticias de Estela desde entonces.

La mañana del día de hoy, a las diez horas, ha tenido lugar un acto multitudinario en la montaña de Montjuic para rendir tributo a las víctimas del Robacorazones y la Teniente Muerte. El inspector Francisco Miranda ha dado un breve pero emotivo discurso en el que se han mencionado los nombres de las víctimas. Su hermano, uno de los dueños de la discoteca Infierno, también perdió la vida a manos de los psicópatas. Tras este, tomó la palabra el subinspector Zeus Fernández, uno de los supervivientes, quien lamentaba no haber podido hacer más para reducir el número de víctimas.

No faltó la presencia de otros supervivientes: Félix García, Andrea Rodríguez, Amaranta Buendía, Elvis Engel, Abril Muñoz y Fanta Guirao. Las secuelas de tan violento suceso eran visibles en el rostro y el cuerpo de estas dos últimas: Abril Muñoz perdió un ojo mientras luchaba cuerpo a cuerpo contra los asesinos y Fanta Guirao quedó paralítica tras caer desde una altura de seis metros mientras abrían fuego contra ella.

Rómulo Muñoz es el único sobreviviente que no ha podido asistir al acto debido a que permanece en estado de coma tras el traumatismo craneoencefálico que sufrió durante una avalancha de nieve. Los especialistas han determinado que el desprendimiento salvó su vida y terminó con la de su agresora, Olivia Xantana, quien segundos antes había infligido una terrible herida a Rómulo Muñoz con un hacha. De haberse dado otras circunstancias, era probable que la Teniente Muerte hubiera aprovechado para acabar definitivamente con su vida. A pesar del milagro, los médicos no saben si algún día despertará.

«HALLAN UN CADÁVER EN EL PARQUE NATURAL DE COLLSEROLA»

La Guardia Civil investiga si los restos óseos hallados en el Parque Natural de Collserola pertenecen a la víctima de un crimen cometido hace casi una década por el Robacorazones. El cadáver fue encontrado el pasado domingo por un vecino de Barcelona que paseaba a su perro y cuya identidad no ha trascendido. Tras muchas complicaciones, cuyos pormenores no han sido compartidos por las autoridades pertinentes, este medio ha sabido que un grupo de expertos forenses ha conseguido identificar el nombre de la víctima: Rogelio López.

«EL ROBACORAZONES TENÍA UN CÓMPLICE»

Según una fuente fiable que ha compartido la información con este periódico, el Robacorazones tuvo un cómplice que le ayudó a perpetrar los siete primeros asesinatos. La policía rehúsa a hablar con este medio, puesto que el caso permanece abierto y con muchas

incógnitas por esclarecer.

NOTA DEL AUTOR

Esta novela ha sido escrita entre los años 2015 y 2020. El primer borrador fue completado en Espoo, los posteriores en Barcelona y los últimos en Hämeenlinna y Helsinki.

He intentado ser fiel al contexto sociopolítico del momento, así como a las localizaciones reales por las que se mueven los personajes, aunque la mayoría de las denominaciones comerciales de los negocios que aparecen en la historia son producto de mi imaginación. También algunas marcas utilizadas, otras son marcas ficticias que existen en otras realidades inventas por terceros, y algunas pertenecen a nuestro mundo.

Casi todas las canciones nombradas a lo largo del libro las puedes

escuchar por medio de la plataforma digital Spotify, en una lista de reproducción pública cuyo título es: *Como un cielo sin estrellas*, creada por el usuario Naviru Shorno. Te invitó también a que sigas mi cuenta de Instagram: @navirushorno, donde iré desvelando curiosidades y secretos de la novela; la mayoría son fáciles de detectar con una segunda lectura del libro.

Por último, me gustaría hablar un poco del sinfín de «huevos de pascua» que contiene este libro, la mayoría de ellos relacionados con las diferentes manifestaciones artísticas que dan forma a nuestro acervo cultural contemporáneo. Me he tomado la libertad de modificar algunas palabras en ciertas citas para que encajasen mejor en la historia. Ha sido, un poco, mi manera de honrar a esos creadores que tanto me han dado y aportado. Muchas gracias, a los vivos y a los muertos. Son estrellas que brillan en un cielo oscuro.

Naviru Shorno
19 de agosto de 2020, Helsinki

AGRADECIMIENTOS

Primero de todo voy a darte las gracias a ti, por leer este apartado y por haber leído mi libro. Espero que lo hayas disfrutado y te haya entretenido, y que hayas sido embriagado por todo tipo de emociones mientras lo hacías.

A mi princesa Ainhoa Guirao, por ser la primera en leer un borrador incompleto y corregir los cientos de errores ortográficos. Y por las infinitas sonrisas que me regalaste mientras trabajábamos en el Mercadona de la Rambla de Poble Nou. *Grapa-cipi-aspa.*

A Sonia Agudo, por leerme y darme tu opinión una vez más. También por ser la mejor prima del mundo y compañera de aventuras en mi infancia. *Grazas*.

A Raúl Rosa, mi *best friend* vegano. Además, tengo el orgullo de poder anunciar que, desde el 1 de septiembre de 2020, en el municipio de Polinyà, Barcelona, mi amigo acaba de montar un negocio vegano (menús diarios, servicio de catering y repostería).

Dejo sus señas por si alguien de la zona quiere contratar sus servicios. Thank you!

Correo electrónico: veganosenpaz@gmail.com

A Maikel Ruiz, mi hermanito pequeño, por los diecinueve errores que supiste ver en una de las últimas versiones y por ser un luchador nato. Nuestra madre llevaba un DIU cuando fecundaste aquel ovulo. ¡Cabezón incluso antes de nacer! *Danke.*

A Álvaro Sánchez, mi sevillano favorito y compañero de los mejores veranos de mi vida en San Nicolás del Puerto; aún recuerdo muchos chistes inventados a altas horas de la madrugada sentados en el Ayuntamiento junto con Dones. *Arigato.*

A Olga Reyes, todavía no puedo olvidar la forma en la que te conocí en aquel crédito variable de Estadística en el Instituto Torre Roja, a la edad de once años. Por aquel entonces eras la chica de mis sueños, y veintitrés años después seguimos siendo amigos. Espero que nuestra amistad sea eternamente inocente. *Obrigado*.

A Arsen Babayan, por tus comentarios acertados y por haber trabajado conmigo tras la misma barra mientras nos divertíamos en la discoteca Arena Vip. Eres una de las mejores personas que conozco y me siento muy afortunado de tenerte como amigo. Շնորհակալություն.

A Cristina Collazos, por toda la ayuda que me has proporcionado durante mi labor de investigación con respecto a enfermedades y otros temas sanitarios; también porque fuiste mi primera mejor amiga en la vida real, y eso nunca se olvida. *Merci.*

A Montse Tomeu, mi profesora de catalán y teatro; sin lugar a duda, una de las personas más especiales que he conocido en mi vida. Y también por corregir las frases que aparecen en catalán. *Gràcies.*

A Carlos Enríquez, el corrector oficial de este libro. *kiitos*.

A Saray Ramírez, por ayudarme con las últimas faltas ortográficas y por todas las horas que me has entretenido con tu exquisita prosa. Sus obras están disponibles en Amazon. Salamat.

A Javi Mateo, por la infinidad de comentarios realizados en una de las últimas versiones de esta novela. Y también por tener un

corazón verde. Iráyo.

A Megan Herrera, la ilustradora de la cubierta. ¡Una profesional como la copa de un pino! Dejo sus señas por si alguien quiere contratar sus servicios. Dankon.

Instagram: @meganherzart
Correo electrónico: MeganHerzart@gmail.com

A Harri Helkiö, mi marido y compañero de viaje, por aguantar mis pasiones y obsesiones. Me tocó la lotería el día que nuestros caminos se cruzaron por primera vez. Y haré todo lo posible por permanecer a tu lado. *Mahalo.*

A Lulu, mi princesa podenca, por todas las inspiraciones que me llegaron en nuestros paseos por el bosque y por ser la mejor compañera que podría tener. *Guau-guau.*

Y, por último, a Virginia Estévez, por haberse leído la novela hasta en tres ocasiones como una jabata. Nunca olvidare la ayuda que me has proporcionado. Nuestros caminos se cruzaron en una fiesta de la embajada, y desde entonces nuestra amistad no ha parado de crecer como lo haría una bola de nieve rodando montaña abajo. *Grazzie mile*.

Largos días,
y gratas noches.
Naviru Shorno

Pd: Sería una desfachatez por mi parte no mencionar a Noelia Romero, Paqui Matilla, Mar Lamas, Raquel Mayordomo o Ángel Pantoja. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

El 10% de los beneficios de este libro serán destinados a la fundación Soi Dog.

www.soidog.org

[1] Donde nos conocimos, ella es solo la chica para mí...

[2] En castellano: escuela infantil. (Nota del A.).

[3] Bien, la vida es dulce... dulce como la miel, afortunado yo que voy feliz... (N. del A.)

[4] Lo siento muchísimo, niño. Cualquier cosa que necesites me lo dices. ¿De acuerdo? (Nota del A.)

[5] No me jodas, niño. ¡Con mi coche no se juega! (Nota del A.)

[6] Corre a las colinas, corre por tu vida... (Nota del A.).

[7] Algo en el corazón me dice que debo tenerte, extraños en la noche, dos personas solitarias...

[8] Hermano (Nota del A.)

[9] Lo siento, pero aquí no servimos ese combinado. (N. del A.)

[10] No es mi jodido problema. Lo quiero, si tengo que pagar más lo haré.

[11] Solo tenemos estos..., ¿de acuerdo?

[12] Quiero hablar con tu jefe. ¡Ahora mismo!

[13] Vale, ningún problema. Mi jefe es ese chico de ahí.

[14] Quiero liberarme... (N. del A.)

[15] ¡Rómulo! ¿Trabajas aquí? ¡No me lo puedo creer! (Notas del A.)

[16] ¿Cuánto hace que trabajas aquí?

[17] Entonces… ¿te gustan los chicos?

[18] A mí me gusta todo, la verdad. ¡Pero los chicos más! Madre mía, no me puedo creer que trabajes aquí. ¿Me puedes invitar a una bebida?

[19] Si es mucho follón, olvídate, y ¿te puedo pedir una canción?

[20] ¿Cuál quieres?

[21] *Boig per tu*, en castellano: «Loco por ti», una canción de la banda de rock catalana Sau.

[22] ¡Muchísimas gracias, niño! (Nota del A.)

[23] ¡Sé buena!

[24] ¡Así es la vida! (Nota del A.).

[25] Tienes el poder, llévame al cielo... (N. del A.)

[26] Voz del alfabeto cirílico ruso, «*Privet*» en su forma adaptada. En castellano significa «hola» (Nota del A.)

[27] Abreviatura de la voz inglesa *Goodbye*. En castellano: adiós (Notal del A.).

[28] *C'est la vie* (Así es la vida), dice la gente mayor, se empeña en mostrar que nunca se sabe qué puede pasar…

[29] ¿Cuál es el pez con más *flow*? (Nota del A.)

[30] ¿El pez con más *flow*?

[31] ¡El rape!

[32] Bienvenidos/as (Nota del A.)